

Fernando Aramburu

Ávidas pretensiones



Lectulandia

Con la llegada de la primavera, el pueblo de Morilla del Pinar se prepara para recibir a lo más granado del panorama lírico español, que acude a las terceras Jornadas Poéticas, celebradas anualmente en el Convento de las Espinosas. La reunión de tres días se presenta como la oportunidad perfecta para el desvarío de los participantes, que llegan con ganas de juerga y un objetivo común entre ceja y ceja: el sexo, la diversión y la gloria literaria, acompañada preferiblemente de un pisotón al contrario. Todo es posible en estos encuentros. Si algo puede acabar mal, terminará peor en unas jornadas que difícilmente podrán volver a convocarse.

Un recorrido por las miserias del mundillo poético en una comedia de enredos que, a pesar de su mordacidad, no está exenta de cierta dosis de ternura, la auténtica receta del buen humor.

Un perfecto dominio del lenguaje, la brillantez lúdica en el tono solemne del narrador y la parodia gamberra de la trama son los ingredientes que Fernando Aramburu ha puesto al servicio de una novela hilarante que entronca con la tradición satírica de las letras españolas, género capaz de infiltrar con clarividencia la crítica más incisiva en la carcajada más espontánea.

Lectulandia

Fernando Aramburu

Ávidas pretensiones

ePub r1.0

orhi 16.07.15

Título original: *Ávidas pretensiones*
Fernando Aramburu, 2014

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Una atrevida sátira sobre una supuesta sociedad literaria escrita con gran maestría técnica y un lenguaje singularmente gráfico y vivaz.»

Jurado del Premio Biblioteca Breve 2014

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

PERE GIMFERRER

EDUARDO MENDOZA

ELENA RAMÍREZ

CARME RIERA

OBSERVACIÓN

A fin de preservar su vida y la integridad de sus modestos bienes, el autor ha tenido la cautela de asignar nombres ficticios a los actores de la presente crónica. Lo mismo y por la misma razón ha hecho con algunos lugares que pudieran resultar fácilmente reconocibles. El resto es todo verdad.

RELACIÓN DE INSCRITOS EN LAS TERCERAS JORNADAS POÉTICAS DE MORILLA DEL PINAR

JUANJO CHANGA

EVANGELINA GONZÁLEZ, LA NÍVEA

CARLOS (CHARLI) R. GARRIDO

SUSANA VALCÁRCEL

CONCHITA ARROYO

ERNESTO CONTRERAS

JOSÉ MANUEL AGÜERO LOPETEGUI, LOPE

DÁMASO CARRANZA DE LEÓN

EUGENIO ALPUENTE

ANDREU VIÑALS

MATEO GIL SALGADO

VANESSA RINCÓN

TADEO BALBOA

AMALIA SOLÓRZANO

CÉSAR SÁNCHEZ OVÁS

ALBERTO ALMANDOZ

PACO VALBUENA

FELIPÍN CÁRDENAS

JUAN LUIS CABRAL

JULIO MANUEL RENTERO

RICHI BISABARROS

LÓPEZ BLANCO

MARTINA MURO

TEODORO SANZ

MANOLO VÉLEZ

ALFONSO GOMENDIO

EL HIEDRA

FERMÍN AYALA

PLANTEAMIENTO

1

El coche fúnebre entró en Morilla del Pinar por la única carretera del pueblo. Juanjo Changa, que lo conducía escuchando canciones mexicanas a todo volumen, redujo la velocidad por si se terciaba comprobar en el semblante de algún lugareño los efectos de su ocurrencia. La ranchera que sonaba en aquellos momentos coincidió con el tintineo campanil, pueblerino, chiquitito, de las nueve.

La plaza vacía bajo el sol generoso, clemente, de mayo. Aquí un galgo tendido a la sombra de una acacia. Allá un gato haciéndose unas abluciones linguales. Almas, ninguna, hasta que Changa se hizo notar añadiendo una coda de bocinazos a las rurales campanadas.

Salió a la puerta una vieja con delantal, vio el vehículo horrendo, se santiguó.

—Tranqui, abuela, que no venimos por usted.

Evangelina González, la Nívea (ganadora del último premio Alambor), prefirió apearse.

—¿Nos puede decir por dónde se va al convento de las espinosas?

La vieja, manos rojizas, boca hundida, señaló con un cabo del delantal hacia la prolongación de la carretera.

—Pallá.

Han nacido en mi rancho dos arbolitos. La ranchera apenas dejaba oír la voz de la vieja, trémula de luctuosas supersticiones. Su mirada octogenaria intentaba atravesar los vidrios polarizados.

—¿Se ha muerto alguien?

Changa, con fingida extrañeza:

—¿Pues?

—No, como vienen ustedes con el coche este.

—Sólo la muerte nos hace profundos.

La vieja no quiso más conversación ni más tratos.

—Ya sabéis ustedes, todo pallá.

Se acogió a su casa atravesando la guardapuerta de canutillos.

Si se viene de Madrid, que es donde residía la mayor parte de los inscritos, hay que dejar atrás Morilla del Pinar obra de kilómetro y medio. La cuesta discurre entre pinos y matorrales, con algún que otro calvero punteado de amapolas. En los troncos rascan las cigarras su concierto multitudinario.

Al llegar a una curva, hay una desviación asfaltada que lleva al convento. Una verja herrumbrosa de grandes dimensiones, siempre abierta, confirma al visitante que aquel es el camino adecuado. Y por si aún quedaran dudas, un cartel en el borde de la carretera se lo termina de asegurar: BIENVENIDOS AL CONVENTO DE LAS HERMANAS SIERVAS DE LAS SAGRADAS ESPINAS DE JESÚS.

Ahí es, a unos doscientos metros monte arriba. Soledad silvestre, laderas que se

alargan cada vez más empinadas hasta unos picachos imponentes, lagartijas y saltamontes, olor a resina de pino, a tomillo y espliego. Ahí se celebran por tercer año consecutivo las Jornadas Poéticas en Casacristo, como se las conoce de broma en el gremio lírico español; las cuales, por motivos tanto publicitarios como de financiación, reciben el nombre oficial de Jornadas Poéticas de Morilla del Pinar.

El coche fúnebre subió el corto tramo de camino hasta la explanada que sirve de aparcamiento. La explanada es un círculo de grava ante el edificio de nueva planta que alberga el centro de estudios. ¿Qué más? Pues eso, que detrás, oculto a la vista, está el convento de las monjas.

—Ya te dije que llegaríamos los primeros, igual que los criados.

—Estupendo. Así tenemos tiempo para una felación.

—Cáscatela solo. No somos pareja.

—Ni lo pretendo, pero ya que has viajado gratis, qué menos que una propinilla.

—Te quedas sin *boutade*. Podías haber venido en cuadriga y lo mismo. Nadie se habría percatado.

—Por muy poetas que sean todos esos gilipollas, en algún momento de las Jornadas dejarán de contemplarse en el espejo y verán el coche.

—Venéralos o peligra tu carrera.

Se apearon. Changa propuso llevar el equipaje a la casa a fin de ahorrar tiempo y posteriores molestias. Sacaron sus respectivas maletas del portaféretros o como se llame. La Nívea sacó además un bolso pinturero de tracería marroquí, un vestido con su percha, un neceser y una pamela, que se caló, y Juanjo Changa, una bolsa de plástico en cuyo interior entrechocaron tres o cuatro botellas.

Los dos poetas tuvieron que esquivar el ciprés que se alzaba/estorbaba en el centro de la explanada.

—Ah, mira, como el de Gerardo Diego. *Enhiesto surtidor de sombra y sueño, que acojonas al cielo con tu lanza*. Gran soneto. ¿Cómo sigue?

—A mí el árbol este me recuerda la polla de un negro de Río de Janeiro. Me quiso hacer un anal con semejante estaca. No, que me rasgas, le dije.

—Tengo entendido que en Brasil les da lo mismo un orificio que otro.

—El caso es penetrar.

Pulsaron el timbre, les abrieron. Entorpecidos de bultos, pasaron al pequeño recibidor. Trascendía un tufillo a pintura reciente. Una monja en hábito blanco y toca negra atendía tras el mostrador. Los acogió con remilgada hospitalidad. La Nívea y Juanjo Changa rellenaron el impreso de visitantes, firmaron y, recibida la llave correspondiente, se encaminaron a sus respectivos alojamientos, ella en el primer piso, él en el segundo. Cosas de la monja.

Estos consistían en habitaciones individuales. Austeridad conventual, paredes blancas, suelos de baldosa. Un cuadro piadoso y una sencilla cruz de madera eran los únicos adornos. Había una cama de barrotes metálicos adosada por un costado a la pared, una mesa estrecha de trabajo, un armario funcional con la superficie de

formica y un cuarto de baño con ducha, inodoro y lavabo con espejo. Ni radio ni televisor. Tan sólo un ejemplar del Nuevo Testamento en el cajón de la mesa y, sobre la almohada, un chocolatín de bienvenida.

La habitación de la Nívea daba a la explanada. Mientras repartía sus pertenencias por las baldas del armario, oyó ruido de motor y se asomó a mirar quién llegaba. Cuero y cascos, dos motoristas. Se apostó detrás de la cortinilla para espiar la conversación.

—La fiambarrera con ruedas significa que ha llegado el mamón.

—Mediocre poeta menor, cabeza visible de la escuela ética. Dicen que el editor le arregla la ortografía.

No faltó una gracieta malvada contra el ciprés antes de entrar en la casa.

—Enhiesta verga de mi tío Hilario, que se empina de aquí hasta aquella peña.

—Continúalo, machote.

—Chorro que a la monjita casi preña, ensartada hasta el fondo del ovario.

—Dirás del útero.

—La rima manda, Carlos.

A lo largo de la hora siguiente fueron llegando más coches. Por evitar el cenizo buscaba cada cual aparcamiento lo más lejos posible del coche fúnebre. A eso de las diez y media, hora prevista para el comienzo de las Jornadas, llegó un minibús con el grueso de la poetada.

—Enhiesto surtidor de gasolina. ¿Cómo sigue?

—Volverán los oscuros cipresales.

—Un respeto a la poesía.

—¿Alguien me presta un hacha?

Entró el rebaño lírico en la recepción arrastrando bolsas y maletas. La lista de asistentes fue creciendo a lo largo de la mañana hasta veinticuatro nombres. A la una y media de la tarde, puntuales para el almuerzo, llegaron en carro tirado por asno Susana Valcárcel y Conchita Arroyo, esta vestida de negro, con botines negros y gafas negras como acostumbra. Se les había averiado el coche dos kilómetros antes de Morilla. Recorrieron el trayecto a pie y en el pueblo se agenciaron el rústico medio de locomoción que la mayoría de los asistentes consideró mucho más extravagante, glamuroso y digno de recordación que la fiambarrera macabra de Juanjo Changa. No hay constancia de que el labriego se enterase de que venían las dos mujeres uniéndose las bocas y manoseándose los pechos a su espalda.

A las cuatro y diez de la tarde se produjo la sensación del día. En taxi desde Valladolid llegó don Mateo Gil Salgado, sesenta y tres inviernos, ciego por accidente de tráfico, acompañado de una joven ricura que tensó bajo los pantalones el ciprés de Silos a más de uno.

Él los previno:

—No os hagáis ilusiones. Vanessita, diles a estos verracos con quién vas a pasar las noches.

—Con usted, don Mateo.

Poco antes de las seis sucedió la primera deserción. El metafísico Carlos R. Garrido (*Obras completas* con sólo treinta y cinco años) se enzarzó en una agria disputa con Ernesto Contreras a propósito de un artículo reciente de este en *Causa Literaria*. El texto expresaba poco entusiasmo sobre un libro de poemas de un favorecido del primero. Hubo en las escaleras que conducían a las habitaciones del segundo piso, junto a una pintura no especialmente lograda del Ecce Homo, discrepancias crecientes que derivaron hacia una esgrima de reproches, seguida de insultos y mordacidades varias, y rematada por un conato de pelea que zanjaron a tiempo dos testigos alarmados por la gritería. Como consecuencia de la disputa, Carlos R. Garrido se subió a la moto y se volvió a Madrid no sin antes dedicar un corte de mangas a la fachada del centro de estudios, como abarcando sin excepción a todos los congregados. Hay ventanas, lo vieron. Desde entonces siete u ocho poetas españoles no le dirigen la palabra.

2

El edificio se fue llenando de voces. De vez en cuando atravesaba los tabiques alguna risotada. En los pasillos y escaleras menudeaban los abrazos, los besos y expresiones de alegría y afecto por el reencuentro. Por todas partes florecían alabanzas.

—Precisamente hemos venido hablando de tu blog. Para mí, de los dedicados a la poesía, el mejor de España. En serio.

—Tu último libro es una maravilla. Y ya sabes que yo no elogio por elogiar.

La madre superiora esperaba con sonrisa de circunstancias en la sala de plenos. Iba para tres cuartos de hora que debían haber comenzado las terceras Jornadas Poéticas de Morilla del Pinar. Entró Juanjo Changa creyendo que.

Llevaba el pelo mojado, pues acababa de ducharse, y se había puesto una llamativa camisa de flores. Vio a la jefa de las espinosas, como contó más tarde, sola al costado presidencial de la mesa (un rectángulo de dieciséis mesas más pequeñas en torno a un hueco) y se salió dejándola no sabía si con un saludo o un bisbiseo de plegarias en los labios.

¿Temió que la monja le preguntara por el coche fúnebre o que le adivinara en el aliento que se había pimplado media botella de ginebra antes de salir de la habitación? A los amigos:

—Quien me conoce sabe que disto de ser alcohólico. Bebo por timidez.

A pocos pasos de la recepción encontró al organizador de las Jornadas, José Manuel Agüero, llamado Lope por su segundo apellido, Lopetegui, de solera vasca, aunque él sólo ejerce de regional patriotismo a la hora de complacer al paladar.

Lope, amigo de diputados y ministros, antólogo, reseñista, miembro vitalicio del jurado de incontables concursos literarios, gozaba de gran predicamento entre la poetada nacional. Llevaba un programa de radio en Madrid desde el que hundía y encumbraba. Las Jornadas eran su idea, su proyecto, su criatura. Nadie habría participado jamás en ellas sin su visto bueno. Nadie. Jamás. Lo comparaban con un cometa que surcase el firmamento seguido de una larga cola de aduladores. Versificador prolífico, corrían rumores de que una vez, hacía muchos años, le salió un soneto pasable, su obra cumbre. Esta era una de esas verdades que no conviene decir en voz alta. Lope tenía y sigue teniendo muchos recaderos.

Cuando Changa, servil, ardillesco, se arrancó a saludarlo, Lope estaba de palique amable con la espinosa de la recepción. Al parecer se le había escapado un requiebro un tanto subido de temperatura y lo andaba puntualizando con aplomo febrífugo para que la del hábito, hembra al fin, aunque metida en años y paños, no creyese que.

Changa lo acometió con exceso de afecto por detrás.

—Pensaba que me agredías.

—Es que la jefa está esperando.

—Entretenla, Juanjo, haz el favor. Dile que ya vamos, que hemos tenido diversas

dificultades por el camino. Háblale de tu estupendo coche negro. Eso sí, echa la cara hacia atrás, no mucho, dos o tres metros, porque la vas a marear como me estás mareando a mí.

Changa juntó tropa lírica por los pasillos del centro de estudios hasta formar un grupo en el que camuflarse. Llevó a los compañeros de género literario a la sala de plenos, donde hallaron a la madre superiora sumida en santa paciencia. La entretuvieron con parla insulsa. El tiempo, los avatares del viaje, elogios a la vida conventual que el setentón de Teodoro Sanz, por decir algo, calificó de envidiable. Changa se extrañó.

—Oye, pues métete a cartujo.

Teodoro Sanz replicó como si le hubieran clavado de improviso un alfiler:

—¿Estás loco?

Y la monja intervino conciliadora, benevolente:

—Piénselo con detenimiento, señor Sanz. Conviene que no desaprovechemos las ocasiones de agradar al Señor.

Iban entrando en la sala nuevos asistentes a las Jornadas Poéticas, ojerosos y mal dormidos algunos de ellos. Se repartían en torno a la gran mesa con criterio común de alejarse de responsabilidades presidenciales y del engorro de dar conversación a la monja. Entró, a todo esto, Lope. Nada más verlo, a la madre superiora se le iluminaron las facciones. Por fin llegaba algo de autoridad, de orden y sentido. A Lope, única corbata de la concurrencia, no le faltaban mañas de lisonjero.

—Está usted igual de guapa que hace un año.

La monja le salió quejica.

—Ay, señor Agüero, ¡si yo le contara! Tengo días en que los cálculos biliares no me dejan respirar. Me consuelo pensando que Dios Padre me pone a prueba.

Lope sacudió una campanilla que se sacó de un bolsillo de la americana. Hecho el silencio, mandó sentar de una mirada torva a los pocos que aún permanecían de pie.

—Tiene la palabra la madre María Antonia.

La monja le sacaba palmo y medio al chaparro de Lope. Enlazó manos; comprobó que el crucifijo, en la pechera del hábito, colgaba del lado correcto; saludó y dio la bienvenida con lenguaje pulido, sazonando su intervención con muecas bondadosas, una cita de la *Vida de Jesús*, de Fray Luis de Granada, y dos de San Juan de la Cruz; empezó a aburrir, debió de notararlo, pues sin mayores rodeos abordó el desenlace del discurso. Fue entonces cuando, a modo de despedida, comparó la vocación poética con la sacerdotal, añadiendo que a semejanza de los ministros del Señor los poetas se dirigen al alma de las personas; por último deseó a los concurrentes unas jornadas fructíferas y una agradable estancia en la casa. La poetada le manifestó reconocimiento mediante golpes de nudillo sobre el tablero de la mesa. Visiblemente complacida, la madre superiora abandonó la sala.

Tomó a este punto Lope la palabra. Bien oiréis lo que decía:

—Ruego a todos los presentes, por este orden, silencio, contención y más

silencio, pero sobre todo calma. ¿Recordáis que el primer año las Jornadas empezaron con un ligero retraso? Si mi memoria no falla, catorce minutos tarde. No quiero exagerar: trece. La vez última, media hora, nos perdimos el café matinal, reconfortante. Hoy nos hemos superado en punto a impuntualidad. Tal vez el año que viene lleguemos para la cena y otros un día después. Va un poco de información antes de emprender tareas. Aunque seamos poetas venimos a trabajar. Se han apuntado veintiocho de diez mil que hay en España. Alguno está por llegar. Tiempo habrá en los días próximos de conocer a los nuevos y estrechar quizá amistad. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Veis que vamos en aumento. Seríamos muchedumbre si dejáramos venir a todo el que lo pretende, pues ha corrido la voz que estamos de vacaciones bebiendo y comiendo gratis, lo cual no es del todo cierto si bien en parte es verdad. Me llamaron al móvil unos cuantos presuntos genios sin obra propia que avale su talento y vocación, pero a mí no me la dan. Distingo un poeta auténtico a cien metros de distancia con sólo verle los ojos, los andares y la ropa, y se me acaban las dudas si además se pone a hablar. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Gastos de viaje y bebida se los paga cada cual, más un fondo de diez euros para la tradicional, la succulenta paella que preparará mañana por la noche, hacia las diez, como en años anteriores, el compañero Balboa, gran poeta del arroz, del pollo y del azafrán, que para eso nació en Burgos. La paella y la sangría, más la fiesta posterior con la venia de las monjas, obligatorias no son. A quien no asista lo espera oscura noche de ayuno, a menos que se abastezca por su cuenta de comida o salga a cazar al bosque, donde hay ricos saltamontes, víboras, lagartos, grillos y lo que dejen las aves carroñeras de la zona. La cocina está cerrada por motivos paelliles; las ollas, aletargadas, y el servicio, dispensado. El pago de los diez euros es no obstante obligatorio, se haga aprecio o no se haga del arroz del chef Balboa, para subvenir a gastos de material de oficina, fotocopias y otras cosas. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Como nadie ignora, creo, mas me place repetirme, entre la casa de estudios destinada a las Jornadas y el convento de las monjas media un ameno jardín con dos muros laterales y otro idéntico en el centro. Pisar el jardín se puede, recorrerlo, meditar entre las rosas fragantes, hablar con los estorninos, fumar un porro y por mí, con la debida decencia o, si queréis, disimulo, darles placer a los cuerpos. Menos risas, por favor. En cambio, quien salte el muro o solamente lo intente y saque de su sosiego a las madres espinosas, me las incordie o asuste con su mundana presencia donde no ha sido llamado, verá la senda que nunca va a volver a pisar y tendrá que despedirse, con un puntapié en el culo, de las Jornadas Poéticas hasta el año treinta mil ochocientos veintitrés. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Los jornaleros poéticos no perciben honorarios. Ministerio de Cultura y gobierno regional corren a partes iguales con los gastos derivados de la cama y el condumio de los ilustres poetas. Piden pruebas de asistencia activa para evitar parásitos y gandules, por lo que hay que presentar en forma fotocopiada, antes de acabar el mes, versos, ponencias, etcétera, con firma mía y el sello del convento validado por la madre María Antonia. Quien no figure con

nombre de pila y dos apellidos en la suma de trabajos recibirá una factura. Ignoro la cantidad, tampoco me importa mucho pues no tengo la intención de tumbarme a la bartola los días de las Jornadas. El que quiera que se esconda, no pienso buscar a nadie. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo, aunque ya voy terminando. Desde el otoño pasado se han producido debates, con intercambio de insultos, reproches y acusaciones, en revistas y periódicos, en internet y la radio, entre adeptos de las dos corrientes que el panorama poético actual de España dominan, según parece. Si hubiera bajo este techo metafísicos poetas o de los comprometidos, motejados realitas, les mando un severo aviso: no quiero guerras aquí que estropeen las Jornadas. Quien quiera promocionarse, armar bronca o promover rencillas y enemistades, que se suba a la montaña esa que tenemos fuera y dé gritos a la aurora; que se tire finalmente de cabeza al precipicio, que seguro lo recogen en el aire sus amigos. Y acabo mi intervención cediéndole la palabra al profesor catedrático don José Luciano Mínguez, nuestro ponente invitado, a quien doy la bienvenida. El tema, como sabéis, es la belleza poética. ¿Un concepto, una ilusión, una patraña de artistas? ¿Quién se atreve a definirla? ¿Cómo la reconocemos? ¿Se puede vivir sin ella? Trabajaremos en grupos esta tarde y expondremos las diversas conclusiones antes de tomar la cena o después, si es necesario. Escuchemos lo primero de todo las enseñanzas que nos transmita al respecto don José Luciano Mínguez, entendido en la materia. Adelante, profesor.

Mínguez, rechoncho, calvo, miope, entró en el hueco central sacando pecho por la vía de hundir la barriguilla y subirla con decidida resolución de apretujarla detrás de los pulmones, lo que habría conseguido si no fuera porque se le bajó de repente a su sitio cuando tuvo que respirar. Comenzó su disertación con voz de pito:

—Buenos días a todos. Permítanme, a modo de preámbulo, que me remonte a los tiempos prehistóricos, en concreto a la época de las pinturas rupestres. Como sabrán...

Juanjo Changa había levantado la mano. Mínguez calló. A su espalda, Lope, mirada severa, preguntó:

—¿Qué pasa, Juanjo? ¿Por qué interrumpes?

—No, es que quería saber a qué hora es la comida.

3

Se arracimaron, bisbiseantes, tres de la corriente metafísica al fondo del pasillo: Dámaso Carranza de León, Eugenio Alpuente y Andreu Viñals. Durante la fea charla de Mínguez sobre la belleza, los tres habían estado, cada uno por su parte, entretenidos en el examen del ganado poético. Acordado que formarían grupo de trabajo, bajaron a almorzar en el refectorio de visitantes. Como alrededor de la mesa cabían cuatro, se les añadió el machadiano (en el buen sentido de la palabra) Balboa, que no se entera de nada, usa gafas de culo de vaso y habla poco, de ahí que no se mostrasen remisos a su compañía.

El trío metafísico consideró en voz baja, con abundancia de sobrentendidos, la posibilidad de adornar la tarde con alguna mujer propicia. Habían resuelto escribir su texto en el bosque, monte arriba, donde Alpuente conocía del año anterior un rellano con una mesa y dos bancos de madera sin desbatar. Del concepto de bosque pasó al de follaje y de este, a la idea de camelar a una hembra por si se le podía extraer beneficio concupiscente. No vieron, sin embargo, la ocasión de abordar a ninguna sin rozarse con los cabrones prosaicos del pueblo realita, que, como más llanos, directos, extravertidos, las tenían en aquellos momentos acaparadas.

Carranza de León se ofreció a esgrimir unos favores pasados para atraer a la Nívea. Alpuente se opuso:

—Ni en pintura. Tendríamos que estar midiendo todo el rato las palabras. Esa tía es un periódico.

Y Viñals aportó el dato que definitivamente la descartaba:

—Está además en una antología de ellos con unos versos en prosa garrapateados, supongo, para la ocasión.

—¿Amalia Solórzano?

—Dámaso, por Dios, no seas perverso. ¡Le faltan tres navidades para los sesenta!

—¿Quién queda? La Muro.

—Eso no es una mujer, sino una charcutería.

—¿Y la Valcárcel?

—Esa no requiere huevos para hacer la tortilla.

—A este paso crecerá la paja a nuestro alrededor.

Toparon en la explanada del aparcamiento con Juanjo Changa, que estaba vomitando arrimado al ciprés. Medio oculto tras el tronco, no lo pudieron esquivar. Changa, mirada ausente, camisa de flores, mostró deseos de unirse al grupo. Dijo/farfulló:

—Estoy bien. Es que mi filete estaba aceitoso.

—Te tambaleas, Juanjo. Necesitas una siesta. El pijama ya lo tienes puesto.

—Sólo os pido que me dejéis firmar vuestra ponencia.

—¿Y si no compartes las premisas ni los postulados?

—Las comparto, lo juro. Cualquier cosa menos que Lope me endose una factura.

—Mejor sujeta el ciprés para que no se caiga.

—Entiendo. Vais a meteros unos chutes de calidad.

—Vamos en busca de un más allá de nosotros mismos. ¿Captas?

Lo dejaron maldiciendo. A punto de adentrarse en el sendero que subía por la ladera, lo oyeron berrear por detrás con las eses deshiladas:

—Os deseo la muerte.

De ahí a poco entraron en las sombras del pinar, Andreu Viñals con su pequeño ordenador portátil. Chirrido incesante de cigarras, fragancia campestre, la tierra arenosa del sendero cubierta de pinocha. Desde los claros se volvían los tres poetas a contemplar el paisaje, generoso de lejanías onduladas. Trenzaban sus impresiones con verba ornamentada de arrequives poéticos. Repicó ahí abajo (lágrimas sonoras) la campana de las espinosas; le contestó poco después, con tintineos atenuados por la distancia, la de Morilla del Pinar.

Los tres poetas tomaron asiento en torno a la rústica mesa. Alpuente se quejó:

—Este año ha venido mucho izquierdilla.

Dámaso Carranza de León dio una palmada al grueso tablero moteado de liquen.

—¿Y qué? No estamos en el Parlamento.

—Sí, pero de todos modos habrá que soportarlos.

—Amigos, hagámonos oír esta tarde. Sabemos mucho más que ellos de la belleza, de cualquier clase de plenitud, trascendencia y sentimientos puros. Están pringados de historia y política esos zafios albañiles de la literatura.

—¡Qué exaltación la tuya! Oye, Dámaso, no pretenderás trabajar en serio, ¿eh?

—Por supuesto que no, pero no podemos dejar pasar esta inmejorable oportunidad de humillarlos.

Andreu Viñals, entretanto, había encendido el ordenador. Anunció a sus compañeros que ya estaba listo y le podían dictar.

—¿Dictar qué?

—Lo que sepáis sobre el concepto de la belleza poética.

Alpuente, jactancioso:

—Lo sabemos todo. No por casualidad quien os habla es el autor de *Matinal de la hermosura*, poema que un crítico madrileño en absoluto tonto y del que ni siquiera soy amigo eligió como uno de los mejores de la década. ¿Por qué tengo yo ahora que exponer mis recetas ante el pelotón de nulidades? Que se conformen con la perorata de Mínguez.

Carranza de León insistía en dar una lección a los adversarios. Dijo:

—A ver, Andreu. A ti que te tira tanto la teoría, ¿no se te ocurre la manera de dejarlos pasmados? De verdad que con este calor se hace difícil el ejercicio del pensamiento. Mira si guardas algún ensayo en los archivos de donde podamos cortar una tajada.

—Tengo una reflexión de ochocientas quince palabras que publiqué el año pasado en la revista de la universidad, pero es sobre armonía en relación con el lenguaje

poético.

Alpuente se entusiasmó.

—Cojonudo. Pon belleza donde dice armonía y tenemos la tarde libre.

—No es exactamente lo mismo.

—Se parecen. Belleza, armonía. Armonía, belleza. Mandarina, clementina. Ni se enteran.

Andreu Viñals sacudió, escéptico, la cabeza.

—Hay otro problema. El texto está redactado en catalán.

—Pues ponlo en cristiano.

—Pensaba que formábamos un equipo.

Carranza de León:

—¿Qué culpa tenemos de que seas catalán? Algún día España se independizará de Cataluña. ¿No pensarás que vamos a estar aguantándoos eternamente? Entonces infinidad de trámites se simplificarán. Traduce, primo, mientras Eugenio y el menda recorren las áridas tierras de Castilla en busca de setas psicotrópicas, si es que las tales setas existen por estos andurriales como afirma aquí el experto en vicios insólitos.

—Pues claro que existen. El año pasado me pasé los tres días de las Jornadas en constante levitación. Desde entonces no me ha venido una racha productiva igual. Con esa esperanza he vuelto.

Y se arrancó a declamar con gesto de místico en trance:

*Tremor de cielo
abierto,
de cielo muerto. La tierra
impalpable desconoce la arquitectura
del sufrimiento. Los pájaros
duermen
en la realidad
que no
existe.*

Dejaron a Viñals atado a la tarea de despachar él solo la ponencia mientras ellos rastreaban el monte en busca de un antídoto a la vulgaridad. Desde una roca saliente, a unos quince metros ladera arriba, vieron al poeta catalán pulsar con ágiles índices las teclas de su ordenador. Eugenio Alpuente ironizó:

—La hacendosa Cataluña.

—¿Estás seguro de que era por aquí? ¿No me harás subir hasta la cima?

—Hay que buscar la sombra.

Se engolfaron en un pliegue del terreno. Sobre sus cabezas, un techo de ramas tupidas filtraba la luz del sol. Carranza de León trató en vano de atrapar una ranita

pálida. Se arañó la mano en unos pinchos. Juró, maldijo, despotricó contra la naturaleza. A los gritos del poeta lastimado echó a volar de unos matorrales próximos un ave gorda, colorada, despavorida. No era un pato. No era un ganso. Ninguno de los dos poetas la supo nombrar. Urbanitas sin remedio. Transcurrieron diez minutos. Transcurrieron otros diez. Carranza de León empezó a desanimarse.

—Aquí no hay seta que valga. No será la época. Mejor nos metemos una línea de perico con el catalán, que se la tiene merecida.

—Ese placer yo lo reservaría para cuando haya hembras a mano.

—Follar es sucio, Eugenio. Follar es húmedo, gelatinoso, mucho menos práctico que la masturbación.

—Todo es pajearse, amigo Dámaso. Te la puedes menear solo o con el auxilio de un cuerpo ajeno.

Así hablando en medio de aquellas verdipardas soledades, Alpuente pateó un tronco caído. La madera podrida se deshacía con facilidad. Lo voltearon entre los dos. Se produjo en la sombra recóndita una escurribanda de bichejos. Una colonia de hongos amarillos se apretaba en la corteza putrefacta.

—Estos son.

—¿Seguro?

—Yo diría que nos estaban esperando. Míralos todos juntitos, tan formales, tan silenciosos. Parecen niños en espera de recibir la comunión.

—Supongo que no desconoces la existencia de setas venenosas.

—Si temes la aventura, mejor enciérrate para siempre en tu casa.

—Las probaré después de ti. ¿Cuáles son tus flores preferidas?

—Me pones unos crisantemos y voy que chuto.

Eugenio Alpuente reunió una docena de hongos sobre el pañuelo moquero. Los desprendió con ayuda de un trozo de corteza. Al cabo de un minuto, los hongos ya se estaban arrugando; se torcían como deprimidos y su color amarillo ya no era tan pleno ni tan claro.

Dijo, acercando el pañuelo a la nariz de Carranza de León:

—Huele.

Carranza olisqueó receloso. Alpuente se mofó:

—Te gusta vivir, ¿eh? Te aferras a esta absurda experiencia que nos impusieron nuestros progenitores a cambio de un segundo de goce por parte de padre.

—No noto ni aroma ni pestilencia. No noto nada.

—Porque no tienes fe.

—Deberíamos darle uno al catalán para ver qué pasa.

—Mala idea. No tenemos a otro que nos haga el trabajo.

—¿Y si probamos con Juanjo Changa? Seguirá agarrado al ciprés.

—A ese no lo mata ni medio kilo de cianuro. Pero descuida, yo cataré los champiñones. Me compré una moto para matarme en la carretera y no lo he conseguido. Lo intentaré con un deleite mortífero.

Así hablando, bajaron de vuelta al rellano, donde Andreu Viñals, sentado a la mesa, les anunció que acababa de terminar la traducción. La había recompuesto, dijo, de tal forma que pareciese escrita ex profeso para las Jornadas. Sólo faltaba imprimirla y darla a conocer por la noche, durante el turno de ponencias. Preguntó si alguno se ofrecía a leerla.

—Tendrás que encargarte tú mismo. La razón es muy simple. Eugenio se va a suicidar dentro de cinco minutos y yo estaré toda la tarde y parte de mañana componiéndole un réquiem en versos alejandrinos con rima consonante ABBA.

Alpuente desplegó el pañuelo sobre la mesa, desmenuzó con los dedos uno de los hongos y, tras mezclar las partículas amarillentas con una porción generosa de marihuana y unas hebras de tabaco, lió un porro. Los otros declinaron.

—Cobardes.

Carranza de León le dijo:

—Si no palmas, nos apuntamos al experimento.

Encendido el porro, Alpuente le daba largas y parsimoniosas caladas ante la mirada atenta de sus dos compañeros de corriente poética. Bromeaba poniendo los ojos en blanco, simulando temblor, haciendo como que se moría de repente. Fumó hasta notar la quemadura de la brasa en los labios.

—Resumiré mis sensaciones. Seca mucho la boca, no marea, no hace reír. Quizá tengas razón, Dámaso, y no se trate de los mismos hongos que consumí el año pasado, en este mismo lugar, en compañía de Charli Garrido. Aquellos tenían un toque como de vainilla, dulce y aromático; estos saben directamente a esperma rancio.

Viñals:

—¿Desde cuándo conoces tú el sabor del esperma?

—Cuando tengo algo que celebrar, practico el contorsionismo solitario.

Carranza de León:

—Lo que yo pienso es que estos hongos son comestibles. O sea, ni psicotrópicos, ni venenosos, ni pollas en vinagre. Cualquiera día te los encuentras en un supermercado a tres euros cincuenta el kilo.

Eugenio Alpuente no dudó en introducirse uno entero en la boca y, tras breve masticación, tragarlo. Segundos después, como queriendo demostrar a sus amigos que no existía el menor peligro en lo que estaba haciendo, masticó y se tragó un puñado. Dedicó los siguientes dos o tres minutos a bromear. De pronto, seriedad, palidez, se derrumbó de pechos sobre la mesa. Sus amigos pensaron que fingía. Que qué mal actor era. Hasta que comprobaron, hostia, que a este le pasa algo grave. trataron de acostarlo sobre la mesa. Pesaba demasiado. Decidieron entonces tumbarlo con cuidado en la tierra. Alpuente susurró con lengua pastosa:

—Lo veo todo azul.

—Claro, como que estás mirando el cielo.

—También a vosotros os veo azules. Parecéis agua de piscina.

El taxista se apresuró a abrir la puerta trasera y ayudó a bajar, a bajar un poco más, a seguir bajando, a terminar de bajar a Mateo Gil Salgado. Gafas oscuras, cabellos blancos, gorra marinera. Los primeros pasos, qué inseguros. Ese hombre se va a caer. Se aferró por fin a un brazo del taxista. Tentaba el suelo con la contera del bastón.

Se abrió la otra puerta trasera. Por ella asomó un piececillo metido en una bailarina negra. La maravilla tomó a continuación forma de pierna esbelta. Surgió un duplicado. Dos maravillas de piel y curvas. Y quien tuvo la fortuna de hallarse en aquel instante asomado a la ventana pudo admirar un palmo de muslos lozanos. Daban ganas de felicitar a la naturaleza.

—¿No salen a recibirnos?

—No veo a nadie, don Mateo.

El taxista había depositado el equipaje en el suelo de gravilla. Adiós, hasta el viernes, y emprendió la marcha sin demora.

—Vanessita, ¿qué ves?

—Pues está la casa con tres hileras de ventanas. En la pared pone: Centro de Estudios Siervas de las Sagradas Espinas de Jesús. Hay una estatuilla en una oquedad, encima de la entrada, y aquí, delante de nosotros, un árbol como en los cementerios.

—¿Qué clase de árbol?

—No sé de botánica, don Mateo. Yo diría que un pino, pero en largo. Alguien ha vomitado al pie del tronco.

—Bueno, Vanessita, ahórrame los detalles. Ve a la casa, haz el favor, y busca quien se encargue de nuestro equipaje. No tardes, que pega muy fuerte el sol.

La chica se encaminó a la entrada. Con juvenil encanto (¿creyó/sabía que la estaban mirando?) sacudió la melena. La voz áspera del ciego la alcanzó por la espalda:

—Y mira con quién hablas. Ya te he dicho que estos congresos son un semillero de sinvergüenzas.

La monja de la recepción sonrió aconsejadora. Que preguntase en el jardín. La chica asomó el morrito por una puerta que se abría a un espacio de hierba y margaritas cercado por un seto, con un castaño de Indias, dispensador de sombra, en el centro. Bajo el árbol, separados por el tronco, fumaban y debatían dos grupos de trabajo.

—Estamos perdiendo el tiempo. Lo que es bello para mí no tiene por qué serlo para los demás.

¿Quién es esa monada?

Todos a un tiempo volvieron la vista hacia el lugar donde una voz dulce, con cristalina, eufónica timidez, acababa de preguntar si por favor le echaría alguien una

mano para traer a la casa el equipaje de don Mateo Gil Salgado. Añadió que dos personas bastaban para. Demasiado tarde. Una comitiva de siete solícitos poetas, metidos aceleradamente a mozos de cuerda, corrió a escoltarla hasta la explanada. El único que permaneció sentado en la hierba, con cara de no entender lo que ocurría, quizá duro de cintura o inmóvil por el lumbago, qué más da, fue Tadeo Balboa.

Felipín Cárdenas formuló la pregunta que a todos picaba en la punta de la lengua:

—¿Eres la novia, la secretaria, el lazarillo de Gil o qué eres?

Los rasgos agraciados de la muchacha enrojecieron.

—Pues sí, estamos juntos. Don Mateo me daba clases en la universidad antes de quedarse ciego. Es muy bueno conmigo.

Uno, socarrón:

—Aquí todos vamos a ser muy buenos contigo.

Otro:

—Si gustas a Gil Salgado, que no puede verte, imagínate la impresión que causas a los que sí te podemos ver.

Hasta salir del centro de estudios la fueron cubriendo de requiebros, comiéndosela con la mirada. No faltaron ojos encendidos de deseo en una ventana del primer piso.

—Sílfide prodigiosa.

Hacia poco rato que Conchita Arroyo y Susana Valcárcel se habían levantado de la siesta. Desnudas, la primera escudriñaba furtivamente la explanada; la segunda se estaba cepillando los dientes ante el espejo del baño.

Durante las Jornadas del año anterior comprobaron que podían pernoctar en una habitación si prescindían de la cama, demasiado estrecha para dos durmientes, y emparejaban los colchones en sentido transversal sobre el suelo. A fin de ganar el espacio necesario, trasladaron al poco de su llegada, a la habitación sin ocupar, el armazón de hierro y el somier.

La que miraba por la ventana era Susana Valcárcel.

—Me sulfura ver a todos esos babosos a su alrededor.

Conchita Arroyo, al pronto, interpretó erróneamente las palabras de su pareja.

—No me digas que sigue echando la pota.

—No es Juanjo quien altera la paz del campo.

—Entonces, ¿de quién coño hablas, cariño?

—Del bombón que ha traído este año el ciego.

Conchita Arroyo se acercó a la ventana pasando, no había otro remedio, por encima de los colchones. Siete poetas de distintas edades y tendencias discutían sobre la manera de trasladar con catorce manos tres bolsas y una maleta. Por delante de ellos, la hermosa Vanessa guiaba al poeta sesentón de Valladolid cogido de un brazo.

—Esa criatura es una fuente inagotable de placer y quizá no lo sabe.

—No creas que te pertenece porque la has visto primero. Mucho cuidadito con cornearme, Susa. O nos la comemos las dos a medias o ninguna.

—Le calculo diecinueve abriles, a lo sumo veinte. Me pongo húmeda de sólo contemplarla.

—Susa, que te conozco. Susa, no seas marrana. Mira que te hago un chirlo en la jeta, Susa. Un chirlo que no te atreves a salir a la calle en tu puta vida.

Forcejearon las dos mujeres en cueros junto a la ventana; cayeron enlazadas sobre las sábanas revueltas y se lanzaron a besarse con rabia, empujando una lengua a la otra con intención ostensible de hacerse daño.

—Cabrona.

—Puerca.

Mientras tanto, Mateo Gil Salgado despotricaba en la recepción porque la monja no le podía conceder una habitación contigua a la de Vanessa.

—Joder, pues pónganos en el desván. O en el tejado. ¿Cómo voy a valerme solo?

La indelicadeza verbal del ciego intimidaba a la monja. Esta llamó asustada a la madre superiora por teléfono en solicitud de instrucciones. La religiosa que se puso al aparato en la portería del convento comunicó que la madre María Antonia, en aquellos momentos, no podía atender la llamada.

Mateo Gil seguía refunfuñando.

—Hágase cargo. Necesito a Vanessita a mi lado todo el tiempo. ¿No comprende usted que veo por sus ojos? ¿Cómo me las ingeniaré en el retrete sin su ayuda?

A la monja se le había parado un gesto de estupor en la cara. A pocos pasos, el séquito malicioso de poetas disfrutaba de la escena, menos uno que prudentemente había salido en busca de Lope. Vino Lope con una falda de la camisa por fuera del pantalón. Saludó potente, aplomado, jefazo. El ciego se serenó.

—Mateo, ¿con quién vienes?

—Vanessa Rincón, mi asistente, mis ojos, el amor de mi vida y una poeta cuyo talento dará que hablar.

—Bienvenidos. Y ahora dime, ¿por qué razón he sido sacado de la siesta?

Mateo Gil Salgado razonó exigencias, expuso situaciones. Hasta que Lope lo agarró del hombro de la arrugada americana como diciéndole: ya basta, cállate. Dispuso a continuación que les fuera concedida a los recién llegados una habitación provisional hasta tanto se les pudiera dar gusto, para lo cual no habría más remedio que reacomodar a alguno de los asistentes. Lope prometió ocuparse del asunto durante la tarde. Al fin, la marcha intempestiva de Carlos R. Garrido zanjó el problema.

También intervino Lope para que fueran dos poetas y no siete quienes subieran el equipaje de Mateo Gil y Vanessa a la habitación. En el momento de despedirse, Felipín Cárdenas hizo amago de besar a la chica; pero esta, rápida de reflejos, lo esquivó.

Mateo Gil, sentado en el borde de la cama:

—Vanessita, mi vida, ¿con quién cambiabas susurros?

—Sólo he dado las gracias a los que nos han subido el equipaje.

—Siéntate en mis piernas, no seas tan desapegada.

La chica tomó asiento sobre un muslo del ciego, sus piernas entre las de este, y le rodeó delicadamente el cuello con sus brazos.

—Acerca los pechitos, que quiero olerte. ¡Qué bien hueles, hija mía! Dame un poco de ternura. Necesito que se me olvide el incidente de hace un rato.

El ciego, estático, se dejó quitar la gorra marinera y la americana.

—Soy el hombre más triste del mundo. ¿No te doy pena?

—Ay, don Mateo, no diga eso.

—Lo que es por mí me habría quedado en Valladolid, pero te di mi palabra de tutelar tu carrera literaria y estoy cumpliendo. Anoche le mandé tres mil euros a tu madre. Ya ves, hago lo que puedo. ¡Como se enteren mis hijos!

—Es usted el hombre más bueno que conozco.

Le pidió que se pusiera de pie. La chica obedeció.

—Tengo que tocarte, Vanessita. Por delante, por detrás y por todo. Si no es con las manos, ¿cómo te podría conocer?

Empezó por los tobillos, tentando con suavidad hacia arriba por curvas y recovecos. La chica, abierta de piernas, se dejaba acariciar.

—¡Qué bella debes de ser! Me lo dicen las manos. ¿Verdad que eres muy bella?

—No estoy mal, don Mateo.

La atrajo hacia sí para estamparle un beso lento en el cuello y decirle al oído:

—Mira si encuentras la Viagra en alguna de las bolsas.

En la planta baja del edificio, entre el refectorio y la capilla de visitantes, la poetada disponía de un cuarto para la exposición y venta de libros. Muebles, los justos: una mesa larga adosada a la pared y unas pocas sillas. Ventanas, una, pequeña, hacia la explanada del aparcamiento. ¿Adornos en las paredes? Demasiados: seis escenas bíblicas pintadas al óleo sobre lienzos sin enmarcar. Se conoce que una espinosa, libre de crítica constructiva y por supuesto severa, ejercía de pintora. Más pruebas, en los pisos superiores. A Felipín Cárdenas le tocó un cuadro en su habitación que le recomía los nervios. Algo dijo de unas llagas. Para poder dormir lo tuvo que esconder boca abajo en el armario.

Cada cual podía colocar sobre la mesa tantos ejemplares de sus obras como creyera oportuno. ¿La finalidad? Que los asistentes los ojearan y llegasen tal vez a un acuerdo de compra con el autor. Se practicaba de ordinario el trueque.

Completaba el conjunto medio centenar largo de volúmenes que Lope vendía con un diez por ciento de descuento por encargo de una librería madrileña. Poesía de todos los tiempos, española y traducida, antologías, ensayos monográficos sobre asuntos estéticos, manuales de métrica, biografías y demás.

A Lope no le hacía gracia que le preguntasen si recibía comisión. Replicaba despechado:

—¿Por qué no te encargas tú la próxima vez si piensas que es tan buen negocio?

En años precedentes hubo quejas porque desaparecían libros. Se creyó que algunos se los llevaban a las habitaciones para leerlos en apacible recogimiento y después los devolverían, pero no. Había, pues, mala fe y choriceo de líricas mercancías. Y ¡menudas protestas! Unos cuantos, confianza rota, no quisieron volver. Lope costeaba los libros hurtados con parte de la subvención oficial.

La idea de dejar sin vigilancia los libros y la caja metálica de caudales fue del director de la Jornadas. En cierta ocasión (años noventa o por ahí), Lope fue invitado a un encuentro internacional de poetas en Copenhague y, claro, viaje, manutención y alojamiento pagados, fue. Según su relato, lo pasearon a él y a otros representantes de la poesía entonces actual europea por una isla y vio. ¿Qué vio? Esto: que en el borde de la carretera, ante casas que él denominaba de campo, los vecinos colocaban unos tenderetes con cerezas, patatas, tarros de mermelada y demás. El viajero interesado detenía el vehículo, se apeaba, estudiaba el género, elegía el producto y depositaba el dinero dentro de la caja, se entiende que en ausencia de pupilas controladoras. En la caja dormían billetes y monedas. Y como quiera que quien pastoreaba a Lope no llevaba suelto aquella mañana, acostó 500 coronas de papel y fue despertando uno a uno a los billetes menores y las monedas hasta reunir las vueltas justas.

Y entonces Lope, cegado por una fe súbita en la bondad del alma humana y sin reparar en riesgos, resolvió importar la honradez a su país. A dicho fin la introdujo en sus queridas Jornadas, con los resultados antedichos. Conque en la tercera edición

hubo acuerdo colectivo de poner coto a la proverbial picaresca hispana. No sabía nadie cómo: es usanza tan arraigada. Hasta que le vinieron a pedir a Lope que quitase de en medio a Amalia Solórzano, pues se estaba poniendo más insoportable que de costumbre y ya es decir.

La encontró tumbada en el suelo de la capilla. Las lágrimas le habían desbaratado la sombra de ojos. Lope conocía su pasado trágico. La respetaba.

—¿Qué haces, Amalia?

—Déjame en paz.

—¿A qué has venido a la capilla? Tú no has rezado nunca.

—Me desprecian y tú sin enterarte.

Se arrancó a llorar. Sollozos, patadas al aire, histeria. Con el pataleo volaron los zapatos. De tacón, rojos. Y medias negras de nailon. Lope se acuclilló a su lado. Un poco la consolaba, otro poco la reñía, aunque con tacto, mimándola hasta que finalmente la convenció para que tomara asiento.

—Exijo un milagro. Como lo oyes. Le doy a Dios diez minutos. Ni uno más. Como pase ese tiempo y no haya hecho nada, me suicido.

—En mis Jornadas no se suicida nadie.

—Yo me suicido donde me da la gana.

—No merezco que me hables en ese tono. Recuerda que he sufrido contigo.

—Sí, pero ahora te pareces a ellos.

—No habrá milagro que te devuelva a tu hija. Y haz el favor de respetar el sitio. Las monjas que nos acogen no tienen culpa de nada.

—Me iré a los pinos y adiós. Así no estorbo en las puñeteras Jornadas. Y no dejes que me descuelguen, José Manuel. Deseo que me coman los buitres. Es mi última voluntad. Deseo convertirme en buitre y comer carroña y tener un pico con mucha punta para sacarles los ojos a los cabrones que has invitado. ¿Por qué invitas a gente que no tiene ni talento ni corazón?

La fue sosegando poco a poco. Le pasaba la mano por el pelo, le acariciaba la barbilla, la padreaba con palabras tiernas. Discretamente le abrochó un botón del escote.

Ella, ¿suplicante, autoritaria?:

—Bésame en la boca.

La complació. Para Amalia Solórzano el beso tuvo un efecto balsámico.

—Tienes que protegerme, José Manuel. Este año has permitido que venga mala gente. Prométeme que me protegerás.

Un rato antes, Lope había mantenido conversación con alguno de los implicados y sacado sus conclusiones. Amalia, cincuenta y siete años, poeta minimalista (erotismo, amor, soledad, desengaño), de joven muy premiada, ahora menos, carnosa, robusta, tan pronto jovial como depresiva, se había sentido ninguneada.

Tras la comida se retiró a dormir. Quizá debía haber resuelto antes de acostarse el asunto de su incorporación a un grupo de trabajo. No es que quisiera trabajar. A los

que estaban a su lado durante la exhibición erudita de don José Luciano Mínguez les dijo categórica, adusta:

—Yo la belleza me la meto por el ano para usarla de laxante.

Se levantó de la siesta, se acicaló, estaba de buen ánimo y nadie la quería. Estos le dieron largas. Aquellos, menos compasivos, la rechazaron sin tapujos. Aquí le dijeron que lo sentían de veras pero el grupo estaba ya completo. Allí la aconsejaron que preguntara a los del jardín; los cuales, a su vez, le sugirieron que hablase con los reunidos en la sala de plenos.

Nadie la quería.

Nadie.

Y es que Amalia Solórzano, temperamento inestable, ensombrece las conversaciones, se explaya en problemas. Llega con todo su pasado doloroso; con su hija muerta, Marta destrozada, Marta rota en los atentados de 2004. Transmite pesadumbre, baja la moral. En una palabra, molesta. Y quien está al cabo de la calle, se pone a resguardo en cuanto ve venir a la madre desgarrada. Los hay que se apiadan, pero tarde o temprano Amalia Solórzano puede con la capacidad de aguante de todos.

Se apostó con ira y con ganas de injuriar y zaherir en uno de los tramos de escalera que unen la primera con la segunda planta. Estuvo gritando sola un rato. Y a todo el que pasaba por su lado le soltaba una insolencia. Carlos R. Garrido la empujó contra la pared.

Lope se lo afeó en un aparte:

—Sabiendo como sabes de su trastorno, ¿no la podías torear con diplomacia?

—¿Aquí qué se celebra, unas Jornadas Poéticas o una reunión de deficientes mentales? Si quieres que estos días tengamos paz, ¿por qué no la encierras?

A Lope, el desplante del pulguillas le inspiró una idea y, sin pérdida de tiempo, la llevó a cabo; eso sí, con maneras suaves, con halagos y caricias, y sin cerrar la puerta. Metió a Amalia Solórzano a vigilar los libros.

—Sólo Tadeo, por la paella, y tú, a cargo del puesto, estáis dispensados de cualquier otra tarea. Y guárdate de ir por ahí contando que gozas de prerrogativas. No me alteres el avispero.

—¿Consideras una prerrogativa estar todo el día aquí encerrada?

—Puedes marcharte cuando se te antoje, pero si te vas cierra la puerta con llave.

Amalia Solórzano tomó asiento en la silla, a un costado de la mesa.

—Yo sobro en este mundo.

—Procura que nadie robe.

Removiendo con desprecio unos cuantos libros, Amalia Solórzano replicó:

—No entiendo cómo nadie puede robar mierda.

—Si descuidas la vigilancia, se llevarán hasta la mesa.

—¿Sabes lo que me mantiene con vida? La poesía. Hay que joderse. Una cosa que no vale para nada me impide tirarme al metro. Lo he intentado dos veces. Una el

día de Nochevieja en Ríos Rosas, otra la víspera del 11 de marzo en Sol. En el último momento me vino las dos veces una idea para un posible poema. Qué bueno es esto, pensé. Qué bonito, qué profundo. Y, claro, me volví a casa a escribir.

—La poesía nos ha salvado a muchos.

—¿Tú qué sabes si eres un poetilla? Como crítico, no te quito mérito. Como poeta, no me llegas a la suela del zapato.

—Si sobrevivo a este diálogo me voy a tomar un coñac doble.

—Nunca olvidaré aquella reseña que me dedicaste en *El País*. «La historia de la poesía española de nuestros días no puede escribirse sin una mención expresa a la obra de Amalia Solórzano, uno de nuestros valores más seguros.»

—Te sabes la frase de memoria. ¿No te has parado a pensar que a lo mejor mentí?

—¿Qué ibas a ganar mintiendo?

—Gozar de tu cuerpo, hermosura. ¡Pues no me he cepillado yo a pocas por la rápida vía del elogio!

—Eres un gran tipo, Lopillo. Un pésimo poeta, pero un gran tipo. He asistido a las tres ediciones de esta caca de Jornadas por ti, para que no decaiga el nivel.

Lope se inclinó con el fin de besarla en la frente. Ella echó la cabeza hacia atrás.

—O me besas en la boca o te vas a tomar por el culo.

Lope obedeció. Al oído le dijo:

—Tan malo como poeta no soy.

—Pésimo.

Enristró, negando con la cabeza, hacia la puerta.

—Que nadie robe, ¿has oído?

—Al que lo intente le arrancaré una mejilla a dentelladas.

—Esta sí es mi Amalia. Chica fuerte, intrépida, con carácter.

Ya había salido Lope al pasillo cuando Amalia Solórzano lo llamó.

—Lopillo.

Lope retrocedió hasta asomar la cara por el vano de la puerta.

—¿Qué?

—Tienes cara de cerdito.

Un no lugar oscuro, aunque se podían reconocer contornos y volúmenes, y por eso tal vez pensó en su madre. Mini mini mini. Una imagen fija. Él, todo cuerpo, dentro del cochecito o en la cuna, ¿cómo estar seguro? El miedo desprendía un olor agrio y de pronto, mini mini mini, la cara gigantesca de su madre, la luz repentina, el alivio supremo de haber dejado atrás una situación angustiosa. Aquel recuerdo infantil era el más antiguo de cuantos albergaba. Lo ayudó a vencer las dudas que lo mantenían indeciso ante la escalera formada por cuerpos inertes. Pisó la espalda del que yacía más abajo, y antes que tuviera tiempo de dar el segundo paso, su pie se hundió hasta el tobillo, como si lo hubiera apoyado en un bloque de pomada. Sacó el pie lo más rápidamente que pudo. Una sustancia blanca, espesa, cremosa, lo cubría por completo. En la espalda del cuerpo se había abierto un boquete por el que salió de pronto una rápida fila de escarabajos amarillos con vetas negras; el último de los cuales, más grande y brillante que todos los demás, clavó una diminuta bandera del Canadá por un lado y de Suecia por el otro a poca distancia de sus pies. Los escarabajos emitían un chirrido incesante. Él les dijo adiós con la mano antes que se perdieran de vista en la oscuridad. Acto seguido, se dispuso a rehacer la escalera con cuerpos más resistentes. Los había en abundancia diseminados por el suelo. Agarró uno de tantos con el fin de arrastrarlo hacia la pared. Estaba como enganchado, qué mala suerte, y hubo de jalar con fuerza de ambas piernas. Zuuup, las arrancó. ¿No te da vergüenza tratar así a una mujer indefensa? ¿No has tenido una madre, una hermana, una compañera? ¿Nadie te enseñó a respetar y compadecerte? Él se disculpó aduciendo que la luz no alcanzaba para distinguir un sexo de otro. Mientes, le replicó la mujer con acritud. Por tu culpa hay más desdicha y más sufrimiento en el mundo. Si yo fuera tu madre habría impedido que nacieras. En adelante me aferraré a la esperanza de que te caigas al mar y te ahogues. Malditas las ganas que tenía él de discutir, de escuchar lamentos, de soportar enfados. Depositadas las piernas junto a la mujer quejumbrosa, reanudó la búsqueda de cuerpos que sirviesen a su propósito. Ahora los palpaba por precaución entre las piernas y sólo elegía a varones, no sin antes oprimirles la espalda con el pulgar, a continuación con el puño, a fin de evitar los cuerpos blandos. Arrimó uno de anchas y sólidas espaldas a la pared, boca abajo; encima colocó otro y así hasta seis. Procedió entonces a construir el penúltimo escalón: cinco cuerpos. Y el antepenúltimo: cuatro cuerpos. Hasta que finalmente, dolorido, exhausto, logró terminar la escalera. Experimentó una acometida de orgullo que se le esfumó al constatar de repente que no recordaba para qué había apilado los cuerpos. ¿Quién o qué podría refrescarle la memoria? En vano llamó a su madre. Primero en voz baja; después, superada la timidez, a grito limpio. No hubo respuesta. Necesitaba un descanso. A falta de asiento, tuvo que acomodarse en el suelo. Trascendía en el no lugar el olor agrio del miedo, de su miedo cada vez más intenso, hasta que, no pudiéndolo soportar, se puso de pie y llamó con una especie de alarido

desesperado a su madre. Desde el otro lado de la pared le ordenaron callar. Volvió la cara hacia el lugar de donde había venido la voz y allí estaba, como a una altura de tres metros, el ventanuco con barrotes por el que entraba una débil claridad. Debajo, la escalera inservible de cuerpos. Hizo la asociación ventanuco-escalera y comprendió. A lo bruto apartó los cuerpos de la pared arrojándolos sin miramientos a un lado, y los reemplazó por los que había amontonado por error en otro sitio. Empleó largo rato en rehacer cuerpo a cuerpo la escalera. Mamá, ya no me hace falta tu ayuda. Acabada la obra, llegaron a sus oídos unos susurros suplicantes. Lamentos de una voz afeminada cerca de sus pies. Tardó en percatarse de que el escalón inferior le rogaba que no lo pisase. Me aplastarás, no te serviré, mi espalda cederá bajo tu peso. ¿Por qué no empiezas a subir desde el segundo escalón? Él se arrodilló para mirarle de cerca la cara. Apenas resaltaban los rasgos en la penumbra. Al tacto pudo percibir la suavidad de una barba bien cuidada. Y una nariz afilada. Y los ojos hundidos. Y la cabeza completamente calva. Tu semblante es varonil, le dijo. ¿Por qué hablas, anciano, con voz femenina? Porque soy mujer, tócame entre las piernas y verás. El truco de empujar el miembro hacia atrás, de atrapararlo entre los muslos e imitar en el bajo vientre un pubis femenino. Sintió una mezcla de irritación y lástima. Usted ha escuchado hace unos instantes las quejas de la mujer y ha creído que imitándola yo no lo movería de su sitio. ¿No se da cuenta de que la punta de su miembro asoma entre las nalgas? ¿Y qué me dice de la barba y de su cabeza sin pelo? Ni siquiera en la oscuridad total lograría usted embaucarme. Incluso su cara me resulta ahora conocida. La luz escasa me impide estar seguro, pero juraría que es usted don Juan Ramón Jiménez. ¿No murió hace muchos años en la isla de Puerto Rico? El cuerpo exhaló un suspiro de resignación. Trató de incorporarse. No pudo; su debilidad se lo impedía. Nadie muere del todo, hijo, nadie que en vida hubiera reunido abundancia de méritos como yo los reuní, espero que me comprenda, no abrigo la menor intención de ejercitarme en la inmodestia, pero por favor dispéñeme de la condición humillante de escalón inferior, póngame más arriba o simplemente no me ponga en parte alguna, déjeme donde estaba, oh noche, noche pura toda piedra y yo, central, en tu centro. Él insistió en que era de capital importancia para todos los presentes que uno de ellos se asomara al ventanuco. Sin la menor duda, al otro lado de la pared estaba sucediendo algo que les incumbía a todos. Saberlo cuanto antes ayudaría acaso a evitar o reducir un infortunio colectivo. Añadió que asumía la tarea de subir a mirar, ya que los demás no podían o no querían levantarse del suelo, y que, sintiéndolo por los afectados, unos cuantos debían sacrificarse por el resto, lo cual, juzgado con frialdad objetiva, no era triste sino heroico. Alegó que ciertas especies animales contemplan dicha opción. La madre que se inmola para dar tiempo a que sus crías se escondan. El miembro de la manada, viejo, herido o enfermo, que entretiene a los depredadores mientras el resto huye. Juan Ramón replicó sofocado: No soy experto en zoología, pero sí en tristeza y, créame, todo esto es muy triste y la tristeza es un asunto singularmente desagradable, al menos esa es mi experiencia, no sé si la

gente joven de ahora pensará lo mismo, si es que la gente joven de ahora conserva la facultad de pensar. Él sacudió la cabeza en señal negativa y, no bien tuvo turno de palabra, siguió justificándose impasible. Había descartado los cuerpos femeninos, dijo, a causa de su menor consistencia. El pie se hundía en ellos como en el lodo. Señor Jiménez, en el peor de los casos, a un hombre de su prestigio, de su autoridad literaria y moral, ¿qué más le da perder unos cuantos escarabajos? Juan Ramón Jiménez respondió con un hilo de voz en el que se traslucía viva cólera: Los escarabajos me son indiferentes, pero ¿y la suciedad, y el hedor, y la podredumbre? Quizá porque sabe quién he sido me trata usted con acentuada crueldad. Quizá siente usted un placer desproporcionado sometiendo a un anciano a esta horrible vejación. Llegaron, tras denodada y susurrante porfía, a un acuerdo. No le pisaría la espalda sino el cráneo, por considerarlo la parte más dura del cuerpo. Él prometió hacerlo de tal manera que mantendría el pie apoyado la menor cantidad posible de tiempo en el escalón. Calculó un cuarto de segundo, tal vez menos. Allá voy, dijo. La cabeza de Juan Ramón Jiménez opuso breve resistencia antes de reventar con un crujido seco. Él no se volvió a mirar. Bastante tenía con esforzarse por sacar la pierna hundida en los cuerpos del segundo escalón. Tuvo una sensación de frío mordiente en los pies. Ayudándose con ambas manos logró encaramarse a los siguientes cuerpos, cuyas lánguidas súplicas y quejas lo sacaban de quicio. Trató de desoírlos tarareando una canción tradicional. La escalera entera amenazaba con derrumbarse bajo su peso. Continuó subiendo a duras penas. Los escarabajos jubilosos le corrían por el torso, el cuello, los brazos. Iban y venían emitiendo chirridos de regocijo, al tiempo que los más grandes de ellos clavaban sus diminutas banderas por doquier. Los apartaba a manotazos, pero a la mayoría los perdía de vista bajo aquella especie de merengue pegajoso que brotaba de los cuerpos. Logró al cabo de varias tentativas agarrarse a los barrotes del ventanuco y reducir así la presión sobre el amasijo de cuerpos, pasta y escarabajos alocados en que se había convertido la escalera. Apoyando los pies en la pared, irguió la cabeza hasta que pudo abarcar con la mirada el interior del recinto contiguo. A la luz macilenta de una lámpara que pendía del techo, un anciano de cabellera blanca, ataviado con una túnica, daba instrucciones a cuatro jóvenes vestidos con monos azules de trabajo. El anciano no despegaba los labios. Se limitaba a señalar, desde su sillón instalado sobre un pedestal, en distintas direcciones con una vara plateada. Su semblante denotaba enfado. Los jóvenes obedecían sus indicaciones con silenciosa solicitud. De vez en cuando, dos de ellos desaparecían brevemente en alguno de los rincones del recinto, adonde no alcanzaba la luz, y reaparecían segundos después cargando un cuerpo. Lo sujetaban bajo la lámpara para que sus compañeros le cortaran los brazos desde el arranque de los hombros con sendos serruchos. Los cuerpos no emitían el menor quejido. Permanecían tiesos, incapaces de moverse a excepción de los párpados, que se abrían y cerraban con inexplicable tranquilidad. Los jóvenes también guardaban silencio. Actuaban compenetrados, evitando mirarse. El único ruido que sonaba en el recinto era el áspero rasrás de los

serruchos al atravesar los huesos. De los muñones brotaba la sustancia blanca que caía al suelo en grumos perezosos. Los brazos eran introducidos, con las manos hacia arriba, en barriles. Había unos quince o veinte, todos idénticos, en torno al pedestal sobre el que el anciano impartía órdenes. En algunos barriles no cabía un brazo más. Semejaban tiestos de grandes proporciones con manos en lugar de plantas. Manos de hombres y mujeres, de ancianos y jóvenes, morenas y pálidas, apretujadas como simples residuos en aquellos recipientes. Los cuatro jóvenes atravesaban los cuerpos sin brazos con unas gruesas barras de acero. Dos sujetaban el cuerpo, los otros dos se encargaban de hundir y empujar la barra que poco a poco penetraba en la carne por un costado de la caja torácica y salía por el otro, sin que los así ensartados profiriesen lamento alguno ni mostraran por medio de muecas que sentían dolor; antes al contrario, pestañeaban impertérritos, con la vista clavada en la pared de enfrente. Por regla general la barra ensartaba tres cuerpos, a veces cuatro, separados entre sí por una distancia meticulosamente medida con una cinta métrica. Más raramente el ensartado era un solo cuerpo. En tales ocasiones la medición estaba exclusivamente encaminada a colocar el cuerpo en el centro justo de la barra. Consumada la obra, entraba al recinto por una puerta del fondo un equipo de operarios vestidos con monos, guantes y gorros blancos. Sus indumentarias mostraban numerosas salpicaduras de distintos colores. A pesar de su prolongada y atenta observación, él ignoraba el sentido último de aquella frenética actividad. Estaba reflexionando sobre la manera de contar lo que veía a sus compañeros del no lugar, cuando se percató de que el viejo de la cabellera blanca, visiblemente enfurecido, señalaba hacia él con el cetro. Al punto los cuatro jóvenes soltaron el cuerpo al que estaban serrando los brazos y echaron a correr hacia la pared del ventanuco. Él se descolgó sin demora y, comprendiendo que no tenía escapatoria, se arrojó al suelo con la esperanza de confundirse en la muchedumbre de cuerpos esparcidos. La luz del recinto contiguo entró por un hueco abierto repentinamente en la pared. Se oyeron pasos presurosos. De ahí a poco, dos manos vigorosas le dieron la vuelta y, una vez colocado boca arriba, empezaron a zarandearlo. En tono suplicante dijo:

—A mí, no. Por favor os lo pido. A mí, no.

Calló de repente para prestar atención a lo que hablaban entre ellos.

—¿Qué hacemos?

—Llevarlo a la casa nos traería complicaciones. ¡Lo que se iban a reír algunos! No hay por dónde agarrarlo. ¡Menudo asco!

—No para de desvariar.

Uno de ellos le arreó unos suaves cachetes.

—Eugenio, ¿nos oyes?

La cara de Alpuente se serenó al oír su nombre. Miró, picado por la curiosidad, sin despegar del todo los párpados, a quienes se inclinaban sobre él.

—Dámaso, Andreu, ¿qué hacéis en este sitio? ¿Habéis visto a mi madre? Estaba aquí hace un rato. Llamadla. Tengo que decirle una cosa urgente.

—Será mejor que te vayas levantando.

Andreu Viñals:

—Se entiende que por tu cuenta, pues no hay por dónde agarrarte.

—He matado a Juan Ramón Jiménez.

Dámaso Carranza de León no pudo ocultar su impaciencia.

—Levántate de una puta vez. Tenemos que ir a leer la ponencia.

Alpuente insistía en su soliloquio delirante: había puesto a Juan Ramón Jiménez de escalón inferior, después de llegar a un acuerdo con él le había pisado la cabeza, se la había reventado.

Seguía tendido en la tierra, junto a la mesa de madera. La tarde azul, el pinar, los pájaros, las cigarras. Se llevó de pronto las manos al vientre. Le acababa de sobrevenir un retortijón. Entre quejidos de dolor soltó una ventosidad acompañada de un gorgoteo de diarrea. Alarmado:

—¿Qué significa esto?

Descubrió entonces que tenía los pantalones empapados de mierda.

Humo de tabaco en la sala de plenos. Los cuatro allí reunidos habían renunciado a la siesta. ¿Un caso de heroico sacrificio? No, qué va, sólo querían acabar cuanto antes con aquella tarea que juzgaban impropia de adultos y tener al menos la mitad de la tarde libre.

—Nos tratan como a colegiales. La belleza, la belleza, ¡por favor! El clásico tema apolillado que hará las delicias de los metafás y de cuantos gustan de pasearse mentalmente por los mares de la Luna.

—Bien dicho. Se nota que dominas la lengua de Castilla.

—Pues soy de Oviedo.

—No jodas, ¿en serio?

—Oye, ¿qué tiene de malo ser de Oviedo?

—A mí la belleza, la verdad, la plenitud y todas esas zarandajas abstractas me dejan frío. Como si no hubiera problemas más graves en el mundo.

—La belleza es de derechas. Deberíamos plantarle cara a Lope. Esto no puede seguir así. Esto es hacerle una vez más el juego al capital.

—Distracciones de burgueses. Pero en algo hay que creer, ¿no? Sin un punto de idealismo la poesía está condenada a los tonos menores.

—Yo creo en la realidad.

—Pues yo en la justicia social, que es lo más bello que conozco, por no decir lo único.

—Joder, pues ya tenemos un comienzo. Propugnemos esa tesis: no hay belleza sin justicia. ¿Alguno de vosotros sabría formular la idea con un poco de jerigonza filosófica?

Evangelina González, la Nívea, pidió a César Sánchez Novás que cerrara la puerta; este transmitió el ruego a Alberto Almandoz, sentado a su derecha; Almandoz se volvió hacia Paco Valbuena, que era el más joven del grupo, y sin decirle una palabra, sólo con una leve sacudida de la cabeza, le trasladó la solicitud convertida abiertamente en encargo. Paquito, como lo llamaban, miró hacia el costado opuesto por si se hallaba allí quien prolongase el descenso en el escalafón, y se topó con el semblante profusamente maquillado de la Nívea. Los labios rojos, los párpados azules, la sombra de ojos, el colorete en las mejillas. ¡Ay, cómo la mira, mira! ¡Ay, cómo la está mirando! Encima de la mesa reposaba la pamea. Y los dedos de la cuarentona pinzaban con elegancia un cigarrillo. Los efluvios de su perfume acabaron de doblegar la voluntad del joven poeta de provincias avecindado en Madrid y dieciocho meses en Soto del Real, el cual acudió sin demora a cerrar la puerta. Fuera, en algún lugar del pasillo, tronaban las protestas, imprecaciones e injurias de Amalia Solórzano. Interrumpida la corriente de aire, el humo se adensaba dentro del círculo de fumadores, así que decidieron abrir las ventanas. Paquito, ábrelas, haz el favor. Paquito las abrió.

A César Sánchez Novás que no le quiten su puro de sobremesa. Es un rito vital como la respiración, se jacta con la cabeza calva coronada de humo satisfecho. Es la prueba definitiva de que el mundo, en algunos aspectos, ha alcanzado la perfección.

Le replicaron:

—¡Arriba el cáncer de esófago!

Sánchez Novás estaba ojeando un libro de citas memorables. En los remansos de la conversación, leía en voz alta algunas por si resultaban de provecho para salpicar la ponencia con erudición y algún que otro golpe de efecto.

—A ver qué os parece esta otra: «La poesía no se escribe con ideas, se escribe con palabras».

—¿De quién es esa chorrada?

—De Mallarmé.

—No va con el asunto tratado, pero si piensas que adorna, la metemos.

La Nivea tomaba apuntes en un folio. Despacio, muchachos, que no es una máquina. No tiene un pelo de tonta. Al principio se barruntó que le daban trato de secretaria. Conque rechazó de plano la tarea, nos ha jodido. Pero fue débil, sucumbió a los elogios que le hicieron por su letra redonda y clara. Y Sánchez Novás la terminó de convencer cuando le dijo que él se encargaría de redactar el texto definitivo.

A Sánchez Novás le tiraban las frases con resonancias de apotegma. Información biográfica adicional: vivía de las rentas de unos pisos alquilados que había recibido en herencia de sus difuntos progenitores. Estas cosas se saben. Aunque estaba forrado, por vivir con oficio y beneficiarse pimpollos daba clases tres días a la semana en un taller de escritura. ¿En cuál? Qué más da el nombre. Leyó:

—«El poeta es el ser humano general», Schopenhauer.

—Y eso, ¿qué puñetas significa?

—No nos metamos en cenagales teóricos, que se nos verá el plumero.

Alberto Almandoz, fétido de aliento, se ofreció a explicar:

—Eso significa que el poeta no expresa su intimidad circunstancial, sino aquella otra, más amplia y más profunda, que lo vincula a su especie. De ahí que los lectores del poema se coloquen automáticamente en la posición del sujeto que se expresa. ¿Me explico?

—No.

—Pues está muy claro.

—Para ti.

—Lo diré con otras palabras. Para que el poema obre un efecto poético es indispensable que el lector lo asuma como propio. Si no, no funciona. Ocurre al revés que con las novelas. En ellas el lector puede a lo sumo identificarse con las figuras de ficción, en modo alguno asumir directamente la experiencia de estas. Te puedes reír de don Quijote, pero nunca serás el manchego que sale al campo de aquella época lejana vestido con unas latas de caballero andante. O puedes apenarte de Anna Karenina cuando se tira al tren, pero en todos los casos eres el espectador de una

historia, conmovido o no, ese es otro asunto. El poema no admite distancias de espectador. Aunque lo haya escrito otro, el lector está forzado a ocupar la perspectiva del que se expresa. Y si esto no ocurre, el poema ha fracasado.

Paquito alegó:

—Pues en los romances antiguos hay personajes, hay episodios y hasta acciones históricas.

Almandoz, desdeñoso, le lanzó una bocanada de halitosis:

—Simple narrativa. En cuanto asoma el pasaje propiamente poético, se cumple lo que afirmamos yo y Schopenhauer.

La Nívea confesó que no entendía ni jota. Sánchez Novás la secundó:

—Semejante sermón no lo puedo escribir sin ayuda. —Y volviéndose a Almandoz—: Conque si va a formar parte de la ponencia, te vienes luego a mi habitación a dictármelo.

Almandoz:

—Olvidémoslo. Es un discurso demasiado complejo. Nadie lo iba a entender ni mucho menos apreciar. Lo expongo más por extenso en un texto que he escrito para la antología de Juan Luis.

La Nívea dio un respingo sobre la silla.

—¿Juan Luis Cabral?

—El mismo, engendrado como consecuencia de un coito durante el régimen de Franco.

—Pues no me ha contado nada y a mediodía hemos comido en la misma mesa. ¿Estás seguro de lo que dices?

—¿Que si estoy seguro? Como que antes de venir aquí me lanzó un ultimátum. O le entregaba un texto explicatorio de mi poética hoy por la mañana, cosa que ya he hecho, o me excluía del proyecto. Por lo visto debe entregar la antología a primeros de julio.

—¿Quién se la ha encargado?

—La editorial Casandra. Es plato fuerte.

—¡El muy cerdo! —La Nívea golpeó con una mano de uñas largas y pintadas el tablero de la mesa—. ¿Quién más está dentro?

—Felipín Cárdenas, que recibió el mismo ultimátum que yo. Quizá Juanjo, a quien Juan Luis debe favores. Ningún metafa, eso también es seguro, puesto que ellos nunca cuentan con él para nada, y no sé quién más ni me importa. Imagino que una o dos mujeres de cuota. ¿Por qué no vas y se lo preguntas?

—Yo no me rebajo. Tiene mi número de teléfono, sabe dónde vivo, nos vemos con frecuencia en Madrid. Ocasiones no le han faltado para invitarme.

César Sánchez Novás, apartando la mirada como quien reconoce una culpa:

—A mí también me ha metido. Hace un mes le mandé los poemas y esta mañana le he entregado un nuevo texto introductorio, ya que el primero que le di no me gustaba. Yo que tú hablaría con él. Me consta que abriga la intención de trabajar estos

días en la antología. No le queda más remedio, anda apurado de tiempo. A lo mejor te hace un hueco.

—Bah, será una antología de maricas.

Almandoz se rebeló:

—Oye, que yo no soy marica.

A todo esto, va y se callan. Todas las miradas atentas a la mano de la Nívea, que por la manera como aplastaba la brasa de su cigarrillo parecía dispuesta a perforar el cenicero. Con calma despechada se levantó. ¿Y la pamele? Casi se le olvida. La cogió de un zarpazo.

—¿Adónde vas?

Ni volvió la mirada ni se detuvo.

—Voy a comprarme una pistola.

Desde una ventana del piso bajo descubrió a Juan Luis Cabral, amanerado, gesticulante, dicharachero, con ropa de colores y sus habituales quevedos de montura anaranjada, en alegre rueda gay (Rentero, Richi Bisabarro, López Blanco) junto a la tapia del jardín. Estuvo varios minutos odiándolo a distancia antes de dirigirse a la recepción. Buenas tardes, una preguntita. Valiéndose de un sencillo embuste logró sonsacar a la monja el número de habitación del antólogo aborrecido.

En las escaleras pasó junto a Amalia Solórzano, que en aquellos momentos lanzaba injurias a imprecisos destinatarios sentada en el suelo.

Poco después la Nívea se llegó a la puerta de la habitación de Cabral. Ingenua esperanza de que la puerta no hubiera sido cerrada con llave. Se equivocó. Acción ridícula: intentó abrirla con su llave. Ni siquiera encajaba en la cerradura. La conciencia de su comportamiento absurdo le produjo una acometida de ira. Arreó un furioso taconazo al suelo. Se marchó.

Un piso más abajo, en el descansillo, Lope padreaba, consolador, a Amalia Solórzano. Abrazado a ella, los dos bajitos, parecían unidos en un baile quieto, sin música. Ella mojaba con sus lágrimas la solapa de la americana de Lope; él le decía ternezas, la cubría de elogios (¿sinceros?) al par que le acariciaba el cogote. No bien vio a la Nívea, le hizo un gesto apremiante por sobre el hombro de la desolada para que se diera prisa en pasar de largo.

La Nívea estaba decidida. ¿A qué? Pues a plantarse delante de Cabral y exigirle explicaciones en presencia de sus amigos. Caminaba mascullante, ruidosa de tacones. Huy, la bronca que le va a echar. Se la merece. Que le duela, que sea incompleta su satisfacción cuando saque el asqueroso librito.

En la planta baja se encontró con Paquito Valbuena, apoyado de espaldas en la pared con toda la pinta de estar esperándola. ¿Qué pasa, que ya habían acabado el trabajo? Respuesta: Almandoz y Sánchez Novás habían empezado a redactar la ponencia, pero que mejor no se acercase a ellos porque no paraban de discutir.

Acto seguido, guasón:

—¿Has conseguido la pistola? No te la recomiendo. Se oirá la detonación en toda

la casa.

—¿Te ríes de mí?

—Cabral tiene poco fuelle. Con una navaja te lo cepillas sin problemas.

—Pareces experto en la materia.

—La vida me ha enseñado. Llegué a Madrid muy tierno. A veces, para sobrevivir, tuve que saltarme algunas leyes. Me cayeron dieciocho meses. Decidí pasarlos como a mí más me gustaba, leyendo y escribiendo, pero tuve mala suerte. Me soltaron demasiado pronto por buen comportamiento.

—No me digas que tú has matado.

—¿Yo? Ni a una mosca.

—¿Entonces?

—Puse con un colega una empresa dedicada al trasvase de dinero y objetos valiosos sin el visto bueno de sus propietarios. Trabajábamos mucho, por lo general en turnos de noche. Entrábamos en las casas, hacíamos la cosecha y luego a vivir tranquilos una temporada.

—Chicos emprendedores. ¿Y cómo entrabais?

—No recuerdo haber llamado nunca al timbre.

—Pues, mira, Paquito, se me acaba de ocurrir que tú podrías hacerme un favor.

Subieron, peliculeros, por separado. Eligieron, de las dos escaleras que había, la del fondo del pasillo. ¿La razón? Esquivar a Amalia Solórzano y a Lope. Tras un rápido examen de la puerta, Paquito Valbuena calculó, jactancioso, que si no estaba cerrada con llave no tardaría ni dos segundos en abrirla.

—Pero algo te va a costar.

—No llevo dinero encima.

—Venga, Evangelina. Sabes que me gustas.

La Nívea, un dedo sobre los labios, le rogó que hablase más bajo. Se cercioró de que no andaba nadie por el pasillo antes de decir con voz susurrante:

—Sólo intento averiguar quiénes están en la maldita antología. ¿Qué te cuesta abrir la puerta?

—A mí, nada. Pero a ti, sí. Dame un pequeño gusto físico. Es todo lo que te pido.

—Primero abre.

—No hay trato.

—Quieres aprovecharte de mí.

—Y tú de mí. Aprovechémonos mutuamente y no habrá abuso.

—Si tanto te gusto, te convendría ser más galán. ¿En qué has pensado?

Ahora fue él quien se aseguró de que estaban los dos solos en el largo pasillo.

—Quiero chuparte una teta.

—¿Eso es todo? Pues chupa.

—Sin ropa.

La Nívea se desabrochó dos botones. Sacándose un voluminoso pecho de la cazoleta del sujetador, dijo (en plural):

—Sois como niños.

Paquito le dio una golosa chupada al pezón.

—Me haces cosquillas.

No contento con mamar, Paquito Valbuena intentó apoderarse de lo que no era suyo. Ni habilidad ni ternura. ¿Resultado? Espantó al pecho. Para cuando quiso darse cuenta, la Nívea ya tenía recompuesta la figura y metidos los botones en sus ojales.

—Y ahora cumple tu parte del trato.

Paquito Valbuena extrajo de su cartera una pequeña lámina plastificada. A continuación la introdujo con movimiento seguro en la ranura entre la hoja de la puerta y el marco. Clac. Y ante los ojos asombrados de la Nívea apareció de pronto, todo para ella, el interior de la habitación de Juan Luis Cabral.

—Buen trabajo. Y ahora ya puedes irte.

Al joven poeta, impulsivo, anhelante, le ardía el deseo en los ojos.

—Hago lo que me pidas a cambio de satisfacción sexual. Lo que me pidas, te lo juro.

La Nívea se acercó a él con impostada lascivia. Picoteándole un beso rápido en la cara, le puso una mano en la bragueta, lo miró a los ojos, le dijo con voz lenta, seductora:

—¿Todo lo que te pida?

—Todo.

—¿Y si te pido mucho?

—Mayor es el premio.

—Bien, ya hablaremos. De momento vigila por ahí abajo, que no me pille Cabral enredando en sus pertenencias.

Y, entrando con sigilo a la habitación, cerró la puerta punto menos que en las mismas narices del joven poeta, que, por cierto, no eran ni cortas ni delgadas.

La primera sensación de que olía a quemado la tuvo Susana Valcárcel cuando salieron de la autovía y empezaron las cuestas. Conchita Arroyo, que conducía (conduce tú, que a mí me duele un poco la cabeza), conjeturó la existencia de algún vertedero ilegal por las inmediaciones. Habían salido de Madrid temprano; pero: atasco en la M-40, urgente parada úrica solicitada por una, nuevo atasco (accidente de camión cisterna), parada úrica solicitada por la otra. Total, que faltaban menos de setenta kilómetros para Morilla del Pinar y, distancia corta, vejigas vacías, decidieron recorrerlos de una tacada.

El coche parecía rodar sin problemas. Claro, como habían parado tantas veces, el motor se reponía de sus achaques aún ocultos y la avería no terminaba de manifestarse. ¿Ruidos extraños? Ninguno. Desde que se lo compraron de segunda mano a un compañero de universidad de Conchita Arroyo, no las había dejado nunca tiradas.

—Ay, chica, cómo te expresas: ¡tiradas! Ni que el pobre coche nos hubiera violado.

En dos ocasiones tuvieron que cambiar una de las bombillas de los faros delanteros, pero eso no tiene importancia.

—Lo mismo opino yo.

—Te noto algo seca. ¡Con lo cariñosa que estuviste anoche!

—Me dosifico.

Sucesión de subidas y bajadas por tierras de pan llevar, con el perfil de la sierra al fondo. Al coche le costaba mantener la velocidad en los tramos en cuesta. Conchita Arroyo metía la segunda en repechos suaves que normalmente pueden salvarse en tercera o cuarta. También ella percibía ahora un ligero olor a quemado.

Cartel: BIENVENIDOS A SAN JUAN DE LAS LOMAS.

—¿Paramos?

El pueblo en fiestas, la calle principal cortada: sobrepellices, un crucifijo plateado en el extremo de un mástil, capuchas negras. En medio de la procesión, el pitido de las dulzainas clavaba agujas de música en los oídos de la muchedumbre.

—Hemos ido a parar al pasado. Rápido, Susa, ponte rulos y delantal, engorda, busca un marido con olor a sobaco que te amargue la vida.

Un guardia de tráfico, machote adusto al principio, machote sonriente después, cuando a través de las gafas negras constató que la falda de Susana Valcárcel apenas cubría la mitad de sus muslos, les mandó/rogó tomar el desvío.

Las casas encaladas relumbraban al sol de la mañana como vestidos de novia: frase de Conchita Arroyo, que a continuación dijo:

—Avísame si ves un taller de reparaciones.

Lo que vieron, al bordear las célebres ruinas del castillo de San Juan de las

Lomas, fue que sin darse cuenta habían dejado el pueblo atrás. Por no dar la vuelta siguieron adelante.

Y subiendo el bosque (Morilla del Pinar, 2 kilómetros), al fuerte olor a quemado (grasa, cables, goma) se añadió el humo negro que salía del capó. Apreciación técnica de la conductora: Esto no es normal. El coche se detuvo tras breve y abrupta agonía mecánica, sin que Conchita Arroyo tuviera que pisar el pedal del freno.

—Susa, se nos ha muerto el medio de transporte.

Susana Valcárcel tosía en el asiento del copiloto, alarmada pensando que la humareda era el preludio de un incendio con ella y su pareja en el papel estelar de combustible. Conque se apeó sin grandes consideraciones poéticas (me cagüen la madre que me), dando manotadas al aire pestilente. Y profirió un grito de horror como en las películas de toda la vida al ver unas patas con pelos y orejas largas que pasaron a todo correr a cinco metros de distancia. Una liebre, pero ella, con el susto, qué sabía.

Entre las dos empujaron el coche para apartarlo de la carretera.

La una:

—Con cuidado, no se nos vaya a meter en la zanja.

La zanja tenía una suave inclinación de tierra con hierbajos. No era profunda.

La otra:

—Qué más da si de todos modos se lo tendrá que llevar la grúa. En la zanja estorbará menos que en la carretera.

Así que, sumando sus fuercitas, empujaron un poco más y un poco más, y el coche, como apenado de los escasos bríos de las dos poetas, introdujo por su cuenta los neumáticos del lado derecho en la zanja. Los del lado izquierdo quedaron obra de un palmo despegados del suelo.

Pinos, aves, soledad.

—¿Qué es eso que vuela ahí?

—Un pájaro.

—Eso ya lo veo yo. Pero ¿qué clase de pájaro?

—A mí qué me preguntas. Soy tan de ciudad como tú.

Transcurrían los minutos, no venía nadie. Compartieron un cigarrillo.

—¿Y a ese cómo lo nombrarías?

—Pajarito.

—O sea, pájaros los gordos y pajaritos los pequeños.

—Exacto.

—Menos mal que no nos oye nadie.

De vez en cuando juntaban las bocas, se acariciaban. Cansadas de esperar, sacaron las maletas provistas de ruedas. El resto de los bultos lo dejaron en el coche con intención de recogerlo por la tarde. Algún poeta motorizado las traería, seguro. Y respirando el aire campestre, oloroso a plantas y resina; recitándose versos eróticos y diciéndose lo mucho que se querían, subieron a pie hasta Morilla del Pinar, donde

Ramón, para servirles, el dueño de la única taberna del puebluco, las llamó guapas y les notificó que en Morilla no había taller de reparaciones, pero sí una tienda de comestibles y un vecino ya mayor que hacía en casa vasijas de barro. Un labriego la mar de simpático que estaba allí con su boina polvorienta y su nariz porruda se ofreció a llevarlas en carro, arreee, hasta la casa de las monjas.

Se querían, se peleaban y cuando más les gustaba quererse era después de haberse peleado, lo cual, a su vez, alimentaba en ellas la predisposición a pelearse.

—Estás preciosa cuando lloras. Me pasaría la vida ofendiéndote sólo por ver el brillo de tus lágrimas.

—Pues a ti, malvada, te sienta de maravilla el vocabulario barriobajero con el que me insultas. ¿Será verdad que eres experta en literatura contemporánea, como afirmas? Tengo mis dudas.

Llegó por la tarde el poeta ciego de Valladolid, acompañado de aquella atractiva personita que lo lazareaba.

—Dios mío, qué cintura, qué labios, qué melena.

Al punto se acabó la paz entre ellas.

—No le veo a Mateo Gil nada de lo que dices y mucho menos cintura.

—Tienes que ocuparte del coche mientras yo busco un grupo de trabajo que nos acoja, tal como hemos convenido.

—He cambiado de opinión. Ni borracha te dejo sola. La chavalilla del ciego te ha desatado el deseo.

—Y si es así, qué.

—Te mato despacio, Susa, fíjate lo que te digo. Te asesino mirándote a los ojos como intentes encontrar sin mí la felicidad.

Estaban de acuerdo en que entrañaba serio peligro dejar el coche abandonado al borde de la carretera.

—Mira que si por nuestra culpa se produce un accidente.

—Pensemos.

Lo mejor sería que algún compañero, dueño de coche potente y sogas, remolcara el suyo bien hasta el pueblo, bien hasta la explanada del centro de estudios, adonde un día después pudiera venir a llevárselo la grúa. Tropezaron con Juanjo Changa, que en aquellos instantes deambulaba por el pasillo de la planta inferior con no muy bien enderezados pasos. Changa se reía solo. Las vio. Dijo, tambaleante, declamatorio, cortándoles el paso:

*Y sin ningún provecho,
dormir quisiera entre tus brazos yertos,
en tu pútrido lecho
con los ojos abiertos,
copiando la postura de los muertos.*

Apenas unos metros más allá, junto al mostrador de la recepción, vieron a Lope que abrazaba/despedia al catedrático Mínguez. Mínguez se acheposaba servil, con el sobre de los honorarios en una mano, para facilitar la ejecución de las efusivas palmadas. Dijo con gravedad profesoral, haciendo de la barriga pecho, que sí, que por supuesto, faltaría más. Le previnieron: dos kilómetros después de Morilla del Pinar. Como si son quince. ¿Y la cuerda? A este punto, don José Luciano Mínguez se pasó de gracioso:

—Cuerda tengo yo para rato.

Y se rió, conejil, trémulo de mofletes, congestionado de satisfacción.

Por el trayecto sólo habló él. Tenía un coche desmesurado, lata fulgente de gama alta, y como él es bajito, a pesar del cojín el arco superior del volante le quedaba a la altura del bigote.

Les endilgó un monólogo; pero, claro, a un catedrático (Conchita Arroyo trabajó un tiempo con él en la Complutense, aunque no en su departamento), del que además esperaban un gran favor, cómo lo iban a interrumpir. A todo decían que sí, una en el asiento del copiloto, la otra en el asiento trasero, que compartía con un tótum revolútum de libros, archivadores y hojas sueltas.

—Estas Jornadas Poéticas en Casacristo de los Pinos están pésimamente organizadas. Se lo tengo dicho infinidad de veces a Lope. Se lo repito cada vez que me lo encuentro en el café Gijón. Mira que te equivocas, que en la lista de invitados te faltan nombres de fuste, pero como si llamas a Cachano. Claro, son sus Jornadas, no quiere que nadie se las toque. Para empezar, si se celebran en días laborables, ¿quién puede asistir? Le insisto en que dedique una parte de las subvenciones institucionales al desplazamiento de los invitados, por lo menos de los que viven lejos. Podrías traer canarios, le digo. Me replica, socarrón, que se conforma con jilgueros. Trae a Gamoneda, a Colinas, a gente de peso, coño, aunque cobre, y ya verás tú cómo se instalan los periodistas con tiendas de campaña alrededor del convento. Pues no. Que el buen paño en el arca se vende, afirma. ¡Con refranes a mí! Y, por otro lado, las monjitas serán todo lo simpáticas y tolerantes y modernas que se quiera, pero cocinan fatal, ¿no les parece a ustedes? Yo me he quedado con hambre. La lechuga tenía tierrilla. La sopa era un aguachirle de sobre, casi tan insípida como la conversación de los que me acompañaban a la mesa. Luego he estado a punto de pedir prestada una motosierra para cortar el entrecot. Lo único pasable, el arroz con leche, aunque los he comido infinitamente más sabrosos. España es un país de diletantes. A cualquiera se le da un puesto de responsabilidad o se le asigna una función aunque sea inexperto en la materia. Lo compruebo todos los días en la facultad. Nuestro decano, por ejemplo. Yo me pregunto si este hombre habrá leído en toda su vida un libro hasta el final. ¿Sirve para el cargo? Evidentemente no, pero es un tipo moldeable, habilidoso, tiene amigos. Y como él, miles, millones. El resultado se puede cifrar en una sola palabra: «España». Yo, ¿saben lo que les digo?, yo voy a lo mío. Cumpló con mi trabajo de la manera más honrada posible, cobro mi sueldo y

no me interesa nada más. ¿Que gobierna la izquierda? Bien. ¿Que gobierna la derecha? También. Me da igual, no noto la diferencia. Reconozco que suena triste lo que digo, pero ya es tarde para cambiar de opinión y para ponerle remedio a este país de los demonios. Disfruten cuanto puedan, háganme caso. Tengo mis añitos, haré sesenta y uno en octubre. No esperen a alcanzar mi edad. Gocen con el alma, con el cuerpo y con todo lo que tengan a su disposición. Ya sé, porque estas cosas siempre terminan sabiéndose, que forman ustedes una pareja. Pues me parece muy bien incluso desde el punto de vista de la moral. Y aún les voy a decir más. No me he acostado nunca con un hombre y me arrepiento, en serio. Si quieren, ríanse. Sólo una vez en mi vida he sentido una pulsión homosexual. De ello hace muchos años. Probablemente ustedes no habían nacido aún. Fue en el internado. Yo era un muchachillo inocente, buen alumno. Me aficioné a un condiscípulo realmente hermoso. En aquellos tiempos, con Franco, la hegemonía del clero y la represión, uno corría graves riesgos aventurándose por caminos, digamos, prohibidos, ¿me comprenden? Me habría gustado besar en los labios a aquel muchacho. Ignoro qué fue de él. Me excitaba su cercanía. Nunca di el paso, claro, ni creo que él se percatara de mi inclinación, que, les repito a ustedes, no he vuelto a sentir. Antes al contrario, tocante al aspecto físico, los varones me suelen inspirar rechazo. Ese coche semihundido en el borde de la carretera ¿es el de ustedes?

Las dos mujeres se aparearon y, mirándose con disimulo, pusieron a un tiempo los ojos en blanco. Mínguez, varón menudo, maniobró para dar la vuelta al coche y acercarlo a continuación marcha atrás al de las lésbicas poetas. Se le torció, no obstante, tan malamente la fortuna que, a pesar de las indicaciones solícitas de Susana Valcárcel por el lado izquierdo y del grito de alarma de Conchita Arroyo por el derecho, dio asimismo con la mitad del flamante vehículo en la zanja. ¡Dios, qué cuadro! ¿Qué hacían ellas? Reírse a mandíbula batiente en medio de la carretera. ¿Qué hacía él? Del eximio chaparro sólo se avistaba la cabeza monda tras el cristal de la ventanilla. Se conoce que perdió la serenidad. Run run run, maltrataba el pedal del acelerador. Por detrás del martirizado coche se levantaba una polvareda violenta que se depositaba sobre el otro. Temblaba/rugía el coche de Mínguez compitiendo en impotencia con su dueño y al fin, ahondada la zanja, ni siquiera eso. Dos coches muertos en la misma tumba del bosque, el de Mínguez contemplando el firmamento con los ojos apagados de los faros. Dentro, Mínguez, presa de patas en él, poco elástico, ágil como un buzón de correos, necesitó la ayuda de las poetas para salir. El tiempo, a lo suyo. Por la carretera comarcal sólo pasaban los minutos, uno, otro, tontos del culo en intervalos regulares. Concierto de cigarras, calor y el catedrático rechoncho padeciendo todas y cada una de las etapas de la desesperación. Despotricaba contra Lope con la cara levantada hacia los árboles. Que a quién se le ocurre organizar unas Jornadas en un lugar tan inhóspito. Que si en eso ha terminado la poesía española: en una actividad de sectas alejadas de la sociedad. Así hablando, miraba a un lado y otro de la carretera con esperanzas cada vez más menguadas de

que llegara al lugar quien pudiera echarles una mano. Las mujeres, por su parte, evitaban a toda costa cruzar las miradas, seguras de que al menor encuentro de los ojos romperían a reír.

—¡Menuda catástrofe como yo no llegue a Madrid antes de las siete y media!

Lo repitió tantas veces y con tales extremos que ellas, picadas por la curiosidad, no pudieron menos de preguntarle por qué era para él tan importante estar en Madrid a la hora referida.

—¡Ay, señoritas! Pues porque a las siete y media tengo concertada una reunión de la cual podría resultar mi candidatura para la Real Academia. Sabrán ustedes que son precisos tres valedores para optar a un sillón. Pues bien, yo abrigo fundadas esperanzas de persuadir a que me los procure cierto académico de número con el que estoy citado esta tarde y a quien no voy a nombrar aquí por discreción.

Prosiguió con sus lamentaciones por largo espacio, dando saltitos de hombre gordezuelo y bajo y desesperándose más y más conforme transcurría el tiempo sin que llegara al lugar vehículo alguno. Manoseaba, nervioso, el móvil.

—¿A quién llamo, Dios mío? Una grúa de Madrid tardará de dos a tres horas, y eso si no hay atasco. Pero ¿cómo no va a haber atascos si siempre hay atascos?

Resolvió subir al pueblo en busca de ayuda. Dos kilómetros, ahí es nada. Habría recorrido como cien metros de cuesta cuando se oyó ratatear un motor cada vez más cercano. Las dos mujeres le hicieron señas para que volviese. Junto a ellas se detuvo un tractor. Lo conducía un labriego con botas de goma. Usando la cuerda de Mínguez sacó sin dificultad los dos vehículos de la zanja. El de Mínguez, por cierto, tenía una abolladura de cuidado en una puerta trasera, de la cual las dos mujeres, que descubrieron el desperfecto con mueca de estupor/regocijo, prefirieron no darle cuenta. El catedrático se despidió atropelladamente. Tenía tanta prisa por ingresar en la RAE que olvidó agradecer al labriego el favor prestado. Se marchó a Madrid sin la cuerda.

Ellas, en cambio, convidaron a un vaso de vino al labriego en la taberna de Ramón después que el buen hombre les hubiera remolcado el coche hasta un pequeño descampado con abrevadero, a espaldas de la iglesia.

Toc. Mateo Gil Salgado bajaba las escaleras del centro de estudios. ¿Y la muchacha? A su lado no estaba, a menos que se hubiera vuelto invisible. Toc. Gafas oscuras, gorra marinera, la mirada inútil dirigida al techo. Tienta con el bastón, toc, los escalones. Llevaba casi dos años de ciego. Tomó la jubilación anticipada. Lo tentaron/halagaron para que permaneciera en el puesto. Un compañero trató de darle ánimos hablándole del caso de un profesor invidente en la Facultad de Filosofía de Madrid. No, amigos, es mucho engorro trabajar sin vista y sin dominar todavía el braille, por más que iba haciendo progresos.

De escalón en escalón, señalaba/celebraba, toc, sus sucesivos éxitos locomotrices golpeando con la contera en cada huella. Oyó pasos cercanos.

—¿Quién eres?

—Mírame y lo sabrás.

—Te adivino por el tufo a bodega sin airear. ¿Dónde está Lope?

—Ve al jardín, pasa junto a las dalias rojas, sigue hasta las blancas y, cuando veas las azules con los puntitos negros, pregunta por John Taylor. Ese sabe.

—A ver si respetas, Changa.

Siguiendo un rastro de risas y rumores de conversación, salió al jardín. Tras dar las buenas tardes a cuantos se encontraran en el radio de alcance de su voz, preguntó por Lope sin saber a quién dirigía la palabra. Felipín Cárdenas, sentado en la hierba, a la sombra generosa del castaño de Indias, le preguntó a su vez por la muchacha.

—A ti qué te importa.

Tadeo Balboa se acercó a abrazar al viejo amigo. Hombre, qué tal, y asiéndolo del brazo entró con él en la casa, dispuesto a ayudarlo en la búsqueda de Lope. Pero Lope no es pastor a quien se le desmanden así como así las ovejas, sino que ya le había puesto un ojo al ciego un rato antes, al verlo desde la recepción cruzar, toc, toc, el pasillo. Conque no bien se hubo despedido de José Luciano Mínguez, a quien dejó en compañía del sobre con los honorarios y de las lésbicas poetas, se arrancó raudo en busca de Mateo Gil Salgado. Instantes después lo encontró. Acababa de entrar en la casa procedente del jardín, lazareado por el bueno de Balboa.

—Gracias, Tadeo. Puedes volver con tu grupo, yo me encargo.

Agarró del brazo al ciego. Lo fue llevando poco a poco a la capilla, desoyendo sus reniegos. Para tranquilizarlo le decía a intervalos regulares, con voz aplomada, que sí, Mateo, te entiendo a la perfección, yo en tu lugar pensaría lo mismo.

Cerrada la puerta, tomaron asiento en un banco. Altar minimalista con un mantel primoroso y, en el centro, un hachón de llama estática que se aburría pintando de amarillez ictérica la cara del Crucificado.

—Por última vez, José Manuel. Espero de ti garantías de que será preservado mi bienestar y el de la persona que me acompaña. Disto de ser un hombre caprichoso, bien lo sabes. Pero también sabes que sufro una grave privación. No estoy pidiendo

que me trates con piedad. Me basta con que atiendas como director de las Jornadas Poéticas a las necesidades de un amigo impedido de valerse por sí mismo en determinadas situaciones. Hace cosa de dos horas de mi llegada, la tarde empieza a declinar y aún no nos han sido proporcionadas las prometidas habitaciones. Estoy totalmente huérfano de información. Nuestras maletas continúan cerradas en previsión de una mudanza que hace rato debía haberse producido. ¿Puedes ofrecerme algo similar a una explicación?

—Tengo algo mejor que explicaciones. Tengo la certeza de que tus expectativas serán cumplidas antes que caiga la noche. Quedan habitaciones libres, pero no contiguas. Por tanto, es cuestión de que un compañero os ceda la suya. Se hará. Ahora la gente está desperdigada trabajando en grupos.

—Podrías preguntar a los que no estén lejos de aquí. A los del jardín, por ejemplo.

—¿E interrumpir su tarea? Estate tranquilo como lo estoy yo, haz el favor. No te ocultaré que también me tranquiliza comprobar que eres capaz de desplazarte por la casa sin el auxilio de tu acompañante. ¿Dónde está? Me gustaría conocerla.

—Hay muchos con el mismo deseo.

—¿No me digas que la has encerrado con llave?

—Le he pedido que me pase a limpio unos poemas.

—Te recuerdo que el régimen de clausura no afecta a los asistentes de las Jornadas, ni siquiera a todas las monjas del convento.

—Vanessa Rincón es mi novia, mi secretaria y mi guía. Si no es por ella no me tomaría la molestia de respirar. La vida, tú bien lo sabes, da y quita, y a mí últimamente me ha quitado demasiado. Te lo cuento porque te tengo por amigo. Murió Mari Paz en aquel maldito accidente en que perdí las ilusiones y la vista; hube de dejar mi puesto en la universidad; en fin, no abrigó la intención de fatigar tu paciencia, pero me arriesgo a hacerlo si por esa vía logro que me comprendas. Llegó un momento en que ya no creía en nada. Te lo repito, en nada. Si no me suicidé fue por pereza. Me daba lo mismo estar vivo que muerto. La imposibilidad de leer, eso me hundió, José Manuel. A tientas buscaba libros en mi biblioteca, trataba de adivinar por el tacto las obras cogidas al azar, acariciaba las páginas con la absurda esperanza de reconocer palabras con las yemas de los dedos. Pero morir, ¿de qué me servía? Tampoco los muertos leen. Pensé por último en marchitarme lentamente como una planta que no recibe agua.

—Toda la vida has tenido nota de escéptico.

—A raíz del accidente dejé hasta de creer en el escepticismo. Porque a fin de cuentas era de esos escépticos que no carecen de un asomo de fuerza para argumentar y ejercer la ironía. De pronto yo carecía de todo. Escribir poemas, ¿para qué? Me sentía tan hueco, tan vacío, que pensé que en cualquier momento empezaría a levitar.

—Pero entonces conociste a Vanessa.

—Exacto. En realidad ya la conocía. Era alumna mía sin que me hubiera fijado en

ella. ¿Cómo iba a fijarme si daba clase a grupos de setenta y ochenta estudiantes? Todavía no se lo he dicho, pero soy incapaz de atribuirle unas facciones. Te lo revelo en la esperanza de que seas discreto.

—No va conmigo airear intimidades, ni propias ni ajenas.

—Tampoco reconocí su voz cuando vino a mi casa un día, atraída por la pena.

—¿De dónde sacas tú que estaba apenada?

—Se lo noté. Exclamó en tono de lástima frases del tipo: ¡Qué mala suerte ha tenido usted! ¡Se debe de sentir tan solo! Conocía todos mis libros. En librerías de viejo y en internet había conseguido obras mías descatalogadas. Sin que yo se lo pidiera se puso a recitar mis sonetos. Hasta los menos logrados cobraban un encanto especial gracias a su voz. Le dije que aquellos textos me resultaban de sobra familiares, que mejor me leyese los de otros poetas. José Manuel, no estaba leyendo, como yo creía. Se sabía mis poemas de memoria. Alabó mi bondad y me confesó que sentía afición por mi manera de impartir la asignatura. Ella y no pocos de sus compañeros me echaban en falta. Le pregunté si era de las que tomaba asiento en las primeras filas o más bien en las filas de la mitad para atrás. Mostró extrañeza. No volví a preguntarle nada por el estilo y la he dejado creer que me acuerdo de su cara. Se la toco con frecuencia, tratando de reconstruirla en mi fantasía. Sé que es hermosa. No me pasa inadvertida la reacción de la gente cuando ella va a mi lado. Me consta que más de uno piensa que soy su abuelo o, en todo caso, un pariente mayor.

—Comprenderás que es inhabitual que una chavala guapa se enamore de un hombre de sesenta y tres años que, además, no ve.

—¿Insinúas que el mío es un amor de pago?

—Guste o disguste, llevo toda la vida manifestando mis pensamientos con claridad.

—Pues jódete porque fue ella quien tomó la iniciativa. No soy un viejo verde ni un putero. Ella me abrazó a mí antes que yo a ella. Y quien dice abrazos, dice todo lo demás. Me hace mucho bien mi Vanessita. Que, por cierto, escribe unos poemas extraordinarios. Profetizo: esta chica dará que hablar. Ahora madura a mi lado, de manera que ya ves que también recibe de mí compensaciones. Me quiere, me admira, entiende de literatura, ¿qué más se puede pedir? Sus cualidades no se limitan a tener una buena figura. Dejemos de juzgar a las mujeres por el cuerpo. Empecemos a respetarlas.

—¿Qué opinan tus hijos?

—Mis hijos son unos hijos de, con perdón de Mari Paz, que era una santa. Mis hijos son enormes pozos de egoísmo. Sólo se acuerdan de su padre cuando lo necesitan. ¿Tú crees que se les pasa por la cabeza llamarme alguna vez y preguntar cómo me va?

—O sea, que no conocen la existencia de Vanessa.

—Ni falta que hace. Pero ya sé por dónde vas, tú que te jactas de hablar claro. Conmigo, desde luego, no lo haces. Intentas sonsacarme si mi novia obtiene de mí

ventajas económicas. No lo niegues, José Manuel. Desde que soy ciego he desarrollado otros sentidos.

—La pregunta se impone por sí sola.

—Le pago unos honorarios mensuales por asistirme.

—Bien hecho.

—Menos de lo que merece y aun así tuve que insistir para que aceptara. Se negaba en redondo.

—Señal de que no la atraes por el dinero.

—Pero el dinero también nos une. Mi Vanessita está estudiando, no tiene ingresos, le pago el alquiler de su piso. ¿Qué menos?

—Totalmente de acuerdo. ¿También tuviste que insistir?

—Pues sí, puesto que ella estaba dispuesta a instalarse en mi casa. Pero no es posible.

—Claro, el qué dirán.

—Tómame en serio o me voy. Para empezar, vivo lejos de la facultad, lo cual supondría un problema diario de desplazamiento para ella. El problema mayor lo representan mis hijos, esos cabrones malpensados, temerosos de ver mermada su herencia. Sospecharán que ella se ha pegado a mí para desvalijarme a cambio de sexo, lo cual es tanto como acusarla de prostitución.

—Pero tú podrías darles explicaciones como me las estás dando a mí.

—Hay otro asunto que exigiría incómodas explicaciones. Mis hijos son demasiado mezquinos para entender y aprobar un rasgo de generosidad. La madre de Vanessa fue inducida por su exmarido a meterse en negocios poco honorables. La mujer vive actualmente sola, con algún problema de colágeno que le produce continuos dolores en las extremidades. Total, que la engañaron, perdió su vivienda de toda la vida en el centro de Valladolid y está endeudada hasta las orejas. Ojo, no pienses que soy el típico incauto que se compadece de la desgracia ajena y permite que lo desplumen.

—No lo he pensado en ningún momento.

—En pocas palabras, de vez en cuando le paso, por mediación de Vanessa, un dinerillo a la mujer para que vaya tirando en espera de que los jueces sentencien a su favor. Son cantidades que no van a ningún lado, pero que suponen un alivio para la señora y al menos le aseguran la manutención.

Lope se puso de pie y, dándole una palmada amistosa al ciego en el hombro, le dijo:

—Entendido, Mateo. Estoy al corriente de tu situación personal, te dispensaré de preguntas mientras duren las Jornadas y procuraré que los asistentes te dejen en paz. ¿Qué más? Espero algún tipo de participación por tu parte.

—Por supuesto. Daré a conocer una muestra de mis últimos poemas, escritos todos ellos con la ayuda impagable de Vanessa, que me los traslada al papel. ¿Piensas hacer también este año una antología de lo que se lea aquí?

—Haremos la *plaquette* de costumbre, con un poema por poeta. Eso sí, grabaremos las lecturas y yo seleccionaré las más interesantes con el fin de emitirlas en mi programa. La tuya no faltará.

Mateo Gil Salgado se levantó del banco y se dirigió a la puerta asistido por Lope. Toc. Preguntó:

—¿Te importaría que Vanessa leyera una cosa suya, muy cortita, durante los recitales?

—¿Dices que tiene madera de poeta?

—Mucha madera, un bosque entero de madera.

Lope abrió la puerta que daba al pasillo.

Impremeditado, sin afectación, pura sorpresa cuando la vio entrar: ¡Oh! Hizo un mohín de agrado. La personita se lo merecía. Cuando llegó, Amalia Solórzano estaba medio traspuesta, con la puerta cerrada porque la molestaba el trajín de gente por el pasillo. Lope con este, Lope con el otro, el ciego, toc, toc, toc, y el peor de todos, el digno de lapidación, el asesinalable Juanjo Changa, que, en cuanto avistaba orejas, se arrancaba a declamar versos de muerte y pudrición, y todo, según rumores, por el maldito afán que tiene de suscitar anécdotas y de que lo mencionen en el mayor número posible de diarios íntimos y memorias, aunque lo pongan a caldo.

Y en esto entró la muchacha en el cuarto de los libros. Una aparición inverosímil, una sonrisa de dientes perfectos, las bailarinas negras, el cuerpo ágil, perfumado, esbelto, hermoso, y la cara tan bonita, ¡oh!

—¿Eres la niña de Mateo?

Había oído hablar, le habían dicho.

Amalia Solórzano estaba leyendo/subrayando un tocho teórico que le había prestado Lope para que estuviera entretenida, no me lo subrayes, ¿eh?, que ya me estropeaste una vez un ensayo de Bousoño con dedicatoria, y ella no entendía nada de la jerigonza especulativa, pero le daba igual porque le facilitaba el sueño. Con suerte se le podría quedar adherido al cielo de la boca un poco de barro intelectual, escupible como saliva propia durante la siguiente conversación sesuda con líricos congéneres.

Se adormecía sobre los conceptos, las definiciones y las notas a pie de página; levantaba cada dos por tres, trabajosamente, los párpados maquillados de turquesa, corrida la sombra de ojos por la llorera de antes; leía como quien se arrastra moribundo, infestado de llagas, por las dunas del desierto, en serio, luchando a brazo partido por mantener los ojos abiertos hasta el final de cada línea; pero era muy difícil, era imposible, y una y otra vez se le clavaba la barbilla en el pecho hasta que ¡oh!

La muchacha traía en sus dulces manos una pila de ejemplares del último de Mateo Gil, *Llanura*. Por el estilo llano y también, claro, por el paisaje de la meseta. Ocurrente el ciego. Con los años se estaba volviendo sucinto. Malas lenguas decían que seco.

—Sí, señora.

—Tutéame, hija, que, si no, me aviejas.

—Perdón. ¿Dónde los coloco?

—Mientras no los coloques encima de los míos, donde quieras.

La muchacha no tenía un pelo de modosa, aunque a primera vista pareciese mosca muerta. Y de muchacha, tampoco. Veinte abriles lo menos. La cara, de muñeca; porcelana inocente, de acuerdo; pero ¡el resto!

Sin contemplaciones hizo un hueco en la mesa cuajada de libros. Apartó, feísima

cubierta, título pretencioso, la pila de los de Eugenio Alpuente hacia zona de realitas y en su lugar plantó el montón de llanuras a nueve euros la pieza, allí, en el centro, donde más visibles eran. ¿Ella qué sabe de fobias y rivalidades?

Acto seguido, se acercó a estrechar la mano de Amalia Solórzano, que no le correspondió porque la mujer madura prefirió en aquellos momentos, todavía aturdida bajo los efectos de la fascinación, el roce de mejillas y así se hizo según su voluntad. La invitó a sentarse a su lado. Vanessa Rincón se excusó diciendo que don Mateo la esperaba; pero la Solórzano, sorda cuando conviene, juntó una silla a la suya, rogó/ordenó que tomara asiento, suavizando, eso sí, el ruego/orden mediante la promesa de no alargar más allá de cinco minutos la conversación, para que nos conociéramos y todo eso, ¿eh?

—Te sientan de maravilla las bailarinas.

Y las dos a un tiempo dirigieron la mirada a los pies finos, talla 35 como mucho, de tersos y bien proporcionados empeines, al revés de los de la Solórzano, atravesados de venas afeantes, manchas de vejez y bultos óseos.

Y también dijo, escrutando por sobre la montura de las gafas de leer:

—La naturaleza se esmeró contigo. Supongo que lo sabes.

Sonó a reproche.

—No me quejo.

—A ver los dientes.

Se los examinó separándole los lindos labios como a yegua de feria. Y Vanessa se dejaba, acostumbrada a los manoseos exploratorios del ciego.

—Todas hemos lucido alguna vez lozanía y juventud. Aprovecha las tuyas. No dejes que te perjudiquen. ¿No has pensado en cortarte la melena? Mi hija llevaba el pelo corto. Le quedaba muy bien. Le daba, cómo te diría yo, un aire deportivo, moderno.

—No creo que a don Mateo le convenza la idea.

—¿Qué coño le importa tu melena a ese vejestorio, si ni siquiera la puede ver?

—Pues es de lo que más le gusta.

—Bobadas. No permitas que te domine.

—Si no es eso, si don Mateo es muy bueno conmigo.

—Como un padre, ¿verdad?

—Más o menos.

—Pensaba que eras más espabilada.

Con delicadeza le tomó una mano; la acercó a su oído como si abrigara la intención de auscultarla a través del dorso; luego le dio la vuelta y se acarició con ella su propia mejilla. El entrecejo fruncido, los párpados apretados, también los labios: esa mujer estaba sufriendo.

—Si quieres te corto yo la melena.

Mientras le hablaba, introducía sus dedos entre las largas ondas oscuras y se las peinaba con cuidado de que no se engancharan en ellas las sortijas, y olió con calma

uno de aquellos preciosos bucles y olía estupendamente.

—En mi habitación tengo tijeras y cepillo, también secador. No creas que se me da mal la peluquería. Y, desde luego, no te cobraré. Puedo hablar con Mateo si lo consideras necesario. Mateo y yo nos conocemos desde hace muchos años.

Vanessa guardaba silencio. Dio un suave tirón al brazo para liberar la mano atrapada entre las de Amalia Solórzano, pero no logró su propósito.

—¿Alguna vez has sentido que un fuego súbito te destruía, que el aire violento te partía en pedazos?

—Amalia, tengo que irme.

—¿Recuerdas haber estado troceada dentro de una caja de cartón?

—Esto no me gusta. Suelte por favor mi mano.

—Tú vivías en Madrid y cogías el tren en Atocha por las mañanas. Di que sí.

—Toda mi vida he vivido en Valladolid.

—Y llevabas el pelo corto. No mientas. Yo no sé por qué los jóvenes de ahora mentís tanto. Salías por la mañana temprano con tu maletín. ¿Te acuerdas del maletín negro, el que te regalé cuando empezaste a estudiar? Porque tú estudias, ¿no es cierto?

—Pues sí, pero jamás he ido con maletín a la facultad. Prefiero los bolsos y las mochilas.

Se la quedó mirando de cerca a los ojos como con rabia y desprecio. Repitió para sí: ¿bolsos, mochilas? Enseguida cambió el gesto y al punto sus labios adoptaron la curva de una amplia sonrisa. Sonriente trató de juntarlos con los de la muchacha, que rápidamente echó la cabeza hacia atrás.

—A mí sólo me besa en los labios don Mateo.

Reflejos felinos los de la muchacha. Esquivó rauda, elástica, la mano abofeteante. Debido al quite violento, un mechón de su melena le saltó sobre la cara, como si tratase de protegerla del golpe que finalmente recibió el aire. La muchacha liberó su mano de un recio tirón, se puso de pie y entonces, por el vano de la puerta, entró un trueno de voz varonil, imperiosa.

—Vanessa, sal por favor.

Lope, quién si no. Las dos mujeres volvieron a un tiempo la mirada hacia el vano de la puerta. No se veía sino un trozo de pasillo. De Lope, ni rastro. Se conoce que había estado espionando todo el tiempo la conversación pegado a la pared.

Vanessa Rincón se reunió con él y él se la fue llevando con maneras apacibles y un brazo paternal sobre el hombro, hacia la escalera, hacia cualquier lugar excusado donde contarle y explicarle.

Y por detrás, después de unos segundos de silencio, los alcanzó la voz desgarrada de Amalia Solórzano, que seguía sentada en el cuarto de los libros:

—Eso, Lope. Llévate a la putilla al sótano y fóllatela.

Desde el segundo piso se divisaba el jardín en toda su extensión. La ventana estaba abierta, cantaban los pájaros, reían los poetas. Más allá se alargaba, cubierto de madreSelva, al sol declinante de la tarde, el muro de separación. Y detrás, las paredes centenarias del convento.

Al amparo de una hilera de groselleros se arracimaba el grupo de Juan Luis Cabral. Eran los que más jajajeaban y jijijeaban. La distancia impedía descifrar la alegre conversación; pero a la Nívea eso le importaba un rábano, un comino y un pimiento. Ella lo único que quería era cerciorarse a cada rato de que Cabral continuaba en el jardín.

Empezó el registro por los papeles de la mesa. Poca cosa. Había una carpeta de lo más vulgar, todavía con la pegatina del precio. En el interior tres páginas impresas, dos de ellas con firma de Alberto Almandoz. Su idea particular de la poesía. En el ángulo superior derecho una anotación manuscrita: «Tiene que acortar». La tercera página era de Felipe Cárdenas, con otra anotación: «Bien, que lo mande por mail».

Y eso era todo en cuestión de papeles. Volvió a mirar con disimulo por la ventana. Allí seguían. Jijí, jajá. Ya veremos quién ríe último.

Junto a la carpeta estaba el portátil. Activada la lucecita azul de reposo. Pulsó el botón de encendido. Aleluya, se accedía sin clave al escritorio. Un adonis en tanga, musculado, bruñido, la miró a los ojos. Al guaperas lo abrazaba por la espalda otro que tal con barba de tres días. ¿Por qué tan serios? Ya le gustaría a Cabral parecerse a estos.

Le dio reparo posar la mano en el ratón, apoyar las yemas de los dedos en las teclas. Debía haber traído guantes, pero ella cómo iba a saber. Le vino un asomo de asco. ¿Tocar aquellas superficies manoseadas a diario por un tipo aborrecible? Se asomó de nuevo a la ventana.

¿Abrió Word? Lo abrió. ¿Y? Confiaba en encontrar la antología en la lista de los últimos documentos consultados o abiertos o como se diga. Nada. Dedujo de los nombres con pinta de título de poemario que se trataba de obra literaria de Cabral. Así que buscó en el listado del directorio de archivos, donde tampoco figuraba la palabra *antología*. Abrió por abrir. Versos, artículos, facturas y demás morralla de literato. De nuevo se acercó a la ventana. Jijí, jajá. Accedió a una cosa llamada TEORÍA. Contenía una larga lista de citas. «Es la hora, dijeron, de cantar los asuntos maravillosamente insustanciales», José Agustín Goytisolo. «¿A quién puede dañar la perfección del viento?», Luis García Montero. Y así. En POESÍA ÚLTIMA halló poemas. Para Julito. Profanó media docena suprimiendo palabras, borrando estrofas, introduciendo faltas de ortografía, saboteando la gramática. Le habría destrozado el libro entero, pero tenía que seguir buscando la maldita antología. Ya se desesperaba cuando abrió POÉTICAS 2000. Allí estaban los antologados, ocho con sus respectivas

teorizantes cantilenas, endiosándose rolleros, inmortalizándose sabihondos. Y para completar el lírico sanedrín habría que añadir las pedanterías de última hora de Cárdenas y Almandoz. *Grupo poético de 2000* se hacía llamar la piara.

Pasó las páginas mirando los nombres y apellidos. Fulano, mengano, todos tíos menos Consusa Valroyo, seudónimo que usan las lésbicas poetas cuando componen al alimón, seguro que lamiéndose desnudas en la cama, guarras, y publican juntas. ¿Por qué esas y yo no? Claro, el cabrón de Cabral mata a dos pájaras de un tiro y, por el precio de una, le quedan dos deudas, con mayores posibilidades de que si llaman a la una o a la otra a enrolarse en el jurado de algún certamen poético lo premien.

Esto funciona así y no me quejo porque pertenezco a la mafia lírica nacional. Se asomó a la ventana. ¿Dónde estará la antología de los...? Por de pronto borró POÉTICAS 2000 en Word, en la papelera y en el lápiz de memoria incrustado en la parte posterior. Eso para empezar y para que respeten. Siguió buscando con breves interrupciones consagradas a la vigilancia ventanil y de pronto, de súbito y de repente, ¡lo sabía!, ¡me lo figuraba!, dio con la colección de poemas en un archivo llamado REUNIÓN, ¡qué bonito!, ¡qué profundo!, con prólogo gelatinoso/filosofante de la propia maricona. «Toda selección, cualquiera que sea su índole, entraña ciertos riesgos.» Engolado, presumido, hijoputa. Y hablando de esta guisa para sí, deshizo la reunión en los tres soportes disponibles, la borró de la faz de la tierra y la mató con saña, alegría mórbida, noche oscura del alma y otros sentimientos carentes de denominación apropiada en la época actual.

Y se asomó. El jardín seguía primaveral en su sitio y el convento tostado por siglos de sol serrano y los poetas diseminados y rientes, también el monte con pinos al fondo, y como le había tomado gusto al registro, devuelta al portátil la lucecita azul indicativa de siesta, decidió hurgar en las pertenencias del hombre que perdió su antología.

¿Desordenó, esparció, destruyó? Nada de eso. Sumó una serie de destrozos sutiles de difícil percepción a primera y segunda vista, de tal manera que al final de la perrería ningún objeto, prenda o utensilio mudó de sitio, mostraba rotura o desperfecto, componía lamentable derramamiento de añicos. Entonces, ¿qué?

Por partes. El frasco negro de 100 ml de La Nuit de L'Homme Frozen Cologne, por ejemplo, de Yves Saint Laurent, bastante lleno. Pues nada, lo alivió de una porción considerable del no barato contenido, el cual no fue por ello desperdiciado, sino que fue a perfumar la noche mohosa y bacterial de la cañería, eso sí, convenientemente rebajado con chorro de agua corriente para no embriagar a los bichos.

En la bolsa de aseo plastificada con rayas en plata encontró unas tijeritas doradas de manicura, instrumento principal de su crimen. A la bolsa le dio un tajito aquí y un corte allá, donde más disimulada quedaba la avería. Ah, y soltó, cosa de poca monta, un hilo de la costura. Y también le metió cinco pinchazos diminutos con una punta de las tijeras al tubo de dentífrico y podó la cerdas al cepillo de dientes, que estaba muy

feo el desastrado con esas greñas, por Dios, que no se diga.

Amputadas dos púas del peine (la segunda, de las gruesas, sin querer), se encaminó al armario previa mirada precautoria por la ventana. Allá seguían, persuadidos de su gloria, tratando de tú a los clásicos. Todo el firmamento con sus astros y su materia oscura giraba en torno a cada uno de ellos. En el armario encontró ropa dispuesta en las baldas con esmero de boutique, bien planchada, bien repartida, los zapatos de dos en dos, chico ordenado el antólogo desantologado. Y ella armada con las tijeras de manicura.

Aflojó botones, ni tanto que los ahuyentase ni tan poco que no se desprendieran después de algún que otro roce; soltó dobladillos, agujereó costuras sobaquiles, medio descuajaringó una cremallera, cortó (menos dos hebras) un cordón de zapato y miró nuevamente por la ventana.

En esto, se fijó por casualidad en una bolsa de viaje que estaba bajo la cama y ya pensaba en marcharse, pero dijo: a ver qué hay dentro. ¡Menuda! ¡Todo el recado erótico de Cabral! Condones. Pinchó un poquillo. Lubricante. Extendió una fina capa por el asiento de la silla, los tiradores del armario, la mesilla y el cajón de la mesa, y por la almohada para que le patinasen los sueños cuando estuviese dormido. ¡Qué mala soy! Tangas rosas, blancos, colorados. Sutiles, mínimos, discretos tijeretazos. Y una polla de goma. Sintió tentaciones de robársela para uso propio porque una no es de piedra, oye; pero, pensando en el tipo de orificio frecuentado por el trabuco, desistió.

Había más. Esposas, estuche de maquillaje, pintalabios, cuerdas, una cadena, una máscara de cuero, un corsé de látex. ¡Caramba con el Cabral! Antes de cortar, soltar, deshilar, se acercó nuevamente a la ventana. El corazón le dio un vuelco. Detrás de los groselleros no estaban los poetas. Calma, calma. Restituyó las tijeras de manicura a la bolsa de aseo plastificada con rayas en plata. Se aseguró visualmente de que cada objeto ocupaba el mismo sitio que a su llegada. Cerró la bolsa de viaje y qué faena, se oían gritos fuera, ¿en el pasillo?, no, un poco más allá, en la escalera o quizá en el descansillo de la primera planta. Asomó con cautela/miedo la cabeza. Nadie a la izquierda, nadie a la derecha. Pero bronca, insultos, acusaciones, amenazas. En resumen, gritos de varones exaltados.

Había tal alboroto que no tuvo necesidad de cerrar la puerta con precaución. Probó a abrirla desde fuera. Estaba requete de puta madre cerrada. Confió: no se percatará. Y si se extraña por alguna cosita, ¿qué? ¿De quién va a sospechar? Nada le falta; ninguno de los minidestrozos lleva firma; de la mayor parte de ellos quizá no se dé cuenta jamás, si es que se da cuenta de alguno; el resto bien puede atribuirlo a la acción corrosiva del tiempo, al desgaste por el uso, a la mala suerte, a los contratiempos del azar.

En la escalera, entre el primero y segundo piso, discutían, ¿quiénes?, a voz en cuello. La Nívea, pasito a pasito, se asomó. Charli Garrido y Ernesto Contreras mentándose las respectivas madres. ¡Qué vocabulario! ¿Y esos son poetas, creadores

de un lenguaje poético, artistas de sensibilidad exquisita? Andaban varios líricos compañeros separándolos para que no se zurraran. Medió Lope. Casi lo derriban. E iba acumulándose por momentos curiosidad junto a las barandillas. La bronca se debía de estar oyendo más allá del jardín, en las celdas de clausura. Garrido dijo que lo soltaran. Lo soltaron. Miró a unos y otros con desprecio/odio y flequillo despeinado. Jurando tomar medidas (o sea, vengarse), se retiró a su habitación. Apenas un cuarto de hora más tarde se oyó en la explanada el ruido furioso de su moto. Antes de marcharse lo vieron hacer una peineta en dirección al centro de estudios. Eso es de baja categoría, era el comentario general.

Minutos antes de la hora prevista para el comienzo de la ronda de ponencias, la Nívea bajó a la cantina a comprarse una botella de agua mineral. Se sirvió y pagó porque ella no es como esos sinvergüenzas que consumen y no pagan y después Lope tiene que desembolsar del presupuesto de las Jornadas lo que falta en la caja sin que se enteren las monjas. Así sucedió el primer año, así sucedió el segundo y así sucederá este y los que vengan, pues que la naturaleza dotó al ser humano de poderosas debilidades.

De repente la llaman por la espalda. Evangelina. Se vuelve y ¿quién es? La madre que me: Juan Luis Cabral. Del canguelo que le entró se le fue un chorrete de orina a la braga, pero, psss, que nadie se entere porque esto es muy íntimo.

¿Qué querrá? Ay, Dios mío, la Nívea se temía lo peor.

—Te estoy buscando como un loco.

—¿Ah, sí?

—Me ha comentado Alberto que te sientes molesta creyéndote excluida de la antología que me han encargado los de Casandra.

—Conoces mi trayectoria, mis premios, mis publicaciones. ¿De verdad te parece que no reúno méritos suficientes?

Cabral posó sus manos sobre los hombros de la Nívea, contento, confianzudo, consolador.

—Tienes méritos de sobra. Nadie los discute y yo el que menos. Pero ¿a que no sabes qué? Estarás en el segundo tomo, el que publicaremos el año que viene. ¿No te alegras? Si es que además sin ti el proyecto quedaría cojo. No te lo había dicho antes porque he esperado a coincidir contigo aquí. Puedes ir pensando en seleccionar siete u ocho poemas. Si son cortos, más. Porfa, que no falte aquella maravilla que escribiste sobre las palomas de Bruselas.

—Venecia.

—Eso. Y piensa también en redactar un texto de alrededor de trescientas palabras sobre tu poética. A tu manera, con libertad absoluta de criterio, ¿eh? Para diciembre me gustaría tener cerrado el segundo tomo de la antología.

La Nívea dijo, manoseando nerviosa la botella de agua mineral, que le parecía muy bien. Él le dio un abrazo efusivo y un beso en la frente. Luego, infantil, alegre, juguetón, se puso a bailar de broma con ella en medio del pasillo.

El silencio oscureció. El sol se había escondido detrás de la cima. Empezó a refrescar. Y los pájaros, ¿por qué no cantan? Las cigarras, ¿por qué ya no rascan su concierto? Quizá los animales de aquel paraje alborotan de acuerdo con un horario fijo. De forma que, cuando declina la tarde, se produce un lapso de silencio hasta que empiezan a trabajar los del turno de noche. Mochuelos, grillos y demás. Andreu Viñals sostenía otra hipótesis. El hedor de Alpuente espantaba a las especies dotadas de movimiento.

Los dos metafísicos poetas deliberaban fumando sendos porros en las anochecientes espesuras, a unos diez pasos de la mesa. Y miraban, inquietante cuadro de anulada poesía y grado máximo de repugnancia, el cadáver vivo de su amigo, quien, tras breve conversación incoherente, con asomos de delirio, se había dormido de nuevo.

—¿Duerme o está en coma?

—Este está en punto y coma. No concibo postración mayor que la de yacer rebozado en los propios excrementos.

—A bastante distancia de una bañera, además.

—¿Qué hacemos?

—¿Por qué olerá tan mal la mierda?

—Huele a lo que siempre ha oído.

—En este punto juzgo que la naturaleza se propasa.

—Quizá la mierda huele bien, pero el olfato humano sea víctima de un grave error.

Acordaron acercarse al amigo inconsciente. Andreu Viñals se protegió las fosas nasales con un pañuelo que se anudó sobre el cogote. Carranza de León se tapó la nariz con una mano. Ahí estaba el autor de *Matinal de la hermosura*, tendido boca arriba en la tierra arenosa, junto a la mesa. Los párpados entreabiertos, inmóviles; los labios también; en el semblante, un gesto tranquilo, como de difunto satisfecho. De la cintura para abajo, mejor no mirar y, aún mejor, no oler. Y lo mejor de lo mejor, no tocar.

Mierda líquida, todavía fresca, probablemente tibia, empapaba/percudía/amarronaba los bajos de la camisa exblanca, los pantalones entre la bragueta y las rodillas y, oh horror, las manos, el mentón y para qué seguir.

La campana de las espinosas lloró las lágrimas sonoras de las siete. La de la iglesia de Morilla del Pinar corroboró, tintineante, poco después.

Andreu Viñals retiró su ordenador de la mesa, donde lo había olvidado y ahora se le habrá pegado la fetidez, *collons*, cómo no se había dado cuenta, ya era tarde, etcétera. Y entretanto, desde prudencial distancia, Carranza de León meneaba a su amigo con un palo. Le levantó una mano. En el antebrazo piloso, polvo y hojas de pino. La soltó. Zas, cayó como la extremidad floja de un muerto reciente. Le pinchó

con la punta del palo en una axila para provocarle cosquillas despertadoras. El tosco procedimiento no funcionó. Le metió la misma punta del palo entre los dientes, separó sin dificultad las mandíbulas, le dejó la boca abierta a la manera del grito de Munch.

Viñals, surcos en el entrecejo, se preocupaba.

—Falta media hora para la puesta en común. —Con el pañuelo ante la boca semejaba un atracador de película de vaqueros—. Propongo que lo llevemos a la casa.

—Buena idea. Échatelo al hombro.

—*No em fotis, nen*. Con ramas podríamos confeccionar unas parihuelas. Así evitaríamos tocarlo.

—Tú has leído en exceso a los clásicos. Eugenio no andará lejos de los cien kilos. ¿Cómo cortamos dos ramas resistentes? ¿Tienes buena dentadura?

Carranza de León le cerró a Alpuente la boca con tres golpecitos del palo. Dijo:

—Y si consiguiéramos llevarlo hasta la casa, ¿qué?

Barajaron posibilidades a cuál más deshonrosa. Estaban contestes en que había que impedir a cualquier precio que el pueblo realita viese/oliese al camarada cagado. ¡La de mordacidades que habrían de escribir esos hijos de mala madre y peor padre! Toda la España culta se enteraría del maloliente suceso. Correría de boca en boca la anécdota vil con la consabida exageración ibérica. Más de uno la mencionaría en entrevistas radiadas y televisadas, en diarios, memorias o estudios monográficos sobre la poesía española de comienzos del siglo XXI.

—Créeme, Andreu, no deseo una inmortalidad fecal. Tampoco quiero darle explicaciones a Lope. No, nada, que estábamos discutiendo sobre la belleza y se le ha soltado el vientre.

—Si se nos muere, será la Benemérita quien nos pida explicaciones.

—Maldito monte seco. Un riachuelo, una charca, y solucionábamos el problema en un amén.

—Hay que despertar a Eugenio. Dentro de un rato tenemos que estar en la sala de plenos.

Carranza de León enristró el palo a lo picador. Palo curvo, renegrado, feo hasta para una hoguera. Así y todo, bien que alanceaba con él a Eugenio Alpuente en el costado y en el pecho, mientras Andreu Viñals, inclinándose sobre el desmayado, pronunciaba su nombre, ¿me oyes? Entre los dos lograron que volviera vagamente en sí. El caso es que despegó los párpados; miró, bobalicón, a las alturas celestiales; farfulló con un eco de ausencia/presencia: «la dalia, la dalia» (¿en qué andaría pensando?), y aunque sus amigos, protegidas las napias, adelantaron las caras hasta su campo de visión, al pronto no dio muestras de reconocerlos. Luego, sí. Dijo:

—Ahora soy feliz.

—¿Cómo te sientes?

—Por primera vez en mi vida experimento la felicidad. Quisiera alargar este

momento. Quisiera hacer de este momento mi vida entera.

—¿Puedes levantarte?

Negó con la cabeza.

—¿No puedes o no quieres?

Viñals intervino visiblemente nervioso:

—Faltan veinte minutos para que empiece la lectura de ponencias. Si no asistimos, lo notarán. Vendrán después las preguntas embarazosas.

Alpuente, a lo suyo.

—*Verrà la morte e avrà i tuoi occhi.*

Viñals siguió con sus cálculos y augurios:

—Si acude a la reunión uno de nosotros, también habrá suspicacias. Propongo que bajemos por lo menos dos.

Carranza de León, de guasa:

—Eugenio o yo, ¿a quién prefieres?

—Podríamos tal vez incorporar al grupo a alguno que se haya quedado suelto. A Juanjo Changa, por ejemplo, que es horma de todos los zapatos.

—Seríamos los protagonistas de las Jornadas. Tendríamos en el grupo a un cagado y a un meado. Porque Changuita seguro que a estas horas luce una mojadura pantalónico/calzoncillil sobre cuyo origen y causa no albergarán duda ni las monjas más cándidas del convento.

—Pues entonces propón tú algo.

Convinieron en bajar los dos sin demora al centro de estudios y lavarse. Leerían la ponencia, se someterían a las estúpidas preguntas de los estúpidos asistentes y, a la primera oportunidad, regresarían a socorrer al amigo hediondo. Calcularon: ¿Una hora? Entre pitos y flautas lo menos dos, ya que habría que guardar los debidos disimulos, buscar ropa limpia en la habitación de Alpuente y subir en penumbra la sinuosa y senderil cuesta.

Andreu Viñals:

—¿Estás de acuerdo, Eugenio?

—¿Alguno de vosotros tiene descomposición?

No parece que lo hubiera preguntado de broma. Aquello partió el alma (o el corazón u otro órgano por el estilo, tanto da) a Viñals. Maternizada la voz, le dijo:

—Te juro que volveremos cuanto antes y te ayudaremos. —Hizo ademán de quitarse la camisa—. Voy a arroparte. Pronto comenzará el frío.

Por lo visto, Alpuente no estaba tan nublado de entendimiento como parecía. Se expresaba, eso sí, un tanto corto de resuello.

—Deja, Andreu, que no ignoro mi estado. Os esperaré aquí. Es improbable que me mueva del sitio. Si puede ser, no tardéis. De momento no siento frío.

Les pidió tabaco. Le pusieron un cigarrillo encendido en la boca y colocaron un paquete ya empezado y un encendedor en el suelo de modo que los pudiera alcanzar sin dificultad. Por fortuna, dijo, el dolor de vientre empezaba a remitir. El problema

era ahora el ano. ¿Qué? Le picaba horrores. ¡Ah!

Carranza de León dijo:

—Si nos dejas la llave de tu habitación te traeremos ropa limpia.

—La llevo en el bolsillo izquierdo.

—Ya has oído, Andreu. En el izquierdo.

—Tranquilos, yo la saco.

Alpuente introdujo los vacilantes y desmadejados dedos en el bolsillo; hurgó, torpe, farfullando incomprensible monólogo; extrajo objetos enmerdados: monedas que cayeron al suelo y se hundieron en la arena; una tarjeta de crédito y por fin la llave de su habitación, que Viñals agarró cautelosamente con una hoja arrancada de su cuaderno de anotaciones. La llave era limpiable, no así la etiqueta de papel del llavero donde figuraba el número de la habitación.

—¿Seguro que no te importa quedarte solo?

—Espero que sepáis defender el pabellón. Duro con ellos.

—A las nueve o nueve y media estaremos aquí de vuelta. Palabra.

—Mirad si podéis traer un cubo de agua para quitar lo mayor.

Enfilaron los dos amigos el sendero. Se oían de nuevo pájaros y cigarras y algún que otro grillo. Serenidad crepuscular; plantas leñosas, aromáticas, por doquier. Dámaso Carranza de León y Andreu Viñals bajaban en silencio, oliéndose el dorso de las manos, los cuellos de la camisas, los antebrazos, y el catalán, además, su pequeño ordenador portátil.

En las paredes del bar: una cabeza de toro, el televisor apagado, un viejo póster del Real Madrid punteado de cagadas mosquiles y, entre las baldas de vidrio sobre las que se alineaban las botellas, una fotografía del rey enmarcada y con real dedicatoria y firma. Conchita Arroyo no resistió las ganas de preguntar si de verdad el Borbón había estado allí.

Ramón les acababa de contar que una máquina agrícola le había rebanado una mano. Con orgullo rural levantó el muñón escondido dentro de la manga. Desde poco después del accidente regentaba el bar.

—Esto era antes una cuadra, toda esa pared la ocupaba el pilón y donde estáis ustedes dormían las vacas.

¿Alusión sexual? No tenía el tabernero metido en años (sesenta o así) cara de rijoso/malicioso, aunque nunca se sabe.

—Paró un tío la moto delante de la puerta, entró en el bar, se quitó el casco y, hostia, el rey. Los del pueblo no me creen porque no lo vio nadie más que yo y me llaman mentiroso. Le serví un vinito de la región a su majestad, que yo se lo recomendé. Botella nueva, ojo, que el rey es el rey. Le saqué unas aceitunas, qué menos, y él me firmó la foto que yo arranqué, por cierto, de un libro que tengo en casa. El rey es muy majo y allá cuidados si nadie cree que estuvo en mi bar. Lo importante es que yo me creo.

—Eso fue hace mucho, ¿no? Lo digo porque al monarca se le ve bastante joven.

—No, es que la foto era de un libro. Ramiro —al labriego que las había remolcado hasta el pueblo—, ¿como cuándo calculas que estuvo aquí el rey?

—Según tú, hace nueve años.

—Pues ya lo oyen.

Susana Valcárcel:

—¿Y desde entonces está usted esperando que vuelva?

—A mí me da igual. Si viene que venga. Yo sirvo a todos.

Se conoce que al tabernero le hizo gracia que las dos mujeres se interesaran por conocer detalles de su establecimiento. Les cobró las consumiciones y, por cuenta de la casa, sin preguntarles si les apetecía, puso a cada una un chupito de anís. Aceptaron complacidas, pero ¿sinceras? Y se miraron un instante a lo hondo de las pupilas como diciendo: ¿te vas a beber esta porquería?

El tal Ramiro, agradecido el vino, limpiado el morro con el dorso de la mano, se despidió enseñando un diente de oro y ellas, por tercera, cuarta o incluso quinta vez en lo que iba de tarde, le dieron las gracias por la ayuda prestada, no hay de qué, a mandar.

—Desde que las monjas abrieron la casa de reuniones, Morilla ha ganado vida. Los del pueblo, algunos, vienen a echar la partida después de comer y los domingos a tomar el aperitivo después de misa y paren ustedes de contar. Quitando por fiestas

esto estaba muerto. ¿Quién me pedía a mí un whisky o un cubalibre?

Conchita Arroyo dijo por decir:

—Pues los jóvenes.

—Los jóvenes bajan todos a San Juan, a las discotecas y eso. Aquí quedamos los viejos y los que no hacen gasto. En cambio, cuando hay congresos donde las monjas, y todos los meses hay uno o dos, yo hago cajón seguro.

Susana Valcárcel le instó/rogó a Conchita por señas que se trincara también su anís y Conchita, con disimulo, cambió de sitio las copas después de apurar la suya y luego vació de un trago sacrificial la de su pareja. Hasta hizo un mohín coqueto para significar que la bebida no le había causado asco.

—¿Ustedes también sois de algo de medicina o así?

—Somos de poesía.

—El año pasado, mecá, no había manera de sacármelos de encima a los poetas. Hasta las cuatro de la madrugada me tuvieron pegado a la barra. ¡Cómo soplaban! ¡Y qué conversaciones! Yo no entendía ni jota. Los miraba y me decía para mi coletito: ¿se puede vivir en España de escribir versos?

Conchita Arroyo, picada:

—¿Y usted qué cree?

Ramón se rascó el cogote, qué remedio, con la única mano que tenía.

—Pues supongo que sí, por lo menos los poetas que vinieron al bar el año pasado. Algunos, como no llevaban suelto, me pagaron con cada billete.

—Nosotras ganamos millones. Esta cobra cinco mil euros por poema y hay escritores que por ese dinero ni siquiera se ponen al teléfono.

—¡Pues sí que habéis escogido ustedes una buena profesión!

Sirvió otros dos chupitos de anís por cuenta de la casa. De nuevo Conchita Arroyo se los echó entre pechos y espalda. Y sin más, previa patadita en el tobillo de la una a la otra, se despidieron. Ramón las acompañó hasta la puerta. Indicó el lado opuesto de la plaza.

—¿Veis ustedes aquel callejón que llaman de la Viuda? Pues tiren por allí. No hagan la tontería de subir por la carretera. Se ahorran bastante camino. Pasen el cementerio, luego unos pinos y ya están en el convento.

A Conchita Arroyo le iba dando la risa por las calles de cemento con surcos. Si se cruzaban con un aldeano de inevitable catadura local, si veían a un perro rascándose dale que te pego o a una cabra, una simple y vulgar cabra disparando cagarrutas, si sonaba el canto de un gallo, ella soltaba la correspondiente cuchufleta metafórica, comparativa, hiperbólica, y daba la nota medio tambaleándose, que ya hasta se asomaron algunos ojos asombrado-susplicaces a las ventanas.

Salieron al campo. Sol de la tarde, parcelas de cereal todavía verde, las rojas pinceladas de las amapolas. Tras la primera revuelta se agarraron de la mano. A Conchita le mojaban unas gotas de sudor las aletas de la nariz.

—Estás borracha.

—Por tu culpa.

Juntaron las bocas subiendo por el sendero terroso. Y dijo Susana:

—Te sabe la lengua a anís.

Se miraban de cerca, idénticas en la estatura.

—Se nos ha olvidado sacar las bolsas del coche.

—Que les den por. Esta noche o mañana ya nos bajará alguno.

—Susa, dime que me quieres. No me hagas sufrir.

—Si sabes que te quiero, ¿para qué me lo preguntas?

—Juntas somos fuertes. Juntas y fundidas hasta el final. Me mataré el día que te mueras. ¿Harás lo mismo?

—Tendría que mirar la agenda.

Reanudaron la marcha, las manos enlazadas, dando pequeños brincos y esparciendo risas por la soledad aromática del campo. Se echaban versos propios y ajenos, eróticos y requebrantes, mientras subían por el camino que lleva al cementerio. Gustaban de un rito lúdico a costa de Safo de Mitilene. Y lo repitieron en aquel camino.

—*Ven, pues, oh diosa, y mis anhelos cumple.*

—Voy, pues, odiosa, y tus anhelos cumplo.

De Morilla del Pinar sólo se distinguía allá abajo el mosaico de tejados. Descollaba en medio el campanario de la iglesia de a saber qué siglo. Estaban solas. Se descalzó Conchita Arroyo porque quería sentir, dijo, el calor áspero de la tierra en la planta de los pies. Las uñas pintadas de negro, qué obsesión. La otra, uñas rojas, también se descalzó.

Y llegaron ante la verja roñosa y estaba entornada y vieron lagartijas rápidas, grises, asustadas, que se escondían en las grietas de la tapia. La atracción de la muerte. Susana Valcárcel se quejó cariñosa, dulce, te pasas la vida dándoles vueltas a la agonía y al último estertor y a los entierros, y le preguntó si era zombi y la otra dijo que por supuesto, que todo su interior constaba de órganos podridos, ay, cállate, guarra.

¿Qué habría, cuatro docenas de tumbas? Pues no muchas más, con predominio de cruces clavadas en la tierra. En cuanto al resto del decorado, lo habitual: dos cipreses reglamentarios, maleza seca con pinchos, piedrillas que se les clavaban en la planta de los pies y, bien mirado, una agradable desolación. ¿Diminutivo de cementerio? La otra no lo dudó: cementerito. ¿De epitafio? Epitafito. ¿De ataúd? Disintieron: ataudín, ataudito. Y se atribuyeron mutuamente pésimo oído poético.

Entretenidas en juegos verbales llegaron al fondo, donde se alzaba, adosado al muro, el excesivo, pomposo, grandote panteón pétreo de la familia ricachona de Morilla del Pinar, todo un señor templo con una especie de atrio techado y, tras las columnas revestidas de liquen, un espacio de losas en sombra sobre el cual se acomodó la lésbica pareja por iniciativa de Conchita Arroyo, a quien, exaltada por el anís y los labios de Susa, se le había humedecido el Benito y

quería/necesitaba/suplicaba placer sin tardanza.

—Conchi, por si no te has fijado, estamos en un recinto de muertos.

—El Benito te reclama, te busca, te implora. No le hagas esperar. Por culpa del anís tiene una locura muy grande y la célebre urgencia natural que sólo se calma con orgasmo.

Conchita Arroyo se dejaba tentar. Acariciada, besada, manoseada en sus erógenas turgencias, superficies lisas y recovecos, se abandonó al deleite en postura pasiva, los ojos cerrados, concentrada toda ella en el éxtasis lascivo y entregada. Susana Valcárcel introdujo la fina mano dadora de placer pantalón adentro hasta el calor blando y tenso del Benito rasurado, y con la palma de la otra rozaba/cosquilleaba un pezón endurecido por el gusto. Bajaba una y otra vez su boca hasta la otra boca, que la recibía entreabierta, sedienta de besos, hambrienta de lengüetadas, y reiteraba en cada acometida las chupaditas leves en los labios y en la punta de la nariz y, con más fuerza, mojando con chasquido salivoso, entre la nariz y el labio de arriba. Y entretanto el dedo corazón entró decidido en la humedad del Benito, que lo acogió con leve estremecimiento.

¿Qué ha sido ese ruido? Susana Valcárcel se quedó como petrificada. No sacó el dedo por no perjudicar su atención felina. La otra, tumbada en las losas, con el aturdimiento del gozo incipiente no había percibido ruido alguno. Le dolió la interrupción; pero Susa estaba en lo cierto. No lejos se oyó un goteo rumoroso de voces en teoría infantiles, aunque habría que confirmar, y de repente, cataplaf, el impacto de una piedra contra una de las columnas del panteón. Se levantó, alarmada, la una; la otra se abrochó el pantalón, recompuso la blusa. Eran varios chavalillos cortipantalónados. De ocho, de nueve años. El vocabulario, en cambio, era propio de bocas menos tiernas.

Colérica, barriobajera, Susana Valcárcel, al tiempo que arrancaba a correr hacia la verja con ganas ostensibles de agarrar al menos a uno de los críos y ponerle la cara del revés, replicó:

—Putá será tu puta madre.

A propósito de cara, pasó cerca de la suya un guijarro de tamaño mortífero. Se detuvo, cautelosa, a la sombra de un ciprés. Y allí, qué casualidad, junto al tronco reposaba un mango polvoriento ¿de azada, de pico?, qué más da, un buen palo para ahuyentar mocosos.

Los cuales echaron a correr camino abajo dando gritos de acusación y escándalo, lo que demostraba que habían visto lo que no se suele ver en pueblos y cementerios. Susana Valcárcel decidió correr tras ellos. Incluso salió al camino; pero, asomada al borde, vio que los traviesos se dirigían a través del cebadal hacia un paisano con perro grande y escopeta. Conque echándole una voz a Conchita Arroyo, abandonaron el cementerito a paso vivo y se perdieron de vista entre los pinos.

Ah, y eso no es todo. Dejaron los pinos atrás y del camino con zarzas en los bordes, cardos y grillería, salieron a la carretera que lleva al centro de estudios,

visible a cien pasos. Iban de nuevo cogidas de la mano, saltarinas y amarteladas. De pronto les viene un motorista de frente a toda pastilla. Garrido, ¿quién, si no? Lo que ellas no sabían es que Carlos (Charli) R. Garrido venía con la sangre caliente, venía de disputar y forcejear, venía de fatigar los bajos fondos del vocabulario castellano, y entonces cómo iban a comprender que, al pasar por su lado, él les hiciese aquella obscena y agresiva peineta con la mano enguantada.

Salió des pa cio, muy des pa cio, de la ducha, cuidado, don Mateo, cogido de la menuda pero firme mano de Vanessa Rincón. De pie sobre la toalla tendida en el suelo, la piel colorada a causa del agua excesivamente caliente, manías, se dejó secar/acariciar por la muchacha.

—¿Has vaciado las maletas?

—Sí, don Mateo.

—¿Y has puesto la ropa en el armario de modo que no se arrugue?

—Sí, don Mateo.

—No recuerdo que hayamos metido el pijama. Ya sabes que no me gusta dormir sin él.

—El pijama lo he colocado debajo de la almohada, como en casa.

—¿Cuál?

—El azul.

—¿El de botones?

—No, el otro.

Vanessa Rincón estaba habituada a secar al ciego. Nada de perder el tiempo con remilgos. Empleaba idéntica energía para pasar la toalla por partes pudendas como por sobacos, pies y demás chacina del sesentón, y a veces, con dulce y femenino apremio, impartía órdenes tajantes.

—Estese quieto, haga el favor.

El ciego, virilidad dolida, le echaba en cara sus faltas ocasionales de sumisión, que él prefería llamar faltas de respeto, y le dirigía reproches del tipo:

—Ya se nota que te criaste sin la autoridad de un padre.

—Usted es para mí como un padre.

—No tienes el menor tacto para lo masculino.

Tras secarlo, le aplicó pomada en los corros de psoriasis y procedió a vestirlo. El muñecote invidente/carnoso se dejaba abotonar, doblar articulaciones, encoger y estirar dedos, brazos y piernas; preguntaba qué colores, qué prendas, y quería a toda costa conocer su aspecto. Como ella le dijese que parecía un señor, sonrió amplio, pueril, postizodental. Más complacido, imposible.

Lo perfumó en abundancia, colonia barata, ácida y picante para el olfato, sin decirle lo siento, don Mateo, le he dejado en casa unos pelillos sin afeitarse sobre la nuez, pero no se preocupe, que se notan poco, mañana se los quito, y por último le colocó el reloj de pulsera. Y no era sólo que los ojos vacíos de visión anularan la utilidad de la pieza, sino que para más inri ni siquiera adornaba por quedar oculta bajo la manga de la camisa.

Lo dejó sentado, oloroso, peripuesto, en la silla, y ella fue a vestirse a su habitación. Habían discutido. Mateo Gil pretendía que la muchacha colocara sus cosas en el armario de él. ¿Para controlarla? Ella se opuso y Lope aún seguía allí.

—Lo que me faltaba, Mateo. He revuelto Roma con Santiago para conseguir dos habitaciones contiguas y ahora me vienes con que os instaláis juntos.

—Sólo pido que ponga sus pertenencias junto a las mías.

Ella protestó:

—Pero no caben. El armario es muy pequeño.

Y Lope:

—Ya lo has oído, cabezota. No caben.

Mateo Gil se dio a partido, pero muy feliz no quedó sino todo lo contrario y, en cuanto supo que Lope, ese metete, había salido de la habitación, reiteró sus deseos/exigencias. Sin éxito. Haciéndose la sorda, Vanessa llevó su equipaje a la habitación que le correspondía. Ahora caía la tarde y la muchacha se fue a vestir, advertida por el ciego de que a la vuelta le pasaría revista manual.

Y así ocurrió. Como le tentara la cabeza y se percatase de que la muchacha llevaba el cabello suelto, la obligó a recogerse ahora mismo, cómo se te ocurre. Manoseó sin contemplaciones el resultado sin abstenerse de apretar, aún menos de jalar un poquillo para asegurarse de que el moño no era de quitaipón. Cuando estuvo seguro de que su orden había sido cumplida, dijo refiriéndose a los asistentes de las Jornadas:

—Si ven que apuras la nota seductora, ten por seguro que se arrojarán sobre ti. Carecen del menor sosiego para guardar los modales, para comprender que, puesto que estás comprometida en amorosa relación conmigo, eres para ellos coto vedado. Polución, polución, no conocen otra ley. Y luego, satisfecha la lascivia, se encaminan a cualquier otro vicio dejándote sucia y tirada como un trapo de aporrear moscas. ¡Qué desastre de época! Se han secado los espíritus.

Acto seguido, la alabó por llevar las piernas apantalonadas. Tras lo cual hizo recuento de botones. Le pareció bien abrocharle uno del escote. Manoseó después en busca de maquillaje sus párpados y pestañas, rozó con la yema de un dedo sus labios, raspó con la uña una mejilla, y al término del minucioso examen celebró hallarla limpia de cosméticos. Palpado el calzado, le dio por fin la aprobación. Atrajo la cara a la suya para besarla en la boca. Hecho lo cual, salieron.

—Vanessita, tú no te apartes en ningún momento de mí.

Lo lazareó, toc, pasillo adelante. Al llegar a la escalera, le cedió como de costumbre el lado de la barandilla. Mientras el ciego se agarraba, tembloroso, vacilante, al pasamanos, la muchacha aprovechó para deshacerse, visto y no visto, el moño y desabrochar un botón del escote.

En esto, hombre, Mateo, cuánto tiempo, Dámaso Carranza de León, recién llegado del pinar, abrazó al amigo ciego. Fue entonces cuando Vanessa, como quien no quiere la cosa, se retiró hacia la luz vespertina de la ventana y, vuelta de espaldas a los conversantes, sacó de un bolsillo de sus vaqueros un espejito, un lápiz de ojos y un pintalabios. Ris ras, consumó la obra cosmética en un periquete y aún le dio tiempo de ahuecarse la melena con sus dedos peluqueros.

Nada más despedirse de Carranza, el ciego susurró a Vanessa:

—¿Ya se ha ido?

—Ha echado a correr escaleras arriba. Parece que lleva prisa.

—Juraría que olía a excrementos.

—No hable tan alto, don Mateo. Lo pueden oír.

—Ese individuo iba cagado. Desde que perdí la vista he desarrollado los demás sentidos. Cagado y bien cagado. Por eso corría el muy cagón, para poner remedio a su pestilencia. Hazme caso, no estamos entre gentes normales. ¡Los poetas de hoy! ¿Tú te imaginas a don Antonio Machado, al finolis de Luis Cernuda, a mi amigo el difunto Pepe Hierro, cagados? Te lo digo y te lo repito. Ten mucho cuidado, no te despegues de mí hasta la hora de retirarnos.

Se cruzaron, a punto de alcanzar la planta baja, con Andreu Viñals, que pasó deprisa junto a ellos sin saludar.

—¿Quién era ese?

—No lo conozco.

—También iba cagado. Más cagado que el anterior.

—Don Mateo, yo no he notado nada.

—No sé qué pensar. Empiezo a preocuparme. ¿No seré yo el que huele, verdad?

—Usted huele como un caballero.

Pero Mateo Gil Salgado no terminaba de convencerse, sino que desde allí hasta la puerta de la sala de plenos no cesó de olisquearse las mangas, las manos, un codo, ni de catar, olfativamente hablando, el aire en rededor, mientras musitaba con la nariz fruncida un soliloquio que sonaba a queja mezclada con alarma y suspicacia.

Lo saludaron estos, aquellos, los de más allá al llegar; algunos, torpes o burlones: ¡cuánto tiempo sin vernos!; respondió seco, monosilábico, más preocupado por olerlos que por trabar conversación, y a Lope, que vigilaba la entrada, entretenido en contar el ganado, le pidió/reclamó que hiciera lo posible por que la reunión empezase con puntualidad.

Ningún asistente ocupaba asiento salvo él con su Vanessa. Y tamborileaba con las yemas de los dedos impacientes sobre el tablero de la mesa.

—Don Mateo —al oído—, ¿podré leer mi poema?

—A eso hemos venido, amor mío, y no a soportar las necedades que sin la menor duda van a proferirse hoy bajo este techo, si es que hay techo, pues yo no lo puedo ver. Leerás tu poema y el mío. Primero el mío con la entonación que practicamos ayer en casa. Luego el tuyo como quieras, aunque te recomiendo que lo hagas con naturalidad. Por lo demás, Vanessita de mi vida, no en otra cosa consiste la tarea del escritor sino en hacerse presente con sus obras en las conciencias ajenas.

La sala se fue llenando de asistentes. La poetada parlanchina, bulliciosa, ocupó los asientos en torno a la mesa. Se hizo el silencio no bien Lope hubo tomado la palabra. La cena, a las nueve y media. Si para entonces no había terminado la ronda de intervenciones, la reunión se prolongaría *sine díe*. La noche es larga, dijo.

Bella Vanessa Rincón, cómo la acariciaban/sobaban las miradas deseosas de los embelesados circunstantes, cómo se puede tener un rostro tan perfecto, tan bonito y bien formado, rediós, naturaleza, por qué a unos tanto y a otros tan poco. Desde el lado frontero, Felipín Cárdenas escribió en una hoja de papel, con letras grandes: «¿Vienes con nosotros esta noche?». No especificaba con quiénes ni adónde. Con los compañeros, con el grupo, con todos, a vivir y convivir, se sobrentiende. Y se lo mostró. Vanessa leyó, achicados los ojos negro-profundos, y comprendido el mensaje, señaló con una leve sacudida de cabeza en dirección al ciego, hizo un mohín atribulado, se encogió de hombros.

¿Alpuente indispuerto? ¿En su habitación? Lope buscó el nombre en la lista, lo señaló con un círculo en lugar de con la equis que asignaba a los que iban entrando en la sala de plenos. Y Andreu Viñals, de los últimos, con el pelo mojado, atrevesó el pasillo punto menos que corriendo.

—¿Llego tarde? Lo siento.

Y Carranza de León, medio minuto después, lo mismo. Los dos olorosos a colonia y productos de higiene, recién duchados, el pelo sin secar. Lope constató: los metafas, limpios, raudos, impuntuales; los realitas, sudorientos, despaciosos, puntuales. Sólo faltaba Amalia Solórzano, sola, ¿abandonada?, en el cuarto de los libros.

—Eh, vosotros, ¿podríais hacer el favor de decirle que venga?

Se dirigió a los que estaban más cerca, Cabral y uno de su círculo de influencias, Julio Manuel Rentero, andaluz moreno de verde luna, que usaba sombra de ojos y lucía una escarola de ricitos húmedos sobre el cogote.

Cabral, adamado:

—Mejor déjala donde está. Así no causará problemas.

—¿Qué problemas va a causar?

—Venga, José Manuel, la conoces de sobra.

La poetada permanecía de pie, fumando a pesar de la ley antitabaco; pero los poetas viven en su propia realidad (Ernesto Contreras), yo al menos vivo en la mía y fumo cuando se me pone (Sánchez Novás con faria popular, apestosa). Lope, desde el umbral, escudriñaba al rebaño lírico. ¿A quién podría mandar en busca de Amalia?

Se extendía la nube de humo tabaquil por encima de las cabezas reunidas en constelaciones de conversación. El ciego, sentado a la mesa, gafas negras, tableteaba nervioso con los dedos. En la frente se le ahondaban surcos de cabreo. A su lado, Vanessa Rincón sonreía a unos y otros, exhibiendo el marfil sin mella de su dentadura, y devolvía saludos en silencio, quizá para evitar que don Mateo se enterara de que se estaba dejando envolver en relaciones sociales. Susana Valcárcel le pasó una mano por la melena como quien acaricia el lomo de un gato.

Estudiando el firmamento parlanchín de fisonomías, Lope reparó en las gafas de culo de vaso de Tadeo Balboa, silencioso, metro noventa de pachorra, en el borde de un diálogo entre varios, y ni siquiera fue hacia él, sino que haciéndole una seña con la mano, afable pero imperiosa, lo atrajo hasta la puerta y allí lo puso al corriente de la naturaleza de su delicada misión.

Balboa remoloneó cobardica.

—Me tratará como a un trapo.

—Limítate a decirle que empezamos dentro de diez minutos y que nos gustaría contar con su presencia. Dale coba, eso la amansa.

—No sé, no sé.

Salió, fue (sin ganas) y, en llegando al cuarto de los libros, ¿se puede?, saludó entre soso y apocado. Amalia Solórzano, desde su silla, lo miró desdeñosa, incluso con una punta de asco en el labio superior torcido por un costado, como si recibiera la visita de un excremento. Lo atajó antes que pudiera exponer el motivo obvio de su venida.

—Estaba segura de que me mandarían un correveidile a decirme que va a empezar la reunión. Y me preguntaba: ¿quién será el pardillo? ¿No sientes vergüenza, Tadeo? ¿Cuál es tu sentido de la dignidad? ¿No te queda una pizca de orgullo?

A Balboa, sesenta y un años, bigote ceniciento, cejas despeinadas, se le veían a través de las gruesas lentes unos ojos diminutos, negros, inexpresivos, dos bayas de saúco que acentuaban el aire invariable/risueño de su cara. Los orientó fugazmente hacia la puerta, como para cerciorarse de que la había dejado abierta. Que se sentara ahí un momento. Se sentó.

—Tan grande como manso. Ni fumas, ni bebes, ni te drogas. ¿Qué clase de hombre eres? No me respondas. Te lo diré yo: un hombre sin arranque. Todos los de tu generación han pasado por mi cama. Todos menos tú, ¿no te da vergüenza?

Se miraron un instante en silencio. Balboa sonreía, tímido, bobalicón.

—¿Cómo puedes vivir así?

—Pues vivo.

—¿No te gusta el amor físico? ¿No te gustaría desgarrar a una mujer, estrangular a un chihuahua, derramar agua hirviente dentro de una colmena? Llevas muchos años solo leyendo a los clásicos. ¿Cuándo enviudaste?

—En el 95.

—Y le sigues siendo fiel a tu difunta. Te lo leo en la cara. ¡Que no se diga!

—No es asunto tuyo. Respétame. ¿Vienes a la reunión?

Amalia Solórzano acercó su silla a la de Balboa y, ya no tan hosco el gesto, se sentó a su lado.

—¿Sabes por qué te riño? Porque eres tú quien menos se respeta. Vales más que todos esos borregos, pero te ha faltado coraje, ambición; en una palabra, Tadeo, eres demasiado bueno para este mundo. ¿No te das cuenta? Hace años que deberían haberte concedido el premio Nacional. Año tras año te lo pasan por debajo de la nariz, pero siempre se lo dan a uno más espabilado que tú. Seguro que tienes una oquedad en la espalda, de las palmaditas hipócritas que te dan.

—Quizá sea así como dices, pero no me importa.

—Pues debería importarte. Por simple justicia poética.

—Respétame un poco, Amalia.

—¿No me preguntas si se ha vendido alguno de tus libros? Otros vienen y me lo preguntan.

—Ya sé que mis libros no se venden.

—Pero tienes la esperanza de que al menos te roben alguno, ¿eh?

A Balboa se le alegró el semblante. Se conoce que no había pensado en aquella

posibilidad. Parece que iba a decir algo, pero Amalia Solórzano se le adelantó.

—¿Qué tal tus hijos?

—Bien.

—¿Estudian, trabajan?

—El mayor sigue en oftalmología, en el Gregorio Marañón, y la pequeña dirige un laboratorio de análisis clínicos, también en Madrid.

—¿Estarás contento, eh?

Le cogió una mano con suave lentitud y él se la dejó coger y ella examinaba fijamente el dorso pálido, con pelillos entrecanos, manchas de la edad, y por último acercó el dorso a su mejilla, lo besó, ensimismada, soñadora, y ya tenía para entonces un brillo acuoso en los ojos cuando dijo:

—Lo de mi hija lo sabes, ¿no?

—Lo sabe todo el mundo.

—Ya es casualidad. También ella quería ejercer la medicina.

Tadeo Balboa carraspeó, sus ojos/bolitas fijos en su mano atrapada entre las de ella con uñas pintadas y sortijas diversas. Dijo, torpe, medroso, lo tenía que decir, no pudo callárselo:

—Se cuánto has sufrido y sufres.

Sonó a culebrón de la tele. No dijo más. Sólo eso, la cabeza gacha, como si cediera bajo el peso de un saco lleno de timidez. ¿Y Amalia? Pues lo miraba con ternura, ¿qué iba a hacer? Un hombre parecido a un caballo. Corpulento e inofensivo, insípidamente sentimental, dulcemente sincero, honrado hasta la médula.

—Ven.

Se lo dijo con agradable autoritarismo, al tiempo que se ponía de pie sin soltar su mano. Y él, que de fijo creyó que ya iban a la sala de plenos, se levantó sin demora de la silla. A Balboa, desmañado, le costó unos segundos percatarse de que Amalia Solórzano se proponía echar un baile.

—Déjate llevar. La música me la hago yo en la cabeza.

Pero Balboa la agarró bien agarrada porque lo bondadoso no quita lo bailarín, y la trajo y llevó, la frente de ella contra su pecho, y dieron vueltas junto a la mesa de los libros al ritmo que él impuso. Si tenía Tadeo Balboa la cabeza en ebullición musical, no se sabe; si cerraba los ojos/bolitas para hacerse el ánimo de que bailaba con su difunta, tampoco. Amalia, complacida, claro. Se amartelaba. Hablaba para sí en voz baja, pero no tanto que no se pudiera percibir que tenía conversación a solas, la frente apoyada en el pecho ancho de Balboa, y le susurró qué bien bailas, varón, y le dijo qué gran tipo eres, Tadeo, pedazo de pan, y le pidió un beso, y como él la besase en la mejilla, ella le hincó un puño en las costillas. Que si la había confundido con una niña o qué.

—Respétame.

—Ya me estás dando un beso ahora mismo.

Le ofreció los labios y Balboa se los besó a toda velocidad.

Cogidos del brazo, salieron del cuarto de los libros, ella tiesa, señora, la barbilla alzada, el pecho adelantado, y recorrieron el pasillo solemnes y callados. Salía luz de la sala de plenos, donde reinaba el silencio por orden de Lope. Balboa la dejó entrar primero. Amalia Solórzano entró, los miró a todos, gesto digno, empaque de reina, y estos, desde sus asientos, a una seña discreta de Lope se arrancaron a aplaudir.

El ciego, a Vanessa Rincón:

—¿A quién aplauden?

—A la señora que estaba esta tarde en el cuarto de los libros.

—¿Y tú también aplaudes?

—Para no llamar la atención, don Mateo.

El ciego se repanchigó, resoplante, en la silla. De no haber tenido los ojos inútiles los habría puesto en blanco.

Gruñó:

—Como cabras.

Fingió un amago de soponcio. ¿Quién? La Nívea. ¿Para qué? Para qué iba a ser, para abandonar la reunión con Paquito Valbuena, que la acompañó al pasillo en plan socorrista, sosteniéndola solícito, tal como habían acordado poco antes.

Ella se mostraba tan nerviosa, su comportamiento era tan, cómo decirlo, tan extraño después que por la tarde hubiera estado conversadora y alegre, que sus compañeros de grupo no pudieron menos de preguntarle qué le pasaba, a mí no me pasa nada, y la respuesta brusca, ansiosa, no hizo sino confirmar que algo la inquietaba.

De repente dijo, sin que viniera poco ni mucho a cuento, como hablando para sí:
—Esta puta asamblea de jilgueros.

No bien pudo dirigirle la palabra a solas, Paquito Valbuena se apresuró a preguntarle si estaba enfadada con él.

—No, tranquilo, no te preocupes.

Protagonizó una pequeña escena ridícula, en fin, una bobada, que da hasta pereza relatarla, al entrar en la sala de plenos. ¿Quizá porque Lope la acababa de sacar de quicio con un comentario anticuado/jocoso/lisonjero en el pasillo, un simple ripio de zarzuela sobre el color de tus ojos, morena? Entró y, zas, se topó con el último a quien habría deseado ver, con Juan Luis Cabral cerca de la puerta. Le estaba susurrando lindezas afectuosas a uno de los suyos, pero eso era lo de menos. Se conoce que él pensó que lo quería saludar con roce formulario de mejillas y ladeó, oferente, la cara. Sin embargo, no había tal, sino que ella se limitó a ponerle una mano sobre el hombro; pero dándose cuenta al mismo tiempo de la expectativa de Cabral, le fue efectivamente a dar un beso salutorio cuando él, conforme por lo visto con el gesto amistoso de la mano, retiró la cara, con la consecuencia de que entonces ella adelantó en vano la suya y al fin optaron por echarse a reír, sobre todo él, que disparaba carcajadas por cualquier motivo. ¿Se reiría si tuviera constancia del desaguisado que ella le había hecho por la tarde en el ordenador?

La Nívea, pasado un rato, tomó asiento junto a los suyos. Hubo de apresurarse porque ya estaba Lope mandando/rogando que todo el mundo se sentara para dar un recibimiento caluroso a Amalia Solórzano, baja de moral, a ver si le levantamos el ánimo. Paquito le lanzó a la Nívea un billete hecho bola. Casi lo abre Alberto Almandoz, sentado en medio. El remitente le dio un codazo a su compañero cuando ya todos los circunstantes se arrancaban a aplaudir a Amalia Solórzano, inflada de satisfacción, y la Nívea, que aplaudía con manos blandas, cogió sin entusiasmo el papelito, lo desplegó, contenía una especie de madrigal. Leyó la mitad de los versos, para qué más, rimados en consonante, tus labios, tu frente, la la la sabios, la la la fuente, una enumeración de partes anatómicas, lo típico, y se lo devolvió a Paquito dándole las gracias lacias al tiempo que le mostraba una sonrisa lisa y lo miraba con ojos flojos. Paquito se lo volvió a arrojar, haciéndole entender por señas y medias

palabras que se lo regalaba.

Les tocó leer en segundo lugar. Tenían previsto que la Nívea pusiera labios rojos y encanto femenino a los cuatro folios de cuya versión final se había encargado César Sánchez Novás después de discutir (exaltación, palabrotas) con Almandoz. Pero ella ahora no quería, no podía, ¿qué le pasa a esta mujer?, conque declinó, que no, de verdad que no, los murmullos del grupo se extendían de una punta a otra de la sala, golpeaban la atención de los presentes, y entonces fue el propio Sánchez Novás el que, poniéndose de pie, calvo como la luna, dio lectura con cara de pocos amigos y entonación cortante, ampulosa, a un rotundo alegato contra el concepto burgués de la belleza como objeto de lujo, como ídolo y jardín cerrado, dijo, afín al gusto de poetas mansos, perrillos falderos del poder, pastores de nubes y gente ociosa y apolítica empachada de literatura. Terminó su intervención con un párrafo condenatorio de la poesía de Antonio Colinas, Pere Gimferrer y cinco o seis más, ninguno presente en la sala, uf, menos mal; con la cita de Schopenhauer que Almandoz había insistido erre que erre en introducir en el texto, no le importaba si al principio, en el centro o al final, junto con una sucinta explicación de saborcillo tutti frutti filosófico, seguida de otra cita, ¿compensatoria?, de Lenin, idea de Sánchez Novás: Al pueblo hay que darle siempre lo mejor. Le preguntaron si consideraba antipopular el cultivo de los valores estéticos. Tiró de aforismos y eslóganes, toda poética es política y frases por el estilo, y en cuanto empezó a mostrar signos de acaloramiento, Lope lo interrumpió para darle las gracias por su sincera y constructiva aportación al debate y anunciar, retirándole la palabra, al siguiente grupo.

Aprovechando aquel lapso de dimes y diretes, la Nívea le lanzó con el debido disimulo a Paquito el papel arrugado en cuyo reverso ella había escrito que lo acompañase afuera sin falta. No bien él le hubo hecho señas de que estaba a su disposición, la Nívea montó aquel paripé de la pobre mujer mareada, y se dejó conducir al pasillo por el amable compañero ante el silencio entre curioso y estupefacto de la concurrencia. Lope, impulso comprobatorio, fue detrás. Volvió.

—No es nada. Con un vaso de agua se le pasará. Si es que aquí hay demasiado humo.

Y señalando con su cigarrillo encendido a las ventanas, mandó que las abrieran.

Paquito Valbuena, ¿qué estaría pensando mientras la Nívea, curada de su disimulo, lo arrastraba de la mano hacia el fondo del pasillo? ¿Que había conseguido despertarle el deseo sexual con una docena de versos anatómico/amorosos? ¡Será pardillo! No hay que tomárselo a mal. Hay que comprender. Ella olía bien. Irradiaba calor corporal. Sus labios rojos. La última luz del día parada en su frente. La soledad del lugar. La intimidad del momento. Y hablaba, además, de cerca, como si la cara de Paquito fuera un teléfono. Y este no le podía quitar los ojos de la dentadura, por entre cuyas piezas algo gastadas pero blancas asomaba a veces la punta rosada de la lengua y casi como que la atractiva y madura mujer lloraba. En todo caso se expresaba con desasosiego. ¿Pasión, locura, desenfreno lujurioso?

—Necesito que me ayudes.

—Claro, lo que quieras.

—Los jóvenes entendéis de ordenadores, ¿no?

—Lo básico, como todos.

—Un documento enviado a la papelera y después borrado, ¿se puede recuperar?

—Tengo entendido que sí.

—Parece que dudas.

Mala señal: Paquito Valbuena se rascó el cogote.

—Es que nunca lo he intentado. ¿Has perdido algún texto? Yo siempre hago copias por si acaso.

Y creyendo terminada la conversación con aquella respuesta de chicha y nabo, decidió por su cuenta pasar a lo esencial (desde su punto de vista, se entiende), o sea, rodeó a la Nívea con sus brazos por la cintura, la atrajo hacia sí, la besó en la melena olorosa, ya ojos cerrados, ya manifiesta la resolución de disfrutar de/con la hembra conforme. La Nívea, absorta en cavilaciones, heladas las potencias sensitivas, caída de brazos, no parecía darse cuenta del macho/ pulpo que la envolvía, acercándole al oído la respiración salivosa, el babeo de requiebros, hasta que reculando medio paso, como impelida por una repentina decisión, sin rechazar del todo el acoso concupiscente de Paquito preguntó a este si conocía entre los compañeros de las Jornadas a alguno que entendiera de ordenadores.

—Un manitas. Uno que de verdad solucione mi problema en cinco minutos.

—Que yo sepa, hay dos que te pueden ayudar. Uno es Cabral. Te he visto saludarlo a tu llegada a la reunión. Parecíaís uña y carne.

—Juan Luis no me sirve.

—Maricón total.

—No lo digo por eso. ¿Quién es el otro?

—El metafa catalán.

—Ah, ese. No me viene ahora el nombre a la lengua.

—Andreu Viñals.

—Lo conozco poco. ¿Me lo podrías presentar?

—¿Para un devaneo?

Dio la impresión de que la Nívea por fin cayó en la cuenta de con quién estaba y dónde. La luz agonizante de la tarde que entraba por el ventanal del fondo se deslizó de su frente a sus pupilas, donde encendió sendos destellos penetrantes. La Nívea apretó labios, compuso gesto altivo. ¡Pues no era poco veterana ni nada en lances de seducción! Un bucle suelto le hermozeaba la mejilla derecha. O la izquierda, qué más da. A todo esto, alzó la cara, retadora, como diciendo: yo también sé gozar y quiero y exijo gozo, al tiempo que, con una especie de agresividad sensual, le plantó la mano a Paquito en la bragueta.

—Quizá te necesite esta noche para que me abras una puerta con la tarjeta.

Ahora era Paquito el soñador, el abrasado por la llama de amor viva, mientras se

imaginaba con los ojos cerrados, medio suspirando y medio jadeando como en las películas, lo que habría podido ver sin necesidad de fatigar la fantasía: la atareada mano femenina, manoseante de su erección. Ni rápida ni lenta: milagrosa.

—No retires la mano, porfa.

—¿Puedo contar contigo y tu discreción?

—Lo que quieras, mi bella y dulce Evangelina, pero por favor no retires la mano. Me estás haciendo feliz. ¿Te das cuenta? Me estás haciendo muy feliz. Mi mala suerte me ha privado de cosas ricas en los últimos meses.

—¿Qué cosas?

—Deja la mano ahí, deja, deja.

—Te gusta esto, ¿eh?

—¡Qué gran día, Dios, qué gran momento!

Agazapados tras el coche fúnebre. Sólo les faltaba enmascararse, en serio. La tarde consumía sus últimas claridades. Había poca luz pero suficiente para que, cuando cruzasen el aparcamiento, cualquiera pudiera observarlos desde las ventanas. Se pusieron de acuerdo en no disimular. Entrarían separados, fingirían aplomo, no se pararían a conversar con nadie. Directos a la ducha. Dámaso Carranza de León consultó la hora. Faltaban dieciséis minutos para el comienzo de la ronda de ponencias.

—Basta de jugar al escondite. Allá voy.

Salió en primer lugar, raudo pero decidido a no llamar la atención con carreras alocadas, y dejó la puerta del centro de estudios entreabierta. Tras contar hasta diez en su lengua materna, Andreu Viñals lo siguió con zancadas similares e idéntica fetidez.

Viñals alcanzó a su compañero en el segundo piso, cuando este se disponía a meter la llave en la cerradura. Entre sus dos habitaciones mediaba la de Alpuente.

Renegó:

—*Me cago en l'ou*. Hemos dicho que no hablaríamos con nadie.

—Ocupaban el ancho de la escalera. No he tenido más remedio que detenerme. ¿Qué pensaría Mateo si paso por su lado sin saludarlo y me reconoce, no sé, quizá por el ruido de las pisadas?

—O por el olor.

—Por ejemplo.

—Pues has dado en el clavo, porque cuando he llegado a su altura le estaba refiriendo a la *noia* lo bien que apestas.

—Cabrón de ciego. Lavémonos sin falta y bajemos limpios y perfumados a la reunión.

—Entretanto pondré el ordenador en la ventana para que se vaya ventilando. Huela como huelo, lo tengo que llevar.

—Mételo en una bolsa de plástico.

Se encerraron en sus respectivas habitaciones. Sin verse ejecutaban a un tiempo los mismos actos. Ropa tirada al suelo; cuerpos malolientes, pechopeludos, bajo la lluvia caliente de la ducha, comprobaciones olfativas cada dos por tres. Se vistieron sin apenas secarse. Todo lo hacían deprisa, deprisa. Viñals puso su ropa maloliente a remojo dentro de la bañera; Carranza de León, más primitivo, en el lavabo y, como no cabía, la apretujó sin contemplaciones. Vertieron abundante colonia en sus desnudas, metafísicas personas, más unas cuantas gotas sobre la tapa del ordenador en el caso de Viñals, y se reencontraron, olorosos, húmedos, inquietos, en el pasillo.

—Huéleme.

—Nada. Huéleme tú a mí.

—Ni rastro.

Acordaron los términos de una mentira relativa a Eugenio Alpuente, así como bajar separados a la sala de plenos. Dicho y hecho. Andreu Viñals fue delante con el convenido embuste en la punta de la lengua y su ordenador portátil en una bolsa de plástico. Lope junto a la puerta, suspicaz, preguntador. ¿Alpuente indispuerto? ¿En su habitación?

—El vientre. Algo le ha debido de sentar mal.

Menos mal que Lope no insistió porque justamente con aquella frase terminaba la jurisdicción de la trola. De haber traspasado la línea se le habría abierto a Viñals ante los pies el abismo de la improvisación de nuevos detalles, con el riesgo consiguiente de diferir de las palabras ulteriores de Carranza, que ya venía haciéndose el balsa de aceite por el pasillo. Andreu Viñals solicitó que su grupo fuera el primero en leer la ponencia. Lope se opuso.

—Se os han adelantado.

—¿Quiénes?

—Todos los demás.

Medio minuto después llegó a la entrada de la sala Dámaso Carranza de León.

—El vientre. Le ha debido de sentar mal alguna cosa que ha comido.

Y a continuación solicitó que su grupo. Lope lo atajó.

—Ya le he dicho a tu compañero que no es posible. Quien liebres quiere cazar tiene que madrugar.

Refranes, regurgitación de saberes populares, apolillados pensamientos del tatarabuelo del tatarabuelo, emitidos siglos después sin esfuerzo mental. No insistió. ¿Para qué? ¿Para arriesgarse a nuevas preguntas sobre Eugenio? Gran faena que a su grupo le hubiera tocado leer en último lugar. Eso retrasaría el rescate del amigo cagado entre los pinos, expuesto al frío del anochecer y a otros trastornos relacionados con su indefensión y postura yacente en el monte oscuro. Y si hiela, ¿qué? ¿Y si se pone a llover? ¿Y si le pican, uno detrás de otro, sin contar los mosquitos, una culebra, un escorpión y una medusa mortífera escapada de la cantimplora de un excursionista australiano que buscaba minerales por los alrededores? ¿Y si lo atacan los lobos? ¿Hay lobos en la zona? Qué más da, es dudoso que las fieras del bosque, con el olfato tan sensible que *diz* que tienen, se acerquen al olor nauseabundo, repugnante, monstruoso y horrible (sin exagerar) de Eugenio Alpuente.

Así cavilando, recorrió con la vista el interior de la sala. No tardó en descubrir entre las numerosas cabezas parlantes, exhaladoras de humo, la de Viñals, que estaba de palique con esas, ¿cómo se llaman?, las que forman pareja lésbica, da igual. ¿Qué querrán? Allá fue, con moderadas ilusiones carnales porque a esas dos no les va encamarse con pichones y porque habrá que ocuparse de Eugenio. Este asunto me huele fatal, nos va a tener ocupados un buen rato por la noche, ya vas a ver, Damasito.

Viñals:

—¿Te importa que Susana y Concha participen con nosotros? Es que se les ha averiado el coche y no han podido unirse a ningún grupo.

—Por mí, si están de acuerdo con nuestras tesis...

Conchita Arroyo, ropa negra, labios negros, uñas negras, se apresuró a responder que lo estaban.

Carranza de León:

—Pero si no las conocéis.

—Pero os conocemos a vosotros.

No hubo lugar a pagarle la galantería con otra, pues ya andaba Lope apremiando a todos los presentes a sentarse, venga, y a recibir con un fuerte aplauso a Amalia Solórzano, que llegará de un momento a otro baja de moral, a ver si le levantamos el ánimo.

Comenzó la ronda de lecturas. Dámaso Carranza de León no lograba concentrarse en lo que propugnaban estos y aquellos. Cada dos por tres echaba una mirada al reloj. Conchita Arroyo, a su costado, se dio cuenta.

—¿Tienes prisa?

—¿Eh?

—No dejes que te derrote el tiempo.

No le pasó inadvertido que Evangelina González y Paco Valbuena, con Almandoz en medio, más serio que un cirio, se pasaban mensajes escritos en una bola de papel. ¿Liados? Ella, entrepierna insaciable, le lleva lo menos diez años al polluelo. Seguro que salen a echar un polvo. Salieron. ¿No podían esperar a la noche? Lo de la bolita de papel le sugirió la posibilidad de comunicarse por el mismo procedimiento con Andreu, aunque lo tenía a su lado y habría podido bisbisearle a la oreja, pero para no llamar la atención. Le pidió por señas a Conchita Arroyo un trozo de una hoja de su cuaderno. Ella entendió lo que entendió y le dio el cuaderno entero, del cual él se sirvió arrancar una hoja. Y escribió: «¿Qué tal si discurrimos un pretexto para darnos las de Villadiego y dejamos que ellas lean nuestra ponencia?». Segundos después le llegó la respuesta: «Olvídalo». Carranza de León le arreó con disimulo un codazo a su compañero para solicitar una explicación. Viñals alzó levemente la bolsa de plástico al par que arrugaba la nariz. Contundente argumento. Carranza de León arrancó otra hoja del cuaderno. Escribió: «Tendremos que renunciar a la cena». Y Viñals, ¿pesaroso, resignado?, asintió.

Sonaba gotera de frases. Lo que cambiaba cada cierto tiempo eran las voces. La poesía es. El poeta, lo que pretende es. Cada cual con su racimo de convicciones, con su mayor o menor habilidad para el trenzado de imágenes, de metáforas, de citas. Sobre todo de citas. Como dijo Foucault. Ya lo decía Octavio Paz. Idea que se halla presente en el primer manifiesto de los surrealistas. Y Carranza de León, poseído de la preocupación del tiempo, que no pasaba lo suficientemente deprisa, desoía, se ensimismaba, miraba el reloj, lo volvía a mirar aunque hacía pocos segundos que lo había mirado por última vez. Y Conchita Arroyo, junto al desazonado, en susurros:

—Libérate del tiempo. El tiempo esclaviza, tortura y al final mata.

Le dio la razón para que cerrase el pico. ¿Qué sabrá esta tortilla del tiempo ni de nada? ¡Si adivinasen todos estos mamones el lío en que nos hemos metido el catalán y yo! Faltaban cinco minutos para las nueve y aún tenía que leer un grupo antes que ellos. La cena, a las nueve y media, sin posibilidad de prórroga porque el servicio de cocina tiene un horario estricto. Lo había dicho y repetido Lope por ruego/indicación de la madre superiora.

Se levantó Martina Muro, potente de papo, colorada de mofletes, cuarenta y tantos años de copiosa alimentación y vitalismo. Pinta de asmática por la manera de respirar mordiendo el aire. Leyó en representación de su grupo unas guirnaldas de erudición en jeri conceptual gonza elocuente sobre los griegos antiguos, Petrarca y la mentalidad renacentista, y de postre una macedonia de tópicos sobre la belleza paradigmática (?) de ciertos paisajes marítimos y campestres. Cuánto sermoneador, aquí cada cual con su prédica, su ideal de paraíso en la Tierra, su certidumbre de haber nacido para algo, y aunque sin faltar al respeto, pues ya había advertido Lope al comienzo de la reunión, con índice admonitorio, citando a Amado Nervo, que «todos los poetas caben dentro de la serena amplitud del arte», hubo esgrima verbal entre irónico-sabihondos de todos los costados de la mesa al término de la lectura, o sea, consumo excesivo de tiempo con abundante segregación de cultura, y el infeliz de Alpuente en el monte a merced de las leyes rigurosas de la naturaleza, privado de belleza paradigmática y de cualesquiera otras clases de belleza si las hubiere.

Nueve y treinta y tres. Ninguno se movía. Lope, en la presidencia, feliz contemplando a su rebaño lírico balar en armoniosa discordancia de pareceres. Los únicos flojos, callados, los metafas, si bien aún debían intervenir y entonces, quién sabe, a lo mejor se suscita una discusión capaz de abrir un cráter en la sala. Pero no, sonaron tres golpes tímidos de nudillo en la puerta. Silencio general. Asomó un hábito de espinosa provisto de una cara de rasgos suavizados por la bondad cándida que precede a la santidad y finalmente a la gloria por descontado eterna. Con voz modosa y mucha dulzura, la monja solicitó, ¿imploró?, que los participantes de las Jornadas Poéticas acudieran sin mayor tardanza al refectorio de visitantes. Lope señaló, imperioso, hacia la puerta:

—A cenar. Dentro de media hora seguiremos.

Murmullos de quejumbre. ¿Quién falta? Los de Alpuente. ¿Y dónde está Eugenio? Pregúntales a esos. Dámaso Carranza de León y Andreu Viñals, todavía sentados, hacían escuchitas al oído:

—Propongo que subamos al monte.

—*No em fotis, nen*. En media hora casi no da tiempo de ir y venir.

—Primero, le hacemos ver a Eugenio que no lo hemos olvidado. Segundo, le llevamos unas mantas de su habitación y bebida.

—Habría que correr en la oscuridad. Volveríamos con la pestilencia de antes.

—Le explicamos cómo está la situación, intentamos tranquilizarlo y le decimos la

verdad, que tardaremos por lo menos otra hora en volver.

—O dos.

—No me parece bien dejarlo allí. Auguro una gran desgracia.

—Olvídalo, Dámaso. Se notará nuestra ausencia en el comedor. Concha y la otra se extrañarán si nos ven abandonar la casa. ¿Qué pensarían?

—Me da igual lo que piensen.

—Lo ignoran todo de nuestra ponencia. Creerán que las dejamos colgadas. Harán preguntas, se lo contarán a otros, quizá a Lope. A alguno se le ocurrirá subir al segundo piso a buscarnos o a visitar a Eugenio, y correrá la voz de que nos hemos ido.

—¡Qué horrible cuadro me pintas!

—Seguro que Lope querrá saber cuánto tiempo necesitaremos para leer el texto. Piensa que aquí todo el mundo está deseando marcharse de juerga.

—Pobre Eugenio.

La poetada fue desfilando en desordenada procesión hacia el pasillo. La mayoría proseguía discusiones, comentaba asertos pronunciados durante la reunión, y Mateo Gil Salgado, del brazo de la muchacha, protestaba con la cara levantada hacia el techo porque no le habían dejado leer su poema.

Le respondieron:

—Mañana es día de recitación.

—Pues a mí me han dicho que.

Andreu Viñals salió de la sala con su bolsa de plástico bajo el brazo. Otros dejaron pertenencias sobre la mesa, pero él por lo visto no se fiaba. Había convencido a Carranza de León: se quedarían a cenar. Cena fría (ensalada, pan, fiambres, queso) salvo la sopa. La noche, qué remedio, tendría que cuidar un poco más de Alpuente. En el pasillo, una mano menuda lo agarró de la muñeca.

—¿Puedo hablar contigo?

El tono era confidencial. Se volvió. Evangelina González.

—Necesito que me hagas un gran favor esta noche.

—¿Esta noche?

—Es que es urgente, de veras muy urgente.

Andreu Viñals hizo ademán de decir, de replicar, acaso de excusarse. Miró en torno, como para cerciorarse de que nadie lo escuchaba. Aunque despegó levemente los labios, no logró articular sonido alguno.

Al entrar en la sala de plenos la vio sentada a la derecha del ciego. Los únicos sentados. El resto, de pie, rajando entre calada y calada. Conchita se había dejado envolver en una conversación de circunstancias con Lope junto a la entrada. Rancias galanterías, dicharachos sainetescos. Ella, pez que escapa en el último instante por un hueco de la red (con frecuencia le da por ese tipo de imágenes), se escabulló hacia el interior de la sala, donde, libre de vigilancia, enristró con decisión a través del humo de los cigarros en dirección a la criatura prodigiosa, fija la mirada en la gracia del rostro juvenil. Siguió todo a lo largo de la mesa de mesas y, pasando con la respiración contenida por detrás del ciego, sin decir palabra ni detenerse acarició la negra, ondulada, suave melena desde la coronilla hasta media espalda. La muchacha se volvió sobresaltada, mueca de angelical estupor, interrumpida durante una fracción de segundo la sonrisa con que llevaba varios minutos protegiéndose de las miradas curioso-penetrantes de la concurrencia. Y vio a la mujer que se llevaba al otro lado de la mesa de mesas la sensación sedosa de su cabello en la palma de la mano y continuó sonriendo, quizá aliviada porque no era un varón quien la había tocado, quizá pensando: qué manera más rara de saludar.

Ni ella ni Conchita Arroyo sabían dónde ni junto a quién sentarse. Barajaron posibilidades diversas en voz baja hasta que vieron llegar a Andreu Viñals, mira, mira, el catalán, con una bolsa de plástico y la cabeza mojada, y lo abordaron y después vino Dámaso Carranza de León sin bolsa de plástico, pero con el pelo también mojado, ¿hay piscina en el convento?, y similares emanaciones potentes de colonia. Fueron admitidas en el grupo. ¿Y Eugenio? ¿No erais tres? Eugenio, en su habitación, indispueto. Y los cuatro tomaron asiento uno al lado del otro.

El azar o el destino, si es que en algo difieren, quiso que en la parte frontera de la mesa de mesas estuviese la dulce, la gentil, la maravillosa muñequita. Porcelana facial, ojos negros, labios rojos: para comérsela espolvoreada con azúcar y canela. Y desde el comienzo, cuando todos se tuvieron que sentar rápidamente, venga, por orden de Lope para acoger con aplausos a la depresiva, la traumatizada y francamente desquiciada Amalia Solórzano, las dos mujeres intercambiaron sonrisas, lo uno porque la muchacha sonreía a diestro y siniestro, simpático modo de estar en el mundo al atardecer, de ser siendo lo que se es pero siéndolo sonriendo; lo otro porque Susana Valcárcel, a escondidas de Conchita, le hacía llegar a cada instante una sonrisa como quien arroja flores de una orilla a otra de un riachuelo.

Ocurrió mientras Julio Manuel Rentero leía la ponencia de su grupo, redicho, aleteante de párpados.

—Consideramos esencial la creación de un lenguaje poético que sirva para expresar la interioridad humana y, por tanto, para revelar la forma como los fenómenos externos repercuten en ella. Rompemos así la vieja dicotomía entre las tentaciones solipsistas y la preocupación histórica. Porque como declaró en una

entrevista reciente Caballero Bonald...

Se percató de que Conchita tenía la cara vuelta hacia Andreu Viñals, con quien mantenía un bisibisi dialogal desde hacía un rato. Ahora o nunca. Decidió transformarse sin pérdida de tiempo en cuerpo líquido. Consumado lo cual del modo como habitualmente suceden estas cosas, resbaló/fluyó de la silla al suelo; pero, ojo, no en convencional cascada de agua violenta sino en delicado, cristalino caudal exento de borbotones delatores, a fin de que ninguno de los presentes reparase en ella, y recobró al punto bajo la mesa su naturaleza carnal, si bien a cuatro patas. Allí estaba de momento segura, a resguardo de pupilas.

Corta la distancia, ¿cuatro, cinco metros?, hasta las piernas de la preciosa personita, la una apoyada sobre la otra, vaqueros claros, deshilachados a la moda, la proporcionada redondez de la rodilla, no como las mías, y los menudos pies aññados dentro de las bailarinas; pero ¡menudo riesgo cruzar aquel calvero de baldosas que la separaba del objeto de su deseo! Pensó: piensa, Susa, piénsalo bien. Habría que avanzar a gatas por debajo de la mesa compuesta de mesas, sorteando pinreles prosaicos de poetas. La recompensa, tan tentadora, tan anhelada, ¿justifica el esfuerzo? Sinceramente sí, al par que hace asumibles los dos riesgos que más la preocupaban: el ridículo, eternizado después en diarios, memorias, cartas y demás relatos orales o escritos de los testigos, y, por supuesto, la bronca en público de Conchita, aderezada a buen seguro con bofetones, hasta con arañazos de sus uñas pintadas de negro. Horrible panorama. Es capaz de arrancarme los ojos y comérselos sin hervir ni freír.

Eché a gatear. Sorteó piernas apantalonadas, calzado variopinto, patas metálicas de mesa. Dio toda la vuelta poco a poco por aquella jungla piñnil y patal. Susana: felina de movimientos, canción a la cautela, oda al sigilo, de hinojos. Desde el punto de llegada vio, allende el calvero de baldosas, a Conchita dirigir susurros al poeta catalán, y cerca del suelo, bajo la falda larga de bruja enlutada, los calcetines rojos que ella no le había prestado, se los había puesto sin preguntar, no son tuyos, ladrona, y la reconfortó comprobar que nadie, tampoco Conchita, parecía haberse fijado en la silla que había quedado desocupada, intercalando el consabido hueco en la hilera de bustos con caras circunspectas, aburridas, dormitantes.

Y entonces, lo primero de todo, acercó una mejilla con mucha delicadeza a la en el aire suspendida bailarina con su piececillo blanco que le quedaba más cerca, y se dedicó a sentir con movimientos calmos de ida y vuelta, ojos cerrados, suspiros sobrentendidos, la tibia lisura del material, el que fuese, que eso a ella no le importaba. Olvidada del tiempo, gozaba no menos de la causa del gozo que de la conciencia de gozar, y estuvo ensimismada en aquella serena adoración hasta que una importuna molestia en el cuello la forzó a volver en sí. Le vino al recuerdo un verso de Conchita: «Las mujeres tenemos cuello para ser estranguladas». Se incorporó con precaución de no golpearse con la coronilla contra la parte inferior del tablero, ni de rozar las piernas del ciego en un descuido, y ya en postura más propicia, desprendió

suavemente con las dos manos la bailarina del piececillo que la habitaba. Una barca diminuta. La columpió sobre leves olas lúdicas por supuesto imaginarias, olas de días azules de ensueño en la costa o en un lago alpino, para consumir en la realidad común la mencionada metáfora. Y allí estaba el pie desnudo, confiado, los dedos finos, las uñas bien cortadas, el arco del empeine y los tobillos tan bien trazados que parecían obra primorosa de un hábil ceramista.

Depositada la bailarina en el suelo, recorrió con la palma de una mano la planta del pie, deteniéndose, acariciante, como temerosa de romperlo, en el redondo talón, para volver de nuevo hasta los dedos, deditos más bien, y entrelazarlos con los más largos y un poco más gruesos de su mano. Cubrió de besos lánguidos el empeine. Eran besos no picoteados ni frenéticos ni nada de eso, sino plenos de labios tranquilos a fin de evitar cosquilleos y otras sensaciones desazonantes. Probó a introducir la punta entera de la linda extremidad, con su racimo cándido de dedos, en la boca. Cabía. Después los fue lamiendo con lengua minuciosa, tocando sin tocar, y otra vez besando/mimando de uno en uno, cubriéndolos con una película de saliva, tan fina que al contacto del aire enseguida se secaba. Y lo mismo hizo con el otro pie, sin que la criatura plena de encanto, suprema de juventud y belleza, mostrase intención de resistirse, si es que de algo se enteraba.

Pero aquello no era suficiente. Aquello no colmaba. Aquello encendía ardores, acrecentaba ansias de más tacto y posesión completa. Se había erotizado en tal extremo que le costaba respirar. Salió de debajo de la mesa gateando, ¡a su edad!, entre las piernas gruesas del ciego y las piernas gráciles de la muchacha, y fue subiendo el semblante a escasos centímetros de la espalda de esta (blusa blanca, sin planchar pero limpia) y de dos barras metálicas, paralelas, frías, que remataban en un respaldo tapizado de la silla. Libre de miradas, hundió la nariz en las ondas de la melena venusta, haciéndose el ánimo de que eran los cabellos largos los que la acariciaban a ella y no al revés. Se deleitó en su olor, en su tibieza y tersura, privilegio/dádiva que la naturaleza reserva a los cuerpos jóvenes, depositarios de lozanía, mientras dibujaba con sus labios palabras que no decía: mi diosa, mi cachorrilla y demás ternezas insonoras por el estilo. Burbujas invisibles que, no obstante, debieron de agitar un poco el aire cerca de los oídos de la preciosidad, que algo notó, un soplo diminuto, una vibración sutil, pues es el caso que Susana la vio volver levemente la dulce carita para mirar hacia atrás con el rabillo de un ojo y sin duda mostrarle un reducido segmento de sonrisa connivente, tras lo cual alargó el puño con disimulo y depositó sobre la palma de la mano de Susana, ¿una bola de papel, una piedra pulida?, no, un huevo blanco de ave, de nunca se sabrá qué tipo de ave, diríase por el tamaño que de gallina o pato. Susana lo sostuvo, extrañada, en la palma de la mano. ¿Me regala un huevo? ¿Cumple un rito? ¿Manda una señal acaso de rechazo? Se distrajo en dudas, en interrogantes sin respuesta que dieron al traste con su excitación. No comprendía. Miraba el huevo, luego la cabeza de la muchacha y no encontraba la relación. Sostuvo el huevo un instante al trasluz. No vio nada que

no fuera la cáscara opaca; pero, ¿eh?, algo se movía. Le entró grandísimo miedo de que el huevo emitiera de pronto algún sonido estridente, que explotara o, en fin, que de una u otra manera golpease la atención de los circunstantes, de Conchita sobre todo, allí enfrente, de cháchara por lo bajini con el catalán. Se acuclilló tras la silla de la beldad para examinar con calma el huevo. ¿Qué más? Percibió en la mano una sacudida y apenas un segundo después se formó una primera grieta en la cáscara. ¿Y luego? Pues no tardó en aparecer la punta de un pico amarillo, empeñado en abrir a golpes un boquete desde el interior. Ella lo ayudó en la tarea agrandando la grieta con una uña. Un polluelo mojado, peludo, tembloroso, con los ojos cubiertos por una fina membrana traslúcida, trataba de ponerse de pie sobre la palma de su mano. Eso no le importó. Esperemos que no me cague. El problema es que el feo pajarraco empezó a piar, no con mucha fuerza, eso no, pero con la suficiente como para que el ciego, allí junto, hiciese amago de revirar la cabeza. Susana se apresuró a esconder el animalito bajo su camisa, por la parte de la cintura. La verdad, no se esperaba que el desvalido polluelo se defendiese. El picotazo en el costado le hizo dar un respingo. Al dirigir la mirada a su cintura, vio el dedo índice de Conchita, que en aquel preciso instante se retiraba.

—¿En qué piensas? Estás como ida.

—Creo que me estoy durmiendo de aburrimiento.

—No paras de mirarla. ¿Te crees que no me he dado cuenta?

—¿Qué quieres que haga si la tengo delante?

Conchita Arroyo acarició, comprensiva, cariñosa, la nuca de su compañera. Una pasada, dos, tres de masaje, mientras de pie en un rincón de la mesa de mesas Martina Muro, colorada, jadeante, definía con lenguaje protoengolado el concepto de belleza paradigmática, ahí es nada.

De improviso, Conchita Arroyo apretó con ganas, con muchas ganas de hacer daño y castigar, la nuca que había estado acariciando/sobando afectuosamente hasta aquel momento. Tras lo cual acercó los labios negros al oído de su compañera, que tenía la cara contraída de dolor, y le dijo con agresivos murmullos:

—Mucho cuidadito, Susa. Tú ya me entiendes.

Susana Valcárcel se vengó poco después por la vía de arrearle un pellizco a Conchita en un pecho, la cual estuvo a dos dedos de proferir un alarido, pero se contuvo.

—¿Estás loca?

A lo que Susana, sardónica, mirada desafiante, replicó callandito:

—Hijaputa, te has puesto mis calcetines rojos.

La cara de Conchita Arroyo quedó un momento paralizada por la sorpresa. Al final sólo pudo decir:

—¿Cómo te has enterado?

Y se sonrieron, qué otra cosa podían hacer. Se maltrataban y querían.

Cena frugal aderezada con quejas/burlas en las diferentes mesas: esto ni a los cerdos, lo que somos, eso lo serás tú.

Felipín Cárdenas:

—De haber sabido que dan de comer manjares tan exquisitos, especialmente la sopa tibia de sobre con demasiada sal, me habría metido a hermana sierva de las sagradas espinas de bacalao.

Por la modesta cuota de inscripción, ¿qué esperaban? Lo había dicho Lope al interrumpir la ronda de ponencias a falta de la última. Y a continuación, para consolar a los hambrones: en la cantina del centro de estudios, la llamada Espelunca, hay chocolatinas y bolsas de almendras y cacahuets tostados. Y, si no, al bar del pueblo, kilómetro y pico de caminata por la carretera a oscuras, mimosos.

Tadeo Balboa había tomado asiento junto a los metafás igual que a mediodía. Aclaración: junto a dos de ellos, ya que el otro, por lo que le contaron, se había quedado en su habitación, indispuerto. ¿Dolor de muelas? Qué va, una historia de intestinos. Algo que ha comido le habrá sentado mal. Balboa buscó de propósito a la terna metafísica en el comedor, huyendo de Amalia Solórzano, que había estado preguntando por él. Los metafás son de dar poca cuerda dialéctica en privado a los que no giran en su órbita poética, aunque hacen excepciones cuando les conviene. Gustan, si no hay más remedio que convivir, de los retraídos y cortos de palabra. Daba la casualidad de que en aquellos momentos Tadeo Balboa tenía una gran necesidad de estar sin estar y de hacer como que estaba y que lo dejaran tranquilo pero no solo, así que fue admitido de buen grado a la mesa.

Los metafás se comunicaban con mucho misterio y uno de ellos no paraba de mirar el reloj. El cuarto comensal sentado a la mesa era Juanjo Changa. En aquella hora de bajamar etílica se hallaba sumido en una fase de marasmo y ensimismamiento, no dirigía la palabra a nadie y a lo mejor se pasaba un minuto entero con los ojos cerrados royendo laboriosamente una aceituna. A su llegada al comedor había visto la silla desocupada; ni preguntó, ni saludó, ni miró a las caras; tomó asiento y casi se duerme.

A los postres (arroz con leche, lo mejor de la cena según la opinión general), Lope hizo señas imperiosas desde la puerta del comedor a Tadeo Balboa para que se acercase.

Lo recibió con paternal fraternidad (o paternalismo fraternal) y palmada en el hombro, y bien que lo mantenía asido de una manga de la chaqueta de lana mientras lo sacaba, bulto bonachón, mansedumbre vacuna, hacia el pasillo, como dándole a entender: no te hagas ilusiones de escaparte; somos hermanos, hijo mío, pero aquí mando yo.

Y, serio, íntimo, carraspeó, expuso y solicitó. En los ojos/bolitas de Balboa, hombre monogestual, bondadoso más que un geranio, se encendió, quién lo dijera,

una chispita de renuencia que Lope, acogíendose a su posición jerárquica, aún con corbata en previsión de que la madre María Antonia se personase en el comedor a desearles buen provecho y darles las buenas noches a los señores poetas, como en efecto sucedió (y, de paso, a cerciorarse de si el edificio continuaba en pie), se apresuró a atajar.

—Hazlo por mí, Tadeo.

—No me respeta.

—Ha de tenerte aprecio para insistir como ha insistido en que seas tú quien la ayude a poner término a la jornada.

—Porque conmigo no teme propasarse.

—Te está esperando. Ten corazón.

—¿Y por qué me tengo que privar del arroz con leche?

—Te lo llevaré a la Espelunca y te juro que no empezaremos la partida hasta que llegues.

—¿Y la ponencia que falta?

—Sermón de metafas. Nada te pierdes. Les doy veinte minutos y van que chutan. No quiero que el personal deseoso de placeres se me amotina.

La encontró sola, fané, descangayada, en el arranque de la escalera, el rímel corrido, los pelos paquí/pallá y la cara de blanco parafina a la pálida luz de los tubos fluorescentes. Más vieja de lo que era, ella le sonrió ofreciendo el brazo. Sin duda había llorado, pero ya no llovía.

—Sabía que dentro de ti respira un caballero.

Y subieron enlazados con silenciosa, augusta solemnidad al primer piso. Así se conduce a una novia al altar o a una reina, dignamente, a la guillotina. En lo tocante a Balboa, alto dos palmos más que ella, no habría sido mayor su falta de entusiasmo, de alegría y vitalidad si se hubiera dirigido al patíbulo. Pero allí iban los dos, apaleados por la vida y, sin embargo, erguidos, dos mástiles parsimoniosos en progresión paralela. Y llegaron, y ella le dio la llave mirándolo tristemente a los ojos, y Balboa abrió con torpeza (¿deliberada, para ganar tiempo?) la puerta y entraron.

—Siéntate ahí y no te muevas.

Y Balboa se sentó en la silla adosada al tabique y no se movió. Dijo como un niño:

—El caso es que no había terminado de cenar.

—Mañana cenarás, no te preocupes.

Sacó ella su pijama rosa del armario. Orden irreprochable, pulcritud en todas sus pertenencias. Descalza (juanetes) entró en el cuarto de baño. Por la puerta abierta salían luz, gárgaras y ruidos higiénicos: abrir y cerrar del grifo, el característico risrás de un cepillo de dientes. Clink, clinc, sonaban una y otra vez objetos depositados sobre alguna superficie de vidrio.

—¿Eres impotente?

Balboa, mustio en la silla, se negó a responder; pero como ella insistiera, dijo,

incluso con una punta lejana de desafío:

—¿Para qué quieres saberlo?

—Me gusta conocer a mis amigos, sus aptitudes, sus peculiaridades.

—Pues a mí me gusta que me respeten.

—Oye, ¿tú tienes una obsesión con el respeto o qué?

Se oyó entretanto el torrencial estrépito del chorro úrico al reventar contra el agua acumulada en el fondo del inodoro. Transcurrió medio minuto y no paraba. Desde la perspectiva de Balboa, esa mujer es un tonel roto que en raudales se vacía.

Apagó la luz del baño; salió empijamada, el pelo recogido en moño nocturno y, en líneas generales, con mejorado aspecto, guapa, limpia, interesante, por más que los cincuenta y siete tacos a cara descubierta, sin artificios cosméticos, implicaran surcos, desmedro, erosión. Olía bien.

¿Qué pasó? Nada del otro mundo. Amalia Solórzano retiró la delgada sobrecama. Doblándola con esmero, la colocó no importa dónde. El caso es que lo dispuso todo para acostarse mientras Balboa, fundido con la silla, parte del austero mobiliario él mismo, observaba con sus bolitas tontorronas el trajín precamal de la Solórzano. A poco que aguzase la mirada debió de constatar: es culona. La mujer tendió con sereno estilo de dama de alto copete la mano a Balboa; el cual, tomándola, se puso de pie, solícito, incluso rápido, aunque no captó a la primera lo que de él se esperaba. En silencio, se acercaron, tres pasos, a la cama y Amalia, desasiéndose, se sentó en el borde.

Mandó: corre la cortina, no sin añadir un por favor que puso una nota de afable autoritarismo en la decorativa sobriedad de la habitación. ¿Qué más?

—Pon mi bolso al pie de la mesilla.

A este punto ella se acostó y hubo más órdenes/ruegos cumplidos por Balboa con docilidad maquina. Nada del otro mundo: apaga la lámpara del techo, trae la silla al costado de la cama, siéntate. Encima de la mesilla había un ejemplar del Nuevo Testamento y un flexo baraticho que daba una luz mortecina de tanatorio. Parecía iluminar sin ganas, pero así y todo era suficiente para que ellos se vieran las caras amarillentas, ella arropada hasta la barbilla, él sentado a su lado en postura de confesor.

—Soy una niña. Cuéntame algo.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Te sabes el de la ratita presumida?

Balboa se retrepó. Un violento gesto de protesta para un hombre tan pacífico como él. En varias ocasiones había tratado de mirar su reloj a hurtadillas. Ahora lo miró sin disimulo. Y cuando ya lo había mirado y bien mirado, lo siguió mirando. Ella se apresuró a sacar un brazo de debajo de las sábanas y le acarició los pelillos del dorso de la mano. ¿Petición de disculpas?

—No estoy loca, si es eso lo que piensas. Podría estarlo tranquilamente. Mientras yo elija mis abismos conservaré la mente fría para saber lo que hago y por qué lo

hago. Ya sé, ya sé que a veces pego gritos, lloro en público, pero eso ¿qué importa a quienes, como yo, se niegan a dedicar su talento y sus fuerzas a ser personas normales? Odio a la gente sin imaginación, te lo juro, a la gente que no aspira más que a pagar sus facturas. Su presencia me resulta repulsiva. A mí, en cuanto me hablan de vacaciones, de la oficina y del carrito del bebé, corto. Y te confieso una cosa: me gusta ofender. Me causa un gozo intenso, pero sobre todo supone un método cojonudo para ahuyentar la soledad. Hace años me acostaba con cualquiera por no estar sola. Hombres, mujeres, lo que estuviera a mano. Ahora consigo lo mismo, incluso más, ofendiendo. Y te aseguro, y espero que me creas, que no ignoro los efectos de mi conducta. ¿Por qué? Pues porque saltan a la vista. ¿Cómo? Muy fácil. A la gente hay que tocarle los huevos bien tocados para que se le caiga la careta. Si la insulto, reacciona, me echa la bronca, discute conmigo. En una palabra, me hace compañía.

—Y si te rechazan, ¿qué? Te quedas más sola que antes.

—Bah, rechazar también es una forma de prestar atención. Lo que no aguanto es la indiferencia. Si por mí fuera ya me habría tirado a las vías del tren. Solución indolora y rápida. He hecho mis cálculos. Un día confeccioné una lista de conocidos y parientes que llorarían en caso de que yo muriera. ¿Adivinas cuántos nombres escribí? Tres. Y ni siquiera de esos estoy segura. Quizá dos docenas de gusanos se alegren y monten una fiesta mientras devoran mis carnes desdichadas. Lo comprendo y lo apruebo. ¿Sabes que si me incineran no tengo a nadie que se encargue de mis cenizas? A nadie. ¿No te parece triste?

—Un poco.

—¿Te harías tú cargo de mi urna?

—Respétame.

—Qué tonto eres. Me tienes frita con el respeto de las puñetas.

Balboa se encastilló en un silencio tozudo. Ella se dedicó entonces a escrutarlo retadora, cruel, la cabeza semihundida en la almohada, hasta crearle una situación embarazosa que amenazaba con prolongarse más de lo que un hombre tímido es capaz de resistir.

Transcurridos varios segundos, socarrona, le dijo:

—Espero que al menos me escribas una buena elegía.

—Se hará lo que se pueda.

—Ahórrate en todo caso ensalzar mis virtudes. No poseo ninguna. Soy un trapo inmundo.

—Eres una buena mujer que ha sufrido demasiado.

—Y tú eres un imbécil, además de gilipollas. No me explico que puedas ver con unos ojos tan pequeños. ¿De verdad que ves?

—Con las gafas puestas veo perfectamente.

—Yo podría bajar ahora mismo a la sala de plenos y contarles a todos que me has violado. Te sería imposible demostrar tu inocencia.

—Los compañeros me conocen. Ni en sueños me imaginarían cometiendo la fechoría que me atribuyes.

Amalia Solórzano, ceño arrugado, permaneció unos instantes sumida en cavilaciones. Dijo de pronto:

—No me quito de en medio por Marta. ¿Quién se va a acordar entonces de su cara, de su voz y su risa? Nadie. Mi padre, con alzhéimer, ni siquiera se reconoce a sí mismo. Aquel novio de Marta, el guapo y simpático Alfredito, ni siquiera se dignó mandarme unas palabras de condolencia, no digamos llamarme por teléfono. Aquello era demasiado fuerte para él. Supongo que le irá bien. La vida suele premiar a los cobardes.

Hablaron, ella sobre todo, durante hora y media por lo menos. ¿De qué? De esto y aquello, de este y aquel y a veces contra este y aquel, de los viejos tiempos (¿te acuerdas?, qué bien lo pasábamos), de los actuales achaques reumáticos de Balboa, de las noches en blanco de Amalia, de la envidia, de los buenos y malos amigos, de Lope (el *Führer* de poetas), de un incidente desagradable que ella tuvo en 1979 con Camilo José Cela, de una visita (inolvidable) de Balboa a Vicente Aleixandre ya casi ciego en su casa de la calle Velingtonia, de religión...

—Yo estoy segura de que Dios no existe. Es un invento para someter a las masas. Los curas, los padres, los maestros te inculcan el embuste a edad temprana, cuando el cerebro infantil está ocupado en reunir los elementos básicos para entender el mundo. Incorporado al cimiento intelectual, luego es muy difícil prescindir de él a la hora de levantar el edificio de tu lógica. Y, por supuesto, nunca hay evidencias. Todo lo contrario; cada vez que la ciencia anuncia un descubrimiento, al gran embuste no le queda más remedio que dar un pasito atrás. Yo no tengo ningún problema en aceptar que sólo existe la realidad tangible, mejor o peor adornada con cultura por el género humano. Suprime el lenguaje y has matado a Dios.

—Yo un poco sí creo.

—¿Qué quiere decir un poco? ¿Te tomas tu capsulita de fe por las noches, antes de dormir?

—Algo hay, Amalia. Algo tiene que haber.

—Lo que hay es miedo a regresar al estado mineral.

—A mí me da consuelo creer en un ente superior.

—Y con ayuda de ese convencimiento te has armado de paciencia y resignación para conllevar la pérdida de tu mujer, ¿verdad?

Balboa, dolido, agachó la cabeza.

—Es posible.

—Pobre Tadeo, terminarás ocupando un sitio en el santoral. Ya veo tu vida resumida en la hoja de un calendario de taco. ¿De verdad crees que si hubiera un más allá donde yo me pudiera reunir con el alma de mi hija, estaría aquí, perdiendo el tiempo en este puto mundo?

Intercambiaron miradas inquisitivas. Respiraban cautelosos. Ella consistía en

cabeza solamente, sepultado el resto del cuerpo bajo la ropa de cama. Y la enfermiza luz de la lámpara se las veía y deseaba para dar brillo a la frente sudorosa de Balboa, sostenida sobre dos cejas espesas, despeinadas.

Amalia Solórzano, a todo esto, desendureció la expresión de su rostro, al tiempo que, sacando de nuevo un brazo de las honduras camales, repitió caricias en el dorso de una mano de él y en una rodilla. Con insinuada sonrisa le preguntó si por casualidad se sabía el de los tres cerditos. No muy bien. Mohín de contrariedad. ¿El de Hansel y Gretel? Tampoco.

—Entonces vete.

Pero antes: que le sacara del bolso la cajita de somníferos. Balboa, presto en la obediencia, se agachó, hurgó, metió la pata sacando los antidepresivos. Esa no, la caja verde. A continuación: que le trajera agua del cuarto de baño. Fue. Ella, a poco que lo hubiera seguido con la mirada, debió de constatar: es culón. Balboa trajo el agua y se quedó de pie junto a la cama con el vaso en la mano sin saber qué hacer con él, ponlo sobre la mesilla y lo puso. Y aún más: que le sacara de un costado del bolso el vibrador. Había dos. Bueno, un vibrador convencional con pila y un dildo de doble penetración. Balboa, impasible, sostenía un chisme en cada mano. Ella, dudosa, dirigió miradas alternativas a uno y otro; por último, ocultó los dos bajo las sábanas. Que no se marchara sin besarla. Balboa, desapasionado, le estampó un beso funcional de abuelo a nieta en la frente.

—No seas tonto. Bésame en la boca.

Así lo hizo y, al salir de la habitación, en el momento de cerrar la puerta, notó que ella, clic, se había apresurado a apagar la luz. Se encontró solo en el pasillo. Puertas, penumbra y, de trecho en trecho, cuadros de asunto religioso. Flotaba en el aire un débil runrún de voces. Se puso en camino a la Espelunca. No bien hubo alcanzado la escalera, se tuvo que parar. Sentado en el escalón superior, Balboa se agarró la cabeza entre las manos. Sus ojos/bolitas rompieron de pronto a llorar. Lloraba en silencio, grandullón, manso; pasados unos segundos, no pudo evitar una contracción del pecho, seguida de una ráfaga de sollozos con hipo.

Desde la ventana, morrillo triste, los despidió con la mano. Apenas podía vislumbrar sus caras. Aparte de la luz insuficiente de la luna, había sólo dos focos para luchar contra el poder de la noche, el que iluminaba directamente la estatuilla del Sagrado Corazón, sobre el dintel de la entrada, y otro distante, en la esquina de la fachada, semioculto tras las ramas de un árbol. Ella, en el primer piso, ¿cómo iba a descolgarse por la pared? Demasiada altura.

—Salta, que te cogemos.

Guasa, alegría, bromas. Mintió, dolor de cabeza, por no declararles la vergonzosa, la humillante verdad. ¡Qué a gusto se habría ido al pueblo con ellos! Los impulsos de la juventud, la promesa de seguras diversiones, la certeza de la risa en abundancia, la probabilidad de conocer de cerca a personas interesantes, tal vez fundamentales para la consumación de sus aspiraciones literarias. Quería hablar, contar, sugerir, pero no podía. Se limitó a tirarles unos susurros blandos como papelitos volanderos por temor a que don Mateo la oyese desde la habitación contigua.

Noche profunda, fresca. Olía a campo. ¿A pinos? Pues también. Incontables puntos de luz salpicaban el firmamento: hule cósmico, apolillado, por cuyos orificios se filtraban diminutas partículas del claror de la gloria, vecina del universo. El grupo parlanchín se adentró en la oscuridad que se espesaba hasta el negro absoluto al fondo de la explanada. Lope había prohibido la conducción nocturna de automóviles. Pero ¿por qué, qué más te da? Zanjó, severo: Que si iban a pimplar y la Guardia Civil controla, que si no quería jaleo de motores a horas indispuestas, tampoco temerarias, heroicas, sinuosas maniobras de aparcamiento con previsibles rozaduras a vehículos colindantes y, por supuesto, ajenos, o sea, que todo el mundo en el coche de san Fernando, kilómetro y pico, gandules, y que les vendría bien un poco de ejercicio, particularmente a la vuelta para que pudieran enfriar la mona por el camino antes de dormirla. No se hable más y no se habló. Lope, capataz de poetas. Ojalá se le reviente una hemorroide, renegó este o quizá aquel.

Lo último que Vanessa Rincón vio de los degustadores de la vida desde la ventana de su habitación fue la brasa de varios cigarrillos en la noche. Hasta el primer piso ascendían los efluvios marihuaniles. Luego se quedó sola con ansias de jolgorio inflamada, respirando el aire montañoso, apoyada de codos en la parte inferior del marco. Harta de contemplar el cielo estrellado desde la habitación sin luz, ya iba a recogerse a la placidez pesarosa de la cama solitaria, vio, le pareció ver, ¿un espectro?, ¿un alma en pena?, no, una vulgar sombra de apariencia humana que en vano trató de entrar en el centro de estudios y, como no lo consiguiera, se alejó andando de manera inusual pero sigilosa por detrás de los coches aparcados en batería, hasta doblar la esquina en dirección al convento de las monjas. Qué extraño. Quizá se tratase de un oso flaco que caminara con el cuerpo erguido. Pero ¿un oso con pantalones y una camisa hasta cierto punto blanca? Barajó posibilidades: un

sabio (de los pocos que en el mundo han sido) dando zancadas/saltitos por su escondida senda, un ladrón de ornamentos religiosos y pertenencias de congresistas, un violador de poetisas, un aldeano de Morilla conchabado en amores nocturnos con una espinosa, etcétera. Qué bonita, ridícula y anticuada aventura. Y cuando ya iba a cerrar de nuevo la ventana le llegó, ¿de dónde?, de cerca, una bocanada y otra y otra de gritos/suspiros/jadeos claramente orgásmicos, todo lo que se diga es poco, entrecortados, gorgoriles y como mal respirados, y entonces la muchacha, ¿vergüenza ajena?, se apresuró a cerrar la ventana, pero incluso a través del tabique llegaban a sus oídos las expansiones femeninas de placer (¿fingido?) de Martina Muro, mujer potente, monumento carnal, quién si no, con su pan se lo coma. Vanessa Rincón se acostó a oscuras y estuvo haciendo pucheros uno o dos minutos con la cara aplastada contra la almohada. Mamá, dijo en voz baja. ¿Qué había pasado?

La historia se remonta a hora y media antes. Sin saberlo y, por tanto, sin olerlo, Mateo Gil Salgado se había guardado para más tarde un resto líquido de arroz con leche en el bigote. Lope, sentado enfrente, indagador, pelma, metomentodo, trataba de sonsacarle pormenores íntimos de su relación con la muchacha, allí presente en silenciosa y cenante efigie. La Nívea, que completaba el cuarteto masticador, escuchaba o hacía como que escuchaba sin intervenir.

Las preguntas oblicuas de Lope fastidiaban al ciego. ¿O sea que...? Ah, pero ¿os conocisteis en? El ciego contestaba escueto, evasivo, ceñofrunciente, cada vez más fatigado de verle (facultad no perdida) el plumero a Lope. Al final, molesto, atajó:

—Mira, José Manuel, para que no me alargues el interrogatorio. Vanessita y yo somos pareja y como tal vivimos pese a quien pese, si es que le pesa a alguien, que no lo sé. Follamos bastante, si es eso lo que deseas saber. Y ahora haz el favor de hablar de otros asuntos, de literatura, de pedagogía, de lo que quieras, porque, de lo contrario, la cena se me va a convertir en cemento dentro del estómago.

La muchacha excavaba con la cucharilla en la periferia del arroz con leche. Había comido la parte blanca del postre, de modo que dejó para el final la pequeña meseta recubierta de canela que se levantaba en el centro del tazón. En dicha protuberancia comestible dejó hundida la cucharilla cuando percibió que su amante/señor empezaba a acalorarse más de la cuenta, y con su propia servilleta, a golpecitos rápidos, le limpió el bigote enlechecido, lo que se reveló como una forma eficaz de hacerlo callar respetando, eso sí, los debidos disimulos. Otros posibles propósitos: 1) evidenciar mediante una acción de indiscutible raigambre doméstica la cercanía/confianza física que los unía, fraguada en innumerables lances cotidianos; 2) secundar la mala leche del ciego enjugándole la pasteurizada de vaca, como dándole palmaditas en la boca, bien hecho, así se habla; y 3) interrumpir el flujo verbal que podría acarrearles a ambos inconvenientes, desventajas, dificultades, al día siguiente durante la ronda de recitaciones si Lope, que todo lo decidía, se picaba y optaba por perjudicarlos. No constan otros propósitos, lo cual no significa que deban descartarse.

La cosa no fue a más por la fortuita intervención de una monja cocinera. Dulce de

modales, bondadosa de gestos, se acercó al costado de Lope.

—Señor Agüero, dentro de cinco minutos nos gustaría recoger. Si fuera usted tan amable...

Lope miró su reloj. Súbita alarma. De pie, tañó frenético la botella de agua mineral con la cuchara sopera. Silencio colectivo y, a continuación, orden perentoria: todo el mundo fuera del comedor. La monja le recordó, apaciguadora, susurrante: señor Agüero, cinco minutos.

—Nada, ahora mismo. También a nosotros nos espera el trabajo, hermana.

La poetada salió en refunfuñante procesión al pasillo, algunos todavía masticando. Vanessa lazareó al ciego, toc, que por si las moscas tentaba el suelo con su bastón. Lope, como buen pastor, salió el último y los alcanzó a la altura de la capilla. Allí le comunicó Mateo Gil Salgado su intención de retirarse. ¿Tan pronto? Pretexto: necesitaba descansar. Lope trató de disuadirlo; pero, blando de réplicas, tibio de razones, no logró su propósito, ni siquiera invitándolo a echarse unos vasos de vino en la Espelunca con Tadeo y alguno más de su generación poética hasta que el cuerpo aguantase. Mientras tanto, Vanessa Rincón se apartó como quien no quiere la cosa unos pocos pasos atendiendo a un gesto de Felipín Cárdenas, quien al oído le preguntó si le apetecía bajar más tarde al bar de Morilla con un nutrido grupo de compañeros. Puntualizó:

—Es un bar cutre, lleno de moscas; pero mejor que nada. Además, es muy barato.

—Tendría que preguntarle a don Mateo.

—Dale un somnífero y lo dejas frito.

Vanessa remoloneaba, insegura, temerosa, Y Felipín Cárdenas, con su falta de tacto habitual, le dijo:

—Oye, ni que te tuviera secuestrada.

Palabras que desagradaron visiblemente a la muchacha. Con linda mueca de protesta replicó que don Mateo era un hombre cariñoso.

—Ah, pues entonces pregúntale si te deja acompañarnos.

—Ya veré lo que hago.

—Nos gustaría mucho que vinieras. Somos unos cuantos, no tan jóvenes como tú, pero todavía con marcha. Los mayores se reunirán en la Espelunca a ver la tele y a jugar a cartas, como en el asilo. No creo yo que eso sea para ti.

—Más bien, no.

—¿Entonces?

—A lo mejor, si don Mateo se duerme, me anime a...

No hablaron más porque ya el ciego reclamaba los servicios lazariles de Vanessa. ¿Dónde está? Y Lope, de broma:

—¿Tienes miedo de que te la roben?

Junto a la puerta de la sala de plenos, Mateo Gil Salgado fue enredado en breves conversaciones con unos y otros, acaso sin saber muy bien quién le dirigía la palabra, pues a veces, en medio del bullicio, orientaba las gafas negras hacia el lugar donde no

estaba su interlocutor ocasional, y a todos invariablemente les decía que la fatiga lo obligaba a retirarse.

A su espalda, el dúo lésbico daba palique a Vanessa. Reidoras, preguntonas, tocadoras. Sí, tocadoras. Conchita Arroyo le daba toquecitos suaves en un brazo. Susana Valcárcel le plantó una mano en la cintura, como sin darse cuenta, y no la retiraba y no la retiraba.

Le revelaron el número de su habitación compartida para que las visitase. Seguro que tenían mucho de que hablar, de poesía principalmente, pero desde nuestra sensibilidad y punto de vista femeninos. Y estuvieron un rato echándose los respectivos alientos a la cara hasta que el ciego, a tres metros, dijo: Vanessita, ¿estás por aquí?, y decidió que ya era hora de recogerse. Se enteró todo el mundo de que tenían previsto acostarse. ¿Juntos? Cinco o seis formularon a media voz la misma pregunta antes de encerrarse a sufrir la ponencia de los metafás.

Lo ayudó a desvestirse. En medio de la habitación, el ciego mostraba sus pilosidades, sus carnes de más y su lozanía de menos, pálido igual que si lo acabaran de cocer en un caldero. Y en esto, zas, se arrancó a cubrir de reproches a la muchacha: el pueblo, el bar, esa pandilla de sinvergüenzas, ni se te ocurra. La muchacha dedujo que Felipín Cárdenas se había ido de la lengua. Defendió su inocencia aduciendo la verdad. No olvidó añadir que la idea de salir por ahí en plena noche había partido, no de ella, sino del poeta aquel que había hecho de portavoz de los juguistas.

—Y como le he respondido que no, él ha ido a hablar con usted, para ver si así usted me animaba a ir con ellos a la taberna del pueblo, pero yo también estoy cansada.

—Eso está muy bien dicho, vida mía.

Con tales palabras, el ciego parece que se quedó tranquilo. Se aseó los sobacos en el cuarto de baño, se dejó poner el pijama con docilidad y se acostó. Y lo mismo que se quitó la dentadura para ponerla a remojo en un vaso, así se deshizo de sus celos y recelos.

Alrededor de veinte minutos, la muchacha, sentada a su costado, estuvo leyéndole poemas de un libro de Eloy Sánchez Rosillo, y de continuo el ciego la interrumpía para decir: esto me gusta, esto no me gusta. A veces le pedía que releyese algunos versos que lo habían complacido especialmente y se quedaba unos instantes pensando con gesto de asentimiento, hasta que indicaba a la muchacha que podía reanudar la lectura. Acabada esta, le rogó/mandó que le hiciera masajes en la espalda. Ella se los hizo y también en la nuca y en el cuero cabelludo, y el ciego parecía que se dormía de gusto, pero no. La quiso a su lado dentro de la estrecha cama. La apretaba contra sí, la espalda de ella en su pecho. Tuvo el capricho de que se le pegara en la mano el olor de su sexo, y ella abrió las piernas y consintió.

Dijo él:

—Ya es hora de dormir.

Entonces se levantaron de la cama con el fin de dirigirse a la habitación contigua, ante cuya puerta se dieron las buenas noches, se abrazaron y besaron. Él le dedicó una galantería, ella se la agradeció. Una vez que Vanessa hubo entrado en su habitación, el ciego, desde el pasillo, cerró la puerta con una doble vuelta de llave. Y luego, tentando la pared, se volvió a la cama y en el puño llevaba apretada la llave de la muchacha.

Lo tenían todo planeado. Tú lee rapidito, ¿eh?, sin incisos ni mandangas explicativas. Si el mensaje se entendía, bien; si no, también. Porque, además, no ignoraban que la gente ya estaba hasta el gorro de discursos. Lo que la gente quería era irse de juerga o a la cama. El mismo Lope les había pedido que no alargasen la intervención en exceso. Bajo ningún concepto se dejarían ellos enredar en un debate. Si preguntan, que pregunten. Si critican, que critiquen. Y a la menor oportunidad saldrían pitando hacia el monte.

Pero luego, durante la cena:

—¿No podrías ir tú solo?

—¿Y cómo lo bajo?

Andreu Viñals, agobiado, cabeceante, le reveló el compromiso que había contraído con la Nívea. Algo grave, creía. Un problema con no sé qué ordenador. Ni siquiera había entendido bien lo que de él se esperaba. Sin tocar el arroz con leche, se retiraron a discutir en el interior de la capilla. Cada vez que tomaba la palabra Dámaso Carranza de León temblaban las llamas de las velas.

Hizo los siguientes reproches: olvido imperdonable de un amigo en peligro (y recalcó: en peligro de muerte), abandono/traición a Eugenio por acostarse con una..., con una mujerzuela, por Dios, que no se diga, pensaba que Viñals tenía mejor gusto.

Salpicaba partículas de saliva. Mostraba encías como los tiburones al morder.

Réplicas de Andreu Viñals en tono apaciguador que dejaba intactas las llamas de las velas: no traicionaba a nadie, no le movía el deseo de acostarse con la Nívea, no se había atrevido a rechazar su solicitud. La mujer estaba por demás nerviosa, destrozada.

En suma, había claudicado.

—Ah, te da pena esa pelandusca y nuestro amigo tirado en el monte, cubierto de mierda, ¿no?

—*Collons*, la súplica me ha pillado desprevenido. Por un lado, yo no quería contarle lo de Eugenio. Por otro, al principio le he entendido que necesita un pequeño asesoramiento informático, pero por lo visto el asunto va a requerir tiempo.

—Haberle dicho que no y punto.

—Ya es tarde. Ve tú solo, Dámaso, hazme el favor. En cuanto termine, te sigo. Te prometo que me daré prisa.

La ponencia (la puta ponencia, según Martina Muro) se alargó varios minutos más de la cuenta debido a un súbito ataque de teoría que le sobrevino sin por qué ni cómo a una de las lésbicas, la de negro. ¿Desde cuándo son metafísicas esas dos? Se lo preguntaban algunos en el ruedo. Y como alguien, un realita, la medio contradijo o, en todo caso, no le dio del todo la razón y además parece que le colgaba del belfo un hilillo de burla, saltó la otra a defender a su media tortilla.

Al realita lo secundaron tropas poéticas de refuerzo desde el otro extremo de la

mesa. Fue a este punto cuando Carranza de León, olvidando por unos instantes al amigo abandonado en el monte, entró en la escaramuza dialéctica cual tajamar que hiende las aguas hasta entonces apacibles de la paciencia general, y soltó de sopetón una traca de dogmas estéticos. Ojos en blanco, gestos implorantes hacia el director de las Jornadas, corazones e índices que con mayor o menor disimulo imitaban tijeras.

Allí estaba Lope, ¿con la deleitosa sensación de los naipes inminentes en las yemas de los dedos?, para cortar por lo sano la batallita especulativa que perturbaba a destiempo el aire saturado de humo. Elogió el interés mostrado; invitó a proseguir conversaciones, debates, intercambio de pareceres sesudos en privado, y declaró concluida la primera jornada poética esperando que haya sido de vuestro agrado, dormid con los angelitos porque mañana será un día líricamente largo, amigos, y a las nueve os quiero a todos al pie del cañón, desayunados o con el estómago vacío, eso ya depende de vosotros, buenas noches.

Juanjo Changa, salido de repente de un espeso, arisco letargo, lanzó desde su asiento la orden de ataque:

—¡A gozar!

Quien miró, vio. ¿Qué, a quién? A Dámaso Carranza de León encaminarse a la salida del centro de estudios pasadas las diez de la noche, pisando el suelo con unos bríos que habrían sido de indudable provecho en un lagar. Los bríos se los transmitía el monumental cabreo que llevaba. Se adentró, refunfuñante, en lo negro total de la noche montuosa sin más linterna que un gajo de luna creciente. Para distinguir contornos vegetales en la oscuridad y poco más. La abundancia de estrellas no ayudaba y la birria de focos en la fachada del edificio, tampoco.

Entretanto, hubo reunión con aires de comando clandestino en la habitación de la Nívea. Luz apagada, conversaciones a media voz y Paco Valbuena vigilando la salida nocturna de poetas. Dijo, después de un rato, como poseído por un repentino júbilo susurrante:

—Ahí va Cabral con su novio. Columbro a Felipín, a Alberto, a Juanjo Changa y a otros. Hacen adiós con la mano a alguien que debe de estar en alguna ventana. ¡Menudo cachondeo se traen!

La Nívea y Viñals se asomaron para verlos cruzar la explanada armando bulla, Cabral de la mano de Julio Manuel Rentero a la zaga del grupo, como dos parvulitos formales. Pero, de eso, nada. A la altura del coche fúnebre se besaron, cariñosos, exhibicionistas. ¿Sabían que los miraban?

Viñals:

—Como los vean las monjas...

La Nívea, socarrona:

—No sabía que fueras tan puritano.

—¿Quién, yo? No se me van a despeinar a mí las cejas porque la gente se bese.

Por prudencia esperaron cinco minutos desde el ingreso de Juan Luis Cabral en la noche gay para poner en marcha la jugada. Nada de precipitaciones, tenemos tiempo,

¿eh? Y Viñals callaba. El primer paso, traer el portátil de Cabral a la habitación de la Nívea, era competencia exclusiva de Paco Valbuena. Salió el joven poeta con ejecutoria de delincuente al pasillo, chupa de cuero, manos en los bolsillos. La Nívea se arreglaba la melena ante el espejo del baño. A Viñals, por más que había dicho que él no quería saber nada de los aspectos directamente delictivos del asunto, puesto que estaba allí solamente en calidad de informático (y no por mucho tiempo porque quería reunirse con sus amigos, añadió), lo pusieron a vigilar junto a la ventana. Si volvía Cabral, debería dar aviso a Paquito cuanto antes. A cada rato, aprovechando la ausencia de la Nívea, fijaba la mirada en el interior de la habitación, en los trastos femeninos, en los zapatos de tacón tirados en el suelo, en las sábanas revueltas.

Ella, desde el baño:

—¿Qué?

—Nada.

Pésimo vigilante. No vio al espectro deslizarse presuroso por el borde de la explanada. Es verdad que la iluminación era escasa; pero, así y todo, una camisa blanca o, por lo menos, bastante blanca, la tenía que haber visto a poco que hubiera prestado atención.

De pronto, pom, pom, llega Paco Valbuena con el ordenador de Cabral bajo el brazo. ¿Todo bien? El muy cuco dijo primero lo bueno: no se había cruzado con nadie por las escaleras. Y a continuación la noticia adversa: había habido un problema. Bueno, un problemilla, pequeño pero de imposible solución sin los conocimientos y las herramientas de un carpintero. Se conoce que Juan Luis Cabral había cerrado la puerta de su habitación con doble llave. ¿Y? Pues que no le servía la tarjeta. Entonces no le había quedado más remedio que emplear un método que, para evitar explicaciones prolijas, llamó violencia, con el resultado de que ahora se ve una muesca en el canto de la puerta y otra similar en el marco.

—¿El marica se dará cuenta?

—Si vuelve de madrugada completamente flipado, como espero, no. Si pasa la noche en la habitación de Rentero, tampoco. Y, por lo demás, dentro yo no he tocado nada, no he roto nada, no he dejado huellas.

La Nívea:

—Dinos la verdad. ¿Has destrozado la puerta?

—No es para tanto. Un par de astillas. Puede que piense que ya estaban.

Andreu Viñals empezaba a ciscarse.

—A mí no me metáis en líos.

—Ocupémonos primero del ordenador. Más tarde echaré un vistazo a la puerta.

Viñals se puso a la tarea. El resplandor de la pantalla iluminaba su cara inexpresiva. Ahora era Paco Valbuena el vigilante ventanil. La Nívea olía a un perfume como de vainilla. Agradable. El pelo le caía en ondas sobre los hombros. Mucho atractivo y tal y cual, pero, en cuestión de ordenadores, una ceporrita. A su llegada al centro de estudios, había olvidado solicitar a la monja de la recepción la

clave del Wi-Fi. O sea, otro inconveniente, otra molestia. Viñals se desesperaba.

Ella, con ignorancia coqueta, además de supina:

—¿Es importante?

—Tengo que bajar un programa de internet. De lo contrario, no hay nada que hacer.

Resoplaba, caviloso, tamborileando con las yemas de los dedos sobre el tablero de la mesa. Propuso:

—Vamos a mi habitación.

Era implicarse más de lo conveniente, pero qué remedio. Fueron los dos, él volviendo la mirada cada dos por tres, temeroso de que los descubrieran; ella detrás, con los zapatos en las manos para no hacer ruido. Paco Valbuena se quedó de centinela junto a la ventana, ya que la habitación de Viñals daba al jardín.

Conectó, tecleó, buscó y la Nívea, de pie a su lado, lo ponía nervioso con sus preguntas infantiles. A veces le rozaba el hombro con la punta de un pecho. ¿Involuntariamente? Para más inri, ella no se acordaba del nombre del documento. Se agachó a mirar. Y el pecho oprimía el hombro del catalán.

—Algo de poemas reunidos.

—¿Este de aquí? ¿REUNIÓN?

Súbito entusiasmo:

—Ese.

Le duró poco el alivio/satisfacción. Viñals abrió el documento. Sí, era uno de los que había borrado, pero no la antología. Nueva búsqueda. Les costó un buen rato cerciorarse de que buscaban POÉTICAS 2000. ¿Algo más? No, eso es todo. Entonces Viñals, para ganar tiempo, sugirió que, mientras desactivaba el programa que había bajado de internet, borraba rastros de la manipulación y desconectaba el portátil de Cabral, ella fuera en busca de Paquito. Luego él ya no quería saber nada del asunto. O sea, que lo dejaran fuera de todo. Y la Nívea así hizo. Y vino Paco Valbuena con ella dispuesto a restituir el ordenador a su sitio. Y en esto sonaron golpes en la puerta.

—¿Esperas a alguien?

Andreu Viñals, cara de asombro, fue a abrir. En la oscuridad del pasillo, se perfiló una silueta humana que dijo con ostensible inquietud:

—No está. He dado vueltas por el monte. No aparece por ningún lado.

Sólo entonces se percató de que había más gente en la habitación.

—¿Interrumpo?

La Nívea, pícara, desenvuelta, respondió:

—No, tranquilo. Aún no hemos empezado. Si te apuntas... Lo malo es que no tengo orificios para tantos.

Se recogieron victoriosas, seguras de merecer respeto perpetuo en la difícil cofradía poética. Mujeres cerebradas, valientes, con criterio. Por la escalera, después por el pasillo, se dedicaban elogios la una a la otra como quien intercambia paquetes de regalo. Y se reían felices, sin testigos, enzarzadas en juguetona pelea de manoseos, juntando los labios.

—¡Qué bueno, Susa! ¡Cómo los pusiste en apuros!

—Tú abriste el fuego, cariño. La cita de Pessoa los derribó como a peleles. No sabía yo que hubieras leído a Pessoa.

—De vez en cuando te robo un libro.

—Si te gusta Pessoa, te quiero.

—Yo te quiero a ti de todos modos, aunque leas porquerías.

En la habitación continuaron celebrando su reciente intervención en la sala de plenos. Y si no es por Lope, dijo la una, atrocísimo microbio, todavía estarían allí exhibiendo elocuencia, poder intelectual, conocimientos. Sí, dijo la otra, porque en cuanto vio a sus bolos predilectos caídos en el suelo cerró la sesión con los pésimos modales que lo caracterizan.

La noche rompió a reír ahí abajo. El ciprés negro, el brillo melancólico de los coches pobremente iluminados. Asomada con discreción a la ventana, Susana Valcárcel los vio atravesar la explanada en dirección a la negrura. Joviales, dicharacheros, hacían adiós con la mano a alguien que ella no podía ver, pero que sin duda les contestaba puesto que había signos innegables de diálogo.

¿Bajar al pueblo? ¿Con esos pelmas? Conchita Arroyo, por toda respuesta, se desvistió. Celulitis. No mucha, pero así y todo atormentante. Malditos cuarenta años, solía decir. Hacía lo menos tres que no iba a la piscina. Suelta la melena, descalza, se sentó sin más ropa que la negra lencería ante unas hojas de papel que reposaban, revueltas, sobre la mesa.

Las suyas eran habitaciones de no fumadores. Se lo habían exigido por la mañana a la monja de la recepción con dureza de palabras y de miradas. Ganas de intimidar. Que no soportaban el tufo, comprenda usted. Conchita encendió un cigarrillo. Expelía el humo de modo que este le subiese pegado a la cara. Ella tiraba indolente la ceniza a la papelería mientras repasaba los garabateados versos supervisando la métrica. Iba la yema ágil de su pulgar saltando sobre la yema de los otros dedos.

Susana Valcárcel, junto a la ventana:

—Ese poema es una aguja que te clavas. Déjalo. No me gusta que sufras.

—Es que antes, durante la reunión, me ha venido una idea.

—Chica, ¡qué obsesión! Lo único que vas a conseguir es deprimirte y luego deprimirme a mí.

—Este lo tengo que escribir. Este es necesario. Al final quizá no sea mi mejor poema, pero sí el más intenso. Porque en este, si hace falta, me voy a dejar la piel.

Estoy decidida a construir un refugio de lenguaje para que se pueda cobijar en él mi padre.

—Querrás decir un mausoleo. Tu padre está tan muerto como el mío.

—Yo... No... Yo soy incapaz de aceptar su pérdida. Mi padre ha sido muy importante para mí, tú bien lo sabes. Prefiero hacerle un sitio en mi poesía a llevarle flores a la tumba.

—¿Cuántas páginas llevas?

—Trece.

—Qué calvario poético.

—Piensa que no sufro porque esté introduciendo en mí un dolor, sino porque me lo estoy sacando y eso también duele.

—Me largo.

Se dirigió a la puerta pisando con sus zapatos de generoso tacón los colchones tendidos en el suelo.

—¿Adónde vas?

A la Espelunca. ¿A jugar a cartas con los viejos? No, a ver la tele, a echar un trago y a comprar bebida para cada una por si les venía sed durante la noche. Y concluyó:

—Esta habitación me colma de frío.

Conchita, dolida. Lo traslucía su cara. Porque lo cierto es que las palabras de Susana sonaron a piedra seca.

—¿Lo dices por mí?

La besó, ella de pie, la otra sentada. Un beso rápido para taponarle la boca. Luego le arreó un lametón en la frente. Y risueña, acariciadora, la consoló:

—Lo digo por las paredes y los muebles. Estas monjas tienen el gusto en el zancajo.

—Bueno, ya sé que me quieres y todo eso. Pero me ayudaría bastante que me lo repitieras de vez en cuando. No tardes, ¿eh?

Prometido: una hora. Si había una película interesante, un poco más. Y reveló que no tenía ni pizca de sueño.

—Te esperaré levantada. Por favor, no me dejes mucho tiempo sola.

—¿Por qué no vienes y te distraes?

No fue, no se distrajo. Contó sílabas a la luz amarillenta de la lámpara, los tristes colchones tirados en el suelo; hizo sus abluciones de humo de cigarrillo, lloró a solas. Su padre había fallecido a principios de año en un quirófano del hospital Puerta de Hierro. Y mientras ella se ahogaba en soledad, Susana Valcárcel bajó al sótano del centro de estudios.

Estaba Lope echándole una bronca cariñosa a Tadeo Balboa en la Espelunca, ¡serás zopenco!, por alguna baza torpe de este.

—Mira que si mañana haces la paella tan mal como juegas a cartas estamos listos. Pero vamos a ver... Si pintan copas, ¿para qué coño...?

Cuatro hombres maduros jugando al tute: los antedichos más Teodoro Sanz

(setenta y dos años, el abuelo de las Jornadas) y Manolo Vélez, otro que tampoco está para muchos maratones. Ella los saludó lacónica, distante. Ni se enteraron. Tan sólo cuando depositó el importe de las botellas de agua y del botellín de vino en la caja metálica, Lope, ojo avizor por si no pagaba, ¡hay cada uno!..., le habló, padreándola, por la espalda.

—¿Todo bien, Susanita? —Para matarlo. Para sacarle el corazón con un abrelatas —. ¿Qué hace la media naranja? ¿Duerme ya?

Y los cuatro babearon sonrisas. Hay ocasiones en las que resulta prudente no tener una pistola a mano. Le entraron ganas de decírselo a Lope y de llamarlo Lope, pero no se atrevió: es sobrenombre reservado al círculo de íntimos, aunque a él le consta que todo Cristo, en el gremio literario, se lo aplica.

Pasó a la sala del televisor. Gran faena: retransmitían un partido. Cuatro futboleros (Alfonso Gomendio, Ernesto Contreras, el Hiedra, Fermín Ayala) atiborrados del vino barato de la Espelunca comentaban, contradecían al locutor, insultaban al árbitro, emitían juicios rotundos arrastrando las erres, siseando las eses, farfullando las efes. ¿Y estos cuerpos repelentes son poetas? ¿Estos simios afutbolados y teleimbéciles trataban esta tarde de definir la belleza? ¿Este Contreras no es el que pedantea todas las semanas acerca de sutilezas líricas en *Causa Literaria*?

El Real Madrid contra el no sé qué no sé cuántos de un país del Este de Europa. Y un olor a marihuana que colocaba con sólo respirar. Les preguntó si faltaba mucho para el final del partido. No la oyeron o sí y se hacían los suecos, y ella sentía demasiado asco como para repetir la pregunta y cerró de un portazo y por poco se le caen al suelo las botellas. Los oyó reír. Cerdos.

Tomó el camino de vuelta a la habitación: mejor la compañía elegíaca de su pareja que la vulgaridad desatada de los machos. Hasta la escalera desierta llegaba, atravesando los tabiques, el estruendo sexual de Martina Muro. Escribe como goza: berreando. Se paró, vacilante, en el descansillo del primer piso. A la izquierda, su habitación con colchones en el suelo. A la derecha, el irresistible objeto de su tentación. Los dulces pies menudos, el lindo candor del rostro, los pechitos. Había dado su palabra de volver al cabo de una hora. ¿Cuánto tiempo llevaba consumido? Unos quince minutos. Le estorbaba la carga. Bueno, hasta cierto punto. El vino podría servirle para justificar su atrevimiento. Hola, he pensado que quizá te gustaría compartir conmigo un trago de vino. Un botellín para dos, qué tacañería, ¿no? Era una excusa ridícula; pero, quién sabe, a lo mejor útil.

Así que decidió adentrarse en la penumbra de la derecha, la botellas apretadas contra el pecho. Martina Muro había dejado de gritar su orgasmo. Habitaciones 12 y 13. Lo sabía todo el mundo después del cisco que había montado el ciego para que los colocaran juntos a él y a la hermosa lazarilla. Si duermen en la misma cama, adiós plan; si no, ¿cómo adivinar dónde se aloja el bombón? Bah, algún indicio le permitiría averiguarlo. Los ronquidos de Mateo Gil Salgado, un soplo de céfiro

fragante que saliese por las rendijas de la puerta. Y, en todo caso, ella llamaría con los nudillos y el ciego, antes de levantarse de la cama, seguro que preguntaría quién es. O abre por sorpresa y qué más da si no puede ver.

De pronto la vio sentada en el suelo con sus puñeteros zarríos negros, su cara de funeral, sus ojos de perra apaleada.

—Sabía que pasarías por aquí.

Lo dijo trágico-melosa, triste-reprochante, insinuando con el labio temblón de abajo un puchero de cuarentona desolada.

Susana Valcárcel, retadora:

—¿Qué haces ahí? ¿Me espías? —Sin esperar respuesta ninguna, depositó una de las botellas de agua mineral en el suelo. Y dijo, mordiendo con rabia las palabras—: Aquí tienes tu agua.

Se alejaron sus tacones enfadados por el pasillo desierto. Hasta pasados veinte minutos, Conchita Arroyo no decidió seguirla. Cada una en su colchón, ni se amaron ni se dieron las buenas noches.

La campana del convento derramó nueve lágrimas sonoras en el crepúsculo morado. La de Morilla del Pinar confirmó a continuación. Al cabo de treinta minutos ocurrió un hecho intrascendente: dieron las nueve y media. A las diez se repitió el doble rito campanil. Para entonces ya habían empezado a encenderse las estrellas. Y los amigos, ¿habrían dejado de serlo mientras tanto? Esos hijos-de no venían. Estarán cenando tranquilamente, olvidados de la palabra que le dieron.

Trató de ponerse de pie agarrándose al banco de madera. Un retortijón de tripas lo devolvió a la postura yacente. Por lo menos, no descargó. ¿Estaba vacío? Llevaba el excontentido de su intestinaje por fuera en la forma antiestética que se deja imaginar. Ahora percibía objetivamente su hedor. Huele mal, yo huelo mal. Ahora sentía asco de sí mismo. Asco y pena. Pena y vergüenza. Vergüenza e impotencia. Hizo recuento de compañeros fieles: el compañero relente, la compañera oscuridad, el compañero abandono. Así que, bien mirado, no era tan grande su soledad.

No le alcanzaban las fuerzas ni para enfadarse. No será porque no lo intentara. En su desesperación trató de pegar un grito. ¿Para pedir ayuda? ¿Para espantar a las alimañas? Pues no se sabe. Quizá creyó que sus amigos, extraviados en la oscuridad, andarían cerca. La tentativa no pasó de un estertor rematado en un carraspeo que le hizo patente el amargor de la boca.

Poco a poco, aguantando a duras penas el dolor de vientre, logró sentarse en el suelo, un brazo apoyado en el banco. Para él, una hazaña de la que sentirse orgulloso o por lo menos complacido si no fuera porque, de pronto, le subió a la garganta un flujo de acidez abrasadora. Durante varios segundos no pudo respirar. Se fue dando la vuelta lentamente hasta ponerse a cuatro patas. Le vinieron de nuevo el flujo y la quemazón. ¡Lo que faltaba! Pensó en aliviar su padecimiento metiéndose los dedos hasta la campanilla. Cuando se percató de que los tenía pringados de excremento ya era tarde. Escupió la escasa saliva que pudo reunir encima de la lengua. Dios, qué sed, qué amargor, qué asco. Esta vez la subida del ácido estomacal coincidió con una arcada. Ni que estuviera agonizando: ¡menudos ruidos bucales! Vomitó una pequeña cantidad de líquido espeso. Un hilo pegajoso le colgaba de los labios. Escupía, soplaba y no había manera de librarse de aquella inmunda viscosidad.

El tiempo, como siempre, a lo suyo, venga a transcurrir y los demás que se jodan. Pasaban los minutos en fila india, dóciles, indistintos, con cara de bobos. El negro nocturno se había adensado en tal extremo que no se podía distinguir dónde acababa un árbol y empezaba el siguiente. Todo era lo mismo (troncos, ramas, suelo): una masa de oscuridad uniforme. ¿Excepciones? La luna, adorno inútil. No mucho más iluminaban allá abajo los focos del centro de estudios, dos puntos de luz lánguida que seguramente no alcanzaban ni para atraer insectos, o la débil claridad de alguna que otra ventana.

Tierra arenosa, palitos y hojas de pino se habían adherido a la parte de su

indumentaria empapada de caca. Sentía cada vez más frío, le estaba dando tembleque, allí no podía seguir y Dámaso y el catalán de los cojones sin aparecer.

¿Qué distancia habría desde aquella mesa al aire libre hasta la explanada del aparcamiento? ¿Ciento cincuenta metros? Pues más o menos. Decidió bajar aunque fuera a rastras. Un arroyo, una simple charca, y estaría salvado. Se daría un chapuzón sin importarle que el agua estuviese gélida; invitaría a comer mierda a los renacuajos y después pulsaría el timbre del centro de estudios hasta que alguno acudiese a abrirle. Pero en este país de todos los demonios no hay agua. Este país es un secarral y así nos va.

¿Para qué les habría dado la llave a los dos gilipollas? Anduvo a gatas hasta el borde del rellano, donde empezaba el sendero. Se pinchó. ¿Con aulagas? ¿Con un cardo? Con la madre que parió a la puta naturaleza. Y los grillos, a su alrededor, le hacían burla: cri cri.

La arena del sendero guardaba un resto del calor de la jornada. Un roce casual de la mejilla lo puso sobre aviso. Apoyada la cara en el suelo, experimentó una sensación de almohada antes de hundir las manos en aquella materia granulosa y tibia que ni siquiera de cerca podía ver. Se revolcó, imitador de morsas, pesadamente, convencido de que tapando la mierda con arena el mal olor sería más o menos neutralizado. Ingenuo.

Sin el menor estilo de atleta se levantó agarrándose a piedras y matojos. No bien se hubo puesto de pie se sintió mejor. Como que ya no le dolía el vientre (bueno, un poco) y podía respirar con bastante normalidad. El ano seguía escociéndole; pero ¡qué pequeña molestia en comparación con todo lo que había sufrido!

Percibió un aroma. ¿A tomillo? Ni idea. Él era de ciudad. De botánica lo único que le interesaba eran ciertos nombres eufónicos para ornar el verso. Y emprendió la bajada del monte sin saber dónde pisaba. Despacio, inseguro, los brazos extendidos hacia delante (parecía un sonámbulo de tebeo) en previsión de ramas u otros obstáculos mayores. Al cabo de un corto rato se percató de que se había salido del sendero. Se hace camino al andar. Crujían palos resacos bajo la suela de sus mocasines. ¿O reventaba escorpiones? Se lastimaba las piernas con las jodidas plantas espinosas. ¿Habría víboras por aquellos andurriales? Aquel, desde luego, no era el momento oportuno de embelesarse con el paisaje. Le bastaba comprobar que lo importante se cumplía: los focos del centro de estudios estaban cada vez más cerca. Y, con ellos, su habitación, la ducha, la cama. El paraíso tan próximo y tan difícil de alcanzar. Se resarcía profiriendo juramentos (en casa del poeta, cuchara de prosa), pues necesitaba a todo trance una prueba de que estaba recobrando las fuerzas en la noche menos poética de su vida.

A todo esto, la ladera se esfumó bajo sus pies. Dio un paso en el aire y, hala, allá fue, rodando por la pendiente de tierra dura hasta una base de, ¡caramba!, asfalto. Esto es asfalto: ¡civilización! Pegaba al suelo con la palma de la mano. Le estaba arreando una sarta de bofetadas al asfalto. Aún no terminaba de creérselo; pero, sí,

había llegado a la carretera.

Apenas tuvo tiempo de alegrarse. Cuidado, cuidado, que suenan voces, jijís, jajás, a escasa distancia. Ya estaban ahí las brasas de los cigarrillos. A diez metros. A seis. Rodó hasta hundirse en la cuneta. Noche, tápame. Y pasaron por su lado y no vieron ni estelas en la mar. A los dos últimos, rezagados (seguro que todos estos van a la taberna del pueblo), los reconoció por la voz.

Juan Luis Cabral:

—La cama es estrechísima, pero ya nos arreglaremos.

Julio Manuel Rentero:

—Yo he venido por ti. A mí la chusma esta me pone de los nervios.

—Oye, ¿te has tirado por casualidad un pedo?

—¿A qué viene la pregunta?

—De pronto huele raro.

—Pues ahora que lo dices... Algún animal muerto.

No se levantó de la cuneta hasta que dejaron de oírse las voces. Cri cri cri; pero, por lo demás, silencio. La carretera bordeaba un terraplén. Él subió por la escalera que llevaba directamente a la explanada. A partir de allí, doble o triple cautela. Estuvo un rato escudriñando las filas de ventanas, escondido detrás del coche fúnebre de Juanjo Changa. Vio su moto. Limpia, tranquila, junto al seto. Esperemos que no llueva. Había luz escasa en dos o tres ventanas. Su esperanza, su salvación: encontrar la puerta abierta. Con pasos presurosos se llegó hasta el ciprés. Tras breve pausa, recorrió los últimos metros que lo separaban de la casa. ¿Y? Mala suerte, la puerta estaba cerrada.

¿Qué hacer? Cualquier cosa menos pernoctar en una cuneta. ¡Ay, como alguno lo descubriese! Hola, Eugenio, ¿a cuántas cloacas te has caído hoy? Retrocedió, sin pararse junto al ciprés, hasta el coche de Juanjo Changa. Probó a abrir la puerta trasera. Cerrada. Una lástima, pues allí dentro habría podido resguardarse de la intemperie, acechar el momento adecuado de introducirse en la casa y entonarse mientras tanto con unos buenos tragos de la copiosa provisión de bebidas alcohólicas que presumía guardada en el interior de la lúgubre y rodante bodega.

De haber llevado consigo las llaves de la moto se habría ido a casa. En serio. Sin carné de conducir, sin equipaje y sin nada. Y, salvo que la Guardia Civil le hubiera echado mano por el camino, habría vuelto limpio y perfumado a la mañana siguiente. Todo esto era dilapidar el tiempo con sueños imposibles, quimeras de desesperado, entelequias de cagón. Mejor cállate.

Pero mira por dónde estalló en su cabeza un cohete/ idea con pinta de solución a su estado lamentable. Por supuesto que se acordaba de la advertencia de Lope:

—A las monjas espinosas, recogidas en la paz santa y dulce del convento y en sus rezos ocupadas, no las molesta ni Dios o nos veremos las caras.

Por detrás de la fila de coches aparcados, con pasos ratoniles, corrió hacia la esquina del centro de estudios. Un minuto después se detuvo ante la puerta con

herrajes y doble aldaba del convento. No se veía gran cosa, pero la necesidad daba luz a sus ojos, el foco de la esquina hacía lo que podía y la luna anoréxica arrojaba sobre la escena unos céntimos de claridad.

Tras breve vacilación, el poeta maloliente pulsó hasta seis veces el anacrónico timbre instalado en la jamba de granito del siglo diecitantos. Ya desesperaba, ya pensaba en escalar muros o perturbar a voces el reposo monjil, cuando, ñiiiic, rechinó el postigo. Cuadrado de luz, el perfil de una toca y una vocecilla desconfiada/estupefacta. Que quién llamaba a aquellas horas. Aunque poeta, se abstuvo de embellecer lo imbellecible y, con palabras llanas, respetuosas, pidiendo perdón por anticipado, explicó quién era, a qué venía y en qué pozo de angustia y suciedad se hallaba.

—Ayúdeme, hermana. Dios se lo pagará.

—¿Ha probado usted a llamar en el centro de estudios?

—La vergüenza me lo impide. Créame que no me sería posible ejercer el oficio literario ante un público conocedor de mi desgracia actual. Le aseguro que he sido abandonado por mis amigos. Antes de venir a molestarlas a ustedes, he buscado por el monte un riachuelo donde limpiarme, pero estos montes son muy secos. Hermana, atienda mi súplica. Sólo deseo lavarme y después dormir. Ustedes son mi única salvación.

Patético. Y la monja, la cara en sombra, sin rasgos, todavía remoloneaba con su dejo almibarado:

—¿Se las arreglaría usted con una toalla?

Un rechazo frontal le habría parecido preferible a semejante humillación. ¿Le estaría tomando el pelo la monjita de los?

Perdió la contención:

—Oiga, ¿no ve que estoy cagado?

—Comprenda que, sin cita previa, sólo le puedo abrir la puerta con el consentimiento de la madre superiora.

—Llámela, por favor. Dígale que aquí espera un hombre en apuros.

Ahora resulta que la madre superiora estaba rezando las completas con las hermanas de clausura. Tardaría en venir. ¿Cuánto? No lo sabía con certeza, pero:

—No se preocupe, señor. En cuanto sea posible, le diré lo que usted me ha comunicado. —Y sin más, ñiiiic, cerró el postigo y el cuadrado de luz desapareció.

Cri cri cri. Calma nocturna. Nada de nervios. No estás en tu derecho de exigir hospitalidad. ¿Rezando las completas? Y las otras oraciones, ¿qué son? ¿Las inacabadas? Por su lado transcurría la fila silenciosa de minutos. Minutos inútiles, sin provecho biográfico para él, engordadores de la edad, pero no de la experiencia. Desfilaron unos veinte a cuál más bobo. Y entonces sonó el correr de pesados cerrojos y el rechinar de goznes centenarios. Le pareció oportuno hacer ostentación de buena voluntad.

—No se acerque, madre. Estoy en un estado penoso.

—Ya lo huelo, hijo, ya lo huelo. De acuerdo con la información de la hermana Carolina, usted es un participante del congreso de poetas.

—Eugenio Alpuente, para servirla. Vivo en Móstoles. Quizá no se acuerde de mí porque, claro, éramos muchos esta mañana en la sala de plenos. He sufrido un desmayo unido a una violenta indisposición por la tarde, mientras preparaba un trabajo escrito con dos compañeros en el monte. Esperaba ayuda, pero, por razones que ignoro, esta me ha sido escatimada.

Manifestó con lenguaje cuidado otros pormenores relativos a su fétida peripecia. La madre María Antonia no era persona que se espantase con facilidad. Su único remilgo, escuchar con las manos santamente enlazadas. Mantenía, eso sí, lo mismo que la hermana Carolina, a su espalda, el olfato a prudente distancia del foco del hedor, sin poner un pie fuera del convento.

Dijo al señor poeta que sólo podía permitirle el acceso al aposento del capellán, carente de ducha y bañera. Así y todo, le serían proporcionadas cuantas palanganas de agua fueran necesarias y toallas.

Esto acordado, le franquearon la entrada.

—Haga el favor de seguirnos.

Las dos monjas lo precedieron por un largo corredor con suelo de losas antiguas. Él, considerado, las seguía a varios pasos de distancia para no ofenderles la nariz.

Se lavó bajo la apenada mirada de un Cristo crucificado, de tamaño natural. Las palanganas con agua fría (se la ofrecieron caliente, pero no la quiso por ganar tiempo) las encontraba delante de la puerta. Rechazó el jabón por la misma causa, también porque de todos modos se pensaba duchar con gel y champú en cuanto llegase a la habitación. De los murmullos que se percibían en el corredor dedujo que no menos de cuatro monjas lo estaban socorriendo. Él sacaba del aposento del capellán ausente las palanganas con el agua turbia y recogía las depositadas en el suelo, casi rasas de líquido cristal. Antes de entreabrir la puerta se tapaba las vergüenzas con una toalla, por más que las monjas permanecían todas retiradas en parte donde no se las podían ver.

En un saco de arpillera que le procuraron al efecto introdujo sus prendas pestilentes y su calzado. Al otro lado de la puerta cerrada, la madre superiora le anunció que todo ello le sería devuelto tan pronto como estuviera limpio, seco y planchado. Se emocionó. Al primero que le contase un chiste de monjas le sacudiría un guantazo. Dejó el suelo hecho un Cristo. Él lo expresó, pues eso faltaba, con otro vocabulario. Que no se preocupase. Pero ¿y el capellán?

—Hasta mañana no vendrá a officiar la misa, tiempo suficiente para hacer limpieza.

—Madre, estoy desnudo.

Recibió instrucciones de cómo proveerse en el armario ropero de una vestidura del capellán. Le entró, a la vista de las prendas litúrgicas, un súbito reparo. La superiora le replicó diciéndole que no había ofensa a Dios en la aceptación de la

caridad. Y citó, en refrendo de sus palabras, un pasaje del Evangelio de san Lucas.

Acto seguido, se permitió una pregunta con espina:

—Usted, señor Alpuente, como poeta que es, ¿acostumbra leer la Biblia?

—No mucho.

—Pues debería. La Biblia constituye tanto una fuente de verdad y sabiduría como de inspiración.

En el armario del capellán no había calzado. Por marcharse cuanto antes, dijo que no le importaba recorrer descalzo el trayecto hasta el centro de estudios. Le sugirieron que se cubriese los pies con bolsas de plástico. Que no, que no. Después le ofrecieron un tazón de caldo de gallina. Que no, muchas gracias, son ustedes muy amables, pero lo voy a vomitar seguro. Una taza de café. Que no. Galletas de canela hechas en el convento. Puso los ojos en blanco y declinó sin parar de dar las gracias.

Salió del convento a las tantas de la madrugada, por la misma puerta por la que había entrado. La madre superiora y varias monjas, con caras de niñas felices, lo despidieron agitando la mano. Le habían prestado una llave para que entrara en el centro de estudios. A tiempo de alcanzar la escalera, fue avistado desde el fondo del pasillo por el grupo de jugadores de cartas que, en aquel instante, subía de la Espelunca. O sea, Lope y compañía, achispados, pero no tanto que no vieran al eclesiástico con los pies descalzos y los rasgos faciales de Eugenio Alpuente. Maldita sea, le podían haber dado un hábito con capucha. Alpuente aceleró el paso para no someterse al previsible interrogatorio. Subía los escalones de dos en dos, arremangados los bajos de la casulla. Aporreó poco después la puerta de la habitación de Dámaso Carranza de León. Casi se pegan.

NUDO

1

Firme determinación de desayunar porque luego, si no, mareos. Estómago vacío + poesía + disfrute de la vida, la verdad es que no. Y en medio de la sencillez (¿simplicidad?) de sus cavilaciones sonó, horadando los tabiques con matutino tintineo, la campana de las espinosas. Poco después, los oídos tardos de Tadeo Balboa no percibieron la del pueblo, rural y lejana. Fue contando las campanadas conventuales desde la cama. Cada tañido, un golpecín de la yema del pulgar en la yema de un dedo vecino, como cuando cuenta las sílabas de los poemas. Ocho. No perdió tiempo en abluciones. No he venido aquí a rendir vasallaje a los olfatos. Agarró las prendas que había llevado puestas de víspera, tiradas al buen tuntún sobre la mesa a la vuelta de los rapapolvos de Lope por jugar cada dos por tres el naípe que no debía. Juegas de puta pena, le dijo. ¿Habla así un cincelador del idioma? El vino y la noche quizá le servirían de atenuantes ante un lírico tribunal. Ojalá Dios sea más comprensivo. Ojalá me dé una palmada en la espalda el día que me muera. Se vistió de prisa pero, ojo, con cuidado de no hacer un movimiento brusco de cintura que acabase con la tregua que le estaba dando el lumbago desde el invierno pasado. En el fondo le gusta que le riñan. Las reprensiones lo devuelven mentalmente a los tiempos en que Cándida le echaba la bronca por cualquier menudencia. Una buena reprensión lo alivia durante unos instantes de la viudez. Le limpia el cuerpo de esa pomada pegajosa que es para él la melancolía. Retiradas las prendas, reapareció el altar poético/ sentimental, reproducción en pobre del que suele montar sobre el escritorio de su casa: el cuaderno abierto en espera de inspiración, el bolígrafo, a un lado una estampa amarillenta de Nuestra Señora de la Soledad, al otro una foto de la difunta costilla que le sonríe con alegre tristeza, peinada de peluquería, desde los preliminares del cáncer fatídico. Sólo le faltaba el busto en escayola de Machado. Una palmada en la espalda, de Dios en persona, no pide más. Total, que se colocó la dentadura postiza, toda la noche a remojo en un vaso, y salió al pasillo. No se oían voces, no se oía nada, ahora es el momento, y bajó al refectorio de visitantes con la esperanza de llegar de los primeros y tomar el desayuno antes que apareciera Amalia Solórzano, a la que, no sabía por qué, suponía escasamente madrugadora. Y para cuando termine de maquillarse, yo ya me habré tomado el café y salgo de naja.

Conchita Arroyo se despertó a la usanza tradicional, o sea, abrió los párpados y constató sin aspavientos que el mundo no se había terminado durante la noche. En el cuadrado de la ventana vio un trozo de monte con pinos, las peñas de la cumbre y el cielo azul, borroso crepúsculo, como visto a través del agua, y, efectivamente, Conchita Arroyo estaba llorando. Volvió la cara al colchón contiguo. Susana, qué hermosa en su perfil durmiente, los labios entreabiertos, la punta de la lengua tantas veces dadora de placer, tantas de dolor por vía de palabras hirientes, y ni un asomo del enfado de anoche en la serenidad de los rasgos estatuarios. Emanaba de ella un olor tibio, heraldo de su encanto corporal/erotizante, semioculto entre los efluvios ya

un tanto rancios del perfume de ayer. Se acercó a sentirla antes que el chorro de la ducha arrastrara por el desagüe aquellos rastros íntimos de sudor y carne que la exaltaban, te quiero, Susa, casi se lo dice, pero ¿y si continúa cabreada? Le pasó un dedo cauteloso por la curva lisa de la frente. Y como la viera entreabrir los párpados, le preguntó con ternura susurrante: ¿Me odias todavía? Susana Valcárcel, qué crueldad, se dio la vuelta sobre el colchón, le presentó la espalda como si le opusiera un muro de desprecio, pero uno seco, macizo, sin valor histórico. Conchita: Perdona mi egoísmo, acuéstate con la chica, te deseo la felicidad, en serio, perdóname, etcétera. Y la otra, despertándose ya del todo: ¿Se puede saber de qué hablas? De la preciosidad del ciego, tíratela, si quieres aquí mismo, delante de mí, no te lo voy a reprochar, no te voy a dejar de querer. Bueno, calla ya, esta no es manera de empezar el día. Y no te odio. Si te odiara de verdad, lo notarías. Te arrearía puntapiés en la cara. Menuda fiera soy yo cuando odio. Conchita le dijo tristemente que le diese saludos a Recaredo de parte del Benito. Susana le advirtió: al Recaredo le huele el aliento a pescado. Que no importaba. ¿Estás segura? Y se amaron antes de ducharse y bajar sonrientes al refectorio.

No los sintió entrar. Las gabardinas con los cuellos levantados, los sombreros de felpa inclinados sobre la frente, las manos en los bolsillos, el gesto de superioridad. No tuvo duda: son policías de paisano, a mí no me la dan. ¿Y cómo habían entrado? ¿Por ese túnel que se abre bajo la pésima copia de la Inmaculada de Ribera? Los tenía ahí, de pie en el borde de la cama. Uno dijo no nos lo ponga difícil, padre, hemos venido caminando desde Madrid, estamos de mal humor. La claridad de la mañana lamía las paredes blancas. Mientras se incorporaba, descubrió que estaba vestido con hábito de eclesiástico. El faldón se le había subido hasta la mitad de los muslos. A la vista quedaban sus piernas pilosas. Trató de cubrirse con las sábanas, pero ¿dónde estaban? La ropa de cama yacía revuelta en el suelo. Los policías la pisaban con sus zapatos negros, lustrosos. Y uno de ellos, el que sostenía el cigarrillo pinzado entre los dientes, le dijo no se lo repito más, señor capellán, por última vez, ¿dónde está el cadáver? Si hay que torturarlo a usted para que cante, lo haremos sin que nos tiemble la mano a pesar de la venerable indumentaria. Pensó en su madre, se avergonzó. Además de asesino, sacrílego. Su madre lo reconvino desde las tinieblas de los viejos tiempos. Los policías le dieron la espalda. De cara a la pared, bisbiseaban. Repitieron varias veces el nombre de Juan Ramón Jiménez. Él aprovechó que no lo estaban mirando para deslizarse hacia el suelo y esconderse bajo la cama. El suelo, por cierto, qué frío, la madre que me. Notó polvo en la boca reseca. Y de pronto le subió a la garganta un flujo de acidez. Y el ano cómo le escocía. Y sonaron tres golpes en la puerta. Eugenio, Eugenio, ¿duermes? Los policías echaron a correr cobardemente por el túnel adentro. A punto de perderse de vista, uno de ellos se dio la vuelta y le mostró un puño amenazante. ¿Quién habla ahí? Soy Dámaso, dijo la puerta cerrada. Tienes que hacer un esfuerzo, Eugenio, y bajar a la sala de plenos. Tu ausencia está llamando mucho la atención.

Lope se acostó a las dos y cuarto de la madrugada. Sueño ligero, oyó pasos, murmullos, risas, una o dos horas después. Los que habían bajado al pueblo volvían en tropel. ¿Respeto al reposo ajeno? Ninguno. La voz de Juanjo Changa era la que más resaltaba. Parece que le gastaban bromas y se defendía. Lope había puesto el despertador a las siete. No esperó a que sonara. A las siete menos diez ya estaba levantado. Empezaba a clarear. Meó. Escribió en menos de media hora un largo poema (tres páginas) sobre la paz del campo, afirmando que lo veía por la ventana aunque su habitación daba a la parte de atrás del centro de estudios. Leyó lo escrito. Constató: sin duda soy un buen escritor, pero carezco de duende. ¿Sufro por ello? Bastante. Poco antes que sonara la campana de las ocho, se sentó en la taza del retrete con un libro de Pablo Neruda. Mientras leía defecó un chorro de sangre. Viviré poco, se dijo.

Más o menos a la misma hora, Mateo Gil Salgado abrió la ventana de su habitación, oyó pájaros matinales, se llenó los pulmones de frescor aromático, sacó la mano por la referida ventana como para cerciorarse por el tacto de que había amanecido. Hizo sus necesidades antes de buscar a Vanessa porque todavía tiene su dignidad, oye, que una cosa es ser ciego y otra un desecho físico al que hay que limpiar las babas y el culo. Va listo si cree que tenía buen aspecto cuando salió al pasillo, toc, en pijama, descalzo, sin afeitarse, y tanteaba, toc, el suelo y la pared con la contera buscando la puerta de la habitación/cárcel de la muchacha. Ella lo sintió acercarse por el pasillo. En realidad llevaba veinte minutos oyendo sus ruidos al otro lado de la pared: los pasos torpes, el bastón, el grifo, la cisterna del retrete. Vanessita, ¿duermes? Se va a hacer tarde. La prisionera no le contestó hasta la cuarta llamada. Se mostró esquiva, avara de saludos, monosilábica de conversación, y él le dijo ¿es que ya no me quieres? Entonces ella, asustada de repente, lo abrazó, le acarició las orejas y le picoteó seis o siete besos por los costados de la cara para no exponerse a su halitosis matutina. Pasaron enlazados a la habitación del ciego. Ya eran las ocho y había que afeitarse antes de bajar a desayunar. Al pasarle la cuchilla por la nuez tuvo negras imaginaciones. Durante medio minuto le dejó adrede una insinuación de bigote hitleriano. Acabada la faena, el ciego la atrajo hacia sí, hundió la cara entre la menudas tetas juveniles, le dijo que la quería como no había querido jamás a nadie y ella lloraba en silencio, pero él no se dio cuenta, él iba a lo suyo.

A Evangelina González, la Nívea, la ponía nerviosa el cuadro devoto que colgaba en la pared de su habitación. ¿El motivo? Una calavera al lado de una vela que daba luz a la cara de san no sé cuántos. A su llegada tapó la imagen con el pañuelo de cuello; pero como aún se veía un cacho de la macabra pintura, agregó un pantalón. Por la mañana, monte y sol, ¿qué me pongo? Pues el pantalón de la pared. Tiró de una pernera, arrancó la escarpia y el cuadro se fue a tomar por. Ya eran las nueve menos cuarto. En el enlucido, un boquete como un balazo en una tarta de nata. Introdujo la escarpia, la cual no se quedaba fija y se salía. Tacos, juramentos y se seguía saliendo, qué hago. Mucho estuche de manicura y frasco de perfume y

neceser, pero ni sombra de un martillo. Probó a darle a la escarpia con un zapato. Tonta del bote, ¿no ves que lo vas a joder y te costaron ciento veinte euros? Ningún objeto en derredor con el que martillar. ¿Cómo que no? Allí estaba, en el cajón de la mesa, el Nuevo Testamento con tapas negras de cuero. Le arreó media docena de bibliazos a la escarpia y, milagro, con ayuda de la palabra divina la metió lo suficiente como para que aguantase el cuadro cuando lo pusiera, porque yo ahora meto el trasto devoto en el armario y me largo a desayunar.

Según se acercaba a la escalera, vio en la prolongación del pasillo que Julio Manuel Rentero, moreno de verde luna, conversaba visiblemente preocupado y como suplicando perdón a una puerta y era, sí, la puerta que ella, la Nívea, bien sabía. ¿Qué pasa? No, nada. Cabral, sollozante, gritaba dentro, niño grande con voz aflautada, y por un instante ella temió que hubiese descubierto los desaguisados de la víspera. Crecía el alboroto. Y qué insultos. Hijo de la gran, te voy a matar y así. Julio Manuel se llevó a la Nívea unos metros en dirección a la escalera y le susurró, confidencial, lacrimoso, al oído: No puede salir y yo no tengo su llave. ¿Cómo que no puede salir? Y el otro, a fin de justificar su petición de ayuda, confesó: Está atado a la cama. Ella lo miró tratando sinceramente de comprender. Es que somos pareja, dijo él. Y entonces la Nívea captó la magnitud del desastre. Hay gente que sabe abrir puertas en secreto. Rentero no sabía. Pues que no se moviera de allí, que ella ya iba a consultar por ahí abajo. Qué estupenda ocasión de dar nuevo sentido a las pequeñas roturas en la hoja y el marco de la puerta. La Nívea encontró a Paquito con cara de sueño en el refectorio de visitantes, ojeras de juerguista y un churrete de mermelada de fresa en la barbilla. Subieron juntos porque ella no quería perderse el espectáculo ni desperdiciar la ocasión de comprobar si el día anterior había dejado aquí o allá, nunca se sabe, algún rastro delator. En una palabra, Juan Luis Cabral, el famoso Juan Luis Cabral, imán de premios literarios, según los entendidos uno de los poetas más sobresalientes de su generación, yacía atado de pies y manos con cuerdas a la cama, desnudo igual que un pollo desplumado, con los genitales expuestos a la luz del día al modo como los hueveros exponen sus mercancías en la plaza. Y no paraba de gemir y, con hipo, lanzaba reproches amargos a Julito porque a las tantas de la noche lo había abandonado en medio del juego erótico, y porque ahora le había llenado la habitación de testigos. Y Julito no paraba de pedirle perdón, amor mío. Los dejaron besándose amartelados después de prometerles que no irían por ahí contando lo que habían visto, por favor. En el refectorio, nada más llegar, Paquito se lo contó a Felipín Cárdenas y la Nívea al Hiedra y a Martina Muro. Cómo se reían. A media mañana lo sabía hasta el ciprés de la explanada.

Todos al cónclave. Lo que faltaba. Algún ingenioso le había puesto el nombre de cónclave a la reunión y ahora unos y otros la llamaban así. Que había que ir yendo al cónclave porque faltaba poco para las diez y la madre María Antonia se disponía a dar los buenos días a la poetada. Lope velaba por la buena reputación de los congregados: a ver si esta vez damos una impresión de formalidad.

Por los pasillos, en las escaleras, en el jardín adonde habían salido algunos a fumar, se oía decir:

—Venga, todos al cónclave.

A Tadeo Balboa lo irritaba sobremanera el uso indebido del término, que para él tenía connotaciones exclusivamente cardenalicias. Llevaba largo rato escondiéndose. Ya por la mañana temprano, al salir del refectorio, donde literalmente se había tragado el desayuno, le vino un susto de muerte creyendo inútiles sus precauciones para esquivar a Amalia Solórzano.

En el pasillo lo había parado Vélez, que es un pelma como de aquí a la luna.

—¿Te importaría votarme?

—Lo haría con mucho gusto, Manolo. Ya sabes cuánto te admiro, pero no voy a estar presente en las votaciones porque tengo que encargarme de la paella.

—Ah, coño, no me acordaba.

Y salió pitando en busca de nuevos apoyos. Aún no se había perdido de vista cuando le pareció a Tadeo Balboa oír risas solorzánicas. ¿Dónde? Cerca. Sí, pero ¿dónde, dónde? No se quedó a conocer la respuesta, sino que imitando la celeridad de Manuel Vélez se metió en la capilla, allí junto, haciendo como que le había sobrevenido una urgencia religiosa.

Rezó. Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería. Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía. No me dejes a solas con esa hembra voraz. Le había tomado miedo. Por no tropezarse con ella permaneció media hora en la capilla, pues a cada instante le parecía oír su voz al otro lado de la pared. Le habría gustado preparar su recitación. Con las prisas ni siquiera había terminado de escoger los poemas. Lo tenía decidido: llegaría a las diez menos un minuto a la reunión, que no cónclave. Leería cualquier cosa. Total, qué más da. Él estaba allí por la paella, por ver a los amigos, por romper la soledad que le untaba el alma con su pomada triste cada día, no por ceñirse la frente de laurel.

Fue de los últimos en llegar a la sala de plenos. Con sus ojos/bolitas la vio, antes que ella a él, a la diestra del sitio que correspondía a Lope, de palique en aquel momento con la madre superiora. Y haciendo como que no se daba cuenta se fue apartando poco a poco. Saludó con campechanos ademanes, él que era tan soso, a este, a ese, a aquel, parándose a hablar/bromear con todos hasta que uno, este, ese, aquel, qué más da, lo invitó a sentarse a su lado y él no lo dudó. Evitó que su mirada de oculares bolitas se cruzara con la de ella azulada de párpados, orlada de lápiz de

ojos, en la banda presidencial de la mesa, pero esto le resultó fácil; se puso a rajar casi como acalorándose del partido de anoche con Alfonso Gomendio, aunque él, entretenido en recibir rapapolvos de Lope en la Espelunca, no lo había visto, no conocía el resultado, no abrigaba nociones sólidas, líquidas ni gaseosas de fútbol.

La monja mencionó a los místicos. Hablaba dulcemente farragosa, chocando las yemas de los dedos de una mano con las yemas de los dedos de la otra, haciendo breves interrupciones en el discurso para mostrar las palmas a la concurrencia, en señal de que a) las tengo limpias, b) soy inocente de lo que sea que se me pueda imputar. Gran osadía pagana, citó a Rubén Darío. Lope se volvió a mirarla. Esta mujer, ¿se nos va a descocar ahora o qué? El golpe de efecto no tuvo mayor repercusión. Para escandalizar a aquella rueda de adormilados habría debido incurrir en crímenes de lesa humanidad. El círculo poético escuchaba manso, flojo, bobalicón, si es que escuchaba. Ojeras, laxitud resacosa, cansancio por un tubo salvo el ciego, intranquilo, quizá impaciente por que empezara de una vez el recital, y algunos pocos más que de víspera se habían retirado temprano a descansar. Hubo, sí, un repentino alzamiento general de párpados cuando la madre María Antonia se dirigió a Eugenio Alpuente para pedirle disculpas. La hermana no sé cuántos le había comunicado que la ropa del huésped aún no estaba seca y había que plancharla. A Lope se le enfoscó el ceño. La mayoría ignoraba que.

Se marchó, levemente aplaudida, la madre superiora. Juanjo Changa no tardó ni dos segundos en levantar la mano. Que si había servicio de lavandería en el convento para huéspedes. Lope zanjó severo:

—Dejemos las dilaciones y preguntas importunas, y vamos a comenzar sin demora el plan del día. Tres páginas de poemas son por cada concursante el máximo recitable. Lo cual no quiere decir que haya que leer tres piezas justas por obligación, sino tantas como quepan en las páginas que he dicho. Está prohibida la prosa, salvo la disimulada en forma de verso libre. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Quien se largue de la sala, por muy urgentes que sean las razones de su ausencia, no podrá participar en la votación después, de manera que si alguno por casualidad tuviera en el momento presente necesidad de hacer aguas, ya mayores, ya menores, mejor que ahora las haga. A las doce menos cuarto un corto descanso habrá para echar un cigarrillo, tomar un café y mear. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. La recitación completa será grabada por mí en cinta magnetofónica y a cachos la iré emitiendo, no sé si en parte o entera, en mi programa de libros, por lo que os ruego silencio, mucho silencio y respeto mientras lea el compañero o declame sus poemas, porque no pienso ofrecer a mis oyentes bullicio. Escuchados los poemas, se admitirán comentarios que no ofendan ni provoquen ni acaparen mucho tiempo. De garantizar la paz me encargaré yo en persona. Expulsé el año pasado de las Jornadas Poéticas, como todo el mundo sabe, por unas palabras necias, a un poetilla faltón, gilipollas por más señas, y según tengo entendido no ha encontrado desde entonces editor para sus versos. ¿Hay preguntas? ¿No? Mejor. Mañana vendrán los críticos y algunos representantes

de la prensa cultural. Harán entrevistas y eso. Asistirán a la entrega del premio de las Jornadas. No hay dotación económica, pero sí fama y prestigio, por supuesto una lauréola hecha por las espinosas con laurel de su jardín, y este año, de propina y estímulo adicional, un paisaje de la zona pintado con acuarelas por una monja mañosa cuyo nombre he olvidado, aunque creo recordar que hace un rato lo sabía. No habrá reparto de textos, así pondréis atención. Como en años precedentes editaré un cuadernillo, también llamado *plaque*, nombre más feo que Picio, y ahí meteré un poema por barba, da igual que sea masculina o femenina mientras parte haya tomado en las Jornadas Poéticas de Morilla del Pinar, mal llamadas por algunos Jornadas en Casacristo. ¡Lo que os cuesta respetar! ¿Hay preguntas? ¿No? Termina. El orden de intervenciones lo decidiré sacando de una bolsa papelitos donde figuran los nombres. No obstante, empiezan Amalia y Tadeo porque luego se marcharán a San Juan de las Lomas a comprar en algún supermercado los ingredientes y todo lo que exija y necesite la paella de esta noche. Esperemos que haya buenos langostinos en el pueblo y que los muslos de pollo y el conejo sean tiernos. Les toca después a Concha y Susana porque tienen en Morilla del Pinar el coche con avería. Como no se lo remolquen, las veo a las dos de monjas para siempre en el convento. Eso es todo. Comenzamos.

Le habían hecho la jugada a sus espaldas. Tadeo Balboa, ahora sí, no tuvo más remedio que volver la mirada hacia los intrigantes, la muy señora con el cuello estirado y el faraón de poetas, tirano de los naipes. En los ojos/ bolitas de Tadeo Balboa se adensaban, por este orden, la indefensión, el desconcierto, el desánimo y tres o cuatro sentimientos de menor rango, pero del mismo estilo.

Lope, a lo suyo, tú coge de ahí, tú encárgate de esa parte, retirando las dos mesas de la presidencia con ayuda de Almandoz y Fermín Ayala, lacayos, aduladores, para que al final quedase sola, en el improvisado escenario, la que llamaban silla eléctrica.

En cambio, Amalia Solórzano, que también se tuvo que levantar pero no apartó un solo mueble, le dirigió por entre los cuerpos ajetreados una mirada de perversa bondad, de cruel afecto, que a Tadeo le sentó aproximadamente igual que una pedrada en la frente. ¿Qué hacer en una situación semejante? Bajó la mirada hacia sus pies por si se ofrecía el consuelo de ver entre ellos una rata muerta.

Él pensaba ir solo a comprar o, en todo caso, con Teodoro Sanz, aunque Teodoro, de víspera, se había mostrado remolón porque deseaba competir en la justa poética y votar. Con setenta y dos años todavía pensando en hacer carrera en vez de aguardar en sabia serenidad la hora de devolverle al planeta los átomos que le tomó prestados para ser Teodoro Sanz.

Y se barruntó que Amalia le habría ido a Lope con la petición y que a Lope, guía del pueblo poético, se le debieron de abrir las aguas del mar Rojo. El recital y la votación sin la histérica, qué gozada. Sí, vete, vete, amárgale la vida a Tadeo, cástigalo con tu compañía por haberme hecho perder anoche una docena de partidas de tute, llévatelo al río pensando que es mozuelo mientras los demás nos

abandonamos al glorioso deleite de no tenerte cerca. Así se lo imaginaba el bueno de Tadeo, con sensación de derrota, con certeza de haber sido traicionado, y se imaginaba más, se imaginaba tendido en un cadalso del siglo XVIII, París, revolución, sólo que en lugar de la guillotina le caía, zuuum, sobre el cuello y se lo rebanaba el cuerpo carnosos de Amalia Solórzano.

—Venga, Tadeo, ¿a qué esperas?

Tomó sin ganas asiento en la silla eléctrica. Los miró un momento a todos como diciéndoles: toda mi vida haciendo el bien y no he conseguido cambiaros una miaja. Sacó papeles, leyó sin ganas una cosa en octosílabos sobre un arroyo, no se supo bien porque vocalizaba como un exprimidor de limones. Al segundo texto le echó ¿más coraje?, un poco más de sentimiento; pero, total, patatas. Y no es mal poeta. Tadeo Balboa no es mal poeta. Lo decían este, ese, aquel. Si fuera ambicioso, trepa, marrullero, se llevaría el Cervantes. Por edad que no quede. Eso sí, su poesía es demasiado campestre para los tiempos que corren. Y cansa un poco, la verdad sea dicha, la manía de introducir en cada poema el puñetero dato meteorológico (el viento en las ramas, las nubes del atardecer, esas cosas), el detalle botánico (anémonas, encinas, abrojos), las rimas trasnochadas, las ristas de octosílabos. No mereció comentarios. ¿Para qué si había velado consenso en que estaba allí de cocinero?

Simplemente Juanjo Changa le pidió, por cierto, antes que te marches, que no comprase polvos colorantes, sino azafrán. Tadeo Balboa asintió y se hizo a un lado para cederle la silla eléctrica a Amalia Solórzano, evitando mirarla.

3

Teodoro Sanz. ¿Qué pasa con el viejo? Pues que no quería salir a la explanada. ¿Que no quería salir? No, pero salió, vaya si salió, empujado por la autorización de Lope. No te preocupes, Teo, que podrás votar. Son cinco minutos.

Para que cupiese la lésbica pareja en los asientos traseros del coche había que poner los respaldos en posición vertical. Por tanto, había que sacar previamente del maletero la paella de cincuenta raciones, el quemador de tres aros y la bombona de butano, ahí es nada.

—¿Cómo vamos a dejar que nuestras mujeres, delicadas y etéreas, lleven el trasto? ¿Me lo quieres explicar?

Teodoro Sanz, marmitón de Tadeo en ediciones anteriores, se rebelaba.

—Allá cuidados. ¿No dicen que quieren igualdad? Estas quieren ser iguales para lo que les conviene, nos ha jodido.

No lo convencieron. Lope dijo (un brazo sobre el hombro del viejo, padreándolo bien padreado) que podía ir tranquilo, que no habría represalias, y Teodoro Sanz acompañó de mala gana a Tadeo hasta el coche.

Agresivo:

—En un cónclave nadie puede abandonar el recinto. ¿Vas a preparar la paella con la Solórzano? Te aviso que sufre un trastorno como una catedral.

—No sé, no me han dicho nada.

—Conmigo no cuentas este año. Me he asegurado varios votos. Tengo posibilidades. Otra cosa es por la noche, pero para entonces ya tendréis la loca y tú todo cortado y pelado.

Se cruzaron con las tres mujeres en la puerta del centro de estudios. Entre todas olían como un ancho río de perfume, ya cerca del delta. Comentaban hilarantes, reían comentadoras, hablando todas a la vez. Los dos hombres les cedieron el paso y eso que sostenían la descomunal sartén. ¿Caballeros? Según Teodoro Sanz, no: tontos.

Algunas notas meteorológicas: cielo azul, un sol la mar de rico, temperatura paradisiaca y ni un soplo de viento. Fauna a la vista, sólo aérea. Aquí una mariposa, allá un abejorro, pájaros sueltos y, en lo alto, la sombra majestuosa, señera, de un ave rapaz. Había también gran serrería de cigarras.

Esperaron conversando a la sombra cenceña (RAE: 1. adj. Dicho de una persona, de un animal e incluso de una planta: Delgado o enjuto.) del ciprés.

—El premio se lo llevará uno de ellos. Siempre nombran papa a un varón.

—Nos toleran porque hay democracia y eso. Pero el día en que esto se hunda, y esto se va a hundir, nos mandarán de vuelta a la cocina.

Amalia Solórzano negaba con la cabeza. Dijo:

—Ay, chicas, qué combativas. A mí ya nadie me manda a ningún sitio. Vivo más sola que un muerto. Yo creo que merezco el premio, pero me da igual si no me lo

dan.

—¿Te has presentado voluntaria para cocinar?

—Cocina Tadeo. Yo sólo voy a estar a su lado. Es muy bueno, me da serenidad.

Susana Valcárcel:

—A nosotras avísanos con tiempo en qué parte de la paella has vertido el veneno, para servirnos arroz de otro lado.

Minutos después se pusieron en marcha, Tadeo Balboa al volante de su coche, callado. Le preguntaron si las podía remolcar hasta San Juan de las Lomas para ahorrarse el gasto de la grúa. Que de verdad que no. ¿Por qué? Pues porque la primera parte del trayecto era toda cuesta abajo.

—Y si ato un coche con otro, plaf, plaf, nos vamos a ir chocando todo el rato.

Les dio la risa a las tres mujeres.

—Plaf, plaf, cómo te expresas. Nadie diría que eres poeta.

—Poeta o no poeta, no os puedo remolcar.

Ellas habían confiado en que, esperaban que y ahora estaban como al principio, qué putada. La víspera, recomendación de Lope: que llevaran el coche a un taller de San Juan de las Lomas, porque si la cosa no revestía gravedad, a lo mejor el viernes ya lo tenéis arreglado y podéis volver a casa por vuestros medios. Hurgaron en internet. Tres talleres. ¿De fiar? Amalia Solórzano propuso a Tadeo que las bajara con ellos a San Juan. Allí, sobre el terrero, ellas podrían elegir un taller que les mereciera confianza. A él le daba igual.

Entrando en Morilla, Susana Valcárcel tuvo un raptó pueril de entusiasmo o un raptó de entusiasmo pueril (no está claro) al divisar una cigüeña en la torre de la iglesia. La cigüeña, con pinta de recién llegada, parecía inspeccionar su vivienda del año anterior, si es que era suya, y hay que reconocer que sí, que su perfil picotudo, recortado contra el azul de la mañana, componía una estampa pintoresca. Amalia Solórzano dijo que envidiaba la capacidad de júbilo de su compañera. Le preguntó a Tadeo Balboa si él también. ¿También qué? Tadeo estaba ojo avizor a los pasos de un lugareño emboinado que subía, precedido de perro, en dirección contraria tirando de un burro por el borde de la carretera. Que si él también envidiaba la capacidad de júbilo de Susana. Dijo que sí con la vitalidad de un balde lleno de ceniza. Sentenció:

—Esta no es tierra de cigüeñas.

—Y esa de ahí ¿qué?

La vio entonces en el tejado, inspeccionando los palos del viejo nido.

—Ah, bueno. Los tiempos cambian. También hay ahora chinos por todas partes.

En la plaza, pormenor costumbrista, se arracimaban unas cuantas mujeres junto a la furgoneta del panadero ambulante. Un cesto erizado de barras. Caras cetrinas, alegres. A un tiempo se volvieron todas a mirar. Normal; por allí pasan pocos vehículos con forasteros.

Fue idea de Conchita Arroyo echar un vistazo a las bolsas que habían dejado en el coche, porque, por lo demás, por ganar tiempo habrían seguido sin detenerse hasta

San Juan de las Lomas. A Tadeo Balboa no le importó desviarse al descampado. ¿Qué le iba a importar si decía a todo que sí? Circulaba despacio por un piso de cemento con surcos que se alimentaba principalmente de neumáticos. Bah, ni cien metros. El descampado (hierbajos, abrevadero, suelo arenoso) estaba desierto. Y el coche allá, en el mismo sitio que la víspera. Sin embargo, a medida que se acercaban, mostraba diferencias cada vez más inquietantes. En resumen, las cuatro ruedas pinchadas; el parabrisas, destrozado, y los añicos similares a diamantes (ya les gustaría) desparramados sobre los asientos delanteros; la chapa del capó, la del techo y la de una puerta abollada seguramente a coces, y la carrocería, por todas partes, salpicada de barro seco.

Y el caso es que, aire limpio, mañana luminosa, algarabía de trinos, la paz campestre se expandía en plenitud de calma, flotando perezosa hacia los montes, Morilla arriba, y sobre las oscuras masas boscosas y, puerto abajo, por la sucesión de laderas que suavemente se remansaba, al fondo, en la parda planicie mesetaria. En fin, mucha paz y mucho paraje natural, pero el coche de la pareja lésbica, hecho un Cristo.

Susana Valcárcel lloraba con dolor silencioso. Conchita Arroyo encendió un cigarrillo y la primera calada, enérgica, humeante de odio, la lanzó hacia la cigüeña de la iglesia, como haciéndole mal de ojo al pueblo. Menos mal que las bolsas con el resto del equipaje estaban vivas en el maletero. Tadeo Balboa, torpe para consolar, las trasladó al suyo sin decir una palabra.

Susana, acariciando la retorcida antena de la radio:

—¿Por qué esta maldad? ¿Por qué este gusto de estropearles la vida a los demás?

—Es sólo un coche, Susa. Un objeto.

Amalia Solórzano, que no se había apeado, terció agorera:

—Empiezan atacando las cosas y terminan matando a personas como mi hija. — Y se volvió a Tadeo—: ¿Esto lo paga el seguro?

Tadeo Balboa no se mojó. Había lágrimas, amargura y rabia femenina en rededor. Fue prudente (¿cobarde?): dijo que no sabía. Amalia tampoco era hábil para consolar.

—Dad gracias que no os lo han quemado.

Por el fondo, dando la vuelta a la iglesia, apareció ese, ¿cómo se llamaba?, al que le rebanó la mano una máquina agrícola. El de la taberna. Ramón, eso. Venía presuroso. Delante de sus pies brincaban los saltamontes asustados.

—Mejor marcharos ustedes. Está el pueblo muy removido. Hablan de llamar a la Guardia Civil.

Conchita Arroyo:

—¿Sabe usted quiénes han sido? Vaya diciéndoles que en Madrid hay abogados con los que más les valdría no cruzarse.

El tabernero, nervioso, se agarraba la manga vacía. Se puso pueblerino/patético:

—Pues es que lo del coche no es nada. Algunos, anoche, andaban diciendo de daros a ustedes una somanta de palos porque al parecer, según cuentan, os vieron a

ustedes hacer unas cosas que no se hacen en el cementerio.

Conchita, cínica:

—¿Ah, sí? ¿Qué cosas?

—Unos chavales dicen que si..., en fin, yo no sé nada, allá cada cual con su vida y con sus pecados. He venido de buenas a avisar que en el pueblo la gente es tirando a bruta, sobre todo algunos que anoche, en el bar, estaban muy acalorados. Mejor marcharos y yo me vuelvo a mi casa, que no quiero que me vengan luego con que si esto y si lo otro.

Y, en efecto, se volvió por donde había venido. Y los mismos saltamontes volvieron a espantarse a su paso. No bien hubo desaparecido detrás de la iglesia, Susana agarró la mano de su compañera, oh diosa. Le dijo, seca:

—Ven.

Y se la llevó a donde la pudiera ver cualquiera. Se abrazaron sobre el piso de cemento, se dieron un morreo de rosca, prolongado y provocador, y volvieron tranquilamente de la mano, amartelándose a trechos, al coche de Tadeo Balboa.

Tadeo estaba sentado al volante, sudoroso de canguelo, metida la primera marcha para salir a toda pastilla si aparecía de pronto la horda de rústicos linchadores. Bajaron, tristes, a San Juan de las Lomas. Que no llorara, le decía, en el asiento trasero, la una a la otra llorando. Y delante, con caras de funeral, Amalia y Tadeo.

Dámaso Carranza de León, cara de sueño, salió al pasillo, pegó la oreja a la puerta de la habitación de Eugenio Alpuente, no oyó nada y bajó a desayunar.

Diez minutos después, Andreu Viñals, cara de sueño, salió al pasillo, pegó la oreja a la puerta de la habitación de Eugenio Alpuente, susurró el nombre de su amigo, no recibió respuesta y bajó a desayunar.

Más tarde subieron juntos. Carranza de León le arreó tres manotazos a la puerta.

—Eugenio, Eugenio, ¿duermes?

El catalán era partidario de escandalizar lo menos posible. Del interior de la habitación salió un sonido apenas musical: un berrido/estertor/queja de una densidad significativa prácticamente nula, no obstante interpretable como señal de vida. Lo que siguió podría calificarse sin reservas de lenguaje humano. Que quién hablaba allí.

—Soy Dámaso. Tienes que hacer un esfuerzo, Eugenio, y bajar a la sala de plenos. Tu ausencia está llamando mucho la atención.

Seis, siete, ocho segundos. Se abrió la puerta. Nunca se abriera. Dios, qué tufo. Y el amigo con la cara desencajada, el labio inferior colgante, los párpados cual persianitas de carne a medio abrir, advirtió de la presencia de aviesos policías en las inmediaciones. Había dormido con la venerable indumentaria. En consecuencia, arrugas. Y, cuando se dio la vuelta, como invitando a los amigos a entrar en el recinto pestilente, mostró en la trasera del faldón un corro seco de deyección diarreica, más oscuro por el borde que por el centro. Tanto por la forma como por el color parecía un pan de hogaza (hasta cierto punto).

Andreu Viñals le dio un codazo al otro con disimulo para que mirara la sábana bajera, donde campeaba la impronta del corro/pan. Se produjo una serie de acciones. La apertura de la ventana fue la más rápidamente ejecutada. El aire heroico de la mañana tomó poco a poco el relevo de su camarada fétido. Salía este arrastrándose moribundo por la ventana y por la puerta que daba al pasillo. El catalán, muy cuco, se ofreció a bajar al refectorio en busca de una reconfortante taza de café con una tostada. Buena idea, pero sólo café. Salió pitando, la cara congestionada debido al escaso oxígeno inhalado durante los dos últimos minutos. E iba tan ahogado de asco que tuvo que detenerse unos instantes en la escalera, temeroso de que en un mal paso se le desgobernasen las arcadas y se viera obligado a desayunar de nuevo.

Mientras esperaba al austero desayuno, Eugenio Alpuente accedió a ducharse. Hubo que convencerlo. Remoloneaba, pero Carranza de León le señaló con un dedo el pan de hogaza estampado en la sábana.

—He sabido combatir la realidad.

Carranza no tuvo compasión:

—Se puede vencer a la realidad, pero nunca a sus olores.

—Eh, eh, no te me pongas chulito.

—Venga, dúchate.

Alpuente dejó caer al suelo el hábito de capellán después de sacárselo por la cabeza. Grado cero de erotismo. El culo, estrecho; los hombros, caídos, y en torno al torso pálido turgentes adiposidades. Su amigo volteó el hábito para que no quedara a la vista el pan de hogaza y, sin cambiar la mueca de repulsión, vio meterse a su amigo desnudo en la ducha.

Lo tuvieron que secar entre los dos. ¿Por falta de fuerzas? Por falta de andamio espiritual, de vigor óseo y de cuantos requisitos son indispensables para el logro de la posición erecta del ser humano. Alpuente se dejaba manosear con docilidad infantil. Y de gusto cerraba los ojos. La entrepierna que se la seque su madre. Esto, claro, no se lo dijeron, pero se deducía. No había más que observar cómo se demoraban en la espalda, en los hombros y en otras partes francas de orificios y recovecos. Para reducir la magnitud íntima del secamiento toallil, los secadores trabaron conversación alicatada de razonamientos teóricos y citas. De hecho, la poesía ha desaparecido de la vida pública desde que la literatura dejó de ser un instrumento de combate social. Lo afirma Félix de Azúa. La versión más barata del entretenimiento ha acabado con las artes nobles. O simplemente con el arte.

—¿Eso también lo dice Félix de Azúa?

—Eso lo digo yo.

Un momento, por favor. Parece que Alpuente quiere meter baza en la conversación. Pero no. Tomó solamente la palabra para quejarse con articulación defectuosa del café, de la falta de azúcar, del exceso de leche. Dijo, como si estuviera concediendo una entrevista, que se sentía francamente bien, que hacía años que no experimentaba tanto bienestar y que de un tiempo a esta parte lo aprietan serias tentaciones de matar lentamente a un congénere. ¿Por qué lentamente? Se lo preguntó a sí mismo. Que no le vinieran con preguntas, que él no lo podía saber todo acerca de sus impulsos y deseos. Lo ayudaron a vestirse. La literatura ha muerto. La he matado yo. Disfrutando a ojos vistas de su racha de locuacidad, se puso las prendas que sus amigos extrajeron a ciegas de la maleta. Si iban a juego unas con otras, bien; si no, también.

Le preguntaron:

—¿Qué poemas piensas leer?

Señaló una carpeta que estaba encima de la silla. Dentro, hojas manuscritas.

—Coged los que queráis. Qué más da. Estamos en minoría. Ganará un izquierdilla o alguna hembra gozada por sus electores.

Se peinó y perfumó. Monologaba ante testigos: que Cernuda le parecía superior a Lorca y Panero superior a sus hijos. Pocos minutos antes de las diez, cogido del brazo de Carranza de León, el pelo todavía mojado, la cara inexpresiva, bajó a la sala de plenos, donde, sin saludar a nadie, tomó asiento a la mesa. Flanqueado por sus dos metafísicos amigos, al instante se quedó traspuesto. ¿O era un truco para que no le dirigieran la palabra? Andreu Viñals le dio un meneo cuando la madre María Antonia empezó su discurso. Murmuró:

—Me siento bien. Debería cagarme más a menudo en los pantalones.

Viñals, aterrorizado, levantó la mirada al techo en busca fingida de estrellas. A los dos minutos de perorata saluatoria, la madre superiora ya iba por la tercera mención a los místicos. Detalle curioso: citó a Rubén Darío. Entretanto, la concurrencia, carihinchada y ojerosa, se adormecía. Y para terminar, la monja, cuyas palabras tiernas habrían bastado para endulzar diecisiete tazas de café, se volvió de pronto hacia el señor Alpuente con el humilde propósito de pedirle sentidas disculpas, ya que, según le había comunicado la hermana no sé cuántos, su ropa no estaba seca y aún había que plancharla. Alpuente hizo un gesto de asentimiento antes de lanzar una mirada retadora al sorprendido círculo poético. La monja se fue y Juanjo Changa, con aparente seriedad, aunque con ese tipo nunca se sabe, preguntó si había en el convento servicio de lavandería para huéspedes.

Hablaba Lope, explicativo, tedioso, gobernador. Alpuente se sacó de un bolsillo de la americana la hojita con las instrucciones para montar la pistola. Lo irritó sobremanera que estas estuvieran escritas sólo en inglés, aunque algo conocía el idioma. Afortunadamente, cada paso venía ilustrado con un dibujo, lo que a la postre le resultó más útil que las complicadas frases. Le costó más de veinte minutos montar la Beretta 92. Para entonces, ya estaba Tadeo Balboa, grande y mansurrón, sentado en la silla eléctrica, leyendo poemas con la misma gracia, encanto e intensidad que la tapa de un ataúd. No le importó montar la pistola a la vista de todo quisque. A falta de destornillador tuvo que usar la uña del dedo gordo. Si alguno le hacía algún reproche, él respondería: alto ahí, imbécil, ¿no ves que es de plástico? De plástico, je, je, pero disparaba (según el prospecto) balas de verdad, de las cuales guardaba más de cuarenta en un cucurucho de papel de periódico, como si fueran castañas asadas.

El primer disparo fue de prueba. Apuntó, por encima de la cabeza de Tadeo Balboa, a un cuadro del Sagrado Corazón. No acertó, pero dejó en la pared todo un señor boquete. Había efectuado el disparo en un momento en que nadie lo miraba, de manera que ninguno de los circunstantes se dio cuenta. ¿Y el estrépito? Joé, que no se dio cuenta ninguno. ¿Cuántas veces hay que repetirlo? Fue mirando las caras una a una. Cómo odiaba a esa gente. Los realitas, qué horror. La miserable izquierdada estalinoide, demagógica, sectaria y simplona. Todos esos poetas maricones, las tías, los vejestorios. Fisonomías de ciudadanos de un país de segunda. ¿Dónde está Cárdenas? Allí. Apuntó con calma. Le acertó en plena frente. La bala atravesó el cráneo y dejó un manchurrón colorado en la pared. El tipo ni se enteró. Si es que es un gilipollas. Alpuente estuvo tentado de pedirle por señas a la Nívea, sentada junto a la víctima, que susurrara a esta que se cayera de una maldita vez de la silla porque había muerto. Pero la Nívea no miraba hacia él. Cansado de esperar, le disparó al escote. Se conoce que el punto de mira no estaba en la posición correcta. Maldito prospecto. El primer tiro le acertó en un pecho; el segundo en el otro. Por si las moscas le disparó después a los labios. La bala entró por el cuello. Después los fue matando a todos de izquierda a derecha, por orden, sin que le importara poco ni

mucho que, a pesar de los balazos, siguieran todos impertérritos. Sólo yo, se dijo, sé que estáis muertos. Muertos como piedras. No valéis ni para formar humus de calidad. Inútiles. Al final mató también a sus amigos. Por pasar el rato, eh, no por odio. Un tiro en la sien a cada uno y adiós. Estuvo varios minutos rematando a unos y otros hasta que dentro del cucurucho le quedó una última bala, que usó para suicidarse. A diferencia de sus víctimas, él sí se vino al suelo. Alarma, extrañeza. Lope preguntó:

—¿Qué pasa?

Dámaso Carranza de León y Andreu Viñals lo agarraron cada uno de un brazo.

—Una lipotimia.

Lo sacaron entre los dos de la sala de plenos. Lope los siguió al pasillo.

—Si hay que llamar a una ambulancia, se llama.

Carranza de León:

—Vamos a acostarlo en su habitación. Seguro que pronto se le pasa.

Lope dio su visto bueno.

—En algún momento del día subiré a hacerle un par de preguntitas.

La recibió con reproches. Había estado llamándola durante quince minutos y no venía. Hasta había dado golpes con el bastón en la pared. Que por qué lo hacía esperar sabiéndolo perdido/abandonado en la oscuridad de su ceguera. Pero, vamos a ver, ¿es que iba a prohibirle a la pobre muchacha lavarse? La mala uva que tiene el ciego. Y eso que dependía de ella para todo, empezando por lo más elemental.

Se negaba a orinar sentado. Cosa de hembras, maricas y maridos dominados, decía. Hipótesis plausible: le gustaba que Vanessa le agarrara el miembro. La muchacha tenía práctica. Al principio, no. Al principio usaba dos dedos aprensivos. Como consecuencia de la precaria sujeción, a menudo el chorro de orina se estrellaba contra los bordes del inodoro o llovía directamente en el suelo. Por fin se atrevió a preguntar. Entonces averiguó que las pequeñas costras escamosas eran debidas a la psoriasis. Ah, bueno. Y se ofreció a untar de pomada los testículos del poeta, así como algunos corros rojizos que moteaban su pene.

De regreso de la micción asistida, Mateo Gil Salgado siguió (coñazo de hombre) lanzando reproches. Por celos. ¿Por qué, si no? Y ella, que era lo contrario de tonta, lo sabía. Métase el narrador en su mente y comprobará que incluso lo esperaba. Durante el desayuno estuvo la muchacha recibiendo requiebros en diversos estilos poéticos, aunque con predominio del realismo prosaico, y fue saludada por este, el otro y el de más allá con ostensibles muestras de simpatía. El perceptible deseo sexual que suscitaba en rededor sacaba a Mateo Gil Salgado de quicio.

En la habitación, más tarde, se resarcía, profesoral, moralista, pelmazo. Le echó en cara que se hubiese perfumado en demasía, le describió con pormenores crudos los hediondos sumideros psicológicos, políticos, sociales, a que conducen los caminos de la frivolidad femenina y le dijo que aquello no podía seguir así y que para gustar a alguien ya estaba él. ¿Andas buscando macho o qué? Vanessa Rincón le hizo al ciego una peineta a menos de un palmo de los ojos inútiles y la dejó allí, enhiesto el dedo despechado, durante el tiempo que duró el patriarcal rapapolvo.

—Ay, don Mateo, con qué mal genio se ha levantado usted hoy.

—Qué esperabas, criatura. Te llamo, no vienes. Luego llegas apestando a perfume, que no se puede ni respirar a tu lado. Me había imaginado la mañana de otra manera. Parece que no te das cuenta de lo mucho que te quiero. De lo contrario, no me obligarías a reñirte. Te quiero tanto que me olvido de mí. Podríamos ser tan felices. Bastaría con que fueras enteramente mía.

—Pero si soy toda suya.

—No sé, no sé.

—Se lo juro.

—Desde que llegamos a este sitio te noto cambiada. La risa de hembra casquivana cuando te hablan esos sinvergüenzas, el exagerado perfume impropio de una mujer que se respeta a sí misma, la frialdad que irradas cuando estás conmigo.

Ten cuidado, Vanessita. No te equivoques. Soy ciego, pero últimamente se me han desarrollado mucho los demás sentidos.

Vanessa mantenía la peineta:

—No hable así, don Mateo, que me pone triste. Si hasta mi madre se siente desatendida porque estoy todo el día con usted.

Caramba, eso no se lo esperaba el ciego. Eso lo complació. Risueño, la atrajo hacia sí de un apasionado tirón y, sentándola sobre sus muslos, le susurró unas guarrerías lúbricas al oído. ¿Qué más? Pues le manoseó los pechos, la besó en el cuello y por último le pidió que lo ayudara a acostarse en el suelo porque tenía el deseo ese, ya sabes, no me niegues lo que no debes negarme. Conque ella lo fue poniendo en la postura requerida conforme a las instrucciones que su señor, visiblemente excitado, le daba. Se arrodilló justo encima de sus facciones, desnuda de la cintura para abajo, una rodilla a cada lado de su cara para que lamiera. Aquel olor genital enloquecía de gusto al ciego. A ruego/orden suya, Vanessa le masajeó con los labios vulvares la cara arriba, abajo y a lo torno de alfarero, irguiéndose a veces abierta de piernas para refregarle las facciones con el ano, toma culo, ciego verde; pero si creía vejarlo se equivocaba por cuanto a Mateo Gil Salgado la intervención del segundo orificio no hacía sino aumentarle el gozo. Y cuando al poco rato alcanzó una aceptable cumbre sensual, le dijo: ahora. No salió mucho porque antes de abandonar su habitación había pasado ella por el servicio. Así y todo, extrajo de sí el líquido suficiente para mojarle la cara.

Con la misma toalla secó, por este orden, el suelo y sus facciones. Y él sonreía, húmedo de satisfacción, perdonador, cariñoso.

—Ay, criatura, no hay palabras para expresar cuánto te quiero y lo dichoso que me haces. ¿No dices nada?

—Si le funcionaran los ojos, vería que me he sonrojado.

—Vanessita de mi vida, acerca la cara. —Se la palpó/ sobó—. Cierto, cierto. Noto en la mano la inconfundible temperatura del rubor.

Las nueve y diez. Disponían de cuarenta minutos «para cargar la pilas poéticas», según la tosca expresión de Mateo Gil Salgado, y ensayar la lectura. El plan: ella leería dos poemas, de los mejores de su cosecha reciente (qué más quisiera) y él recitaría de memoria uno breve. Bueno, breve hasta cierto punto, puesto que constaba de dieciocho versos. Desde que había perdido la luz de los ojos, el ciego andaba más ágil de memoria. Y de olfato y de sensaciones táctiles y de todo (¿todo?) lo demás. En público gustaba de citar a Jorge Luis Borges. La ceguera entendida como dádiva y como premisa de felicidad. En privado expresaba otra convicción. La ceguera como putada suprema, particularmente cuando sus rodillas chocaban dolorosamente contra objetos interpuestos o cuando retransmitían en televisión un partido de fútbol interesante.

Vanessa Rincón:

—En subrepticias llamas escondida.

Se medio aturulló en el adjetivo.

—Amor mío, empieza de nuevo. Tienes que leer despacio, con serena entonación, como si no fueras de nadie escuchada.

—Perdone.

Leyó, no mal, eso no; pero le faltaba nervio a su dicción, los versos reventaban en el aire como pequeñas moscas explosivas y el ciego, francamente, empezaba a perder la paciencia. Además, ¿por qué amuñecaba Vanessa la voz? Eso podía hacerlo cuando leyera sus poemas, que a fin de cuentas procedían de un alma juvenil.

—Y no te enfades, de un alma inmadura. Y no te ofendas, vida mía, pero es que pronuncias como los dibujos animados. Ñeñeñeñé. La madre que me. Yo también padecí desasosiegos románticos en mi juventud, ¿sabes?, pero los tiempos han evolucionado. Créeme, son necesarios largos años para alcanzar la sazón poética. Años de meditación, depuración y conocimiento. ¿Me entiendes?

—Sí, don Mateo.

Dedicaron los cuarenta minutos disponibles a las subrepticias llamas, las huellas de la soledad en la nieve y todo eso, sin que la dulce personita tuviera ocasión de practicar la lectura de sus propios poemas, como quería. También ella, por concesión de Lope y con anuencia de la poetada, pues a todos caía bien y a algunos demasiado bien, participaría en las justas poéticas de Morilla del Pinar, por más que su nombre no figurase en la lista de invitados (sí en la de inscritos). Y aunque probablemente (decían, creían, pronosticaban) era una poeta de chicha y nabo, todos querían acariciar con mirada hecha lengua la encantadora figura expuesta, para deleite colectivo, en la silla eléctrica.

—Yo te votaré a ti y tú me votarás a mí. ¿De acuerdo?

—Sí, don Mateo.

Y le preguntó con angelical timidez si le permitía repasar sus poemas. Cinco minutos, no necesitaba más. Es que estaba muy nerviosa. Que no se preocupara. Primero las subrepticias llamas; en una palabra, primero él. Consejo: que, como habría discursos, presentaciones y la habitual palabrería, ella aprovechara para ojear sus poemas en la sala de plenos procurando llamar lo menos posible la atención.

Salieron, toc, al pasillo. Él llevaba a la derecha el bastón; a la izquierda, la grácil guía, quien con una mano lo agarraba delicadamente del brazo y con la otra sostenía los poemas encarpados. Se las arregló para aplicarse a escondidas el pintalabios rojo. ¿Cómo es posible con las dos manos ocupadas? No se sabe. En algún punto del camino debió de desasirse. Y al llegar, toc, abajo, al tiempo que don Mateo se enredaba en conversaciones de circunstancias, visto y no visto se soltó la melena. Estaba tan preciosa que cuantos pasaban por su lado se volvían a mirarla con ojos succionadores.

A las once y pico, Lope extrajo la bola de papel donde ponía: Mateo Gil Salgado. Apoyándose en Vanessa, el ciego invirtió aproximadamente el triple de tiempo que cualquier otro poeta en acomodarse en la silla eléctrica. Una vez sentado, se vio que

llevaba un calcetín marrón y otro azul marino. Cabe la posibilidad de una pequeña venganza de la muchacha. ¿Cómo saberlo sin pruebas ni testigos?

Las gafas negras ocultaban sus ojos inútiles. Vanessa Rincón, de pie a su costado, sonreía con mueca nerviosa, las hojas en posición de lectura apoyadas sobre la carpeta. Es razonable conjeturar que nadie miraba al ciego. Entre los rojos pétalos labiales de la muchacha asomaba la blanca y bruñida dentadura. La melena se derramaba en ondas sobre los hombros. El pestañeo y la sonrisa daban un toque de simpatía a su encanto natural. Los pantalones vaqueros se ceñían a sus muslos, resaltándolos en su proporcionada curvatura. En fin, toda ella, contemplada en conjunto o en sus diversas partes exteriores, era una combinación óptima de juventud, delicadeza, encanto, lozanía.

Docenas de ojos le lanzaban miradas libadoras mientras Mateo Gil Salgado declamaba su poema de dieciocho versos. Con parsimonia nerudiana exhalaba los monótonos endecasílabos, asirenado de cadencias, rimbombante en las sílabas tónicas, patético en los finales rimados. Y Juanjo Changa, sin que hubiera sido abierta la ronda de comentarios, soltó su cuchufleta de rigor:

—Esta poesía es para asustar, ¿no?

Que por qué lo decía.

—Semejante recitación en un parvulario dejaría a los chavalillos traumatizados.

Lope:

—No empecemos.

Y Changa, serio, concluyó:

—Demasiado solemne. Es mi parecer.

La crítica changuesca picó al ciego, que arremetió contra la muchacha por sus fallos en la lectura:

—En subrep, en sub, en...

El rubor no hacía mella en su hermosura, sino todo lo contrario. Y el ciego no tuvo el menor reparo en humillarla.

—Mira que eres torpe. Empieza de nuevo.

La muchacha leyó con un ligero temblor de inseguridad. Podría decirse que, en líneas generales, transmitió bien las subrepticias llamas; pero, al llegar a las huellas de la soledad en la nieve, Eugenio Alpuente se desplomó.

Mateo Gil Salgado:

—¿Qué pasa? ¿Por qué te detienes?

Sin recibir las exigidas explicaciones, en medio del barullo creciente, lo alzaron en volandas. ¿Por qué? Pues porque la silla eléctrica impedía el paso a los que trasladaban al desvanecido compañero. Lope los siguió al pasillo. De vuelta en la sala, anunció que el descanso del café se adelantaba diez minutos. Mateo Gil Salgado protestaba con voz potente, la cara orientada hacia el Sagrado Corazón de la pared. Lope, por detrás, le puso una mano en el hombro.

—Tras el descanso podrás repetir la recitación.

—¿Desde el principio?

—Desde el principio.

El ciego llamó a Vanessa.

—Vanessita, ¿dónde estás? Tenemos que ensayar de nuevo.

6

El sol de media mañana, campestre sin restricciones, le depositaba en los párpados cerrados una tibia sensación de bienestar. Plenitud de azul, inmensidad de calma y tanto que se podría decir/cantar a la usanza lírica, en la especialidad de exaltación de la naturaleza, subgénero de jardín conventual con fondo montuoso de pinos.

La Nívea se soleaba recostada en uno de los bancos de granito que flanqueaban la mesa labrada en la misma clase de piedra. Un seto de boj preservaba la intimidad del sitio. ¿Cómo que la preservaba? La creaba, que no es lo mismo. Sea como fuere, la Nívea, descalza, medias de nailon, usufructuaba sola el recoleto espacio protegido del viento que no soplaba, no así de la lluvia que no caía.

Se le iba pasando poco a poco el sueño que la había tiranizado en el transcurso de la mañana. Por poner un ejemplo: había cerrado los ojos para un rutinario pestañeo nada más empezar la recitación de Balboa y los abrió al sentir que le pinchaba en los oídos la voz de Susana Valcárcel. Más tarde, entre el luctuoso poema de la pareja de esta (¿se le habría muerto de verdad el padre o se acogía a un pretexto para dárselas de elegíaca?) y el desvanecimiento de Alpuente no se había enterado de nada. Y ahora, por fin, el cansancio desistía de su voluntad de poder y le dejaba el sitio a una placentera lasitud. El mundo era un gigantesco útero con olor a plantas y ella no tenía ganas de nacer.

En el apartado de sonidos conviene destacar la murga de los pajarillos gárrulos. Justo detrás del seto borboteaban los surtidores (tres, cuatro, qué más da) de un estanque con peces anaranjados y negros y ranas comunes, y más allá, repartidas por el jardín espacioso, ininteligibles (¿por fortuna?), las confusas voces de los compañeros.

Llegó Juanjo Changa con el café prometido. Sin leche ni azúcar, conforme al gusto e instrucciones de su amiga. Que si quería un chorrete de ginebra en el café. Le enseñó la petaca. Ella: ni loca, no sobreviviría al primer sorbo. Changa tomó asiento en otro banco. Se tenían confianza. Ella le preguntó si al día siguiente la llevaría de vuelta a Madrid en su coche. Él la puso al corriente de la tarifa: un polvo antes de emprender viaje, en la postura del loto. Ella dijo que le parecía un precio razonable, pero que creía tener el virus del sida. Él: no importa, yo también.

—¿Has averiguado algo del metafa?

La pregunta lo pilló dándole un tiento a la petaca. Tras limpiarse el dorso de la mano con los labios, refirió lo único que sabía a ciencia cierta sobre las misteriosas andanzas de Eugenio Alpuente, esto es, que lo habían visto a las tantas de la madrugada subiendo las escaleras del centro de estudios disfrazado de fraile.

—Anda ya. ¿Lo viste tú?

—Me lo ha contado Felipín. A él se lo ha contado el Hiedra y a este, Manolo Vélez, que salía de la Espelunca en compañía de Lope y otros carcamales cuando vio

al metafa con la antedicha catadura.

Entre los dos hicieron recuento de datos: a) el día anterior, el metafa había estado ausente de la puesta en común y de la cena; b) sus amigos de la escuela metafísica ignoraban dónde se había metido, después que uno de ellos, aprovechando la escasa luz que emitían las ascuas de un crepúsculo morado, lo hubiera buscado en el monte; c) existían indicios fiables de que Eugenio Alpuente, autor de un soporífero libro titulado *Matinal de la hermosura*, profesaba en forma más o menos clandestina la vida monástica; y d) quizá como consecuencia de un exceso de devotas mortificaciones, iba para diez minutos que había sufrido un vahído.

Suposiciones, según Juanjo Changa, dignas de ser tomadas en cuenta: Alpuente se dedicaba a beneficiarse monjas por la noche, se había propasado en su actividad, está como una cabra, flipa o todo ello junto y más que no se sabe, pero aquí hay gato encerrado.

Otro trago a la petaca y prosiguió:

—Pagaría entrada por presenciar el suicidio del metafa. En serio. O de cualquier otro. No sé qué me da que este año tampoco se va a matar ninguno. Si no es así, ¿a qué vienen al monte todos estos borregos de la poesía actual española, me quieres tú explicar? Podría ser todo tan sencillo. Yo llevaría el cadáver en mi coche. Sus parientes no tendrían que preocuparse ni del transporte ni de los gastos. Hace tanto tiempo que no veo un muerto. Empiezo a deprimirme, te lo juro. Fíjate en aquel castaño de Indias. ¿No te parece ideal para colgarse?

—¿Por qué no predicas con el ejemplo?

—Nadie comprende a Juanjo Changa, ni siquiera Juanjo Changa.

Le pidió a continuación que se compadeciera de él. La Nívea (¿qué puñetas entenderá esta mujer por compasión?) le hizo un diagnóstico que habría desinflado a un elefante. Que ya no era el Changa Changuita de siempre desde que había cumplido cuarenta años.

—Cierto, no lo he superado.

Antes era un hombre positivo, interesante, guapo, que cuidaba su aspecto, que tenía proyectos.

—Me odio.

Un hombre del que se podía aprender, que parecía haber leído todos los libros del universo, con quien a una le apetecía acostarse de vez en cuando por lo bien que olía y lo bien que follaba, un amigo leal, un colega como pocos.

—Oye, te he pedido consuelo, no que me des latigazos con la verdad.

—¿Sabes cuál es nuestro error? Que no tenemos hijos.

—Ya salió el instinto maternal.

Cambió, seria, de postura en el banco. Se acababa de despertar. Ágil de pronto, expresivas las facciones, le expuso su hipótesis y él ni la miraba. Él miraba el brillo plateado de la petaca. La agitó. Vacía. Y ella dijo:

—Estamos corroídos de insatisfacción y lo peor que nos puede pasar es el éxito.

El éxito es horrible si no tienes en quién reflejarlo. Vas a casa con tu absurda medalla, con el diploma firmado por el alcalde o el trasto de bronce que dan al ganador de los concursos y qué, te mira tu imagen en el espejo y te dice lo que te dice.

—¿Qué dice? La mía es un loro. Repite lo que yo digo.

—Dice lo gilipollas que somos. Y lo hipócritas. No paramos de mentirnos. Escribimos para que nos perdone la imagen en el espejo, ante la que no podemos fingir. Sólo quien asume responsabilidades está en condiciones de hacerse perdonar por esos ojos despiadados que nos miran cuando nos miramos.

—Bueno, creo recordar, no estoy seguro, que tuve una hija.

—¿Y qué sabes de ella? Nada. ¿Cuántos años hace que no la ves?

—Alto ahí. Me lo prohibió la madre que la parió. Quería perderme de vista, pero que le mandara todos los meses una transferencia bancaria. ¿Ah, sí? Pues que os zurzan. Por no saber no sé ni dónde viven, si es que viven. No me juzgues mal, ¿eh? A la criatura sólo la vi una vez, de recién nacida, hace la tira de años, y no hay certeza de que yo fuera el progenitor.

La Nívea vaticinó que Changa no llegaría a viejo. Ni falta que hace, fue la réplica veloz, ¿feroz?, de su amigo, quien en aquellos momentos se entretenía rascando con la uña un corro de líquen pegado a la mesa de granito. Negó que el alcohol, al que calificó de camarada, lo fuera a destruir. Chusco, ocurrente, afirmó que el borracho no era él, sino su imagen en el espejo, podrida de envidia porque él era real y poeta, tenía sus placeres, sus buenos rollos y sus risas, y ella no. Conclusión:

—No me traga.

—Tampoco tú te tragas. Lo has dicho antes.

—Una cosa tengo clara: no te voy a votar, no te lo mereces. Esperaba de ti consuelo y no paras de atacarme.

—Tampoco te votaré yo a ti.

Cada cual enumeró a los compañeros que la tarde anterior y en el transcurso de la mañana les habían pedido/ suplicado el voto. La lista de ella: Ernesto Contreras, Viñals (¿el metafa?, como lo oyes), Amalia, todos los de su grupo de la víspera, Cabral y Bisabarro. La lista de él: Ernesto Contreras, Cabral, Bisabarro, López Blanco (ese, dos veces), Amalia, Martina Muro (que le prometió una botella de whisky), Gomendio y quizá alguno más, pero la verdad es que a partir de un momento determinado había dejado de prestar atención. Los dos habían respondido a todos que sí, a cambio, claro está, de recibir su voto. Por supuesto, faltaría más.

—Pobre poesía. La estamos matando con nuestro cinismo.

—Más daño le causan la cursilería, el moralismo y la propaganda ideológica. Yo creo que nos sobrevivirá. Tan peligrosos no somos.

—No me digas que tú crees en algo.

—Me has pillado ese punto débil. Ya es tarde para desdecirme.

La Nívea, entusiasmo súbito, por poco vuelca la taza de café. Dijo:

—Tú y yo deberíamos escribir un libro juntos. Sería nuestro hijo.

Que no podía ser. ¿Por qué?

—Pues porque no estás a la altura de mi talento.

—Me pregunto por qué no te asesino aquí mismo.

—¿Para que se cumpla la profecía de que viviré poco? Tramposa.

Tonteaban, se decían de todo. Cerdo, puta, de todo: simples palabras, sonidos expelidos por la boca. ¿Para qué contaminarlos con intenciones y significados? Eran amigos. Lo que para otros habría sido ofensa/ruptura/odio, para ellos no tenía la menor importancia. Participaban así, con exhalaciones de lengua española, en la bullanga matinal de pájaros y ranas.

No lo sintieron llegar, pero allí estaba, parado en el hueco del seto por donde se accedía a la plazuela. Y ellos en el mismo banco, sentados pecho con espalda, ya que a petición de la Nívea su amigo estaba masajeando a esta los hombros y la nuca mientras se decían las habituales obscenidades o se contaban sus problemas y eso.

Acontecimientos faciales del recién llegado: gesto tontorrón de sorpresa, rictus de incertidumbre, entrecejo con surcos de suspicacia/irritación, todo ello combinado sin orden aparente en el transcurso de dos o tres segundos. Creía que, pensaba que. Chaval, si no tienes nada que decir, no hables. Pero nadie había allí para darle consejos. Parecía un tanto anhelante de respiración Paco Valbuena.

Juanjo Changa, que enseguida vio la llaga, hurgó inmisericorde:

—Ahora mismo me iba a hacer Evangelina una felación. Todos los días insiste en hacerme una. Si tú también quieres deberás pedir la vez. Hay cinco o seis por delante.

Le apartó los cabellos para estamparle los labios en la nuca. Y ella se estremeció de cosquillas deleitosas. En fin, un juego, una niñada. Se conoce que Paco Valbuena no estaba con ánimo de padecer alegrías ajenas. Es posible que se sintiera reducido a espectador y eso le tuvo que joder. La miró con la cara vacía de expresión: que tenían que hablar. La Nívea lo invitó a sentarse al otro lado de la mesa. Que a solas. No: podía hablar con confianza porque Juanjo era buen amigo.

El chaval, veintitantos años, nariz potente, adoptó un tonillo ¿de amenaza? Pues podría jurarse que sí, particularmente cuando dijo, con los párpados entrecerrados porque le daba el sol en la cara:

—No me suele gustar que me rechacen.

Juanjo Changa se entrometió guasón. El otro, alzando un dedo sacaojos:

—Contigo no hablo, alcohólico.

Sonó poco cariñoso el apelativo. Hubo acercamiento frontal de machos. La Nívea se atravesó separadora. Juanjo Changa enumeró algunas piezas de su arsenal de influencias: conexiones con editoriales, amigos en instituciones y revistas, pertenencia a jurados literarios, para significarle al chaval que estaba poniendo en grave peligro su carrera.

Ella, conciliadora, prefirió la medida, el dulzor.

—Paco, soy mía, me pertenezco. Eso lo tienes que entender.

Él lo que entendía es que ella le había hecho concebir ilusiones; pero ya se daba

cuenta de que se había equivocado. Y la amenazó, el gesto torcido, los ojos (costaba creerlo, pero sí) llorosos, con contarle algunas cositas a Juan Luis Cabral. Había cortado la palabra en tres rodajas: co-si-tas. No dijo más. Se marchó, zancadas melodramáticas, como si corriera a llorar a solas o se dispusiera a consumir sin demora el chivatazo. Y, por un momento, las ranas del estanque guardaron silencio.

Juanjo Changa:

—Ten cuidado con el narizotas porque me parece que te quiere en serio.

Interrumpido el cónclave, la poetada se dispersó cafetera y fumadora, y algunos aprovecharon para seguir negociando votos en susurrados trapicheos. Las protestas de Mateo Gil Salgado entretuvieron a Lope en la sala de plenos. Cuando salió al pasillo, ya sólo eran visibles los poetas rezagados que se dirigían al refectorio de visitantes, donde los esperaban termos de café sin acompañamiento comestible (bizcocho o madalenas *made in* convento se servían sólo por la tarde), y de allí, por la puerta de acceso a la terraza, se llegaban todos, parlantes, reidores, al rico sol del jardín.

Lope tomó el mismo camino, pero ¿qué ve? La monja de la recepción, al fondo, hablaba con otra, la cual acababa de entrar colorada de mejillas en el centro de estudios y sostenía, ¿qué será?, un paquete, sin exagerar, así de grande, con envoltorio de papel de estraza. Conque, como de todos modos tenía que ir en aquella dirección, Lope enristró hacia las religiosas. En esto la del paquete lo llama con infantiles sacudidas de la mano. Señor Agüero, señor Agüero. Hasta el ciego preguntó por detrás qué ocurre; pero Lope no estaba para explicar lo que él mismo no entendía.

Contenido del paquete: la ropa del señor Eugenio Alpuente, lavada, planchada y con un aroma agridulce como de manzanas que trascendía a través del papel. En bolsa aparte, de plástico (¿hay Corte Inglés por estos montes?), un par de zapatos lustrosos. Muy bien, él se encargaría de entregar aquellas pertenencias a su legítimo propietario, ya que el señor Alpuente, ¿sabe usted?, en estos momentos está indispuerto.

La espinosa, con ojos de susto:

—Por Dios, ¿no habrá contraído alguna enfermedad?

—Necesita reposo, eso es todo.

La monja de la recepción, entrada en los cincuenta, bigotillo, intervino lúgubre. Que iba para tres años que estando ella de servicio falleció un huésped, un señor mayor, micólogo, de infarto, y que para cuando llegó la ambulancia de San Juan de las Lomas el pobre hombre, a quien Dios Nuestro Señor haya acogido en su seno, ya había dado su espíritu, quería ella decir que se murió.

A Lope la historia del micólogo difunto como que no le, así que cortó, no brusco, eso no, pero tirando a déjelo, ya basta. La monja del bigotillo miró la lista de inscritos. Alpuente, Alpuente, allí estaba. Habitación 18.

Lope formuló primeramente la pregunta de circunstancias, esto es, que si había que pagar por el lavado. No, ni mucho menos y que, según la madre superiora, si algún otro congresista (como suena, congresista) necesitaba que le lavasen la ropa por tratarse de un caso de urgencia como el del señor Alpuente, que ellas lo harían con mucho gusto, etcétera.

La otra pregunta era pura pesquisa.

—Sinceramente, ¿cometió anoche Eugenio Alpuente algún acto reprobable?

La monja mostró extrañeza. Lope simplificó:

—Si se portó mal.

Según les había dicho (no especificó a quiénes) la madre superiora, el señor Alpuente había sufrido un accidente (toma cacofonía, pero claro, la monja no tenía por qué cuidar el estilo).

Lope, dubitativo/teatral, en serio, ya sólo le faltaba una calavera en la mano, a lo Hamlet:

—¿Cómo se pudo manchar tanto el señor Alpuente? Hace días que no llueve y no hay barro, charcas o arroyos por aquí cerca. ¿Acaso se cayó a un pozo de los alrededores?

Aria de la monja: ay, señor Agüero, que ella eso no lo podía saber ya que anoche se hallaba recogida en su celda cuando el congresista solicitó ayuda en la portería del convento y, con la supervisión de la madre superiora, fue auxiliado sin tardanza, porque como dijo Jesucristo, etcétera, y además es norma de la orden atender con hospitalidad a los necesitados. Y por todo lo dicho le fue prestada al señor congresista una casulla del capellán, que él debería devolver tan pronto como fuera posible.

La monja hablaba atropelladamente, temerosa tal vez de no estar cumpliendo a satisfacción de las partes implicadas la tarea que se le había encomendado. Y nerviosa, asediada (es un decir) por los murciélagos del error, se ofreció a volver al convento y trasladar a la madre superiora las preguntas de usted, señor Agüero.

—También puedo pedirle que venga al centro de estudios si usted así lo desea, porque yo he planchado los pantalones y la camisa del congresista, pero más no sé. Cuando me los han dado ya estaban limpios y secos.

Lope, tranquilizador:

—No se preocupe. Yo me encargaré de llevar la ropa al señor Alpuente y de que él devuelva la prenda que se le prestó.

Se dio prisa en alejarse de la recepción. Sus razones tenía. Y a cada paso le costaba mayor esfuerzo disimular. Dejó atrás, dientes apretados, frente sudorosa, la puerta del refectorio. Adiós, café, cigarrillo placentero, coloquio con los líricos colegas. Y avanzaba, sombra de lo que fue, por el apenas iluminado pasillo con la esperanza menguante de no tambalearse. ¿Qué pensarán de él las monjas? ¿Lo estarán mirando? Para evitar la caída se impuso un ritmo pausado de respiración. Y el paquete hasta entonces ligero y la bolsa de El Corte Inglés cuánto pesaban de repente. A duras penas logró encontrar la llave del cuarto de los libros. Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo. ¿Abrió? Bueno, sí, es que, milagro, la llave entró a la primera en el ojo de la cerradura. Debió de entrar sola porque a él la mirada se le nublaba por momentos. No bien puso un pie en el cuarto vacío (menos mal que Tadeo había sacado a la loca a pasear), se desprendió de los bultos que llevaba. Empujó la puerta con el talón, pero ¿cerrarla con llave? Imposible. Ni siquiera se pudo aflojar el nudo de la corbata. Ahogando un grito se dejó caer él también al suelo. En su caída derribó diversas pilas de libros, no sólo las de los bordes de la mesa. Con sus últimas fuerzas

estiró el cuello para poner por obra un adiós ocular a la luz tenue que entraba por las ranuras de la persiana. Se conoce que lo apretaba ese capricho de moribundos: despedirse de la claridad, símbolo de la vida.

Dolor. ¿Dónde? Dolor. Del mundo se disipan los colores y se apodera del ser la atormentadora sensación que todo lo reduce a un punto. Dolor, ya no hay persona. Ya es lo mismo pared, agujas o recuerdo.

Se consolaba/socorría con palabras. Murmuraba tumbado en posición fetal. Hacía como dos meses que no le ocurría nada semejante y había confiado en que, pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo. Volvió la cara a la otra parte pues le vino un conato de náusea, y quizá más que un conato, y no quería vomitar sobre los libros, aunque, total, qué más daba. Los libros, la literatura, bah, ilusiones. Sí, pero ilusiones que constituían el eje en torno al cual giraba su vida entera y eso, mira por dónde, ya no le daba tan igual. El movimiento le hizo bien. Para empezar, había recuperado la actividad mental. Transcurridos unos cuantos minutos, el dolor remitió hasta permitirle yacer boca arriba. Y se le fue pasando la angustia, también la náusea y la melancolía de quien se asoma flojo de ánimo a las negruras de la muerte, y ya no murmuraba. Concluyó: no era lo mismo vomitar sobre los libros de fulano que sobre los libros de mengano. Sobre los de Tadeo, aunque son tan flojos y aunque el autor es tan malo jugando a las cartas, no, pobre hombre, con lo pedazo de pan que es. Y, en general, tampoco le parecía bien vaciar el estómago encima de los libros de los escritores de su generación. Son muchos años juntos. La posguerra, Franco, la represión, la monarquía impuesta. Por el contrario, verter una buena gorgozada en la poesía de todos esos sabihoncetes frívolos, juguetones, de cuarenta para abajo, eso ya como que era otra cosa, ¿no? Que vayan aprendiendo como aprendimos los demás.

En esta ocasión le había dolido más arriba. Y más por la zona del vientre que por la de los riñones, a diferencia de la última vez, dos meses ya, en el cuarto de baño de su casa. Sintió entonces como si le comprimieran un órgano. Ahora fue un dolor como de punta de hierro candente, yo ya me entiendo. Filosofó: soy mi cuerpo, viviré poco y nadie salvo yo lo sabe. O a lo mejor lo han dicho en el telediario y no me he enterado.

Miró el reloj. No llegaba a un cuarto de hora el tiempo que había permanecido en el suelo. Poco a poco, sesenta y cuatro años, huesos duros, demasiado tabaco, se puso de pie. Devolvió los libros a la mesa sin fijarse dónde los ponía, mezclados metafás con realitas, barrocos con populares, ateos con devotos. Miedo, mucho miedo, a que por causa de un movimiento brusco se le reprodujera el dolor. ¿Qué más? Pues que recogió del suelo el paquete y la bolsa de El Corte Inglés y salió al pasillo, donde no había nadie excepto la monja de la recepción, sola, con la cara gacha, absorta en sus ocupaciones. En el arranque de la escalera se cruzó con Paco Valbuena. Buen chaval, un poco impetuoso. Bajaba las escaleras de dos en dos, corriendo y saltando, menuda energía, cuánta salud, a este ¿qué más le da si le vomitan encima de sus libros?, y el poeta saltarín pasó por su lado sin decir palabra. En el primer descansillo, Lope se

agarró a la barandilla. ¿Se divertía la muerte a su costa? Mierda, ahí lo podía ver cualquiera y ahora muchos tienen móviles con cámara fotográfica, y si lo immortalizan en postura ridícula de derrumbe físico, ¿qué? Respiró ansioso, como si estuviera robando aire, y dio un paso corto y dio otro. Bien. Enfiló el siguiente tramo, empinado (para él) como una montaña. No es imagen poética. Se le hacía todo tan difícil, penoso; pero al llegar al primer piso se notó bastante recuperado. Un rato después, con unos bríos de los que cinco minutos antes no habría sido capaz, llamó, pom, pom, pom, a la puerta de la habitación 18.

—¿Se puede?

Su llegada interrumpió la discusión que mantenían los tres metafás. Había pegado él unos instantes la oreja a la puerta; pero desistió del espionaje tras comprobar que faltaban doce minutos para la reanudación de la ronda de recitaciones y el ciego cascarrabias ya estaría sentado en la silla eléctrica, esperando, Vanessita, ¿vienen ya o no vienen?

Escena: Eugenio Alpuente en la cama, fumando tan campante un cigarrillo con la espalda recostada contra la pared, y los otros de pie, uno aquí, otro allá, los entrecejos hoscos.

—Vengo a traerte los zapatos limpios y la ropa planchada. —Depositó los bultos encima de la mesa—. Estas monjas son unas santas.

Preguntó: qué tal. La respuesta estaba a la vista. Se alegró; sinceramente o no, nunca se sabrá ni falta que hace. Le expuso sin rodeos lo que sabía, en la esperanza de que el otro completase la historia. Anoche, portería del convento, suciedad suficientemente grande como para pedir ayuda a las compasivas espinosas, casulla del capellán. Luego añadió, severo, policial:

—Y sin embargo tengo la sospecha, por no decir el convencimiento, de que no conozco sino la cáscara del asunto. No temas; habla, que soy vía muerta. Doy por hecho que estos dos amigos tuyos están al cabo de la calle. ¿Qué hiciste, qué te hicieron, qué pasó? Está en juego la reputación de las Jornadas que dirijo.

—¿Quieres saber la verdad? Pues mira, me dio un arrebató furioso y maté a Juan Ramón Jiménez. Y no hice lo mismo con Bécquer o con los hermanos Machado porque da la casualidad de que en aquellos instantes no estaban allí.

—Eso lo explica todo. Ahora se comprende que necesitaras que las monjas te lavasen el atuendo. ¿Te salpicó la sangre de Juan Ramón?

—Se diría que no me crees.

En efecto, no le creía. Lo declaró con sosiego cínico/ altanero, amenazador/desafiante, como diciendo: quieres guerra, pues la tendrás. ¿Palabras?, las justas. Que como director y responsable máximo de las Jornadas Poéticas debía entregar a las instituciones subvencionadoras (ya veremos cuánto dura el grifo abierto) una lista de participantes a fin de justificar gastos y que el nombre de Eugenio Alpuente, quizá, tal vez, a lo mejor, sería lamentablemente omitido puesto que ¿en qué había participado? Hasta la fecha en nada, lo que no le había impedido

alojarse en la casa, pernoctar y nutrirse a costa del erario público. Eso era todo, adiós.

Y entonces intervino Dámaso Carranza de León.

—Venga, Eugenio, no seas gilipollas. Si no se lo cuentas tú, lo haremos nosotros.

Alpuente dio una larga calada al cigarrillo. Dijo impertérrito:

—Me cagué.

Lope no pudo disimular su repentino, ¿morboso?, interés por la noticia. La chorrada sobre Juan Ramón Jiménez lo había dejado frío, pero ¿esto? Buscó inmediata verificación en las pupilas de los circunstantes. Asintió el primero, asintió el segundo.

Alpuente de pronto locuaz:

—Fuimos a la mesa del monte a trabajar en la estúpida ponencia. Algo que comí, una mala digestión, quizá me enfrié viniendo en la moto, no sé, el caso es que me sobrevino una diarrea torrencial. Que te lo digan estos. Por causas que se dejan imaginar, no me hacía ilusión exponerme a dimes y diretes.

Lope buscó de nuevo confirmación en gestos y miradas. Andreu Viñals le ofreció la prueba definitiva. Dio vuelta a la casulla apoyada en el respaldo de la silla. Lope observó con digna serenidad la mancha ominosa. ¿Qué hizo? ¿Cómo reaccionó? Se marchó a toda prisa con el fin de expeler la carcajada lo más lejos posible de la habitación 18.

A la vista de los primeros edificios, se acordaron de la procesión de la víspera y de las calles cortadas al tráfico. San Juan de las Lomas celebraba sus fiestas. Un guardia ejercía el totalitarismo vial en la rotonda de la entrada. Daba unos silbatazos como para derribar las murallas de Jericó. Qué manera de cargarse el *adagio molto e cantabile* de la novena de Beethoven a pesar de las ventanillas cerradas. El disco lo había elegido Amalia Solórzano, que iba sentada delante. Y el guardia, en cuanto se le acercaba un vehículo, venga a pitar y a dar manotazos como si abofetease insectos volátiles. Bigote perentorio, los mandó a la izquierda. Pararon más allá del castillo, en una calle que daba al campo y, nada, preguntaron al primer lugareño que vieron, el cual, por si interesa el detalle, llevaba una barra de pan bajo el brazo. Que por allí talleres mecánicos no, pero que había uno de camino al centro de la localidad, si tiran por esta calle hasta la casa con el escudo de armas en la pared, ¿la ven?, y allí será mejor que pregunten otra vez.

Amalia Solórzano ejercía de hembra alfa. Propuso:

—Vamos los cuatro al taller. Que por lo menos vean a un hombre, porque, amigas mías, como vayáis solas, dos mujeres, uf, os clavarán. Si está Tadeo, aunque no hable, es otra cosa. Pensarán: ojo, que este señor con gafas de culo de vaso y pinta de ministro de Agricultura —risas— a lo mejor sabe de motores.

Conforme se acercaban a la casa con el escudo de armas, Conchita Arroyo y Susana Valcárcel, movidas de su hábito amoroso, se cogieron de la mano; ahora bien, no como lo harían dos amigas de toda la vida, sino en un arranque de indudable amartelamiento lésbico, ya que venían asustadas y pesarosas y con necesidad de ternura compasiva después de haber visto su coche destrozado en Morilla del Pinar. Amalia Solórzano, que caminaba tres metros por detrás de ellas, del brazo de Tadeo Balboa, al principio no dijo nada, pero cuando la una apoyó la cabeza en el hombro de la otra, sugirió, tras mirar rápidamente las puertas y ventanas del vecindario, que se soltasen, que ella no tenía nada en contra del amor y sus manifestaciones múltiples, pero abrigaba el presentimiento de que les convendría pasar inadvertidas, no vaya a ser que.

Se separaron. Susana Valcárcel, lánguida:

—Pues el caso es que llevamos tiempo dándole vueltas a la idea de casarnos.

Y Conchita Arroyo, gafas negras, ropa negra, completó:

—A poder ser antes que cambie el gobierno. No me fío de la derecha.

—Haremos una fiesta por todo lo alto, ¿verdad, mi vida?

Les dijo Amalia Solórzano, desasiéndose de Tadeo y metiéndose entusiasmada entre ellas, que le parecía estupendo que se amasen. Las tomó de la cintura, les mostró afecto y simpatía; iban las tres juntas por el centro de la calle sin aceras (casas bajas, barrotes en las ventanas, pocos transeúntes) y Tadeo, silencioso, estevado (María Moliner: «Se aplica al que tiene las piernas torcidas con la concavidad hacia

dentro»), detrás.

Amalia, parlanchina, jovial:

—Yo el amor físico entre mujeres sólo lo probé una vez, hace muchos años. A mí me gustan las pollas, ¿qué queréis que os diga? —Se volvió a Tadeo—. No estarás escuchando, ¿eh? —Y prosiguió como si tal cosa—: Me habían invitado a un encuentro internacional de escritores, a finales de los setenta. Os podéis imaginar, todo tíos menos la habitual cuota de floreros, cuatro escritoras, entre ellas una francesita monísima. Pues por la noche, whisky va, whisky viene, se me insinuó. Me abrazaba, me tocaba por aquí, me tocaba por allá y yo, joven e ingenua y con mi francés del colegio, no pensaba nada malo. Tampoco es que hubiera nada malo, eh, ojo. De madrugada, en el jardín del hotel, va y me besa, oh la la, y me mete la lengua hasta la campanilla. Me dije: Amalia, por tus huevos que vas a probar, a ver a qué sabe esto. Probé por simple curiosidad y no. Confieso que no es lo mío. Ella se enamoró como una adolescente. Pasados los meses todavía me seguía enviando unas cartas encendidas a las que mi marido de entonces no prestaba atención. Se conoce que, como en el remite figuraba el nombre de una mujer, no le producían desconfianza. Yo a aquel imbécil le ponía los cuernos hasta con el cartero. En serio. Un día, estando sola en casa, me vino un chaval de correos a traerme una caja de libros y me lo cepillé en el sofá. Pues de aquella noche con la francesita no me ha quedado un recuerdo bueno ni malo. La chica sólo me hacía cosquillas. Eso sí, me decía al oído, en un español defectuoso, unas cosas tan bonitas, tan agradables, como no me las ha dicho nunca un hombre. La pobre se desvivía por darme gusto. A las tantas de la madrugada, muerta de sueño, fingí un orgasmo y acabamos. Hasta el día de hoy no he sentido tentaciones de repetir. —A Tadeo, detrás de ellas—: Tú, chitón, ¿eh?

Llegaron.

TALLER MECÁNICO BARAHONA

REPARACIÓN INTEGRAL DE VEHÍCULOS

Presuntuoso el rótulo, olor penetrante a pintura y a un costado de la casa un solar de tales y cuales dimensiones con amasijos de metal que fueron coches donde viajaban personas quizá actualmente inhumadas, un camión sin ruedas ni parabrisas, un tractor a medio desguazar.

A la entrada del taller, un chaval con el mono grasiento y las manos negras les señaló con un golpe de barbilla al hijo del dueño. El dueño, por lo visto, no estaba. Hola, buenos días. Mal comienzo: por la tarde, debido a las fiestas, no trabajaban. Amalia Solórzano, metomentodo: si sabía de algún taller en San Juan de las Lomas que no cerrase.

—Señora, en el pueblo hay tres talleres: este de mi padre, que llegará en cualquier momento; otro de mi padre a medias con su hermano, mi tío, y un tercero en las afueras. Todos cierran. El de las afueras, en fiestas, ni siquiera abre por las mañanas.

Amalia hizo un comentario/reproche sobre el funcionamiento de España que

francamente no sirvió para mejorar la situación. Conchita Arroyo intervino con sosegado, grave tono de voz:

—No te preocupes, Amalia. Nosotras nos encargamos.

Y Tadeo, que llevaba un rato echando miradas impacientes a su reloj, desde la calle:

—Sí, porque, como nos cierren las tiendas, menudo lío.

Acordaron comunicarse por teléfono. Ellos pensaban comprar los ingredientes para la paella y después comer en un restaurante, por lo que antes de las tres o las cuatro no volverían al centro de estudios. Tadeo Balboa mostró extrañeza al conocer el plan.

—¿Las tres, las cuatro? Oye, que me espera mucha tarea por delante.

Amalia, rápida de reflejos, haciendo encaje de bolillos con vidas ajenas:

—Pues citémonos por si acaso a las tres donde hemos aparcado el coche. O, por mí, si lo preferís, junto a la casa con el escudo de armas. ¿Que antes de esa hora surge algún inconveniente? Pues hablamos, que para eso tenemos móviles y lengua.

Los vieron alejarse calle arriba, hacia el centro de la localidad. Tadeo Balboa le sacaba dos palmos y medio a su acompañante. Parece, a juzgar por los meneos de su cabeza, que protestaba. Y ella le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda antes de agarrarse a su brazo.

La marcha de Amalia Solórzano transformó de golpe la atmósfera humana del taller. De repente, sonrisas, amabilidad, ofrecimientos: ¿un café, un refresco? El hijo del dueño se limpió las manos en un lavabo semioculto en la balumba de herramientas, pilas de llantas y piezas de recambio. En la pared, colgaba un calendario con chica desnuda; arriba, en un altillo, estaba la oficina dentro de una garita a la que se accedía por una escalera de madera; el techo se veía velado de telarañas negruzcas y, al fondo, el chaval del principio, acuclillado con un soldador, se daba un baño de chispas.

Aceptados los cafés, Conchita Arroyo, no en vano profesora, dio exhaustivas explicaciones con estudiada sensualidad. El hijo del dueño, ¿qué tendría?, ¿veinticinco, treinta años?, no más, y era imposible que unos labios movedizos y el delicado sube y baja de las pestañas y la femenina voz que daba pequeñas, suaves chupaditas en los tímpanos varoniles, no ablandaran al mecánico apersonado. Ella refirió detalles con flirteante pesadumbre. En esto, al hijo del dueño le pareció que subir a Morilla a buscar el coche de aquellas dos mujeres era compatible con los festejos de San Juan de las Lomas, si no es que el trabajo en sí constituía un acto de la fiesta, de los más divertidos y excitantes incluso, de tal manera que sin vacilación marcó en el móvil el número de su padre y le preguntó cuándo coño vas a venir, papá, pues necesitaba sin tardanza la grúa para un servicio. Ya estaba viniendo. Su hijo transmitió la noticia con risueña satisfacción a las dos clientes y les ofreció otro café. Ellas, muchas gracias, no aceptaron.

Pasados veinte minutos, el padre del hijo del dueño entró con la grúa en el solar

contiguo al taller. Allí descargó un coche abollado. Muy buenos días. ¿Un presupuesto? Imposible. Primero tendría que echar un vistazo al motor y al resto de los destrozos, encargar las piezas, hacer un cálculo provisional de las horas de trabajo.

Al señor Barahona no le hacía efecto ninguno la danza de los labios y las pestañas.

—Pero al menos podrá usted decirnos cuánto nos va a costar traer el coche hasta aquí con la grúa.

Se permitió una especie de gesto generoso, aunque nunca se sabe.

—Depende. Si el gasto del arreglo sobrepasa los dos mil euros les perdonaré el servicio de la grúa.

¿Nos perdonará? Confitadas con aquellas palabras halagüeñas, tras recíproca consulta ocular se vinieron a partido. ¿Qué otro remedio les quedaba? El hijo del dueño preguntó cuál de las dos viajaría con él a Morilla del Pinar. Las dos no cabían en la cabina de la grúa. Oye, ¿este tío no se estará haciendo ilusiones? Respuesta fulminante: ninguna. ¿Cómo que ninguna? ¿Y cómo iba a encontrar él el coche? Pues con un dibujo del pueblito. El señor Barahona intercedió. Comprendía las razones. Susana Valcárcel las había expresado sin tapujos. Habló, con angustia sincera, de linchamiento. El padre y el hijo las invitaron a subir a la oficina. Instantes después apareció en la pantalla del ordenador (Google Maps) Morilla del Pinar. Susana reconoció enseguida el contorno de la iglesia a vista de satélite. Le faltó tiempo para aplastar contra la pantalla la yema del dedo.

—Aquí.

—Muy bien. Nosotros nos encargaremos. Déjennos la llave.

Calcularon. Eran las doce. A las dos, si nada se torcía, tendrían el coche en el solar de al lado y convinieron en que ellas pasarían por el taller a esa hora.

—Pensábamos que cerraban ustedes a la una.

Barahona padre confirmó; pero eso no quitaba, según dijo, para que examinaran el coche juntos y se pusieran de acuerdo en lo que convenía hacer.

A las cuatro y cuarto de la tarde. Eran las cuatro y cuarto en punto de la tarde cuando una intervención extemporánea animó el ruedo poético. Se alzaron cejas, se tensaron espinazos. ¿La razón? Fermín Ayala, que no había dicho ni mu en toda la tarde porque era hombre callado, no obtuso, eso no, pero despacioso en el encadenamiento de las ideas, afirmó sin que viniera poco ni mucho a cuento y como despertándose de repente, que la poesía actual española es una mierda.

Lo dijo con firmeza de anatema, ojos de iluminado y un innegable paladeo sensual en la pronunciación del diptongo y de la vibrante alveolar simple: *iiiiieer*, previo al estallido: *da*. Así:

—*Miiiiieer... ¡da!*

Recorriendo a partir de dicha palabra, de atrás adelante, el enunciado completo, los congregados recompusieron mentalmente la brutal sentencia hasta asignarle el único sentido posible. Y, entretanto, Fermín Ayala declaró con timidez verbosa que lo que había querido decir es que la poesía actual española está pasando por una de las fases de menor creatividad de toda su historia. Añadió, pero ya era tarde:

—Dicho sea con todos mis respetos.

A este punto dedicó una rápida mirada a cada uno de los circunstantes como para darles a entender que no personalizaba. Su salida de tono pilló a todos amodorrados después de dos intervenciones realitas consecutivas: prosa en verso o al revés, aires conversacionales, asuntos cotidianos. Lope:

—¿A qué te refieres, Fermín? ¿Tendrías la amabilidad de explicarte? Supongo que no eres adversario de la buena educación.

Juanjo Changa se entrometió, burlón:

—Fermín se ha expresado con claridad. Sois todos unos poetillas de tres al cuarto.

—No he dicho eso —se sulfuraba/rebelaba el aludido—. No acepto que se tergiversen mis palabras. Estoy caracterizando una época, ni más ni menos.

Alberto Almandoz acababa de leer con monótono, penetrante taladro oral de tímpanos, una tira de frases (ah, ¿eran versos?, perdón) sobre un tema hechizador, el de las tiendas de su barrio cuando él era niño. *El tibio olor de la panadería / y al final, en la esquina, junto al bar de Ramón, / el viejo ultramarinos con la rueda / de arenques secos a la entrada*. Abandonó la silla eléctrica de un salto. Ni que se le hubiera encendido de pronto un ascua bajo el trasero. ¿Se sentía destinatario principal de la diatriba de Fermín Ayala? ¿Por qué se habían vuelto todos a mirarlo cuando aquel hijo de vulva venal había tirado por tierra el esfuerzo de diez mil (más o menos) poetas actuales españoles? ¿Por qué a mí, eh, por qué? Le habían chafado la actuación, se la habían tirado como quien dice a una letrina, y en su labio de abajo, algo más colgante que de costumbre, se columbraba un temblor íntimo de palabrotas.

Regresó a su sitio lanzando, por encima de la línea de cabezas, odio ocular hacia Fermín Ayala, quien, desde la otra banda de la mesa, acicateado por el gesto duro de

Lope, peroraba intrincadamente humilde, enredándose en zarzas perifrásticas y en un tono como de pedir perdón. Pero ya era tarde, ya de esta no sales sino transformado en un desierto donde no crecerá la amistad ni aunque la riegues.

Y dijo que a su parecer no existía entre nosotros un discurso poético fuerte, verdaderamente fuerte, ante el cual todos pudiéramos ubicarnos, bien para asumirlo, bien para rechazarlo, o simplemente para desviarse de él y crear formas expresivas nuevas, y que por tal razón en la poesía nuestra de ahora todo era disperso, inconexo y, en definitiva, débil, añejo y *déjà vu*, sin pretender con ello restar méritos a nadie.

¡Fuego!, ordenaron algunos en su despechada fantasía a sendos pelotones imaginarios de fusilamiento. El ajusticiado virtual remató su intervención con un aserto congraciante:

—Hay muchísimo talento poético en España, pero falta quien empuñe la antorcha y muestre el camino.

Silencio rencoroso, también extrañeza y, sobre todo, semblantes pensativos en los que se traslucía una duda común: a ver si es verdad lo que dice el memo este y por causa de las actuales circunstancias, las que sean, mi talento o no agota sus inmensas posibilidades o no recibe el reconocimiento público que merece. Como nadie tomaba la palabra, habló Lope:

—¿Has terminado?

—Sí.

—Si alguno desea discutir con detenimiento las cuestiones planteadas por Fermín, estoy seguro de que nuestro compañero, antes o después de la paella, se prestará gustoso a responder las preguntas que se le formulen. Seguimos.

La muchacha tuvo un mal presentimiento y, entre sí, decía: ahora no, porfa, ahora es mal momento, se ve que están todos enfadados. La mano despiadada de Lope extrajo de la bolsa la siguiente bolita de papel. Leyó:

—Vanessa Rincón.

Vanessa ¿qué? Más de uno tendió la mirada en diversas direcciones erróneas por no asociar el nombre aquel con la muchacha. Es que, claro, la conocían como la chavalilla del ciego, la preciosa acompañante de Mateo o por apelativos similares. La pobre se puso tan nerviosa que casi tira la silla al levantarse. El ciego, a su lado, la vio/ notó de oídas. Que adónde iba metiendo tanto ruido. Y de este modo no hizo sino inquietarla más. Conforme se alejaba le recordó que recitara:

—Como te tengo dicho, con calma y buena entonación.

Ella se dirigió demasiado deprisa, casi corriendo, pero tan ágil, tan sana, tan hermosa, a la silla eléctrica. ¿Persona? No, cuerpo. Todos aquellos ojos restregándose en sus turgencias mamarias, en su vientre plano, en la proporcionada redondez del culito de veintipocos años. El vuelo de la melena, qué maravilla. ¿Cómo no imaginar formas dadoras de placeres sublimes tras la informal indumentaria? Y Lope que la recibió haciendo ojillos sobre el estrado, olvidado por completo de la norma elemental de cortesía que obliga a mirar a los ojos y no por ahí abajo a la mujer

saludada.

Plena de gracia, la muchacha tomó asiento en la silla eléctrica. Los labios rojos sonreían con encanto provocador. Carraspeó mientras desplegaba una hoja de papel, que luego no leyó porque se sabía, la puñetera, el poema de memoria. No hay dedos en las manos para contar las pupilas que estaban desnudándola sin que ella se diera cuenta. ¿O sí? El escote desabrochado de la blusa desmentía la candidez que pregonaban su rubor, el gesto asustado, las femeninas manos evidentemente inseguras. Por cierto, llevaba varias pulseras de bisutería. Puestos a enumerar detalles, se le veía un poco la orla de encaje del sujetador. Lope, afortunado, de pie a su espalda, seguro que veía más.

La muchacha se encogió de hombros como diciendo: bueno, ya sé que no les van a gustar a ustedes mis poemas, que son poca cosa, como yo (¿falsa modestia?); pero, ya que estoy aquí sentada, con su permiso voy a recitar uno; por favor, no se rían. Y se arrancó con una simple chorradilla poética: *Yo vivo, si es que vivo, en un balcón*. Al instante se hizo en la sala un silencio macizo que ya quisieran para sí otros silencios por muy sepulcrales que sean; un silencio de cuerpos marmolizados, pulmones quietos y ojos que no se atrevían a cerrarse por miedo a perturbar la recitación con el estruendo de un simple parpadeo. Vanessa Rincón decía con una especie de naturalidad estudiantil sus versos livianos. Ni una mota de grandilocuencia declamatoria. Ni un pedazo de cursilería sentimental. Verso va, verso viene, pequeñas cintas de palabras que serpeaban un momento en el aire y luego, suavemente, se desvanecían dejando en los oídos del auditorio un humo tenue de sugerencias. *Y todas las mañanas / bebo un poco de niebla / en una taza con el borde roto*. Ahí terminó, la expresión dulcemente dolorida, los ojos gachos, y parecía una gacela segura de ser despedazada dentro de cinco segundos por las hienas que la escrutaban. Y, sin embargo, la manada crítica continuó inmóvil, silenciosa, hasta que una boca realita murmuró a media voz, benévola y mansa: muy bien. Entonces todos se echaron a un tiempo a respirar y Lope, ademán aprobatorio, le preguntó si no le apetecía recitarnos un segundo poema.

—Es que el otro no me lo sé de memoria.

—No importa, léelo, por favor. Ya ves que nos tienes embelesados.

Y lo leyó. ¿Bien? ¿Mal? Estúpida pregunta. Qué más da cuando se posee el duende, el ángel, el chisme ese sin el cual la humanidad preferiría que uno se dedicase a actividades exclusivamente utilitarias, para las que no es requisito indispensable el ejercicio sostenido del buen gusto, como por ejemplo serrar huesos en un matadero.

El poema trataba al parecer de un pez o mencionaba repetidamente uno. Un pez acostado dentro del cuerpo de ella *con la plata hacia arriba*. Un símbolo con connotaciones eróticas, aunque nunca se sabe. Había en los versos de la muchacha un punto de ambigüedad que los hacía resbaladizos a cualquier interpretación tajante y quizá por ello estaba la poetada a la expectativa de una alusión directamente sexual,

de tal forma que leído el último verso y cerrada la pescadería se miraron los unos a los otros como buscándose en las caras alheladas la explicación de un posible secreto de cuya existencia ninguno tenía constancia y el que diga lo contrario miente. También es posible que el pez no simbolizase nada (al pez pez y al vino vino) y que, finalmente y para acabar este embarullado párrafo, lo único erótico que había en la recitación de aquella pieza de piscicultura poética fuese la recitadora.

Desde que la muchacha había abandonado su sitio a la mesa para ocupar la silla eléctrica, Mateo Gil Salgado no apartó del techo los ojos inútiles, ocultos bajo las gafas negras. Hierático es poco: absoluto perfil de granito. Ya de por sí era rácano de gestos. Pues ahora más. Y si lo hubieran congelado no se habría notado en él ninguna diferencia.

La recibió con gélido desdén. Ella le susurró algo al oído (qué tal he estado o una cosa por el estilo) y él seguía escudriñando el techo con sus gafas negras. Hubo varias intervenciones más antes del descanso para tomar café y bizcocho, y el ciego, en cuanto salieron todos al pasillo, a solas con la muchacha en la sala de plenos, dijo:

—Mal, muy mal, Vanessita. Tantas veces que me he sentido orgulloso de ti, hoy no me has convencido. A ver, ¿por qué has recitado precisamente dos poemas que no tenías del todo trabajados? ¿Crees que no se habrán dado cuenta? A estas Jornadas sólo acuden especialistas, gente astuta que se ha bañado en todas las aguas habidas y por haber, y que lleva la escritura de poemas en la sangre. Les basta escuchar un verso para saber si el autor es o no es poeta. Igual que das un pequeño sorbo y sabes: este vino es excelente, este vino está picado. Pues con la poesía pasa lo mismo. ¿Acaso no tienes textos más pulidos? Por supuesto que los tienes y habrías causado con ellos mejor impresión. ¿No te has percatado del silencio al final de la lectura? Yo noto esas cosas. La gente, aquí, nunca aplaude; pero yo noto a mi manera si hay o no hay una tensión aprobadora en el aire. Y en tu caso, siento decírtelo, no la había.

—No llore, don Mateo, que me parte el alma verlo llorar.

—Qué sabes tú, criatura, de almas ni de nada.

Debido a las gafas opacas no había manera de comprobar si el ciego derramaba lágrimas o lloraba en seco. Tras unos hipos violentos, se le quebró la voz. ¿Y qué decir del tembleque de los hombros? Patético. Vanessa Rincón se apretó contra el viejo pueril, le acariciaba la mata capilar del cogote, le susurraba ternezas consoladoras y de pronto empezó también a llorar, con un largo hilo de lágrimas pero sin tanto alarde. ¿Por qué lloraban?

Eso mismo debió de preguntarse Felipín Cárdenas cuando asomó la cara por el vano de la puerta. No se quedó a averiguar el sentido de la escena. ¿Barruntó problemas y no quiso mezclarse? Lo cierto es que se retiró en dirección al refectorio de visitantes, donde la poetada bulliciosa, comentadora y fumadora andaba sirviéndose café, y un poco antes de llegar se apostó en una esquina desde la que podía abarcarse con la mirada el pasillo entero. Al rato aparecieron el ciego y la muchacha cogidos del brazo; él, toc, con su bastón; ella con el pelo recogido en moño

riguroso. Y la razón del cambio de peinado era que mientras abrazaba/besunqueaba al ciego sollozante, este había sentido con la mejilla, con la nariz o una sien los cabellos de la muchacha e, interrumpiendo de golpe los pucheros, dijo:

—Oye, criatura, no me digas que llevas suelta la melena.

—Se me acaba de soltar con el movimiento.

Le mandó que acercara la cabeza; tocó, receloso, por aquí y por allá, y, como era lo contrario de bobo, concibió sospechas.

—Dime la verdad. ¿Has tenido todo el tiempo la melena suelta? Sabes que soy contrario a que incites los bajos instintos varoniles.

Ella juró que no y se excusó echando la culpa a la goma, que se le acababa de caer, dijo, al suelo. Y simulando que se agachaba a recogerla, se la sacó de donde quiera que la llevara metida, se hizo rápidamente un moño y sometió de nuevo la cabeza al comprobatorio manoseo. De improviso, Mateo Gil Salgado le tiró como lengüetazo de camaleón la mano a la blusa, pero no topó sino la fila de botones en regla, pues la muchacha había andado lista y se había abrochado a tiempo el escote. Con esto se sosegaron los dos y, tras decirse lo mucho que se querían y pegar los labios, salieron al pasillo.

Felipín Cárdenas los dejó pasar y entró detrás de ellos en el refectorio, con la oreja puesta a su conversación. Le había indicado por señas a la muchacha que deseaba hablar con ella. Vanessa sirvió una taza de café a don Mateo. El ciego, exigente, gruñón, se quejó del exceso de azúcar. En el entretanto se le acercaron algunos a alabar el talento literario de su acompañante y él contestaba monosilábico y esquivo, y por último entabló conversación sobre cálculos biliares con Martina Muro, quien hablaba y masticaba bizcocho al mismo tiempo, y sobre la Feria del Libro de Valladolid con López Blanco.

En aquel lapso de parloteo, Vanessa Rincón acudió a la viva llamada que le estaba haciendo por señas Felipín Cárdenas desde la terraza. Y fue y este le expuso el plan de fuga. Que después de la paella y el inevitable fiestorro posterior, él y unos cuantos pensaban llegarse a la taberna del pueblo a celebrar por todo lo alto, sin presencia de viejos, lo que cada cual quisiera celebrar y que si ella, etcétera. Alegó, murriosa: es que don Mateo no va a estar conforme y me encerrará como ayer. Y el otro: que eso ya se lo figuraban, pero que habían encontrado en la caseta del jardín, junto a los aperos y demás cachivaches de labor hortofrutícola, una escalera extensible de mano, larga lo suficiente como para alcanzar la ventana de su habitación y que si estaba de acuerdo podría bajar por ella a una hora determinada de la noche y luego a vivir y disfrutar. Vanessa dijo que no podía empeñar su palabra, pero que ellos por si acaso fueran sin hacer ruido con la escalera y que entonces ella decidiría si los acompañaba, pues en principio, uf, no tenía ganas de darle un disgusto a don Mateo.

Lo vio sentarse dos mesas más allá. Ese chico tenía un buen cuerpo. No atlético, pero tirando a fuerte. Qué lástima que sea tan agresivo. Y como poeta, lo mismo. Ni medio gramo de ternura. Había empezado a cogerle miedo. Conque le propuso a Juanjo Changa, rápido, rápido, intercambiar los asientos. De esta manera lo tuvo a la espalda durante el almuerzo en el refectorio de visitantes. Se libraba de mirarlo y de estar pendiente de si la miraba, aunque sentía la quemadura de sus ojos todo el tiempo en la nuca. Ten cuidado, Evangelina, se decía. Lo de menos era que le fuera a Juan Luis Cabral con el cuento. Bah, que se chive. ¿Acaso no había entrado con su complicidad en la habitación? Una hora antes lo había oído recitar un poema sobre un hombre que observa las cicatrices de su cara en la hoja brillante de un cuchillo. Le había dado un escalofrío como cuando tenía aquellos pánicos siendo niña. Los ventiladores del techo daban vueltas sobre las cabezas de la poetada y el filete empanado estaba tierno.

Se sentaban cuatro a cada mesa. Juanjo Changa mojaba el condumio con unos chupitos de ginebra de su propiedad porque, claro, la bebida corría por cuenta de los comensales y quien tuviera sed podía/debía abastecerse en la Espelunca y apoquinar. Los otros dos, el Hiedra y Alfonso Gomendio (toda la puñetera comida hablando de fútbol), compartían una botella de agua mineral. La Nívea no se sabe si esperaba que le ofrecieran un trago. No se lo ofrecieron y comió sin beber. Comió poco, le faltaba tranquilidad. Aquellos dos puntos abrasadores en la nuca. Y al final le cambió el filete a Changa por las natillas.

Entre dientes:

—¿Qué hace? ¿Mira hacia aquí?

—Yo que tú le contaría al cabrón de Cabral la cabronada que le hiciste y si se cabrea que se cabree. Así te libras del chantaje.

—¿Está mirando o no?

—Es el único de su mesa que no se ríe. Tiene cara de haber asesinado bestialmente a siete mujeres en lo que va de año. Presumo que ha pensado en ti como siguiente víctima.

—No estoy de humor para bromas.

—Tú tranquila. Si te mata, lo matas.

A los postres, Lope fue de mesa en mesa repartiendo palmadas (¿limpiándose las manos?) en espaldas y hombreras. Sondaba ánimos, sacaba de dudas y al final advertía: a las tres y media continuamos, sed puntuales. Y cuando los tuvo a todos avisados se fue a dormir la siesta.

Otros, ahítos, soñolientos, hicieron lo mismo y a la Nívea se le cerraban los ojos de cansancio. Muy cuca, se unió de mentira al corro de fumadores de la terraza. Ni fumó ni conversó, sino que escabulléndose por detrás del seto, entró al edificio por la puerta que está un poco más allá de la capilla.

En el pasillo, ni sombra del perseguidor. Tan sólo Manolo Vélez y Teodoro Sanz secreteando en voz alta porque son medio sordos, te voto, me votas, pero esos no cuentan. Y en las escaleras, agradable soledad, nadie. Llegó a su piso y entonces, latido que casi le revienta el corazón, lo vio. Se había sentado en el suelo, con la espalda recostada en la puerta de su habitación.

Se levantó de un salto. Juventud, agilidad. Que cuánto la quería, que por favor lo dejase entrar con ella. Su deseo: escribir mientras la miraba o mirarla mientras escribía. Sin tocarla. Lo juró, apasionado, pueril. Al parecer tenía la escena soñada de antemano.

—Tomaré asiento a tres metros de distancia.

Le mostró un Moleskine de pastas negras, en octavo, y un bolígrafo como prueba de que sólo albergaba propósitos creativos. Se conformaba con que ella posase para él. ¿Pintaba, dibujaba? No. Y repitió que sólo deseaba escribir lo que se le ocurriera mientras la contemplaba, si desnuda o vestida eso no lo dijo.

Tenía los ojos grandes, idos; la boca, entreabierta. ¿Por qué no la cierra? Respiración de pez pasmado. Y la Nívea no paraba de volver la cara a un lado y otro del pasillo como buscando quien la socorriese. Alegó cansancio, dolor de cabeza, ganas de estar sola; pero el otro, con sus ojos grandes, idos, y su boca de pez lelo, hacía oídos sordos a los subterfugios, mientras escrutaba maravillado los labios parlantes de la Nívea. Sostuvo delante de ella el Moleskine abierto por la página donde estaban los versos manuscritos con letra torcida, minúscula, fea, que le había dedicado por la mañana. Breve inciso: no le habría conferido mayor autoridad mostrarle una placa de policía. Y con esto parece que se creyó con derecho a acercarse más de la cuenta.

La Nívea rugió:

—¡Alto!

Paco Valbuena tuvo un sobresalto que se manifestó como se suelen manifestar estas cosas: estupor facial, brusco encogimiento del torso, paso atrás. Se conoce que en sus sueños y fantasías no había sido previsto el rechazo enérgico de la mujer adorada, a no ser, claro está, que solamente se hubiera apartado de ella por un temor repentino al qué dirán. ¿Había testigos o qué? Todavía no, pero ya faltaba poco pues se oían voces en la escalera, cada vez más próximas, y risas de Martina Muro, la hembra corpulenta, jamona y disneica, que necesita unos cuantos hombres penetrantes al día para su ruidosa satisfacción. ¿Agarrada a quién llegó al descansillo? A Andreu Viñals. ¿Al metafa catalán? Al mismo que viste y calza, qué tiene eso de raro. A nadie le amarga un orgasmo. Formaban una pareja desigual, él más bajo y delgado que ella, pero a buen seguro útil para una conexión de cuerpos sustitutiva de la siesta. Lo llevaba al folladero agarrado, poseído, sujeto como presa de mantis religiosa, celebrando a carcajada limpia *els acudits verds* que él le venía susurrando.

Desde el extremo opuesto del pasillo, Paco Valbuena los siguió con la mirada. Se

olvidó de, no vio que, y para cuando quiso darse cuenta de, zas, la Nívea ya había introducido la llave en el ojo de la cerradura y adiós muy buenas. Por poco le caza las narices protuberantes entre la puerta y el marco.

Cuatro centímetros de madera contrachapada despertaban en la Nívea la sensación de refugio seguro. Estaba a salvo del congénere poético que gustaba de mirarse en la hoja de un cuchillo las cicatrices que no tenía. Abrió la ventana con vistas a las copas de los árboles, los tejados y el campanario del convento. Entraban la claridad, la paz del día, la seca fragancia de los montes cercanos, cubiertos de pinos; salía el olor a cerrado y de paso ella podría espiar desde la cama las conversaciones de los pajaritos. Se acostó sin desvestirse, descalza pero con medias. Por si acaso había fijado la alarma del despertador en las tres y cuarto. Lope no había extraído todavía el papelito con su nombre. A ver si se ha olvidado de meterlo. Y para evitar las agresiones de la luz, protegió sus ojos con un antifaz negro de terciopelo y doble goma.

Pensó en esto, pensó en lo otro. Luego vislumbró imágenes mentales, halagüeñas para su reputación de poeta hermosa, eternamente joven salvo en la realidad, y se fue sumiendo poco a poco en una agradable somnolencia negra de terciopelo, los ojos suavemente oprimidos bajo las almohadillas del antifaz. De pronto lo oyó hablar, de pie al costado de la cama, suplicante y humilde. Sin duda el pelma había entrado en la habitación valiéndose de la tarjeta/ganzúa.

Susto de muerte. Por poco se arranca la cara cuando se quitó de un zarpazo el antifaz. Sin pararse a pensar, llevó a cabo acciones raudas que se caracterizaron por el alto contenido de precipitación y alarma. En cosa de un tercio de segundo pasó de la postura yacente sobre la cama a la vertical delante de él. Estuvo en un tris de soltar un alarido que habría espantado a las criaturas del campo en un radio de dos kilómetros y trescientos cincuenta metros; pero él no paraba de hacer gestos de sumisión y ademanes tranquilizadores. La Nívea se percató de que el intruso había cerrado la puerta, lo que quieras que no saturaba la atmósfera de intimidad y convertía el refugio en el posible lugar del crimen. Sin tiempo para meditaciones ni ganas de coloquio, la Nívea corrió a abrir la puerta. Tan sólo entonces estuvo en condiciones de articular palabras.

—Sal, haz el favor.

Parapetada en el quicio, achicaba aire con la mano hacia el pasillo, nunca se sabrá si para indicarle a Paco Valbuena la dirección a que debía encaminarse ahora mismo o armo un escándalo que se hunde la casa, o si para producir efectos succionadores capaces de sacar al caradura de la habitación.

—Que salgas. Estoy muy cansada. Anoche se me hizo muy tarde. Necesito dormir.

Paco Valbuena, mustio, manso, inexpresivo, callaba. Un tozudo de marca mayor, pero no tonto, eso no. Mientras no se moviera del sitio prevalecería su voluntad, al menos parcialmente. Es dudoso, no obstante, que hubiese cometido allanamiento de

morada con el insólito objetivo de permanecer de pie sobre una estera. Bueno, pues allí seguía silencioso e inmóvil, entorpeciendo el paso como un trasto inútil en el angosto espacio comprendido entre la cama y la pared. Conjetura: había captado en el ruego/orden de que se largara una invitación a quedarse, esto es, trucos femeniles encaminados a poner a prueba la firmeza de su resolución. Ella le había ordenado salir al pasillo en un tono cada vez menos perentorio; pese a lo cual, dicho tono contenía, ¿en qué tanto por cierto?, rechazo, al respecto cabían pocas dudas, y esto contrariaba no poco al joven poeta. El cual tomó asiento en la silla adosada a la pared, la única que había en la habitación, el Moleskine en una mano, el bolígrafo en la otra, listo a convertir en escritura poética cuanto le sugiriese la acercanza física de la Nívea.

—¿Me prometes que no te moverás de la silla?

Se lo prometió. Y ella, tumbada de nuevo sobre la cama, le dijo:

—Tengo amigos, Paco. Bastante brutos además. No pienses que soy la típica desvalida.

Se lo puso a huevo para desactivar la advertencia.

—Yo también soy tu amigo y te defenderé.

La Nívea le disparó una última mirada antes de ceñirse el antifaz. Lo miró bien mirado a la cara, a las intenciones, a la mano que garabateaba en el cuaderno, y él no se atrevió a afrontar aquellos ojos penetrantes, suspicaces. Ella no se durmió enseguida. Fingió quietud de durmiente. La cercanía del varón perturbaba su reposo; pero el rasgueo de la punta del bolígrafo sobre el papel tenía algo de familiar y tranquilizador, y sobre todo le indicaba que Paco Valbuena no se había movido de la silla.

—¿Escribes?

La respuesta, en voz baja, le resultó tan suave en su afectuosa sonoridad, en su evidente propósito de hablar bajo para no molestarla, que se olvidó de seguir desconfiando del poeta laborioso/mirón, se durmió de golpe (o casi) y se pegó una siesta como Dios manda, si es que Dios manda pegarse siestas, de unos treinta minutos, que buena falta le hacía.

El despertador aún no había pitado (era de los de pi pi pi pi pi) cuando la Nívea inició el lento regreso a la vigilia. Poco a poco iba venciendo la pereza, movió la cara, movió una mano y, a todo esto, notó la tibieza de un dedo ajeno en la frente y la mejilla. Se acordó entonces de que no estaba sola en la habitación. Interpretando que Paco Valbuena, al verla despertar, ponía por obra aquel juego inofensivo, no se inmutó. Definitivamente Paquito se comportaba como un niño. Y el caso es que a ella, ahora que lo pensaba, le vendría de perlas un masaje. Necesitaba, no aquellas tímidas caricias que la traían al paio, sino unas buenas friegas en los hombros, la nuca y la espalda antes de bajar a la sala de plenos. ¿Acaso no se las merecía? Estuvo a punto de pedir las cuando Paco Valbuena le pasó el dedo por los labios. Ella se dejó hacer. Bah, un dedo por la cara no va a ningún lado. La complacía, además, que el

pobre apasionado se limitase a tan poca cosa, mientras en su fuero interno alimentaba con toda seguridad la esperanza de que ella le diese más, le diese todo. Pero, un momento. A la segunda pasada del dedo por los labios le entró a la Nívea en la nariz un tufillo. ¿Cómo un tufillo? Sí, un pequeño mal olor como de algas húmedas. Se quitó el antifaz y vio ante su boca un miembro erecto con todos sus complementos testiculares y pilosos, y detrás a Paquito desnudo. No contento con su facha ridícula, pidió disculpas, reconoció su error, en serio, lo dijo así, error: más grotesco, imposible. Que por favor lo comprendiese, que la quería tanto y no se aguantaba de deseo.

—Estoy desesperado.

Y para colmo pretendía leerle los poemas que había escrito mientras ella dormía. Catapultada por un furor repentino, la Nívea saltó fuera de la cama, los labios torcidos de asco por el olor a algas genitales y el resto de las facciones atareadas en mostrar un cabreo que no veas.

¿Por qué corrió hacia la ventana? Calma, todo tiene su explicación. Primero porque el pasmarote desnudo se interponía entre ella y la puerta. Segundo porque apartarse en aquella dirección le ofrecía la posibilidad de un mayor alejamiento. ¿Qué ocurrió? Pues que al pasar junto a la mesa se fijó por azar en el montón de ropa. Hala, salieron las prendas volando por el aire hacia el jardín, menos un zapato. El otro por poco les cae en la cabeza a Richi Bisabarro y López Blanco, que se estaban haciendo carantoñas y manoseando las respectivas braguetas detrás de un macizo de hortensias, al pie del edificio.

Consumada la faena, la Nívea se desenfadó. Y cuando comprobó que al pobre poeta se le había terminado la erección no pudo aguantar la risa. Tuvo, eso sí, piedad de él. Le prestó una toalla para que se cubriese, qué partes del cuerpo, eso lo dejó a su elección, si bien a Paco Valbuena lo que más le preocupaba no era atravesar el centro de estudios, cruzar ante la monja de la recepción y, quizá, ante las empleadas de la cocina y salir al jardín repleto de poetas españoles actuales, sino que se le hubiera roto el teléfono móvil. Es que, según dijo visiblemente apesadumbrado, lo tenía guardado en un bolsillo del pantalón.

Ella iba hecha una dama por la calle, el cuello estirado, el gesto de satisfacción, cogida del brazo de Tadeo Balboa, como diciendo: que nadie se acerque, este hombre es mío, lo he encontrado yo.

San Juan de las Lomas: ciudad con tractores, pueblo con semáforos. El aire, sobre los tejados, cosido de vencejos. Y eran fiestas de san no sé qué, pero no de san Juan. Envolvía a la pareja un sol amable. Ni rastro del horno que achicharra estos parajes en agosto. Y Amalia Solórzano, gafas de sol, aventuró nada más llegar a los soportales de la plaza Mayor (rica sombra, suelo de losas centenarias) una definición de la felicidad, algo así como que, cumplido cierto número de años, un día sin dolor es ya lo máximo que puede depararnos la vida.

Tadeo asintió, aunque no está claro que hubiera oído la afirmación completa, pues en el quiosco de la plaza, ahí cerca, andaba dale que te pego una orquesta municipal. Y nada de chunda chunda. Música española de calidad. El maestro Chapí, si bien mezclado en profusas cantidades con campanadas de iglesia, vocerío de gente y ruidos del tráfico. Una pareja de ancianos bailaba junto a las palomas picoteantes. Tadeo Balboa, la sosería en persona, se permitió un comentario más o menos jocoso. Ella, con sonriente severidad, lo reconvino.

—¿No te parece bonito que la gente se quiera?

Todo el mundo en el gremio poético sabe que ese tipo de preguntas abruman a Tadeo. Entonces, ¿para qué se las hace? LOS ITALIANOS, ponía en tubos de neón apagados, y Amalia, cariñosa, lo quiso invitar a un helado, pero no. Que primero las obligaciones. Él conocía de otros años el camino y poco a poco se dieron cuenta: tenían el coche aparcado en el quinto pino. ¿Y los bultos, más tarde? Ella propuso esperarlo con la compra en algún sitio y que él viniera a recogerla. ¿Y Conchita y Susana? A Tadeo se le notaba que las consideraba un incordio. A la ida, aún; pero ¿dependen de ellas para la vuelta? Si se perdían, si no eran puntuales, si les sucedía un contratiempo, ¿qué?

—Pero, hombre, no seas tan agorero.

Como prueba de que no se quería entrometer (la paella es cosa tuya, yo me lavo las manos, bastante he cocinado desde joven), dijo que lo esperaría fuera, tomando el sol allí, en aquel banco público, ¿lo ves?, frente a la entrada del supermercado.

—No, mujer, ya que estás aquí entra conmigo.

No se lo tuvo que repetir. Ella entró primero, pero tuvo que volver. ¿Algo grave? Qué va, es que Tadeo la estaba llamando por señas porque le hacía falta una moneda para el carro de la compra. A Amalia le costó unos instantes percatarse de aquella fabulosa novedad en su vida reciente. Iba para largo tiempo que nadie la necesitaba.

Fue la empleada de la frutería quien se lo dijo.

—Perdone, señora. La está llamando su marido.

Ella, corroborante:

—Ah, pues es verdad. —Y dio las gracias y sonrió.

Dos representantes de la poesía española contemporánea, no en el ocaso de sus días, pero más o menos en la media tarde de la edad, conversaban junto a una caja repleta de sandías. No hay duda que de invernadero. Seguro que no saben a nada. Bueno, bueno, pidió dos, esta y esa de ahí, las más grandes. Amalia repitió en voz baja que no deseaba entrometerse, en serio, pero a su juicio dos sandías no alcanzaban para veintiséis bocas. Sí, pero es que algunos no prueban la fruta. Con eso y todo, ella propuso la compra de cuatro (estaban a buen precio) y que se reparta mañana de postre lo que sobre, ¿no crees? Él replicó tibiamente rechazador. Que lo tenía todo planeado, que este era el tercer año consecutivo que se encargaba de la cena y no recordaba que en ocasiones precedentes hubiera faltado de comer ni de beber. Resultado: Amalia le dio la razón; acto seguido, él compró cuatro sandías.

Enfilaron el pasillo de la bollería y las galletas, el más cercano. Amalia:

—¿Tú tienes alma? Dime la verdad. Tú, en este preciso instante y en este supermercado de provincias, ¿llevas un alma como llevas los otros órganos? Vamos, no me jodas.

—Ya te he dicho hace un rato que no creo en las niñerías de la religión como nos las inculcaron en la escuela y desde el púlpito. Pero sí creo en la posibilidad de una experiencia espiritual. Incluso me parece que la vida cobra sentido por nuestro esfuerzo de crear una dimensión interior. Da igual cómo la llares. La palabra «alma» es una simple manera de nombrar ese espacio de la intimidad. A mí no se me ocurre otra. No puedes negar que tú sabes reconocer las cosas bellas y nobles allí donde muchas personas, por falta de cultura, por insensibilidad, por lo que sea, ni se enteran. Y otro tanto puede decirse de la rectitud moral. El mundo repercute dentro de nosotros y, cuanto más complejos somos, más complejo es el mundo. Y si somos sensibles, el mundo es un cúmulo de sensaciones maravillosas y nos emociona. Por mí puedes reírte si te apetece.

Estorbaban en medio del pasillo.

—Permiso.

Cedieron el paso a una señora empujante de carro. Y Amalia esperó a que se hubiera alejado varios metros antes de decir:

—Eres un santo. ¿Nadie te lo ha dicho? Qué suerte tener sensores para reconocer y disfrutar las maravillas del mundo. Y para sentir ternura, ¿cómo las has llamado?, por las pequeñas cosas de la vida. Los pajaritos y demás. Conque belleza, ¿eh? ¿Cuánto tiempo llevamos hoy juntos? ¿Dos, tres horas? Y aún no te has tomado la molestia de decirme si estoy o no estoy guapa.

—Respétame, Amalia.

Ella se plantó con expresión airada delante del carro. Tadeo se tuvo que detener de golpe y en consecuencia se produjo un vaivén de sandías. Ella, retadora:

—¿Te parezco guapa?

La miró desconcertado, tímido, con sus ojos/bolitas.

Dijo que sí con moderado convencimiento y reanudaron la marcha sin hablarse, dirigiendo cada cual la mirada hacia el lado donde no estaba el otro, y compraron arroz, y ella, con repentina dulzura, preguntó:

—¿Estás seguro de que esa es la cantidad suficiente? —Y él no respondió.

Volvió a entrometerse, esta vez en la pescadería. Luego dijo que porque no hay derecho. Les estaban poniendo langostinos rotos y pequeños y cabezas sueltas cuando por la parte de abajo de la caja había unos medio tapados que brillaban como nuevos y eran el doble de grandes. Conque porfió con la pescatera. Esta ni siquiera se dignaba mirarla. Volcó con una mala leche que no veas todos los langostinos que había juntado sobre el papel, pero si se cabrea que se cabree. Tadeo, corrido, no sabía adónde mirar y Amalia, vigilante, el gesto duro, no perdía de vista el guante de goma de la pescatera.

—¿Algo más?

Y como Tadeo callara, respondió ella secamente que eso es todo. Ni gracias ni Cristo que lo fundó. Y mientras la otra sellaba el paquete con la pegatina del importe, Amalia preguntó a cómo estaba el bacalao. Ganas de irritar. La pescatera le enseñó el cartel.

—Aquí está escrito. —Que fue tanto como decir: ¿es usted ciega o no sabe leer? A continuación, con retintín provocador—: ¿Cuánto bacalao le pongo?

Y Amalia Solórzano, ya dándole la espalda:

—No me ponga nada.

Asomaron a los respectivos labios adivinables insultos apenas dichos: insolente, desgraciada u otros por el estilo. Después, el poeta y la poeta (a Amalia Solórzano la palabra «poetisa» le evocaba antiguas señoritas tísicas de pueblo metidas a escribir poemas sobre las rosas y el oro del atardecer) compraron la carne y el resto de los ingredientes. Lo último, el vino para la sangría. Uno de mesa, a 3,7 euros, doce botellas en dos cajas de seis como en años precedentes y el que quiera excederse que se provea en la Espelunca pagando de su peculio o baje a la taberna del pueblo.

Tadeo Balboa pagó el importe de la compra con el dinero que le había entregado Lope dentro de un sobre. Amalia insistió en echar un vistazo al tique. Bisbiseaba cifras, lanzaba miradas comprobatorias hacia el interior del carro, no te preocupes que enseguida acabo, y volviendo a la caja le preguntó a la chica, en aquellos momentos ocupada (pip, pip, pip), señalándole una línea del tique con dedo suspicaz, acusador, qué significa esto. La chica, con la aleta de nariz atravesada por un *piercing*, dijo que el aceite de oliva y, aunque era verdad, a Amalia le costó admitir que todavía existe en el mundo la honradez. Cuando tuvieron todo dentro de las bolsas menos las sandías, claro está, se dieron cuenta de hechos irrefutables: compra pesada, coche lejos, calor perjudicial para la carne y los langostinos. Este último punto se revelaba singularmente problemático.

—Cogemos un taxi. Pago yo.

—Y mientras vamos a comer, los alimentos se cocerán dentro del coche.

Tadeo Balboa la dejó decidir, obrar, planear. La inmemorial derrota del varón bondadoso, de la corpulencia mansa. Se le había ocurrido, atrevimiento supremo, una idea: subir al centro de estudios, poner la compra en sitio fresco, volver a San Juan de las Lomas. En menos de un minuto, Amalia Solórzano le demostró con veloz elocuencia el sinsentido de su propuesta. Conclusión: tú déjame a mí.

Y prevaleció el poder de la hembra.

—Guárdalo bien y no lo pierdas.

Era el resguardo que acababa de darle el empleado solícito, reverencioso, que tras decirle que por supuesto, señora, se llevó el carro a la cámara frigorífica del supermercado como si fuera lo más importante que hubiera hecho en toda su vida. Cerraban a las nueve de la noche, así que tenían tiempo de sobra. Y ahora a comer. Tadeo salió a la calle cabizbajo. Otro mandado. Otro que va detrás.

Mesón Asador El Molino, en una bocacalle que daba a la plaza Mayor, menú del día (14 euros, bebida aparte), menú a la carta y amplia carta de vinos. Entraron, pidieron, sorbieron, masticaron. La mesa, con mantel de papel de usar y tirar, situada en un rincón, estaba razonablemente protegida del barullo, junto a una ventana. En las paredes, fotografías enmarcadas con motivos cinegéticos; por encima de Tadeo, la cabeza disecada de un ciervo. Amalia, de espaldas a la ventana, con un gin-tonic para hacer boca:

—Vivo sola. No echo la culpa a nadie porque en parte así lo he querido. Los primeros meses, después de lo de Marta, yo misma me retiré de la circulación; pero, en general, vamos a decir que la gente se apartó de mí más que yo de la gente. Me he sentido a veces como una leprosa. ¿No te pasó lo mismo cuando tu mujer se puso enferma?

—No.

—Pero tengo planes. Estoy tentada de vender el piso y largarme a vivir unos años al extranjero, a un sitio con mar y buen clima, donde nadie me conozca. Lejos de España. España me pone de los nervios. ¿No te pasa a ti lo mismo?

—No.

—Claro, tienes a tus hijos. No te faltan razones para vivir aquí. Algún día heredarán. Tu vivienda, tus libros, tus ahorros. Yo, en cambio, ¿a quién dejo lo mío, aunque no sea mucho? ¿A parientes a los que hace mil años que no veo? Nunca los tragué ni me tragaron. Preferiría hacer una hoguera con mis bienes. ¿Tú cómo te las arreglas para soportar la soledad? Porque no me vas a decir que no estás solo.

—Escribo, leo.

—¿Eso te basta?

—Me gusta el fútbol, mis hijos me visitan.

—A ti el sexo como que no te va, ¿no?

—No mucho.

—Ah, pero ¿un poco sí?

—Depende.

Y siguió masticando como si tal cosa su chuletita de cordero, impertérrito a todo lo que ella dijera, sujetando (¡la bronca que le habría echado Cándida!) las piezas de carne con los dedos grasientos. No la miraba a la cara al responder, sino por encima del hombro hacia la ventana, y entonces las vio pasar y no dijo nada. Con Susana Valcárcel, que iba delante, no estuvo seguro. La imagen le pareció irreal. En fin, prejuicios. Pero la ropa negra de Conchita Arroyo no dejaba lugar a dudas. Eran ellas, las dos agarradas a y amarteladas con sendos mozos. Risas, contorsiones, juega y desaparecieron de su vista.

—Si no me largo a vivir al extranjero, quizá adopte un niño. Bueno, una niña. Una negrita o una oriental, ya veré. Tengo que informarme. ¿Qué miras?

—No, nada.

Acordaron tomar café en otro local. Amalia Solórzano pagó la cuenta. Insistió tanto. Allá ella.

—Me ha dado de repente como un subidón de euforia. ¿Se me nota?

—Bastante.

Junto a una columna de la plaza Mayor llamaron (llamó Amalia) al móvil de Conchita Arroyo. No se ponía. Cinco minutos después, junto a otra columna llamaron de nuevo y nada. Qué raro. A la tercera columna: que no las esperaran, que lo del coche iba a tardar un rato y tenían previsto subir a Morilla del Pinar en un autobús que sale a las cinco y media. Amalia le preguntó a Tadeo si las podían esperar. A Tadeo por poco se le caen al suelo los ojos/bolitas.

—Yo a las cinco y media ya tengo que estar en la cocina.

Así que tras el café buscaron el coche, entraron en el aparcamiento del supermercado y antes de las cuatro ya estaban de regreso al centro de estudios. Amalia Solórzano sufrió un ataque prolongado de locuacidad. No callaba. Subían el puerto (curvas y pinos) cuando dijo:

—Sé que me evitáis. Tú y todos, convencidos de que estoy trastornada. Ayer, cuando Lope me arrumbó como a un desperdicio en el cuarto de los libros, me dieron ganas de recoger mis cosas y marcharme a casa, pero ¿qué hago yo en mi casa sola? Aparte de que vine en el minibús y no puedo viajar por mi cuenta. Imagina lo desesperada que era mi situación que preferí la humillación a la soledad. No os estáis portando bien. Perdona que me desahogue contigo, pero es que eres el único que me escucha. A ninguno de los compañeros le intereso. Piensan que estoy para que me encierren. ¿Tú crees que soy una perturbada mental? Y si así fuera, ¿no merezco un poco de delicadeza, incluso un poco, no digo mucho, simplemente un poco de comprensión?

Tadeo Balboa no despegó los labios durante todo el viaje. Atento a la carretera, de vez en cuando un pestañeo ponía una momentánea señal de vida en su perfil petrificado. En la explanada del centro de estudios, mientras descargaban entre los dos las bolsas de la compra, ella le dijo con los ojos levemente lagrimosos que se lo

habían pasado bien, ¿a que sí? Él asintió sin añadir nada de su parte a la conversación.

Imaginó latines sacros, agudas gargantas monjiles, ecos gregorianos que rebotaban, aban, en los gruesos muros pétreos. Dos docenas de hábitos se repartían por los reclinatorios. Al fondo, las espinosas de clausura, de rodillas en las losas, con las caras tapadas por velos negros. Arden los cirios, humea un incensario y la claridad es poca, oscurecida por el azul profundo, color predominante de las vidrieras.

El capellán don Mengano, vinoso de cara, hinchado de cuello, oficiaba con alharacas solemnes, relamidas. Ya el sermón era pasado. Ya la hostia consagrada era pasto de los ácidos estomacales. La misa llegaba a su fin. Y el eclesiástico tornóse para hacerle una reverencia al Cristo crucificado, que sufría clavos y espinas en el centro del retablo desde hacía tres siglos o más. La comunidad al completo, con velo o sin velo, vio/reconoció la ominosa mancha en la parte trasera de la casulla, allá en la zona donde toda persona, por naturaleza, se analga, y Eugenio Alpuente, que estaba imaginando la escena arrodillado entre las espinosas de clausura, lego en ritos y costumbres conventuales, soltó una breve pero sonora risotada, por más señas sacrílega y, ya puestos a encadenar adjetivos, extemporánea.

Lope:

—¿Qué coño pasa ahora?

La poetada cejijunta se volvió a mirar al metafa. ¿Otra extravagancia? ¿Otro comportamiento anómalo para no variar? Julio Manuel Rentero, usufructuario en aquel momento de la silla eléctrica, interrumpió su recitación. Con mohín de cabreo, trataba de averiguar por qué su público, hasta entonces respetuoso, murmuraba, se removía en los asientos, miraba hacia donde no estaba él. Llevaba un fular estampado, los rizos brillantes de gel y una mosca lo había estado molestando desde la estrofa segunda hasta la quinta. Apeló a la autoridad de Lope y, amanerado, rogó/exigió que se le permitiera recitar de nuevo su poema desde el principio.

A Alpuente no lo inmutaron las miradas de reprobación. Estaba convencido de que con la cara cubierta por el velo negro nadie podía reconocerlo. Cruzado de brazos, con la barbilla pegada al pecho, volvió a la iglesia imaginaria; pero, por mucha prisa que se dio, la encontró desierta. En el suelo, junto al altar, yacía la casulla, arrojada de tal manera que quedaba a la vista la mancha semejante a un pan de hogaza. Buscó ornamentos de oro para vendérselos a algún comprador callejero de la plaza del Sol. El sagrario, maldita sea, estaba cerrado con llave. Trató de forzarlo. Sintió en los dedos un calambre de padre y muy señor mío. ¿Estaba electrificado el chisme? Con milagritos a mí. Tras reiteradas tentativas, consiguió desencajar la portezuela haciendo palanca con el extremo de un apagavelas. Acción poco estética, pero útil. Sin embargo, decepción: los cálices, el copón, una pila de patenas, en fin, los objetos litúrgicos tradicionalmente confeccionados en metal, eran de plástico, puro *tupperware*. Por curiosidad le echó un vistazo a la custodia. Lo que se temía: *made in China*. Poco después descubrió en una de las paredes laterales un cuadro de

Zurbarán en buen estado. Un orante al pie de la cruz, en estilo tenebrista, de 290 × 168 cm. Trató de descolgarlo. Pesaba demasiado.

La cosa hay que explicarla. Media hora antes, durante el descanso del café y el bizcocho, apretado por Dámaso Carranza de León, que le hizo una serie de consideraciones de orden moral, las cuales no lo persuadieron, pero por librarse del pelma decidió plegarse a ellas, Eugenio Alpuente dobló la casulla de modo que la mancha no se viera y llevó dicha mancha junto con la casulla a la portería del convento.

—Buenas tardes.

Y la monjita estupefacta, octogenaria tirando a noventa, medio sorda, no sabía nada de lo ocurrido anoche. Eugenio Alpuente, mal pertrechado de serenidad, empezó a perder la paciencia apenas iniciado el diálogo. Es que no tiene costumbre de manifestarse explicativo en presencia de monjas tenientes. Se le escapó un palabro: joder, le repito que. Y en el fondo se cabreaba porque no sabía si decir hermana o madre. Para hermana la espinosa se le figuraba demasiado vieja, y madre, lo que se dice madre, sólo hay una, que no me vengan a mí con. ¿Y abuela? No se le ocurrió. Total, que convencido de que no lograría hacerse entender, desistió de poner a la monja en autos sobre la conveniencia de lavar la casulla y se limitó a tirar/depositar la prenda hecha una bola informe en los brazos de la atónita portera, la cual seguía sin captar la jugada ni saber quién era el incalificable visitante que, en esto, se dio la vuelta y se largó mordiendo susurros.

Antes del descanso bizcochero y cafetil, Lope había sacado de la bolsa el papelito con su nombre. Lo leyó. Pero se conoce que a Eugenio Alpuente el recital/concurso se la refanfinflaba bien refanfinflada. Absorto, indolente, los párpados entrecerrados, no reaccionó. Lope mandó por señas que no despertasen a la estatua y devolvió el papelito a la bolsa. ¿Confiaba en que al cabo de un rato una taza de café y un buen paralelepípedo de bizcocho devolviera al metafa al reino de los despiertos? Aún habría de salir más veces el papelito de marras en el transcurso de la tarde. En lugar de leer el nombre, Lope comprobaba si Eugenio Alpuente estaba en condiciones de emprender una expedición previsiblemente ardua hasta la silla eléctrica (a ocho o nueve metros, para él una travesía por el desierto). Y como en todos los casos lo pillaba sumido en apacible agonía, una vez incluso con la cabeza derribada sobre un hombro, al final pues qué iba a hacer, optó por meterse el papelito en un bolsillo del pantalón. Por tal motivo Eugenio Alpuente fue el último en recitar, si es que se le puede llamar así a lo suyo: una exhibición de desgana, miradas displicentes y tres minutos para una docena de versos crípticos entreverados de silencio.

El café se lo perdió por ir a la portería del convento a devolver la casulla. Se lo habría perdido de todas formas por su rechazo a relacionarse con la poetada aborrecible. Pero hubo lo que hubo. Volvía al centro de estudios por la explanada. El sol se derramaba alumbrador, equitativo, sobre el montuoso paraje y sonaban pájaros esporádicos. Por encima de su cabeza oyó un silbido de nula solera ornitológica. Así

se llama a los perros. No se dignó levantar la mirada. Le chistaron y lo mismo. Pero:

—Eugenio, Eugenio.

Allá estaba, asomada a una de las ventanas, haciéndole señas con la mano. Tenía el torso suspendido en el vacío. Si sería él cabrón que instintivamente se acercó a la pared para inducirla a estirar un poco más el cuello y que la ley de la gravedad se incautase de su voluminosa figura. La odiaba. Le tenía un odio físico y metafísico, material y espiritual, redondo y cuadrado, como a casi todos los participantes de las Jornadas Poéticas con la excepción de sus pocos amigos.

Ella, tras chistarle de nuevo, le secreteó:

—Tengo que hablar contigo.

Y él, que venía encendido de impaciencia y desazón y todo lo que se diga es poco después de hablar con la monja de la portería y porque no había probado bocado desde los hongos de la víspera y porque, etc., le respondió como quien dispara a matar:

—No follaría contigo ni aunque me pegaran con un látigo.

Martina Muro lo dejó seguir, cris, cras, pisando el suelo de gravilla sin decirle nada. Pero cuando el metafa se hubo alejado unos cuantos pasos en dirección a la entrada, le soltó por detrás, como quien no quiere la cosa, que le concedía un minuto. Alpuente, hijo de la ira, se revolvió. Con todo, no le dio tiempo de mandarla a tomar por, pues ella, anticipándose, le dijo:

—Tengo noticias fundadas de ciertos manejos tuyos en internet.

—¿Qué noticias?

Para cuando Alpuente, lerdo de lengua, deslumbrado por la luz de la la tarde en la cal de la pared, acabó de formular la pregunta, ella había cerrado la ventana. El metafa decidió averiguar. Monologaba bisbiseante: noticias, noticias. No tuvo que buscar la puerta. Martina Muro lo estaba esperando en el pasillo.

—Se dice, se cuenta.

—Quién dice, quién cuenta.

Se retiraron hacia la ventana del fondo. Ella puso las cosas en claro desde el principio. A ver, guapo, que no quería nada de él, ni llevárselo a la cama, porque no era su tipo, ni su voto al final de las recitaciones, lo cual distaba mucho de quitarle el sueño porque siempre gana un tío las injustas poéticas, nosotras no pintamos nada, somos adornos.

—Y tampoco quiero que me perjudiques. Sería capaz de pagar a un sicario.

—Pero ¿de qué hablas?

En breve se reanudaría el recital. Ella aún no había actuado. Así que resumió:

—Difundes en foros de internet, blogs y páginas de comentarios una reseña ultraelogiosa de tu *Matinal de la hermosura*, siempre la misma, firmada con nombres varios, casualmente de mujeres. Te pones la nota máxima. Allá tú. Yo ahí no me meto. Ahora bien, sucede que con los mismos nombres o con algunos de ellos firmas diatribas contra las obras de otros y contra las personas. Conmigo parece que aún no

te has metido. Menos mal porque me la pagas.

Alpuente hizo ademán de protestar. Ella lo interrumpió:

—Lo sé de buena tinta. Como lo de tu monumental cagalera. Me lo ha contado uno que te conoce bien.

—¿Quién?

—Ah, ya veo que no lo niegas.

—Yo no me escribo las críticas. Ni las buenas: sería demasiado aburrido; ni las malas: sería demasiado divertido.

Volviéndose hacia la ventana, Martina Muro hizo un comentario vagamente meteorológico:

—Se está poniendo cínica la tarde.

—Me tenía que haber largado ayer con Garrido. Esta es una casa de intrigantes y de putas. Me difamas. Tengo muy mala hostia, te aviso.

Eugenio Alpuente usó en un minuto tres veces la palabra «infundio». No andaba fino de reflejos, no le fluía el lenguaje, hablaba/farfullaba escrutando o bien el suelo o bien una planta de interior que allí cerca estaba, tan brillante que parecía de plástico. Intercambiaron miradas penetrantes, se sonrieron con odio, diferían en los puntos de interés. Ella: que le diera garantías de que no tramaba atacarla en internet. Eso le bastaba. Y luego añadió, con retintín: de momento. Él: que quién se dedicaba a divulgar el monstruoso infundio.

—Alguien se ha empeñado en desprestigiarme. ¿Ha sido Dámaso?

Martina Muro no se tomó la molestia de responder. Echó a andar en dirección a la escalera, dejando a su paso una densa estela de perfume. Como para derribar mosquitos al vuelo. Mientras se alejaba, grande, poderosa, Eugenio Alpuente formó con la mano derecha la típica pistola. Apuntó a la espalda de la mujer. No había testigos. Disparó. Una, dos veces. La vio seguir su camino, alcanzar la escalera, perderse de vista sin percatarse de que había sido asesinada.

Como estaba apalabrado, a las dos las dos volvieron al taller mecánico Barahona. Óxido, grasa, una mosca. Saludaron, sarcásticas, a la enorme puerta cerrada, la única persona que las estaba esperando a la hora convenida. Conchita Arroyo se arrancó a hacer crítica social. Este país es uno de los mayores productores mundiales de impuntualidad. Ese tipo de frases. A Susana Valcárcel le tiraban más los números. Soleándose junto a la pared, la cara levantada al cielo: que si la reparación costaba más de dos mil euros, mejor se compraban un coche de segunda mano.

A y media, run run, la grúa. En el remolque, el coche muerto. No malherido como por la mañana. Asesinado. Innecesaria la autopsia. Causa obvia de la muerte: sucesivos linchamientos. Se conoce que los del puebluco (aldeanos con mala baba, quizá un grupo de chavales autorizados, incluso inducidos, a destruir), a falta de ocupaciones ruralmente provechosas, le habían dado otro repaso al coche. Todas las ventanillas rotas; el techo, no abollado como antes: hundido; los asientos, rajados, y los delanteros, además, con quemaduras de diversa consideración.

Barahona hijo se apeó de la grúa. Tenía un porte chulito, de *sheriff*, de «me limpio el culo con billetes de cincuenta euros, ¿qué pasa?» Dio el pésame en forma de explicaciones técnicas. A su lado, Quique, el empleado joven, fornido, retaco, con el mono grasiento y unas manos como recién lavadas con tinta de calamar. El único que hablaba era el hijo del jefe. Que ellos arreglan lo que les echen, pero ¿merece la pena? Y sin especiales precauciones, ¿para qué?, descargaron los restos mortales del vehículo en un rincón del solar.

Quique, servicial y previsor:

—El último autobús para Morilla sale a las siete. Hay otro a las cinco y media. La parada está pegada al ayuntamiento.

Una de ellas:

—Gracias, tenemos quien nos lleve.

Barahona hijo acababa de echar el candado a la verja del solar. ¿Para que nadie robe la chatarra, la hierba seca, las lagartijas? En cuanto supo de qué iba la conversación, intervino organizador, resolutivo.

—No jodas, Quique. Nosotros las subimos.

Las animó a no hacerse mala sangre por la defunción del coche. Bueno, él habló de destrozos; pero, total, patatas. Aplicó a la población morillana tres adjetivos de una elevada temperatura injuriosa. Ofreció tabaco, dio fuego, trajo a las mientes las fiestas de la localidad. Demostró que se sabía de memoria el programa de festejos. Propuso ir a comer. Por la manera ostensible como miró el reloj, no un Rolex, pero por ahí, por ahí, se deduce que apoquinaría de buena gana. Conocía unos cuantos sitios donde se come de maravilla (aún no había confianza como para decir se come de puta madre, pero ya faltaba menos), recomendó viandas, él se encargaba. ¿Encargarse = pagar la cuenta? Ellas intercambiaron una fugaz mirada. Suficiente

para entenderse.

En esto, se quedaron solas pues ellos entraron al taller a lavarse y, según Baharona hijo, ponerse guapos.

—Susa, mi amor, necesito urgentemente una sobredosis de vulgaridad.

—Y yo tengo muchísimas ganas de sacar a pasear al perrito que nunca tuve.

—Luego no me vendrás con que te has arrepentido, ¿eh?

—Estoy tan decidida como tú.

—Perfecto. Entonces vamos a divertirnos sin piedad.

Salieron ellos al cabo de un rato repeinados, olorosos, machotes, con las uñas tirando a oscuras. Y antes de alcanzar el final de la calle ya se había emparejado cada uno con la suya conforme al reparto convenido poco antes junto al lavabo del taller.

A la altura de la casa con el escudo de armas, Conchita Arroyo se agarró del brazo de Barahona hijo; este le susurró con defectuosa gramática una galantería al oído y ella aprovechó para estamparle los labios en la mejilla. Le dijo que le gustaban las caras masculinas que pinchan, como la suya. Y Barahona hijo, inflado de virilidad satisfecha, se volvió al subalterno, que no venía mejor rasurado a dos metros por detrás, como para significarle que a esta la tengo en el bote, aprende de mí, enano. Quique no necesitó aprender. Para cuando quiso darse cuenta, Susana Valcárcel se había arrimado a él con tales bríos lujuriosos que el chaval no encontró la forma de continuar su charla insulsa sobre mecánica del motor. Ella, que le sacaba medio palmo, le dio un pequeño tirón en la oreja. Le preguntó:

—¿Te gusta follar?

—Pues claro, a quién no.

Que si esto, que si lo otro, llegaron a la plaza Mayor. Flotaba en la sombra del soportal un olorcillo rico a fritangas cercanas. Se pararon a deliberar. ¿Casa Cristina, Mesón El Molino o el Onofre? Por categoría, sin duda, este último; pero clavan. Clavar es poco. Crucifican. A Quique, asalariado, clase obrera, se le dilataron las pupilas temerosas.

Barahona hijo lo tranquilizó poderosamente:

—Tú déjame a mí.

Conque al Onofre, que además estaba a cuatro pasos. Susana Valcárcel, con artera mojigatería:

—No será muy caro, ¿eh? Que bastantes gastos nos va a causar el coche.

—Estáis invitadas.

Se arracimaba numerosa parroquia junto a la barra del Onofre; pero en el comedor, al fondo, no había un alma masticando. Los precios ahuyentaban. Y las lésbicas, nada más tomar asiento, pidieron seria y elegantemente una copa de cava. Barahona hijo intercedió con ademán faraónico/campechano:

—Saca champán, Rogelio.

Ellas se fueron juntas al baño. A soltar aguas y risas largo rato contenidas, a convenir la estrategia, a lavarse las manos, a juntar las bocas y las lenguas. De vuelta

a la mesa, allí estaba la botella de lujo cubierta de fresco rocío, hundida en los cubitos de hielo de la champanera, y las copas esperándolas en simétrica disposición sobre una bandeja de peltre, y Rogelio encorbatado y tieso, y en el techo daba vueltas un ventilador.

Dentro del bolso negro olvidado sobre la silla había sonado un móvil, les dijeron. Y cuando estaban brindando, por la amistad (Barahona hijo), por el amor (Susana, con teatral coquetería), sonó de nuevo. Conchita Arroyo salió del comedor para hablar sin testigos auditivos. Amalia. Lo del coche iba a tardar un rato, mintió. Hostia, no le iba a revelar que estaban comiendo en un restaurante de postín (¿con cantantes famosos, empresarios forrados de pasta, futbolistas de primera división?) con los dos mecánicos de antes. Se acordó del horario de autobuses. Y al final quedaron en que no las esperasen, que ellas subirían al centro de estudios por su cuenta.

Susana Valcárcel se estaba quedando con los dos ingenuos:

—Estamos decididas a ingresar en la orden. Ya hemos firmado.

—¿Os vais a encerrar para siempre? ¿Dos mujeres tan guapas?

—Hasta ahora hemos vivido para dar y recibir placer. A la larga es muy agotador, os lo aseguro. Y nos sentimos vacías por dentro. A partir del lunes que viene llevaremos una vida solamente espiritual. Es que hemos follado mucho desde niñas. Hemos tenido cientos de orgasmos. Hemos hecho felices a tantos y tantos amigos. Pero esto se acaba. Vosotros sois los últimos. Y os podéis considerar afortunados porque esta tarde, si hay buena química, lo daremos todo.

Aquella palabra, todo, pronunciada por Susana con solemnidad agresiva, llenó el aire durante dos o tres segundos de un resplandor cósmico de promesa. Barahona hijo dijo:

—Pues nada, vamos a brindar otra vez.

Entrechocaron las copas. Y como queriendo llevar la conversación a su terreno, el convidador preguntó:

—¿Pedimos otra botella?

La pidieron. Quique:

—Entonces, ¿qué pensáis hacer con el coche?

Contestó Conchita:

—Bah, bienes materiales.

Y Susana:

—No nos queda prácticamente nada por vender. Su casa, la mía, joyas a manta, un apartamento con piscina que yo tenía en Denia, han ido cambiando de dueños.

—Olvidas mis cuadros y mi lancha fueraborda.

—Y los cuadros y la lancha fueraborda de Conchita y, en fin, todo hasta reunir una suma que te cagas, con perdón. El dinero, descontando una parte que ha ido a parar a nuestras respectivas familias, lo hemos entregado a las espinosas para arreglos del convento y para lo que quieran, que ahí no nos metemos. Ya os he dicho que

hemos firmado. Y nosotras, en la clausura, ¿para qué queremos dinero ni nada de nada?

Barahona hijo, vacilante, desconcertado:

—Me dejáis de piedra, lo juro. Pero hoy todavía dais marcha al cuerpo, ¿no?

Ellas prometieron una tarde corporal, la más corporal de todas las tardes por ser la última, siempre que. Y en el siempre que, que repitieron con frecuencia en el transcurso del almuerzo, estaba el quid de la cuestión.

Provocadoras/puñeteras: siempre que no os fallen las fuerzas y lo que nunca debe fallar en la cama. Condicionantes: siempre que haya buen rollo entre nosotros. Precavidas: siempre que seáis amigos. Interesadas: siempre que nos tratéis como a reinas. Y de esta manera les iban imponiendo su ley, su criterio, sus propósitos, mientras suavemente les daban a entender que las cosas buenas de la vida hay que merecerlas.

Entre bocado y bocado, Susana Valcárcel nombraba sin pudor orificios y miembros, acciones y posiciones, echando a cada instante bocanadas de vocabulario explícito: follar, meter, correrse. Y las dos, mientras degustaban lo más caro que encontraron en el menú (qué cabronas) y trasegaban un Protos Gran Reserva, cincuenta y dos euros la botella, hacían como que no se enteraban de los reiterados guiños y muecas de los dos varones de un lado al otro de la mesa, felices como niños, niños como serafines y así hasta completar la vera effigies de la varonil candidez.

Las dos mujeres mintieron en la edad, en sus ocupaciones y preferencias, en los oficios equivalentes a chollos que decían haber abandonado para ingresar en el convento de las Hermanas Siervas de las Sagradas Espinas de Jesús. Eso sí, se hablaban la una a la otra con los nombres verdaderos, qué remedio, pues los habían escrito en los papeles del taller.

Ellos: el hijo del dueño andaría por los treinta, Quique era aún más tierno. El primero, pelo con fijador; el segundo, entradas anunciadoras de una calvicie prematura. Aquel, tatuaje hortera en el antebrazo; este, manos callosas y cráteres faciales de cuando el acné. El uno tal, el otro cual. Ya basta.

Habló Lope. Bien oiréis lo que decía:

—Escritoras, escritores, trovadores respirantes y genios en general, la tarde mediada está. Todo el mundo ha recitado, ha leído o declamado poemas de su elección. Es hora, pues, de votar al poeta ganador por más que en materia de arte, ya lo hemos dicho otras veces, no tiene ningún sentido pensar que se gana o pierde. Vendrán, no obstante, mañana unos cuantos periodistas culturales con deseos de entrevistar y dar cancha al glorioso triunfador de las Jornadas Poéticas de Morilla del Pinar. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Sabemos por experiencia que los poetas propenden a la honradez rigurosa y que muchos, por ser justos y respaldar al mejor, dan en votarse a sí mismos. Para evitar un empate colectivo votaremos de la siguiente manera. Mirad aquí esta tarjeta. Cada cual tendrá la suya y en ella con letra clara deberá escribir dos nombres por obligación distintos. Así un voto por lo menos no será para uno mismo. Digo a quien repita nombres que tenemos papelera. Y por favor no firméis para que no haya ruptura de amistades y odio eterno. Se hará después el recuento. Al que gane, enhorabuena, que disfrute y se envanezca porque en su derecho está, y a los demás un buen plato esta noche de paella les servirá de consuelo. ¿Hay preguntas? ¿No? Votemos.

Lope en persona procedió al reparto de las tarjetas. Circunvaló (RAE, circunvalar: tr. Cercar, ceñir, rodear una ciudad, una fortaleza, etc.) la mesa deteniéndose al costado de cada cual y para todos tenía unas palabras de afable burla, de recordación de normas o de simple cháchara. Le preguntaron, respondió; preguntó él, le respondieron. Y hubo representantes del pueblo realita que en voz baja negaron a Eugenio Alpuente el derecho al voto. Desmayado, flipante o simplemente traspuesto, se había perdido la mitad o más de las recitaciones. Lope zanjó: ¿y qué? No quería problemas. Con voto o sin voto de Eugenio Alpuente, los metafás, reducidos a exquisita minoría, diezmados de víspera por la intempestiva marcha de Garrido, no ganarían jamás. Así habló Lope, aquel superhombre de la poesía actual española. Y dejó a sus espaldas un sacudir de cabezas descontentas.

Un poco más allá, tieso, gafas negras, Mateo Gil Salgado buscó a mano, escarbando el aire, su tarjeta. Y Lope, cabronzuelo, se la acercaba, se la retiraba. La tuvo el ciego al fin, la agarró y palpó con ansia comprobatoria: los bordes, la textura del papel por un lado y por otro. Y Lope le dio una palmadita en la hombrera de la americana (en señal de: tienes razón; o de: calma, esto no va a ninguna parte) cuando Mateo Gil Salgado dijo entre serio y gruñón:

—Yo no necesito competir, yo sé lo que valgo.

Lope, cruel:

—Nadie está obligado a participar.

El ciego no le prestó atención. Se había vuelto hacia Vanessita para preguntarle si ella había recibido su tarjeta y si tenía el bolígrafo preparado. Tras cerciorarse de que

nadie los oía, dijo susurrante, confidencial:

—Empecemos por la mía si no te importa. Lo primero de todo, pon mi nombre y mis dos apellidos. Has de saber, amor, que no me voto por vanidad. Me voto porque los demás también se votan. Para contrarrestar y, si me apuras, por protesta.

Vanessa Rincón confirmó que había escrito el nombre.

—El siguiente paso es votar a un poeta malo, sin opciones de triunfo. Claro que malos son casi todos. Grábate bien el truco, pues es útil para hacerse un hueco en este mundo de rivalidades enconadas. En resumen, escribe bajo mi nombre el del vejestorio, Teodoro Sanz.

—Pero, don Mateo, ¿no me va usted a votar a mí?

—A ver, criatura, primero tienes que madurar, después ya recogerás tus frutos merecidos.

Y Vanessa Rincón, sin el menor titubeo, escribió su propio nombre. El ciego, a lo suyo:

—Ahora tu tarjeta. Pon de nuevo mi nombre. Ya son dos votos. Y debajo, Fermín Ayala, otro poetilla sin posibilidades. ¿Lo tienes?

La muchacha, rápida, despechada, había escrito en su tarjeta: Vanessa Rincón y, por solidaridad femenina y quizá por pena, Amalia Solórzano, a la sazón con delantal en la cocina del centro de estudios.

Terminada la circunvalación de reparto, Lope emprendió la de recogida. Le iban entregando las tarjetas dobladas para que nadie pudiera leer su contenido. Y, si no, las doblaba él. Endureció el gesto. Ya no gastaba bromas. En sus manos se iba acumulando la sagrada decisión de la grey poética.

Mientras tanto, la Nívea, en funciones de secretaria sobre el estrado, escribió los nombres de los participantes en la pizarra de melamina. El de la niña guapa del ciego no se lo sabía. Vanessa, sí, pero (en voz baja a los más cercanos): ¿cómo se apellida esa? ¿Quién? La chavalilla del cascarrabias. ¿De Mateo? Joder, que no hablaran tan alto. Por fin uno le sopló el apellido. Y cuando ya creía haberlos escrito todos, se alborotó Richi Bisabarros en el costado izquierdo de la mesa, convencido de que se habían olvidado de él, pero allí estaba.

—Ah, vale, vale, perdón.

Lope introdujo con la debida solemnidad las tarjetas en una bolsa de plástico. Empezó el recuento. Sacó la primera. La miraba y la remiraba sin leerla. Y a todo esto se puso a buscar, ceñudo, escrutador, entre todas las cabezas presentes, una. La poetada intuyó que el escrutinio empezaba con la acción escrita de algún gamberro lírico. Curiosidad. Que leyera. Se encogió de hombros, como diciendo: si alguno se pica, allá cuidados. Leyó:

—Los poetas aquí reunidos sois una puta mierda menos yo.

Se alzaron voces.

—La típica parida de Juanjo.

—Seguro que ha sido Changa.

—¿Quién, si no?

El aludido, hasta entonces sereno, caviloso, puede que sobrio, arreó un puñetazo a la mesa.

—Pues no. Yo me he votado a mí mismo y a otra persona, imbéciles.

Lope, autoridad conciliatoria, intervino alzando, cesáreo, una mano:

—Bueno, bueno, sin insultar. Se anula el voto que ni siquiera es un voto. Seguimos y ya no pienso leer más chiquilladas.

Se sucedían los nombres a pares, fulano y mengano, zutano y perengano, y a cada mencionado la Nívea le asignaba con el rotulador una cruz en la pizarra. Pronto empezó a formarse un largo cementerio detrás de un nombre.

Mateo Gil Salgado, al oído de la muchacha:

—No te fíes. Quizá sea una broma. Esta gente es capaz de todo.

Le sacó siete cruces de ventaja al segundo. Al revés de otros años, hubo encendidos aplausos cuando Lope proclamó:

—Ha ganado Vanessa Rincón.

Y, cortando la algarabía, transmitió a la afortunada la enhorabuena en nombre de todos los presentes y la invitó a acercarse al estrado. De nuevo aplausos, golpes de nudillos contra el tablero de la mesa, así como un silbido y dos bravos cuando la muchacha, de camino a la silla eléctrica, le dio una graciosa sacudida a la melena.

Risueña, labios rojos, tomó asiento. La Nívea le ciñó la lauréola. Y mientras las dos mujeres se rozaban protocolariamente las mejillas, sonó otra ovación. Lope entregó a la ganadora el diploma de pergamino; a continuación, la acuarela cristianochapucera, pintada con menos arte que devoción por alguna espinosa a quien Dios enseñe el manejo de los pinceles en la gloria eterna, aunque le va a costar. Por fin, haciendo uso del honor que le correspondía como poeta coronada y para que se cumpliera la palabra del señor (o sea, Lope): que sea la poesía la que pronuncie la última palabra, la muchacha recitó/dijo desde la silla eléctrica su poema de consagración, aquel cortito que se sabía de memoria. La poesía descendió a su boca y en su boca fue plena y hermosa. Vanessa Rincón articuló palabras eufónicas, significantes, con cautivadora timidez, juvenil dulzura y cara preciosa. Y era tal su encanto (o, como dijo uno, estaba tan buena la condenada) que con cualquier cosa que hubiera dicho a todos habría encandilado. Las hienas famélicas del deseo cayeron sobre ella, la despedazaron a mordiscos visuales, pero la muchacha no se daba cuenta. No bien se hubo esfumado en el aire el último verso, Lope tomó la palabra. Y con una voz que, por contraste con la de Vanessa Rincón, sonó a cacerola roñosa aplastada bajo la pezuña de un buey, dio por concluida la jornada, no sin antes recordar a la poetada que perezosamente se iba despegando de los asientos la hora en que sería servida la paella en el refectorio de visitantes.

Antes de salir al pasillo, los más acudieron a felicitarla. No era (aún) enemiga. No la ubicaban en corrientes poéticas rivales, no frecuentaba círculos aborrecibles. ¿Qué era sino una desvalida recién llegada que a nadie hacía sombra? Y la besaron.

Changa, que la pilló descuidada, en los labios. Para matarlo: ¿no veía que la contaminaba? Y la untaron de elogios y alguno, resuelto a saturarse de su olor, intentó succionarla por la nariz.

La poetada parlanchina y fumadora abandonó la sala de plenos, que enseguida se quedó ¿vacía? No del todo. Tres cuerpos (separados: uno aquí, otro ahí, otro allá) guardaban silencio. La muchacha, coronada de laurel en la silla eléctrica, parecía temerosa de hacer ruido al respirar. Como a seis o siete metros de ella, Mateo Gil Salgado permanecía sentado a la mesa de mesas, las gafas negras orientadas hacia la pared de enfrente. Dijo de pronto sin cambiar de postura.

—Lope, ¿estás ahí?

Dos, tres segundos de silencio. Luego:

—Estoy ordenando los papeles.

—Déjanos solos. —Las pisadas confirmaron su marcha—. Y cierra la puerta, por favor.

El ciego y la muchacha. Entre los dos, un muro de silencio por supuesto transparente, pero disgregable. Quien quiera que lo hubiese rascado con la uña habría podido arrancarle polvillo vidrioso. Mateo Gil Salgado lo derribó:

—¿A qué esperas para acercarte? ¿O te parece que voy a ir a buscarte a tientas?

Se levantó de la silla eléctrica. La sensación de destronamiento debió de ser brutal. En su cara se traslucía preocupación, temor, apocamiento. Depositó con ademán de rendición el pergamino atado con una cinta dorada, la acuarela horrenda y la lauréola encima de la mesa. Y en silencio, sumisa, fue a sentarse junto a quien se supone que la quería, adoraba y todo eso. Por si las moscas, se recogió rápidamente la melena en un moño de circunstancias.

Dolido:

—Estarás contenta.

—Don Mateo, yo...

—Calla, haz el favor. A mí en tu lugar se me caería la cara de vergüenza.

—Pero ¿qué culpa tengo yo si me han votado?

—¿Te he pedido que hables? ¿No me expreso con precisión? Qué aprisa has olvidado cuanto he hecho por ti y por tu madre. Me han traicionado muchas veces en la vida, pero esto de hoy ha sido el colmo. Y si supones que sufro porque se han burlado de ti, haciéndote creer lo que no eres, te equivocas. ¿De verdad piensas que alguno de estos veteranos de la marrullería y el embuste te considera una gran poetisa? Si es eso lo que piensas, entonces estás más ciega que yo, entonces ya eres como ellos. Bienvenida al negocio, los tejemanejes, los triunfos de pega y las intrigas del mundillo literario español. ¿De qué han servido los consejos que te di? Se apodera de mí un asco indescriptible. Como lo siento te lo digo. Sí, asco es la palabra.

Una lágrima se deslizaba por la mejilla de Vanessa Rincón. En un raptó sentimental, posó una mano sobre el hombro de Mateo Gil Salgado. Y este, para terminar de darle un toque melodramático a la escena, más cabreado que trágico, dijo:

—No me toques.

Retiró ella la mano como si se la hubieran mordido. Mira por dónde, eso no le gustó. Eso como que le encendió el amor propio, en serio, y le cambió de golpe la expresión de la cara. Donde poco antes había pesadumbre, aparecieron unos surcos hoscos. Él:

—Un voto he recibido. Un solo voto. ¿Me obligarás a hacer deducciones?

—No, don Mateo.

—Habías pensado que, como entre tanta gente alguno me votaría, yo no me daría cuenta de tu perfidia, ¿verdad?

—No es perfidia, don Mateo. Se lo juro. Yo...

—Tú...

—Me daba vergüenza la idea de ver mi nombre sin votos en la pizarra.

—¿Qué lógica es esa? Votarte a ti misma no excluía votarme a mí.

Se disculpó, ¿no? Sí, pero, ojo, haciéndole al mismo tiempo una peineta al ciego con cada mano. Este peroraba resentido en dirección a la pared frontera. Ella amagaba a cada instante con hincarle los dedos en los ojos inútiles. Se dijera que Mateo Gil Salgado desoyó la petición de perdón. Persistía en la aspereza de trato, la amargura reprochante, el rigor patriarcal y las amenazas tácitas y explícitas. Un ejemplo de amenaza: que qué tal si ella volvía al día siguiente por sus medios a Valladolid. ¡Será malvado! La muchacha, ¿qué otra cosa podía hacer?, guardaba silencio. No tenía otra posibilidad de resarcimiento que las peinetas.

Salieron al pasillo sin hablarse. Menos mal que la puerta se abría hacia dentro de la sala; si no, le dan con el picaporte en la cabeza a Lope, que estaba con la oreja pegada al ojo de la cerradura. Mateo Gil Salgado supo de su presencia no se sabe cómo y al punto le expresó que no tenían (así, en plural) decidida su asistencia a la cena. De momento, él y Vanessita se retiraban. ¿Y eso?

—No, es que no me siento bien.

Mentiroso.

Echaron a andar, toc, uno al lado del otro. Él rechazó el brazo que ella, como de costumbre, le había ofrecido. Luego, al llegar a la escalera, qué remedio, se lo tuvo que aceptar. En el primer descansillo, recostado de espaldas contra la pared, esperaba Felipín Cárdenas. Sujetaba una hoja de papel donde había escrito: «¿Te buscamos esta noche?» La sostuvo de modo que la muchacha la pudiera leer. Vanessa Rincón, sin detenerse, movió la cabeza en señal afirmativa.

Dispuesta a zafarse del apetito amoroso de Paco Valbuena, penetrante de miradas, ya que no de lo que él quisiera, y lelo de labios (¿respirará por la boca?), la Nívea esquivó conversaciones de pasillo, declinó propuestas alcohólicas y marihuaniles, renunció a una contemplación colectiva de la puesta del sol, qué maravilla, con orla dorada desde el jardín y, en cuanto pudo desprenderse de líricos acompañantes, corrió a encerrarse hasta la hora de la paella en su habitación.

La monja de la recepción, sor no sé cuántos, ya le había proporcionado la clave del Wi-Fi y ahora la Nívea tuiteaba en paños menores desde la cama chorradillas, informalidades, críticas al gobierno de Zapatero, pero no en plan derechista, eso no, no la vayamos a joder, que dentro del mundillo literario español la secta izquierdista no entiende de bromas, enseguida te pone la marca a hierro candente: facha; luego hace correr la voz y que te folle un camello. Conque en esto, pom, pom, llamaron a la puerta.

Reconoció susurros realitas. Por si acaso: ¿quién llama? Que abriera porfa, que tenían algo urgente que decirle. ¿Tenían? O sea, más de uno. Terminó de tuitear una pulla contra la oposición para compensar el desvío ideológico precedente. Y vestida, aunque descalza, abrió. César Sánchez Novás y Alberto Almandoz. Sólo les faltaba el tricornio para parecer una pareja de guardias civiles en tareas de celestinaje masculino.

—Se le ha ido la olla.

—Para mí que, como no lo consueles, se ahorca antes de la cena. No atiende a razones.

Dos tíos, poetas para más señas (aunque, en fin), tratando de pasión y sutilezas emocionales con torpeza torpe, en serio. Es que no se las apañaban ni para meter la pata. Ella los mantuvo del umbral para allá. No se fiaba. Aquel que tanta pena les daba, dijo, el compañero del alma compañero, había intentado meterle la polla en la boca, por supuesto que sin su aprobación. ¿Que qué opinaban? No respondieron. Polla, boca: se notaba, por su expresión pensativa, que intentaban imaginarse la escena. Ella:

—También tenéis orificios. Podríais prestarle uno para que se desahogue. Luego le ponéis el pijamita de rayas, lo acostáis y le cantáis nanas hasta que se duerma. Ya que lo queréis tanto, no sé a qué esperáis.

Les dio con la puerta en las napias. Entre dientes: miserables, hijoputas, machos de mierda. Quizá la oyeron, pero le daba igual. Estaba hasta los.

Tuiteó una broma sicalíptica contra una miembro del gobierno. No por nada, pero ya puestos a tocar los huevillos al personal, ¿para qué cortarse? De una tacada perdió cuatro *followers*. Reaccionó despechada: no quiero adeptos, aún menos gente sin sentido del humor. Afirmó que le complacía espulgarse de pelmas. La abandonó otro *follower*. Luego estuvo dale que te pego tuiteando frases apolíticas, colgando enlaces

divertido-curiosos, elogiando a escritores extranjeros, pese a lo cual no consiguió volver al número de seguidores que tenía al inicio de la sesión.

Dieron las nueve y qué sed. La Nívea, del grifo, sólo bebe en su casa. Por la ventana vio a la fracción realita echando unos cigarritos y quizá algo más junto a la tapia del jardín. ¿Y Paco Valbuena, el Werther de las Jornadas? También. Y de pinta de suicida, nada. Comprendió entonces que el camino a la Espelunca estaba despejado y decidió bajar sin pérdida de tiempo a comprarse una botella de agua mineral. Nunca lo hiciera.

En el transcurso del desagradable incidente no entendió ni las palabras ni las muecas ni las acciones; pero más tarde, hablando con este, preguntándole al otro, averiguó detalles, ató cabos, supo. Conclusión: Eugenio Alpuente se enteró, ¿cómo?, ni idea, de que uno de los suyos le había amenizado la siesta a Martina Muro. En concreto, el catalán. Y de paso relacionó a Andreu Viñals con la Nívea de los cojones por aquel asunto del ordenador de Cabrales. Un metafa y una realita en tratos nocturnos y ajena habitación, eso aclaraba ciertas cosas. ¿Cuáles? Ni idea pero, así y todo, las seguía aclarando, vaya que si las aclaraba, no paraba de aclararlas y de tanto aclararlas ya eran transparentes, ya eran indiscutibles, ya eran la verdad.

Total, que el energúmeno le salió al paso con ojos de destripador de doncellas y gesto de levantador de pesas en plena faena cuando ella volvía tan tranquila de la Espelunca con su botella de agua mineral. La empujó contra la pared, la acusó de difamarlo, más tarde ella habría de contar que le salía espuma por la boca. Puede que sí, puede que no.

—¿Te divierte perjudicarme, hija de la gran?

—Déjame o grito.

El metafa lanzó un manotazo con más ira que tino. La Nívea se apartó; pero, cras, los duros dedos impactaron en una teta y eso duele y eso humilla. Mañana, moratón. La botella se estrelló contra el suelo. Agua con burbujas, estrépito de cristales. La Nívea, que había recibido un desequilibrante puntapié en la pantorrilla (otro moratón, seguro), cayó sobre el charco cristalino y los cristales mojados, y habiendo sido derribada, el muy cobarde va y le sacude una segunda patada de mocasín, esta vez en el blando culo, antes de largarse profiriendo incoherencias por el pasillo adelante y mandando a todo el mundo en general a tomar por lo mismo que él acababa de patear.

Transcurridos los segundos, nadie comparecía en el lugar de los húmedos hechos. Conque privada de compasión/socorro, solidaridad/consuelo, la Nívea se levantó por su cuenta, mojada de pantalones. Notaba en el pulpejo de una mano el pinchazo de un cristal. Se lo extrajo pinzándolo entre dos uñas pintadas de negro. Perdón, de rojo. Por la herida diminuta asomó una cabecita de sangre. La Nívea subió a cambiarse, tuiteó sentencias contra la violencia machista que le permitieron ganar *followers* femeninos y a las diez de la noche, la barbilla levantada, los labios apretados, entró en el refectorio de visitantes.

Paquito Valbuena, sentado a la mesa, escuchaba en silencio la serena discusión

que sostenían a su lado César Sánchez Novás y El Hiedra, viejos amigos de innumerables noches y gin-tonics. El primero, realita de profesión y convicción, defendía las palabras de la tribu, la poesía oral, el estilo literario que guarda cercanía con la manera de hablar de Pepi y Manolo (o de Marisa y Javi, tanto da), y el otro, de indefinida escuela poética, hoy realita, mañana lo que le venga a la mano, insistía en propugnar la eminencia lingüística. Para justificarse contaba que a él lo habían gestado en un vientre de clase modesta tirando a baja, o sea, que expresarse pobre de vocabulario, excesivo de palabrotas y destructor de las normas gramaticales no constituía en sus días tiernos una opción, sino lo único que le entraba por los oídos y le salía por la boca. Así que de la adolescencia en adelante se había espabilado para ponerse a los mandos del idioma, municionarse de vocabulario, refinar el gusto lingüístico, y aspiraba a cierto uso musical de la lengua pero sin propasarse. Joé, es que, si no, decía, ¿dónde está el arte y qué coño ofrecemos a la gente? Sánchez Novás, hijo de familia, estaba más por la cosa llana y la lengua del pueblo, y detestaba las palabras inusuales, los tecnicismos y las citas cultas más que a un dolor de muelas. Por diversas razones, pero sobre todo porque le recordaban a su padre, en sus días director de una sucursal bancaria, al que odiaba, dijo, aunque sólo políticamente.

Disentían en apacible esgrima de conceptos los dos amigos y Paco Valbuena, espectador de tenis, movía a cada instante la cara de un lado a otro según quién tomase la palabra. En esto, la Nívea se llegó a él por detrás. Sonriente, le revolvió los cabellos al modo de quien acaricia la cabeza a un perro.

—Señores, ¿hay sitio para una mujer en esta mesa?

El chaval reaccionó con previsible sorpresa (¿estupor?). Se le alegró el semblante cuando ella, sentada enfrente, tras guiñarle un ojo, le sacudió una femenil patadita a escondidas en la espinilla, como diciéndole no se sabía qué, pero, en cualquier caso, diciéndole algo que implicaba aceptación. Él acercó la cabeza para pedirle en susurros perdón por lo de antes. Buen chico.

De ahí a poco fue servida la paella a la usanza de las maniobras militares. Lope, al mando de las tropas cenantes, anunció el rancho desde el umbral de la cocina. La poetada se repartió en dos filas. Cada cual llevaba su plato y bien Tadeo Balboa, bien Amalia Solórzano, se lo llenaba con el cucharón. Ponme otro langostino, ¿quieres el socarrado?, no me echas tanta carne: lo típico. Obtenida su ración, el comensal de turno emitía una alabanza haciéndose más o menos el ocurrente, algunos con bien trazada sinceridad, y a continuación volvía al refectorio, donde ya andaba la sangría alegrando los ánimos. Los hambrones habían empezado a morder las tajadas de sandía servidas en una fuente sobre cada mesa, aunque Lope había dicho que no las tocasen hasta el final. Pues ni caso. Mucha poesía etérea, mucho vuelo alto y hondura, alma y bellas imágenes, pero los líricos representantes de la poesía actual española zampan como lobos. Bueno, algunos. Juanjo Changa, tambaleante, iba de mesa en mesa profiriendo vivas a la Tercera República.

En la de la Nívea, César Sánchez Novás y el Hiedra entablaron futbolesca conversación sin dejar de masticar, mientras ella y Paquito Valbuena discreteaban bien avenidos.

La Nívea:

—El sexo oral causa cáncer de garganta. No me digas que no lo sabías.

El pollo no articulaba palabra de puro atónito. Ella:

—No pretendo decir que ocurra con cada felación, a ver si nos aclaramos. Pero siempre hay riesgo de que te entre en la boca el virus del papiloma humano. Y con esas cosas, Paquito, no se juega. Soy veterana en estos lances. Créeme, deseo vivir.

El joven poeta asintió con la boca llena de paella. Sólo hablaba la Nívea. Clavándole el fulgor de su mirada, lo estrechó a preguntas sin darle opción a responder ninguna:

—¿Tú estás seguro de que no tienes el virus? ¿Te parece bien ponerme en peligro? ¿Crees de verdad que una no tiene su dignidad y elige quién, cómo y cuándo se la mete?

Paquito Valbuena, confuso, balbució:

—Yo...

Y de nuevo (ya era la tercera vez) pidió perdón, añadiendo que haría por ella lo que fuera con tal de que volvieran a ser amigos. Este era el punto adonde quería llegar la Nívea.

—¿Lo que fuera?

Él se puso, teatral, una mano en la pechera de la camisa, a la altura del corazón.

—Tú has estado en la cárcel, ¿verdad? Quiero decir que eres un tío bragado.

—Lo soy, aunque últimamente me he vuelto más tranquilo. Y también soy uno que cuando da su palabra, la cumple.

—Ah, pues eso está muy bien. Cuánto te agradecería que me defendieras de uno que me ha pegado esta tarde. Como comprenderás, soy mujer, no tengo los puños necesarios para defenderme.

Paquito Valbuena estampó el tenedor contra el tablero de la mesa.

—¿Quién ha sido?

¿Se reían? Más: se descojonaban a las once de la noche en la habitación, desnudas como delfines, tumbadas sobre los colchones colocados en el suelo, las respectivas cabezas en los bordes opuestos. Así se hacían la tijera (cariño, ¿nos hacemos una tijera antes de dormir?), que en su jerga amorosa significa trabar los cuerpos hasta juntarlos por el nacimiento de las piernas como si encajaran un diapasón con otro. De forma que: 1/ el Benito y el Recaredo pudieran intercambiar en silencio sus confidencias clitorianas; 2/ la una ofreciera los pies a la otra para que con afecto y comodidad se los masajeara/besara y eventualmente lamiera.

Y disfrutaban, aññadas por la malicia, haciendo repaso narrativo de su aventura con los mecánicos. Se partían de risa, sudaban de felicidad. De vez en cuando, bien a una, bien a otra, qué par de lagartas, les venía una punzada/cosquilleo de compasión; pero al instante, el recuerdo de una anécdota, de una acción ridícula y demás pormenores de la gloriosa victoria femenina de aquella tarde, les llenaba la boca de carcajadas.

Dijo una, no importa cuál:

—Como sigamos así, voy a vomitar.

Evocaron: *El manoseo de braguetas*.

Fue así. En el restaurante Onofre no pararon de calentarlos de palabra. Sólo de oírlas contar con hábil alternancia, con fantasía sicalíptica, cómo y por dónde les gusta que las tomen, las agarren y penetren, estaban los dos varones sin saber qué decir, masticando maquinales, bebiendo anonadados. Barahona hijo, atacado de generosidad, apoquinó cuatrocientos setenta y tantos euros de condumio y bebidas, sin contar la propina que Rogelio, poste humano, se embolsó con funeral agradecimiento. Quique balbució:

—Yo, si eso.

Tranquilo, chaval, lo padreó Barahona hijo al tiempo que introducía con mano imperturbable, luciendo reloj, la tarjeta de crédito en el estuche de cuero. Ellas se fueron otra vez al baño juntas. A soltar aguas, lavarse las manos, demostrarse fidelidad. Diez euros para la primera que le toque cinco veces el paquete a su pareja por la calle. Antes de salir tuvieron que esperar a que amainara el regocijo. Y Conchita Arroyo se metió los dos billetes en el costado de un botín. Los sacó tres calles más allá, camino de las ferias, y se los tuvo que dar a su compañera. No se apeaba de su certeza: lo había tenido mucho más fácil. ¿Cómo que más fácil? Sí, porque Quique, en su simplicidad, atolondramiento y sumisión, se dejaba hacer, mientras que el otro, las dos primeras veces, bien, pero poco a poco le fue entrando miedo a que algún conocido lo viera manoseado de bragueta por las calles de la localidad. En resumen, Susa ganó la apuesta.

Evocaron: *La busca de un tálamo*.

Fue así. Les preguntaron si conocían un sitio donde pudieran follar sin que nadie

los incordiase y donde ellas pudieran dar sus gritos de gusto porque:

—Somos muy gritonas cuando nos excitamos. Espero que no os moleste.

—¿A nosotros? Qué va.

Daban ganas de estamparles un beso maternal en la frente a cada uno, en serio. Quique sugirió, horror de horrores, el taller. Por poco se lo comen. Barahona hijo no descartaba que apareciera de improviso Barahona padre, al que acusó de vivir solamente para el trabajo. Susana Valcárcel, con endulzada voz, protestó: que el taller no era un sitio glamuroso, que había grasa y telarañas, que dónde se iban a tumbar, que ellas eran dos mujeres, no dos tubos de escape. Y Conchita Arroyo, severa, terminó de amedrentar al pobre mecánico diciéndole a ti lo que te gustaría es cepillarte un motor. Coño, se trata de estar cómodos, los cuatro a solas y bien. Barahona hijo mostró al subalterno la palma de la mano en señal de: para el carro, tú no te metas. Ellas preguntaron por qué no en casa del uno o del otro. No, no, es que. Supieron que Quique vive con sus padres. Está ahorrando por si se casa.

—Ah, cómo, ¿tienes churri?

Se apresuró a negar:

—No, no, no.

Barahona hijo vive en piso propio, pero justo encima del de sus padres. ¿Y qué? No, que mejor no, pero que a lo largo de la tarde ya encontrarían la manera de. Y, si no, en el castillo, que es adonde tradicionalmente van las parejas del lugar. O al río.

—Oye, no habrá culebras, ¿eh?

Y por la noche las dos se morían de risa recordando.

Evocaron: *La compra de la cuerda*.

Fue así. Iban hacia las ferias, ya se oían cerca bullicio, sirenas de carruseles, música, y se veía la noria por encima de los tejados, pero antes de llegar entraron en el Crazy Horse porque se le había puesto a Barahona hijo que Quique también pagara algo.

—Bellezas, aquí el Quique, que dice que invita a una ronda.

Y no había más que mirar al sorprendido subalterno para entender que la idea no era suya. Ellos pidieron cubatas; ellas, tras mirarse, un cortado y un café con leche. ¿Razones? Dos: mantenerse sobrias a toda costa y exonerar al modesto pringado de gastos abusivos para los miembros de su clase social. Y por la noche, trabadas sobre los colchones, se decían: qué buenas somos. A todo esto, Susana Valcárcel: que tenían una cosa importante que decirles, que lo que no querían era un polvo rápido y adiós, sino jugar un rato con los cuerpos. A ver si entendían. Aquí hay que reconocer que Barahona hijo estuvo espabilado. Que qué juegos, preguntó. Y entonces Susana Valcárcel les reveló que tenían ella y su amiga un deseo muy fuerte, que lo habían hablado antes en el baño y que sería de puta madre si ellos se enrollaban.

—¿Lo queréis saber?

—Pues claro.

Si no era mucho pedir, y como habían visto que eran unos tíos muy majos, de los

que ellas se podían fiar, les rogaban que las atasen con cuerdas porque les daba mucho, pero que mucho placer la sensación de no poder escaparse y estar totalmente entregadas. Si lo entendían. Barahona hijo, vacilante:

—Sí, claro, claro.

Conchita Arroyo, cruelmente remilgada:

—Porfa, las cuerdas limpias. Para mí la limpieza es lo primero.

Los mecánicos asentían silenciosos, cortadas de cuajo todas sus potencias flirteantes. Y Susa explicó que ellas se desnudan, luego ellos las atan fuerte pero sin hacer daño, ¿eh?, de las muñecas y los tobillos, bien abiertas, y les podían hacer lo que quisieran pero, claro, pensando en que ellas también disfrutasen. Les preguntaron si tenían cuerdas. Quique, ingenuo y noble, contó que había cuerdas y cables en el taller. Barahona hijo lo amonestó:

—Cuerdas limpias, coño, que no son para atar la carga al remolque.

Tuvieron que volver por donde habían venido. Y sí, la ferretería, en el casco antiguo, estaba abierta. Ellas esperaron fuera. Salió Quique a preguntar cuánta cuerda necesitaban. Ellas echaron cuentas. Por lo menos dos metros para cada una.

Evocaron: *La elección de la cuerda*.

Fue así. Los dos mecánicos salieron de la ferretería. ¿Quién cargaba con la cuerda? Pregunta superflua. La cuerda había sido enrollada a modo de madeja. Cuatro metros. Barahona hijo se precipitó triunfal, petulante:

—Bueno, ya está.

Se notaba de lejos que no tenía experiencia en atar mujeres. Ellas: lo sentían, pero no. ¿Pues? Demasiado gruesa. Para patas de elefantes, pase; pero, por favor, no para sus delicadas muñecas y tobillos. Ellos no tuvieron más remedio que volver a la ferretería. Y al rato salieron con una cuerda más delgada. También con la de antes pues no la pudieron devolver porque ya había sido cortada. Barahona hijo dijo que no importaba, que les valía para el taller. Y se permitió un chiste cruel:

—Quique, si quieres colgarte de una viga, aquí tienes.

La delgada ¿era buena? Ellas sopesaron, sesudas, expertas, la mercancía y, tras breve intercambio de impresiones, dieron el visto bueno. Ahora bien, ¿con qué la cortamos en trozos más pequeños? Toma, pues es verdad. Barahona hijo pidió/mandó a Quique que entrara a comprar un cuchillo o lo que sea. Y ellas, por la noche, se retorcían de risa sobre los colchones, conectadas por el Benito y el Recaredo, preguntándose qué pensaría el ferretero de aquella extraña sucesión de compras. Y las carcajadas se tuvieron que oír hasta en la punta del monte cuando recordaron a Quique saliendo de la ferretería con unas tijeras de cocina. Qué cuadro, madre mía. Qué porte donjuanesco, qué apostura varonil, qué plenitud erótica. Barahona hijo, en tono de reproche:

—Joder, podías haber pedido una bolsa para guardar las cuerdas.

Y también le dijo que se metiera las tijeras en un bolsillo, que qué iba a pensar la gente. A este punto, Conchita Arroyo, apiadada del simplote, se ofreció a llevar las

tijeras en su bolso y así se hizo. Quique, subalterno en el trabajo y en el ocio, tuvo en cambio que cargar con las cuerdas, que le daban (según Susana Valcárcel) un irresistible *look* obrero. A él, por lo visto, le parecía lo más normal del mundo ir a las ferias con dos madejas de cuerdas o por lo menos no se quejó. ¿Cómo iba a quejarse con la gozosa recompensa que esperaba?

Evocaron: *La confesión de Quique*.

Fue así. Llegaron a las ferias, las parejas unos cuantos metros distanciadas la una de la otra. No se abrazaban, pero ellas, con astucia, se agarraban, se soltaban, se volvían a agarrar, besaban mejillas y cuellos sin dejarse besar y de vez en cuando Susana Valcárcel, aunque hacía rato que había ganado la apuesta, le daba a Quique un recio pase de mano por la bragueta para que al mozo no se le aflojara la erección, según contó ella por la noche entre risas. Atracciones de feria, gentío, ruido. Ya eran más de las cinco. Imposible subir a Morilla del Pinar en el autobús de las cinco y media. Y mientras Barahona hijo daba a Conchita Arroyo lecciones de tiro con la escopeta de balines, coge así, apunta asá, aunque él apenas acertaba una (es que el dueño manipula la mira, dijo), Quique se apartó unos metros con Susana Valcárcel y le secreteó al oído que tenía que confesarle un problema.

—No me digas que eres impotente porque me echo a llorar.

—No, no, no.

—Te corres enseguida, ¿es eso?

—No, no, no.

Ella suspiró aliviada.

—Uf, Quique, menudo susto.

Que no le fallara porque necesitaba a toda costa su polla, la última antes de ingresar en la orden de las espinosas. Y aún le dijo más: que era muy bueno y se enrollaba muy bien, por lo que igual le dejaba penetrarla por donde, en fin, ya veremos. Tímido, inseguro, se lo soltó: tenía psoriasis.

—¿Sífilis?

—No, no, no.

Tenía todo lo que es la zona de los testículos y un costado y la parte de abajo del miembro hasta la punta cubierto de eso. ¿De qué? Pues de la enfermedad. Así, escamas y todo colorado, pero no es contagioso ni huele mal ni nada, y si eso él podría usar condón aunque tendría que ir a algún sitio a comprarse un paquete porque en aquellos momentos, etc. Ella lo miró conmovida. Por la noche, a pesar de las risas, dijo que verdaderamente conmovida porque el tipo empezaba a darle lástima. Lo convenció para ir a la parte trasera de una barraca.

—A ver, que yo vea.

Y Quique, dócil, sacó el duro y empinado miembro cubierto de rojeces y costras psoriásicas. Habló de pomadas, de su padre y su hermano, que también tenían la enfermedad, más que él incluso, y entretanto Susana Valcárcel, con una uña, le arrancó una escama del pene. Bueno, que no se preocupase; lo único, que no se lo

pensaba chupar.

—¿Te importa?

—No, no, no.

Pero que, por lo demás, a ella no le daba asco y, como no había peligro de contagio, seguía con ganas de que él la hiciese mujer. Así se lo dijo.

—No te creo.

—Pues créeme.

Y el pobre hombre, mientras volvían a la barraca de tiro, le dio las gracias porque en aquel pueblo no había manera de ligar, eran todas unas estrechas, y tener una relación sexual era para él lo más grande que le podía ocurrir en la vida.

Evocaron: *La llave*.

Fue así. Las invitaban a montarse aquí, a jugar allá, a tomar golosinas y bebidas, y ellas ni pagaban ni hacían ademán de pagar. Detalle superfluo, aunque nunca se sabe: se montaron los cuatro en los caballitos. Cuando subían los caballos de ellos bajaban los de ellas y viceversa, y eso, las vueltas despaciosas, el din don din de la música, los infantilizaba alegremente a todos. Ellas se apretaban sensuales contra las barras, ellos hacían gansadas en sus monturas. Oh, cuánta felicidad cuando la tarde azul es certeza de gozo, un derroche de vencejos va y viene sobre los tejados y no hay que trabajar. De barraca en barraca, los cuatro recorrieron un gran trecho de las ferias. Ellas se reían de cualquier menudencia, se abrazaban a sus respectivos varones, les picoteaban besos en la cara y mostraban a cada instante los dientes blancos y olían a sudor perfumado y sobre todo Susana Valcárcel, lo contó por la noche en la habitación compartida, se sentía cubierta de una suciedad caliente y dichosa. Los mecánicos no perdían ocasión de saludar a amigos y conocidos que pasaban cerca. En los semblantes provinciales se traslucía sorpresa/admiración. Los hay con suerte. O: ¿de dónde habéis sacado esos bombones? En la Gran Tómbola La Estrella, Barahona hijo compró una cantidad exagerada de boletos. ¿Para qué? Se empeñó en ganar para Conchita Arroyo un león de peluche. Que lo ganaba seguro, que él desde la niñez había sido un hombre con suerte. Al final lo único que consiguió fue una muñeca de paño también grande, pero no tan grande como el león, y definitivamente fea. Conchita:

—Oye, ¿no pensarás que cargue con este trasto?

Barahona hijo regaló la muñeca a dos niñas del lugar que por allí pasaban y a las que sin duda conocía pues las llamó por su nombre. Al llegar a los autos de choque descubrió que andaba escaso de peculio.

—Bellezas, tengo que repostar, enseguida vuelvo.

Conchita, mimosa, triste, desamparada:

—Volverás, ¿no?

Y el otro, palomo hinchado, señaló hacia las casas. Que allá había un cajero automático. Al subalterno, aparte:

—Tú tranquilo, ya haremos cuentas.

Se fue y volvió, enseñando de lejos, con visible alborozo, una cosa en la mano. Se acercó agitándola. Una llave. ¿De oro? Sí, del que cagó el moro. Sentenció:

—La tarde es nuestra.

Y bailó, bromista, al ritmo del tachún tachún pop que sonaba a terebrante volumen en los autos de choque. ¿Por qué lo hacía tan feliz una simple llave? Sin dejar de contorsionarse, explicó. Se la había prestado un amigo. Un buen amigo, puntualizó.

—Nos deja un pisito que tiene para las ocasiones especiales.

Y esa era una ocasión especial, ¿no creéis? Susana Valcárcel y Conchita Arroyo hicieron jeribeques ridículos de alegría. Las tenían que haber visto los compañeros de las Jornadas Poéticas. Iban a saber lo que es bueno. Y guau, y yupi, todo un piso para gozar a sus anchas. Y a lo mejor hasta hay ducha.

Barahona hijo:

—Pues por mí, cuando queráis.

—¿Qué hora es?

Miró el grueso/caro reloj suyo, de él, de quién si no, dijo las tantas menos cuarto y ellas:

—Es pronto, aún no hemos subido a la noria.

Evocaron: *Anclas levadas*.

Fue así. Se miraron sin que las vieran mirarse. Y es que las dos tenían una intuición/habilidad para entenderse sin hablar. Habían dado las seis y ahora es cuando empezó a llegar la gente en masa a las ferias. Los cuatro emprendieron la retirada dando un rodeo por donde aún no habían estado. Se sucedían por aquella zona las atracciones de feria que dan canguelo y marean, según ellas, y ellos, a cada paso, las incitaban a subirse; pero no, de verdad que lo pasamos fatal. Y en esto se detuvieron delante del barco vikingo, que se balanceaba con un risrás de motor y se ponía vertical de proa y vertical de popa, vertical de proa y vertical de popa, y así hasta que paraba. La chillante tripulación se aferraba a los barrotos donde viajaba enjaulada. El mascarón de proa era una cabeza de toro con unos cuernos desproporcionados que en cualquier momento podrían ensartar en el aire un vencejo. Y en la taquilla se aburría, desmintiendo emociones, velocidad y marejadas, la vendedora de los billetes. Ellos otra vez: venga, vamos. Y de nuevo las mismas excusas, los mismos remilgos: que se mueve muy rápido, que nos mareamos, que yo a esto no sobrevivo. Conchita Arroyo sacó su cámara de fotos del bolso. Dijo con seductora voz grave:

—Subid vosotros, quiero fotografiaros, a ver si sois capaces de disimular el miedo.

—¿El miedo? ¿Qué es eso?

Sonreían, machotes, con la esquina de la boca. Compraron billetes y subieron a bordo y se colocaron, ¿dónde? Pues dónde iba a ser, en el extremo de popa, donde hay más recorrido de vaivén y más velocidad y más de todo. Antes que el barco empezara a navegar, les hizo Conchita unas cuantas fotos desde abajo. El barco, no

llo, pero bastante cargado de jóvenes, inició su imponente balanceo, al principio despacio, pero enseguida sonaron los primeros alaridos de muchacha con vértigo. Y Barahona hijo y Quique, avezados a la navegación ferial, impertérritos, se despedían con la mano a la usanza de los marineros que dicen adiós a sus amadas quietas en el malecón del puerto, mientras ellos afrontaban su veloz aventura por esos mares de Dios, y a fe que hicieron bien en despedirse porque no las vieron nunca más. Cómo se reían por la noche las puñeteras. Y hasta en la manera de salir de naja fueron listas (¿zorras?), pues suponiendo que los ilusos pero cabreados mecánicos tratarían de interceptarlas en la parada del autobús cercana al ayuntamiento, preguntaron en la taquilla si había otra parada. Y sí, la había, ya casi a las afueras de San Juan de las Lomas, y como tenían tiempo, allá se fueron paseando tranquilamente y allá montaron a la hora prevista en el autobús.

No consta que a la poetada le supiese la paella a lágrimas, arrebatos de ternura, lamentos de mujer incomprendida, insinuaciones amorosas. Y, sin embargo, estaba toda ella, hasta el último grano de arroz, condimentada por aquellos azúcares amargos del alma.

El poeta y la poeta con delantarritos blancos. Miradlos qué viejos son. O eso es lo que decía ella, que de paso dibujó, cuchillo en mano, mientras cortaba pimiento, un panorama de cuerpos decrepitos revolcados en infortunio, tristeza, desesperanza: la vida condenada a la conciencia, el vaticinio del fin cercano. Tadeo Balboa miraba a cada instante a cualquier sitio con tal de no mirarla a ella, que no paraba de filosofar en plan negro, ensuciando la tarde azul con fraseología nihilista.

—No te hagas ilusiones. Somos nuestros cuerpos y para de contar. Como los animales, pero con pretensiones. No hay más. Un cupo de días, un poco de diversión, desgracias que a nadie importan y santas pascuas.

Poco antes de las cinco y media de la tarde, mientras trasladaba la compra a la cocina del centro de estudios, Tadeo Balboa se topó en el pasillo con su marmitón de paellas anteriores. Teodoro Sanz, prostático, setenta y dos años, venía del servicio. Dijo:

—He salido un momento a vaciar la vejiga y vuelvo.

El otro hizo un último esfuerzo para convencerlo. Le reveló la verdad: que le daba pavor encerrarse en la cocina con Amalia Solórzano. Ni por esas. Espoleaba al abuelo de las Jornadas la ilusión de ceñirse, entre micción y micción, la lauréola.

—Este año tengo posibilidades. Me he asegurado unos cuantos votos.

—No te alcanzarán, Teodoro. Necesitarías más de diez amigos. Yo no estaré para ayudarte, Lope se abstiene y para la juventud no cuentas. Piensa que algunos prometen y luego no cumplen.

—Una corazonada me dice que hoy puede ser mi día. Lope me da la razón.

—Lope da la razón a todos por separado.

—Sí, pero ha dicho una frase que me ha hecho pensar. Según él, mi ventaja es que no tengo enemigos.

Tadeo Balboa esparció el aceite sobre la ancha sartén puesta a calentar; Amalia Solórzano contribuyó a la líquida acción con una lagrimica en recuerdo de su hija. Echó aquel los trozos de carne; se lamentaba esta de sus atardeceres solitarios, sin otra compañía que las voces triviales del televisor. Y cuando finalmente llegó el momento de desparramar el arroz, ella adoptó unos tonos tan declaradamente íntimos que a Tadeo no le quedó más remedio que fijar en ella sus ojos/bolitas, cosa que había estado evitando hasta entonces, y decirle, evasivo:

—Llega el momento crucial. Ahora no debo distraerme. Me tengo que concentrar de pleno en la paella, no vaya a ser que. ¿Comprendes?

Ella le pidió/exigió un beso en los labios; ya se los estaba ofreciendo, la cara

levantada debido a la notable diferencia de estaturas, y él, ¿qué iba a hacer?, le dio un picotazo labial de circunstancias para acabar cuanto antes con el pueril chantaje y tener paz. ¿Paz en presencia de Amalia?

Tadeo Balboa, abierta al máximo la espita del gas, removía con el cucharón el arroz para repartirlo por el amarillo caldo cuando ella lo abrazó por detrás, una mejilla pegada a la enorme espalda. Y más que abrazarlo parecía que se agarraba al corpachón varonil y que tramaba dormirse en aquella quietud y postura. Cerró los ojos. No hablaba. No hacía más que soñar despierta con alguna imagen posiblemente grata (¿romántica?) y complacerse en el apretamiento y acaso figurarse que era dueña de aquel cuerpo que le sacaba dos palmos de altura. Tadeo seguía cocinando como si tal cosa. Como si fuera cheposo y Amalia la chepa.

Las visitas comenzaron apenas acabado el torneo poético. Procesión de metetes, desfile de curiosos: venían sueltos o de dos en dos a saludar, a ver cómo iba la obra culinaria, a darle un tiento a la botella de tinto que Tadeo y Amalia compartían y estudiar las posibilidades de merecer un langostino, cosa que no, debido a la policial intervención de la cocinera auxiliar, que vigilaba avizora, ceñuda, espantadora de gorriones. Uno trajo la noticia: había ganado la chavalilla del ciego. Amalia:

—La habrán votado los que aspiran a tirársela. ¿Y qué dice Mateo?

—¿Qué va a decir? Que todo es burla y paripé, y que está pensando en llamar a un taxi para volverse hoy mismo con la muñeca a Valladolid.

Llegó, inspector, Lope. Celebró, generoso de adjetivos, según entraba, olores, formas, colores; pero le faltaba el informe del gusto. Pretendió entonces, creyéndose depositario de prerrogativas, un langostino, y ya alargaba los confiados dedos en procura de una pieza, la más lucida por cierto, que yacía apetitosa en la superficie paellil, cerca del borde, entre dos tiras de pimiento rojo, cuando Amalia Solórzano los detuvo sin contemplaciones con un mandoble de la espumadera, no mortal, eso no, pero suficiente para parar las intenciones del laminero (María Moliner: «Aficionado a las cosas dulces o apetitosas»). Detalle adicional referido al utensilio: no estaba aceitoso ni en líneas generales sucio, sino todo lo contrario, por cuanto Amalia tan sólo lo había descolgado de la espetera para mantener a raya a los hambrientos. Lope aceptó la autoridad femenil y el golpe. Además, se habría quemado.

Seguro de que con tan celosa vigilante la paella no corría peligro, Tadeo Balboa, bajada la potencia del fuego, se tomó un descanso para salir a la terraza, dijo, a fumar un cigarrillo. No fumó. ¿Entonces? Bueno, lo que quería era hablar a solas con Lope. Este se olió el tema de conversación. Adelantándose:

—Ya lo sé. Llevas muchas, demasiadas horas con ella. No puedes más.

—Exacto.

—Aguanta un poco. Pronto cenaremos.

—No puedo. Me hunde, me destroza. Nunca he sido partidario de estrangular a nadie, pero.

—Olvídalo. Al menor intento te sacudiré con la espumadera.

—Me la endosaste ayer, me la has endosado hoy y la cuestión, perdona —es que el otro hizo amago de interrumpirle—, la cuestión no es si está loca o no, perdona, no, no, no —se sulfuraba—, déjame hablar a mí, la cuestión es que me huuuuun... de.

—Te quiere. Está sola y tú estás solo. Sois poetas, sois buena gente, deja que la naturaleza consume su obra.

—Mis hijos me matan. Y además ella me desequilibra. Me da igual si soy un hombre chapado a la antigua. No hay un día en que no piense en mi difunta. José Manuel, líbrame de esta mujer pegajosa, por favor. Quiero tranquilidad. Mira que se acerca la noche y Amalia ha formulado ciertas insinuaciones.

Lope, paternal, le dio una palmada en la espalda. Dijo:

—Hazla feliz. ¿Qué te cuesta? Si es como una niña. Y luego bajas a la Espelunca a echar la partida. Te esperamos.

No le dejó protestar. Le fue abofeteando una a una las palabras en el aire como quien aparta humo. Y lo mandó de vuelta a la cocina:

—A ver si se te va a quemar la paella y jodemos la velada.

Servida la cena, los llamaron al refectorio de visitantes. Gran aplauso, felicitaciones, yujus. La poetada repartida por las mesas y ellos dos allí de pie aguantando el ruidoso homenaje. Juanjo Changa se propasó:

—¡Vivan los novios!

Para matarlo. Lope, brazos en alto, intimó silencio. Se metió entre el cocinero y la cocinera con sus delantaritos blancos; posó una mano sobre el hombro de cada uno y se arrancó de memoria con una letrilla de agradecido humorismo. Prosiguió la fiesta. Masticación y algarabía. Y luego ya no prosiguió, sino que empezaron las deserciones más o menos disimuladas, en parte porque se había acabado la sangría, pero sobre todo a raíz del anuncio lopesco de poner por obra una recogida, limpieza y fregado colectivos, razón de sobra para que más de uno se escabullera.

Campaneadas las doce de la noche, Tadeo Balboa hizo su particular tentativa de fuga que no prosperó.

Ella:

—No pensarás abandonarme después de todo lo que te he ayudado, ¿eh?

No, verás, es que yo, cartas, Espelunca, los amigos. Ni cartas ni Cristo que lo fundó. Se lo dijo con más finura; pero, total, patatas. Que primero la tenía que dejar acostada. Que ella no iba sola a la cama. Que un día tan feliz como aquel merecía un final feliz. Pero es que. Nada, nada. Él se tuvo que resignar.

Menudo panorama. Tadeo Balboa, hombre-caballo, caballo humano, manso como un baúl, corto de vista, sentado ahí, en la única silla de la habitación, sin saber qué decir ni adónde mirar. Y ella, cincuenta y siete años, se plantó desnuda ante él: robusta, pechos grandes, los brazos en jarras, barriguilla.

—Di algo.

Se dio la vuelta para mostrarse en todo su contorno a los ojos/bolitas. Buen culo y casi nada de celulitis. Mujer sana, un tanto fuertota, que conllevaba con cierta

abundancia de carne pálida los estragos de la edad, aún no demasiado crueles. Tadeo miraba escéptico, distante, ¿miedoso? Así no se expresa el entusiasmo. Dijo por fin, fríamente aprobador:

—Bien.

Ella le puso un pie encima de un muslo. Es de las que se afeitan la entrepierna.

—Te dejo meter un dedo.

—No, gracias.

A ella le entró la risa.

—Ha habido gente poderosa, políticos, empresarios con mucha pasta, famosos escritores y algún actor que se arrastraron por el suelo delante de mí, todos en solicitud de que les diera acceso al orificio. —Puso el pie en el suelo—. Y tú, hombre soso, rechazas lo que tantos suplicaron.

—Respétame, Amalia. Opino que tienes un buen cuerpo, pero no voy a follar contigo. Ni contigo ni con nadie. Y no me pidas explicaciones porque no hay nada que explicar.

—¿Quién ha hablado de follar? Pero ¿qué te has creído?

Le hizo un desplante teatral, con garbo y el consiguiente meneo de cabello, y sin ropa, contoneándose desenfadada, se fue a lavar los dientes (racha, racha, racha) en el cuarto de baño. Sonó potente y largo el chorro de la micción. Tadeo seguía en la silla; ella vino y se acostó, desnuda, sin concederle el honor de una mirada. Olía a perfume reciente.

—Alcázame el bolso, haz el favor.

Del cual ella sacó un consolador y un libro, y este último se lo tendió a Tadeo. Que acercara la silla a la cama y leyera, no importaba qué. Y él abrió el libro al azar (Emily Dickinson, *Setenta y un poemas*) y leyó con voz apagada unos versos, mientras Amalia, bajo la sábana, se procuraba tranquilamente gusto. Leídos tres poemas, le mandó parar. Dijo:

—Este día no voy a olvidarlo en mucho tiempo. Este día me ha gustado un montón. ¿A ti también? ¿No has sido un poco feliz conmigo? Para mí que congeniamos. Hacía tiempo que no me decía: hoy ha sido un buen día, hoy ha merecido la pena vivir. Dame el beso de las buenas noches y vete a jugar tu partida, que ya sé que te están esperando.

Tadeo le dio el beso solicitado. De pronto, Amalia Solórzano apartó la sábana.

—Rápido, mete el dedo. Rápido, rápido.

Aquello semejaba una petición de socorro. Tadeo Balboa, sin tiempo para reflexionar, introdujo un dedo corazón entre las piernas separadas. Erotismo en grado cero. Con el dedo dentro, Amalia Solórzano apretó unos segundos los muslos y después dijo que eso era todo y que apagara la luz antes de irse.

De camino a la Espelunca, Tadeo Balboa bajó las escaleras olisqueando una y otra vez el profundo, espeso, penetrante olor vaginal que llevaba pegado al dedo. Jugando a cartas hasta las cuatro de la mañana, de vez en cuando, sin darse cuenta, se

llevaba el dedo a la nariz. Pasaba un rato y lo volvía a oler.

Hizo cálculos y sí, no cabía la menor duda, eran los perdedores de las Jornadas. Todo había sido un error desde el principio. ¿Qué error? Joder, pues haber inscrito sólo a cuatro miembros del grupo. Él ya lo había avisado. Cuatro eran pocos, hay que ir bien preparados a la guerra. O el error consistía simplemente en haber participado en esta feria de poetillas. Esa puta obsesión por estar donde están ellos. Que les den por. Y luego la marcha de Garrido con la mayor parte de la cocaína pagada a medias, la superioridad numérica del rival realita, la traición del catalán, cuyo nombre le quemaba, decía, en los labios y por eso se negaba a pronunciarlo. Conclusión: la escuela metafísica de la actual poesía española acababa de expirar, sí, allí mismo, en aquellos montuosos parajes. La común y prosaica realidad había triunfado y él, Eugenio Alpuente, por despecho, por venganza, por lo que fuera, no escribiría un verso más en toda su vida. Mencionó/conocía dos formas de inmolación poética: el silencio o pasarse a la novela. ¿O se trataba de las dos monedas de una misma cara?, se preguntó irónico, cínico, retórico, al par que tiraba dos puñetazos seguidos al aire, ris ras, imaginando que le partía la cara no se sabe a quién.

Alpuente, tigre enjaulado, deambulaba por la habitación. Iba de la puerta a la ventana y vuelta, sin levantar la vista del suelo. La muda presencia de Dámaso Carranza de León, sentado en la silla, confería apariencia conversacional a su monólogo. ¿Qué más? Pues que el hambre separó a los dos amigos. Las diez campanadas del convento significaban: paella. Y ya se oían por los intestinos de la casa voces, risas y pasos de los que se encaminaban a la cena/ festejo.

—No me digas que te vas a juntar con esa gentuza.

—Tengo hambre y he pagado.

—¿También tú me dejas?

—Te subiré una ración de paella. Te contaré cómo está el patio.

—Bueno, pero date prisa —miró el reloj— porque dentro de hora y media me suicido. Y que no se les olvide ponerme unos cuantos langostinos a esos cabrones. Que haya muchos tropezones. Me gustaría amenizarle la tarea al forense.

Aún le dijo otra cosa cuando Dámaso estaba a punto de salir al pasillo:

—Oye, ¿tú no tendrás algo de perico por casualidad?

—Ni un gramo. A Andreu le quedaban unas rayas, pero como estás cabreado con él.

—Si comparte, a lo mejor encontramos un arreglo. Díselo. En caso contrario, que no se cruce en mi camino porque compartiremos mesa de autopsia. Lo tengo claro. Me niego a vivir en un mundo al que no hago falta. Esta noche me colgaré de un pino, pero puede que primero me lleve a alguno por delante.

Cuando Dámaso Carranza de León, manos en los bolsillos, entró en el refectorio de visitantes, se produjo una leve cesura en el jolgorio. La confusión de voces se atemperó un poco, muy poco; aquello no llegó ni a conato de silencio, ya que en la

boca de Martina Muro, roja de felicidad, estalló de pronto una supernova-risotada y los que estaban a su mesa pues no tanto, pero por ahí, por ahí, menos Ernesto Contreras, que te puede matar de risa con sus chistes e imitaciones.

El bullicio recobró después de aquellas risas su anterior intensidad y fue la leche cuando, requeridos por los circunstantes, entraron en el refectorio Tadeo Balboa y Amalia Solórzano, procedentes de la cocina, con delantales, y se les dedicó una ovación que debió de estremecer los camastros de las monjas en el convento vecino.

Dámaso Carranza de León habló un rato con Lope. Ideas principales del diálogo:

—Está en su habitación. No creo que baje. Se encuentra mejor que por la mañana. Me ha pedido que le suba la cena.

—Buena señal.

—Sí, parece que por fin se anima a tomar algo de alimento.

Habló unos instantes con Amalia Solórzano en el costado de la paella. Un extracto:

—Aparta por favor cuantos langostinos puedas para Eugenio.

—Le corresponden dos como a todo quisque. Aquí no se practica el favoritismo.

Habló en discreto apartamiento con Andreu Viñals:

—Si le proporcionas una raya de perico, puede que te perdone.

—No hay nada de lo que me tenga que perdonar. ¿Qué le he hecho yo?

—Te acusa de difamador y de haberlo traicionado.

—*Bajanades*. Sufre un trastorno. Lo sabe todo el mundo.

En el pasillo, un plato de paella en una mano, se cruzó con Martina Muro, que venía, es un suponer, del servicio (de la capilla sería francamente inverosímil). La cual, cerrándole el paso y meneando la pechambre, le dijo:

—Damasito, precioso, qué poco caso me haces de un tiempo a esta parte. En aquel festival de Málaga me quisiste más.

—Se va a enfriar la paella.

—Ah, eres el criado del malasombra. Damasito de mi vida, piensa que la noche es corta, no la desperdicies en trasiegos de mayordomo. Si te apetece un orgasmo, ya sabes dónde me tienes; pero no te demores, prenda mía. El furor uterino me roba la paciencia.

Dámaso Carranza de León llevó el plato de paella a quien se calificó como dueño de su propia e inminente muerte. A continuación, empezó a quejarse. ¿Dos langostinos sólo? El otro le transmitió las palabras terminantes de Amalia Solórzano. Y el arroz, tibio, tirando a frío, vaya mierda. No quería pringarse los dedos. Conque el amigo le tuvo que pelar los langostinos. Si tenía las manos limpias. Por supuesto, se las acababa de lavar. Mentira.

Eugenio Alpuente teorizó masticante:

—¿La condición humana? No me interesa. El hombre está definido por completo desde el primer ejemplar de la especie: nacer, llenar la panza con regularidad, atiborrarse de esperanzas, follar y acabar. Sólo es superior en sus categorías no

físicas. Dejemos la explicación del mundo a los científicos. El poeta crea su propia realidad. Como dijo Félix de Azúa: «La poesía cura las heridas producidas por la razón». Y yo añado: la poesía está incluso por encima de lo sagrado. La poesía es la energía oscura que cohesiona el cosmos. Poco la afecta el que esto sólo lo sepamos unos cuantos elegidos. ¿No me has traído nada de beber?

Se produjo un hecho: Dámaso Carranza de León bajó a la Espelunca. De lejos, Martina Muro, de conversación con tres o cuatro líricos acompañantes junto a la entrada del refectorio, lo miró interrogativa, expectante y qué has decidido, y él sacudió la cabeza en señal de que sí. Ella se pinchó varias veces con la yema del índice la muñeca; él mostró, mano alzada, cinco minutos digitales y de este modo, sin necesidad de palabras, se juramentaron para procurarse placer muto.

En el lapso en que estuvo solo en la habitación, dando cuenta de su última cena, Eugenio Alpuente prosiguió su teorizante discurso. De continuo levantaba la mirada hacia la acuarela de la pared (Jesús con la cruz al hombro) para hacerse el ánimo de ser escuchado.

—A la cotidianidad, ni agua. Créeme, Chus, lo mismo que tú anunciabas tus alturas, el poeta anuncia las suyas. El poeta no es un propagandista de la moral, ni un depósito bancario de sentimientos, ni un ensalzador de atardeceres y cachivaches. El poeta no es un literato, coño. El poeta o suscita la trascendencia o no es nada. Y el poema es su cruz y en ella se desangra y agoniza.

Dámaso Carranza de León vino con vino. Una botella del barato, ya descorchada. De otra clase no lo había en la Espelunca. Y Alpuente le preguntó si por casualidad tenía anfetaminas. De su habitación, que era contigua, volvió Dámaso poco después con un frasco. Que se lo regalaba. Así lo fue preparando para el previsible chasco/berrinche que Alpuente experimentaría cuando él le anunciase que se tenía que ir. ¿Qué, cómo, adónde?

—Me espera Martina.

—Qué bajo caes. Y yo aquí solo.

—Has dicho que vas a matarte. Bien mirado, eres tú el que se va.

Alpuente reiteró su decisión de poner fin a sus días. Era cosa segura que nunca más vería amanecer. Se abrazaron. ¿Para qué pelearse después de tantos años de amistad y a poco tiempo de la separación definitiva?

—Dejaré la puerta entreabierta. ¿Te ocuparás de mis pertenencias por la mañana?

El otro se lo prometió. Y dando absurdamente las buenas noches, se marchó en busca del cuerpo de Martina Muro. Entre derramar una porción de esperma o presenciar el suicidio de Alpuente, había optado por lo primero.

Acababa de campanear la medianoche en la torre del convento. Se oía alguna que otra voz suelta, amortiguada por las paredes, en el centro de estudios. Tras pimplar la botella de vino, Alpuente, solo en la habitación, se tragó un puñado de anfetaminas bajo la ducha. Arrojada la toalla al suelo porque le parecía pequeña, se secó con la manta de la cama y, eufórico, se vistió su indumentaria negra de motero. Estaba

decidido a colgarse vestido de cuero, con botas, guantes y casco reglamentario. ¿Y la cuerda? Hostia, ¿de dónde sacaba él una cuerda a esas horas? Podía, como la noche anterior, llamar a la puerta de las espinosas. Total, ya lo conocían. Buenas, yo otra vez. Que si tienen la amabilidad de prestarme una cuerda para ahorcarme.

Ridículo. Agarró una sábana. Me anudo un cabo al cuello, ato el otro extremo a una rama y, ya sólo con el peso de las botas, palmo al instante. No se llevó nada más. ¿Para qué? Las hojas con los poemas que pensaba corregir, los libros, la ropa... Allá quedó todo. Dámaso se encargaría.

Y salió al pasillo con el casco puesto. Es que así tenía las manos libres. Al fondo se movió una forma, una silueta humana, negra, que hacia él venía atravesando raudamente la penumbra, y justo en el descansillo, sin mediar palabra, le arreó, plaf, un puñetazo. Alpuente no tuvo tiempo de esquivar el golpe, pero ¿qué más daba? Con el casco puesto, apenas sintió una sacudida indolora a la altura del cuello. En cambio, la mala baba del memo realita, lacayo de los otros, más influyentes, para que le publiquen y le den premios, eso sí que lo vio. Revolviéndose rabioso, le arreó al chaval, que estaba entretenido en proferir juramentos y en protegerse la mano dolorida, una patada brutal, bestial, colosal; le clavó la punta de la bota en el vientre, lo derribó. Y tras mirarlo con toda tranquilidad unos instantes, deleitándose en sus gemidos, se dedicó a patearlo por aquí y por allá. Si al fin paró no fue sino porque no deseaba ponerse perdido de sangre y porque ya empezaba a cansársele la pierna. Se había cumplido la predicción: moriría matando.

Después salió a la noche. Crujía la gravilla bajo sus botas cuando cruzó la explanada. Estuvo el tiempo de fumarse un cigarrillo sentado en su moto. Tras apearse, le dio unas palmaditas al asiento como quien acaricia con ternura a un animal de compañía. Se perdió, por último, en la oscuridad, en dirección al monte.

Este era un poeta ciego que se encerró en su habitación con una chica preciosa a la que quería mucho, o eso es lo que él decía, y no la podía ver pero sí tocar y oler y todo lo demás. Amenazó en presencia de otros poetas con volverse esa noche en taxi a Valladolid. No estaba de humor para comer paella, cerró la puerta con llave, cubrió a la pobre muchacha de reproches, le mantuvo apretado con demasiada fuerza un pecho y empezó a llorar. Siguió llorando, que parece mentira, llorar así como un chiquillo un hombre de su edad, hasta que ella, que callaba entristecida a su lado, los dos sentados en el borde de la cama, rompió en sollozos. Entonces él, que parece que estaba esperando aquel alivio/compensación, se calmó, incluso le soltó en señal de clemencia el pecho, y al poco rato Lope llamó a la puerta. Que por qué no bajaban, que ya estaba todo el mundo reunido en el refectorio.

Mateo Gil Salgado, tieso. Que no, que taxi, Valladolid, no aguanto más, esta noche. Todo ello en frases pronunciadas con ostensible irritación. Lope, que abriera, y el otro que no, déjanos, esto es muy serio.

Réplica de Lope desde el pasillo:

—Y tan serio. Como que hay más de veinte compañeros reclamando la presencia de Vanessa, dispuestos a subir y llevársela a la fuerza. Resígnate, Mateo. Te doy cinco minutos para que la dejes bajar al refectorio. Tú, si quieres, te puedes quedar ahí encerrado, que a nadie haces falta. Cinco minutos. Ni uno más o te mando la turba.

—Que la monja de la recepción me pida un taxi.

—La monja se ha marchado a media tarde. No estamos en un hotel.

—Esta y yo nos volvemos a Valladolid. Aquí hay muy mal aire.

—Tendrás que largarte solo porque dudo que el pueblo poético permita que raptés a la reina de las Jornadas, elegida en democrática votación. Además, mañana vienen los críticos y a mí no me dejas sin la ganadora. Cuatro minutos.

—Estás tirando por tierra décadas de amistad.

—Tres minutos y medio.

Fueron sus últimas palabras. Se oyeron sus pasos enfadados alejarse por el pasillo en dirección a la escalera. El ciego dijo que todo aquello se arreglaría si ella renunciaba al premio recibido y la muchacha respondió que sí, lo que usted diga, don Mateo. El ciego: que todo había sido burla, sinvergonzonería y deseos de abusar de la inocencia de Vanessita con más que adivinables intenciones, y la muchacha respondió que también lo creía así. El ciego: que tirase el certificado de pergamino y los ridículos laureles a la basura porque se los habían dado para ofenderlo a él e interferir negativamente en nuestro amor, y la muchacha respondió que los pensaba hacer pedazos y tirarlos al cubo del cuarto de baño, y el cuadro pintado por la monja también. Entonces, por vez primera desde que había sido proclamada ganadora del certamen de las Jornadas Poéticas en Morilla del Pinar, Mateo Gil Salgado la tomó

con ternura entre sus brazos. Dijo:

—Esto no debería haber ocurrido.

La muchacha, pegada de mejilla a su pecho, pidió perdón.

—No, si tú, alma cándida, no tienes la culpa, aunque ya te avisé.

Bajaron, toc, a cenar. Los/la recibieron con aplausos. En realidad, la. El ciego, gafas negras, gorra marinera, lo adivinó y puso mala frente. Lope les tenía reservado asiento a su mesa. Y determinó que completara el cuarteto de comensales Teodoro Sanz, hombre inofensivo, de reducida conversación y aniquiladas pulsiones sexuales.

En una mesa cercana hubo un rápido intercambio de asientos. ¿Y eso? Felipín Cárdenas, que quería tener a la muchacha enfrente para poder mirarla. Se ausentó brevemente del refectorio con pensamiento de proveerse de folios y bolígrafo, le mostraba rótulos y ella respondía sacudiendo la cabeza. Qué encantadora manera de masticar arroz, de pelar langostinos. Y a su lado, Cabral:

—¿Te gustaría tirártela?

—Algo me dice que los hados me son favorables esta noche.

Apartó la paella a un lado. Y escribió: ¿Vienes? Vanessa Rincón se cercioró de que los maduros varones con quienes compartía mesa no habían reparado en su comunicación secreta con aquel poeta tan apuesto y simpático, antes de señalar con la cabeza que sí. Le mostró el dibujo de una escalera de mano apoyada en una ventana. Y ella no dudó en asentir. En cambio, le costó contestar a una oferta de somníferos. Primero no entendía. Por fin captó que Felipín Cárdenas se los ofrecía para dejar fuera de combate a don Mateo. Se asustó, titubeaba, escrutaba con inquietud ruborizada a sus acompañantes de mesa; pero, qué caramba, terminó por hacer una sonriente señal de asentimiento.

Aún no eran las once cuando se retiraron. Mateo Gil Salgado, seco, dio las buenas noches. Que si le había gustado la cena.

—Venga, José Manuel, no me vaciles. Sabes que he venido sin ganas.

Salieron, toc, al pasillo. Quedó el bullicio atrás, la masticante plebe de literatos. Y Mateo Gil Salgado infló sus pulmones como si no hubiera respirado desde hacía tres cuartos de hora. La dulce personita lo llevaba del brazo. En el primer tramo de la escalera, de espaldas a la pared, esperaba, estatua viva, Felipín Cárdenas con una mano extendida y en ella dos pequeñas pastillas blancas envueltas en un trozo de papel. Y no se hablaron y apenas se miraron. La muchacha, al pasar, pinzó el envoltorio con dos dedos gráciles y lo introdujo visto y no visto en un bolsillo del pantalón. El astuto ciego, que subía por el lado de la barandilla, como que olió una presencia, un algo y un alguien, y se detuvo a examinar el aire con su radar olfativo.

—¿Por qué se para, don Mateo?

—¿Estamos solos?

—Completamente.

Llegaron lentos, toc, al primer piso. Él seguía remordido por la suspicacia. En el descansillo volvió a preguntar si estaban solos. Sí, don Mateo. Que por qué lo

preguntaba. No por nada, sino que le había parecido sentir una toma de aire por vía nasal en las inmediaciones. Ella dijo que quizá me estoy acatarrando. Y él, que había sido como cuando las paredes respiran.

En la habitación llevaron a cabo los ritos higiénicos y medicinales de costumbre. Ella lo ayudó a desvestirse, lo empijamó, le aplicó pomada en los corros de psoriasis. El miembro erecto reclamaba su parte de atención. La muchacha se hizo la ciega, la que no sabía ni se percataba. De este modo gobernó durante varios minutos al varón, que extremó la docilidad y fue amable y cariñoso y prometedor. Vanessa cabalgó fogosa, se agitó rozadora. ¿A qué tan apasionadas frotaciones? Astucia femenina para acabar cuanto antes. Y en efecto, en un santiamén había expelido el ciego su chorrillo de deleite.

Ahora se lavaba el lacio miembro en el cuarto de baño. La muchacha aprovechó para vaciar a escondidas la cápsula contra la hipertensión e introducir en ella las dos minipastillas que le había proporcionado Felipín Cárdenas. Muy cuca. El ciego tragó el ardid con agua. Mientras trazaba planes para el día siguiente le sobrevino la pesadez. Hala, que lo llevara del brazo a la habitación de ella. En el umbral, último beso de la jornada antes de encerrarla con llave. A tientas volvió y a tientas buscó la cama.

Vanessa Rincón, como se notase sucia del olor de don Mateo, se duchó. Explicación adicional: no se mojó la melena por falta de secador. En un doble fondo de la maleta escondía los cosméticos. Aposta se maquilló en exceso. ¿Qué falta le hacía? Y como se pintó, se vistió: hecha una putilla de arrabal. Así se gustaba en aquel instante. Huy, si se entera don Mateo. Besó su imagen en el espejo del baño. En la fría superficie quedó, pétalos rojos, la marca de los labios.

Y esperó y esperó, apoyada de codos en la ventana. ¿Para qué se había dado tanta prisa en acicalarse? Noche estrellada, noche tibia, de luna anoréxica, olor a resina y cricrí de grillos. Sonaron las doce en la campana del convento; poco después, en la tintineante y lejana de Morilla del Pinar. Al rato oyó el crujir de unas botas sobre la gravilla. La escasa luz no le impidió reconocer al hombre que se había desmayado por la mañana. Lo reconoció a pesar del casco. Ese se pira. Había oído decir que era un tipo raro, con prontos de coraje. Y cuando lo vio subirse a la moto ya no tuvo duda de que se marchaba. Pues bien, no se marchó. ¿Entonces qué hacía subido a la moto con casco y una cosa blanca arrollada al brazo? Pues se fumó un cigarrillo y mientras tanto quizá se imaginó que viajaba a doscientos por hora; en fin, cualquier locura o chiquillada. No tenía la menor duda de que estas Jornadas son un simposio de majaretas, empezando por el motorista que, de pronto, se apeó, dio unas palmaditas afectuosas al asiento, encendió otro cigarrillo y se perdió en la oscuridad. ¿Bajaría solo a la taberna del pueblo?

Las doce y media. No venían. Se apartó de la ventana, aburrida de contemplar estrellas, la esmirriada luna decreciente, los montes negros sobre fondo negro. Y se tumbó encima de la cama, vestida pero sin zapatos, la habitación a oscuras. Sobre el

pecho, la lauréola. Delicadamente acariciaba las tersas hojas una a una con la yema de los dedos. Soñó, despierta, sueños gratos. Lo habitual: éxitos como el de hoy, la curación de su madre, una vida sin apuros económicos. Ya se le cerraban los ojos. Ya estaba en un tris de dormirse cuando, pom, pom, unos nudillos festivos golpearon el vidrio de la ventana.

Derribado, dolorido, gimiente. Así lo encontraron en el descansillo del primer piso Martina Muro y Dámaso Carranza de León. Y estos, ¿de dónde venían? Pues de la cocina y el refectorio de visitantes. Otros se habían escaqueado. Ellos, en cambio, ayudaron a recoger y fregar y barrer. Martina porque es de suyo solidaria; Dámaso, por Martina, instrumento de su convenido orgasmo dentro de poco. Y subían cogidos de la mano, rientes, salaces, tocándose y besándose.

Allí estaba, ensangrentado de camisa, un ojo como una ciruela reventada, Paco Valbuena. Quería levantarse, no podía. En un puño apretaba dos incisivos desprendidos de su yo concebido como unidad física conformadora del individuo. Los mantenía agarrados en la esperanza, pobrecillo, de que un ortodoncista se los volviese a colocar. ¿A esas horas? ¿Con pegamento?

Trataron de levantarlo. Ay, ay. Las costillas. Habría que llamar a una ambulancia. Que lo llevaran por favor a su habitación. Y dijo el número. Que qué había pasado. Callaba. No abría la boca más que para escupir sangre. Dejó un rastro de humores inmundos en el lugar de los hechos. Martina, preocupada:

—Habría que limpiar esto antes que lo vean las monjas.

A Dámaso Carranza de León, que no abrigaba en aquellos instantes sino el modesto deseo de eyacular e irse a dormir, mientras socorría al realita maltrecho se le pasó la erección. Ayudó a acostarlo sobre la cama. Con cuidado. Si es que casi lo tira como a un saco. Martina Muro madreaba consoladora al joven poeta, le apartó el pelo de la frente, le quitó las deportivas. Dámaso Carranza de León se miraba con el gesto torcido las mangas, la pechera, en busca de salpicaduras. Paco Valbuena reclamó por favor la presencia de Evangelina González. Lo menos tres veces dijo por favor. Martina Muro, asustada al escuchar el patético ruego, a Dámaso:

—Ve a buscarla, date prisa.

Acto seguido, al joven descalabrado:

—¿La Nívea te ha puesto así?

Dámaso Carranza de León salió al pasillo con pocas ganas de interpretar el papel de chico de los recados en aquel episodio que ni entendía ni le interesaba. Lo primero de todo encendió un cigarrillo. Tras recorrer una docena de pasos, se dio cuenta de que ignoraba el número de habitación de la Nívea. ¿Qué hacer? ¿Volver y preguntar? Miró el reloj. Alborotaban en la planta baja las voces y risas de los que se iban a la taberna del pueblo. Le entró un asco lento, un empalago de vivir que se manifestaba en la forma de un gas tibio y expansivo dentro de su caja torácica. A sus pies, los escupitajos sanguinolentos de Paco Valbuena. En la pared, el cuadro religioso pintado con torpes pinceladas. Y tuvo de pronto la viva certidumbre del derrumbe poético, del triunfo en rededor de la fealdad en una versión particularmente repulsiva. De abajo le llegaba la voz nasal de Juanjo Changa. Le vino un impulso tan fuerte de arrojarse por el hueco de la escalera que volvió la mirada atrás pensando que lo empujaban. Mira

que si luego lo relacionan con los escupitajos del realita. Aquel pensamiento y la idea del charco de sangre y sesos que él mismo dejaría en la planta baja lo indujeron a apartarse de la barandilla. Se apoyó un instante de espaldas contra la pared, los ojos cerrados, para evocar mientras fumaba la vasta extensión del mar. ¿De qué mar? Da lo mismo. De un mar convencional en calma bajo el cielo radiante, sin barcos ni bañistas, sin la huella nefasta del hombre. Y la sensación balsámica frente a los grandes espacios abiertos, el rumor de la olas, los chillidos de las gaviotas, atemperados por la distancia, le permitieron vencer la náusea, aunque no fue fácil y, si no, que se lo pregunten.

Más tarde, a oscuras en su habitación, desnudo ante la ventana abierta de par en par, estuvo largo rato mirando las estrellas y el monte negro con su masa indistinta de pinos que lo mismo habrían podido ser palmeras o melocotoneros porque no se veía ni leches. Y supuso a su amigo Eugenio ahorcado de la rama de uno de tantos árboles. Era inútil aguzar la vista. La luna anoréxica no colaboraba. Y la verdad es que él no tenía ganas de ir a buscar un cuerpo que vete tú a saber si estaba, ñic ñic, balanceándose en la oscuridad. Deleguemos en la aurora, se dijo. Ella nos mostrará lo que la noche oculta: las plantas espinosas, los hoyos que se alimentan de tobillos, el cadáver. Pero hasta entonces aún faltaban unas cuantas horas. Dámaso Carranza de León sostenía el cigarrillo en una mano, con la otra trató en vano de recobrar la erección. Puede afirmarse que era un hijo de la serenidad cuando al cabo de diez, quince minutos, se acostó.

No venía, no venía. ¿Dónde se habrá metido ese hombre? Conque a Martina Muro no le quedó más remedio que ir en busca de la Nívea. Tampoco sabía el número de la habitación; pero Paquito, sí. La pilló acicalada, olorosa, y sin embargo no se atrevía, lo confesó, a sumarse al grupo de los que pensaban prolongar la velada en la taberna de Morilla porque temía encontrarse con el monstruo. ¿Con quién? Con Alpuente. ¿El metafa? Ese. Se mordió asustada el labio inferior al saber lo de Paquito, pobre chaval.

—Tienes que venir.

—Voy.

Y fue/fueron cogidas del brazo y por la puerta entreabierta salían las murmuradas quejas de Paco Valbuena. Vio/ olió este a la Nívea. Se sobresaltó. Quería levantarse. Las dos mujeres se lo impidieron y él, por el ojo sano, lloraba una lágrima de hombría humillada. Dijo salivoso, arrastrante de sílabas a causa de los dientes perdidos, aún apretados en su puño:

—Estaba oscuro. No he visto el casco de motorista. ¿Cómo iba a imaginarme una cosa así? Se lo he puesto fácil sin querer. Y, bueno, con las botas que llevaba no digamos. Las cosas no han salido como queríamos. Lo siento. Lo siento de veras. No te merezco.

Le preguntaron, respondió. Le costaba respirar y, en según qué posturas, le dolía (¿exageró?) «como si le hincaran lanzas en el pecho». Así, boca arriba, era como

mejor estaba. Lo alabaron: eres un hombre duro. Él corrigió: no, elástico, lo cual ayuda a evitar fracturas. Y ellas se miraron. Qué bien razona este chaval.

La Nívea constató:

—Está manchando la almohada.

La otra trajo una toalla mojada del cuarto de baño. Lavó con ella la cara de Paquito. Y mientras lo desvestían le preguntó la edad.

—Veintiocho.

—Aún te queda juventud. Con este cuerpo precioso tú puedes dar mucho placer.

Descubrieron hematomas. Vaticinaron moraduras para mañana. Y si no tienes nada roto, ya puedes darte con un canto en los dientes. A propósito de dientes, le ofrecieron una toallita de papel para que envolviera las dos piezas arrancadas de su sitio, pero que no se hiciera ilusiones. Con unos implantes lo arreglaba seguro. Eso sí, muchacho, son bastante caros. Tendría que trabajar y ahorrar. Así parloteaban ellas, poetas enfermeras, todo cariño, compasión y atenciones. A la Nívea la corroía el remordimiento. Lo insinuó. Y él se arrancó a monologar en calzoncillos.

—He tenido mala suerte desde que nací. En serio. Vine al mundo en el país equivocado. A mí me habría gustado ser italiano. Italiano, un poco marinero y, por supuesto, guapo. Soy un desastre. Mi nariz es horrible y ni siquiera sé tocar la guitarra.

La Nívea:

—Paquito, te llevo catorce años. Supongo que te habrás dado cuenta.

La miró con el ojo sano.

—Me he dado cuenta de que eres divina.

Martina Muro terció:

—¿Quieres decir que nuestra dulce Evangelina está de buen ver? En ese caso te doy la razón.

—Yo sé lo que sé. Pero me callo y así evito dar la lata.

Hablaba con mucho/demasiado sentimiento y ellas se miraron apenadas. Después de lavarlo la una, de secarlo la otra, la Nívea se encargó de ponerle el pijama (estampado, pero pantalón unicolor, por si interesa), primero la parte de arriba y él se dejaba hacer, susurrando pueril, mimoso, expresiones de dolor. Y antes de ponerle la prenda de abajo, Martina Muro, madre enérgica, enfermera sin miramientos, le quitó/arrancó el calzoncillo. Convergieron miradas en el miembro, el cual era de conformación común. Tras breve bamboleo, el susodicho miembro se aquietó blandamente sobre un muslo. Ya iba la Nívea a colocarle el pantalón de pijama a Paco Valbuena cuando Martina Muro le indicó por señas que se detuviese. Su sonrisa y ojos apicarados denotaban lúdica intención. Y se sentaron las dos mujeres en el borde de la cama a examinar tranquilamente el aparato genital externo del joven poeta. Lo empuñó, firme, Martina Muro, y al mismo tiempo delicada y con sabia suavidad, todo hay que decirlo, y elogió proporciones, forma y consistencia del viril distintivo. Advertida la mano agarradora, Paco Valbuena cesó en su monólogo

derrotista, envió sangre endurecedora al empuñado miembro y cerró los únicos párpados móviles de que disponía. Una mujer dijo:

—¿No crees que este valiente se ha ganado un premio?

La otra, risueña, asintió. Y mano a mano, nunca mejor dicho, consumaron el agasajo en turnos de diez meneos o, por mejor decir, de cinco hacia arriba alternados con cinco hacia abajo. Diez fueron asimismo los euros que apostaron sin necesidad de conversación, sino que enseñando los dedos propuso una la suma en juego y con una sacudida aprobatoria de cabeza mostró la otra su conformidad. Empezó Martina Muro. Las dos mujeres se fueron alternando según habían convenido, y en cosa de minuto y medio, segundo arriba, segundo abajo, se resolvió la manual contienda. Paco Valbuena eyaculó durante el turno de la Nívea. ¡Cómo agradecía! ¡Qué dichoso era! Daba esa pena mezclada con ternura que inspiran los niños desamparados. Lo limpiaron con papel higiénico, le pusieron el pantalón de pijama, lo despidieron con sendos besos y allí se quedó, a un tiempo complacido y maltrecho.

Ellas se recogieron a la habitación de Martina Muro, que saldó sin demora la deuda contraída. Estuvieron las dos mujeres la noche entera intercambiando confidencias con la luz apagada. Compartieron porros. Tuvieron algunos roces y besuqueos, pero nada: un juego. Ni siquiera se desnudaron. Y, rendidas de sueño, se despidieron con la primera claridad de la mañana, lamentando no haber sido más amigas en el pasado.

Eran más numerosos que de víspera y todos varones. Única excepción, la lazarilla de Mateo Gil Salgado, que caminaba a la cabeza del grupo estrechada a preguntas. Carretera abajo, el grupo se iba estirando. A la zaga, Juanjo Changa no paraba de hablar solo. De vez en cuando, en medio de la noche oscura, pegaba un grito:

—¡Viva la poesía! ¡Viva la Tercera República!

Y se figuraba, en sus alcohólicas fantasías, lances de la guerra civil. Ta ta ta, disparaba bucalmente.

—El monte está infestado de fascistas. Nos atacan, camaradas. Al suelo, al suelo.

Nadie le hacía caso. Se picó:

—Pues me paso a Franco, hijoputas. ¡Muerte al rojo! ¡Viva el rosario!

A unos veinte pasos por delante, lo precedían Juan Luis Cabral y Julio Manuel Rentero cogidos de la mano, amartelados. Juntaban labios, identificaban constelaciones y se decían en voz baja palabras amorosas, perfumadas de homosexual ternura. El tiempo incesante se llevaría aquel momento de felicidad plena. Tal era su espina. Lo dijo el uno y el otro asintió. La camisa blanca de Julio Manuel Rentero ejercía modestamente de luna.

Un poco más adelante, Richi Bisabarro y López Blanco, pareja también, aunque disimulan, habían entablado discusión literaria y, recreándose en la disparidad de gustos, que en el fondo no era tal, caminaban entretenidos. Prefería el primero estos poemas de Rafael Alberti, prefería el segundo aquellos otros, y se recitaban estrofas mutuamente con mucho gesto y sentimiento, como en un duelo oral de sainete, en la esperanza de que, echados los versos al aire, la noche se encargara de elegir los mejores. Resuelta la lid, tomaban en consideración a otro poeta y así hasta que llegaron a la taberna del pueblo.

Por delante de ellos, Felipín Cárdenas, Alfonso Gomendio, César Sánchez Novás (con puro en la boca) y Alberto Almandoz (con halitosis de largo alcance), escoltaban preguntones, donosos, galanteadores, a la muchacha, a cuyos pies menudos habían cedido el centro de la carretera comarcal. Uno:

—¿No te da miedo andar por el campo, a estas horas, con tantos hombres?

Ella respondió con encantadora (¿fingida?) candidez que los tenía por amigos y estaba segura de que, si algún asaltante trataba de hacerle daño, ellos la defenderían.

Otro:

—Eso está muy bien dicho.

Y otro:

—Nunca has estado en mejores manos.

Se echaron a reír, ella también. Felipín Cárdenas, no. Se la quería beneficiar él solo. Para poner fin a las alusiones y los dobles sentidos, cambió de asunto:

—¿Qué tal se vive en Valladolid?

A ella le parecía que hay lugares peores.

—Vente a Madrid, mujer, que es donde está la fiesta y donde se fraguan las carreras literarias. Lo demás es provincia.

César Sánchez Novás corroboró:

—¿De qué te van a servir tus buenas dotes si no las das a conocer?

Pero Vanessa Rincón se resistía. Su madre, sus amigas, sus estudios, don Mateo. Todos se alborotaron al oír en medio de la noche el nombre del ciego.

—No lo mientes, que nos va a traer cenizo.

—Pues somos pareja y nos queremos. Él es muy bueno conmigo. Padre y compañero a la vez.

—Sí, claro, claro. Por eso te encierra con llave.

—Cosas del amor.

Uno:

—Qué pico.

Otro:

—Qué labia.

El pueblo dormía. Quietud aldeana, silencio aldeano. ¿Farolas? Las justas para no darse de frente contra los postes de las farolas. Bueno, o contra este árbol, aquel pilón. Y, eso sí, todas las ventanas apagadas. Es que ya era la una. Olor a tierra seca, a estiércol. No había más luz casera que la que salía de la taberna de Ramón. Dentro, el tabernero manco le estaba contando al Hiedra la historia del motorista que se quitó el casco y era el rey. No había otros parroquianos. ¿Qué hacía el Hiedra allí solo? Pues cumplía importante misión: que el tabernero no se fuera a dormir. Los compañeros lo habían mandado por delante para confirmar la llegada en breve de clientes. Y los tales llegaron, gritones, alegres, sedientos. Para evitar problemas con el vecindario, Ramón cerró la puerta con pestillo. Pom, pom, llamaron. Juanjo Changa, el último en entrar.

—Perdón por el retraso. Es que he pillado todos los semáforos en rojo.

El tabernero los invitó a ponerse cómodos y les preguntó:

—¿Todos ustedes sois de poesía?

Juanjo Changa:

—Estos, sí. Yo soy de whisky con hielo. A ver, enseñeme qué marcas tiene.

El hombre se disculpó porque tan sólo podía ofrecer bebida. De comer, lo que veis ustedes. Y señaló las saladillas y las patatas fritas de bolsa y, en un extremo de la barra, la máquina de chicles de bola. Como era tarde y su mujer se había acostado, ya estaba cerrada la cocina. Excusas.

César Sánchez Novás, guasón:

—No me diga que no puede prepararnos una paella para once.

—Eso, con dos langostinos por cabeza.

—Y de postre, sandía.

El tabernero, abrumado, confuso:

—Lo siento de veras. Si me lo hubierais dicho ustedes con tiempo.

—Si es por el tiempo, no se preocupe. Tenemos toda la noche por delante.

—No, de verdad que no.

Se repartieron por las mesas y junto a la barra en grupos de conversación. Una nube de humo marihuanil se fue extendiendo sobre las cabezas. Cabral y Rentero, íntimos, besucones, compartieron una rayita de perico bajo la cabeza del toro. Rentero, en un momento dado, se arrancó por bulerías. Lo jalearon, batieron palmas sin ritmo, sin duende, a barullo, pero con buena intención, y Cabral, que era el destinatario del cante, porque te quiero más que a mi mareeee, soltó de cada ojo una lágrima y el otro delicadamente se las besó.

Rodaban dados encima de la barra. A dos euros la puesta. Más allá, Juanjo Changa conversaba con la máquina de chicles. Le recitaba poemas macabros. Se empeñó en sacar una bola anaranjada. ¿Porque había pocas? Agotaba las monedas, pedía cambio al tabernero. Clanc, roja. Clanc, verde. Clanc, amarilla. Y entre bola y bola, un taco, una maldición, una queja. Que se estaba ahogando en soledad, se lamentaba. Y todo por los putos chicles. De nuevo cambiaba un billete y vuelta a empezar. Tenía los bolsillos de la americana repletos de bolas masticables. Por fin, clanc, una anaranjada. Alzó los brazos a lo ciclista que llega primero a la meta. Apretando la bola entre la mejilla alzada y la ceja, logró ponérsela de ojo. Trató a continuación de encajarla en un agujero de la nariz. Como se le caía, lo intentó en el otro. Tras varios intentos lo consiguió. Al punto llamó la atención de los que jugaban a los dados. Lo miraron estos brevemente.

Todos pimplaban de lo lindo y Ramón iba y venía sirviendo bebidas y anotando en una libreta las consumiciones de cada cual. Lo que se hablara, se hiciera, se fumara o esnifara en su local le traía al paio. El caso era hacer caja.

Felipín Cárdenas, que iba a cañas, tenía aún dos competidores en rededor de la muchacha. También ella había pedido cerveza y apenas la probaba; pero le insistían tanto: bebe, bebe, estás invitada, que pronto cedió al empuje oral de los pelmas rumbosos y se pasó al pacharán. Con un cubito de hielo, por favor. Los cuatro sentados a una mesa, César Sánchez Novás (gin-tonics) peroraba, pelma, profesor, dando lecciones acerca de la importancia del compromiso social. Propugnaba una poesía que integrase la historia pública y la privada, que naciese por tanto de un yo vertido hacia los demás, en el sentido de, etcétera. Y todo esto de madrugada en una taberna de pueblo. ¿Para qué llevarle la contraria? De buenas a primeras se ofreció a publicar a Vanessa Rincón un poemario en la editorial Hojas de Adelfa, donde él tenía, dijo, buenos contactos.

—Podrías presentarte al premio de la editorial. Es en noviembre. Carece de dotación económica, pero publicamos el libro ganador.

—Ay, yo no sé. Yo soy nueva en esto.

César Sánchez Novás le dio una tarjeta de visita.

—Tú, si eso, me das un toque. Yo me encargo.

Al rato, como se levantase para ir al baño, en el pasillo, la segunda a la derecha,

Alberto Almandoz tomó la palabra para tratar de un tema de su predilección: él mismo. Y contó, con evidente/ingenuo propósito de ser admirado, peripecias de un viaje reciente a Buenos Aires, donde por cierto ya había estado cinco veces. ¿O eran seis? No se acordaba. Bueno, el caso es que. A todo esto, la muchacha se retrepó, se rascaba la nariz, se tocaba el labio superior de modo que sus dedos discretos impidieran/ dificultaran la entrada del pestilente aliento de Almandoz en sus fosas nasales.

Pobre Felipín Cárdenas. Adolece, pena y muere. La contemplaba silencioso, el labio inferior ligeramente bobalicón. No podía intimar con ella pues estaban los otros allí delante, tenorios de segunda división, interfiriendo parlanchines, pedantescos, achispados. Y la noche se iba arrastrando como lombriz que se estira y encoge. Sale la lombriz de la tierra y se la zampa el primer pájaro que pasa. Felipín miraba a la hermosa muchacha, se miraba luego el reloj de muñeca. Qué cruel el tiempo cuando no es tu amigo, cuando viene a robarte, cuando se lleva lo que más querías.

¿Y Vanessa? A las dos de la madrugada llevaba metida entre pechos y espalda media docena de pacharanes. Se reía, se reía, se reía. Y fuera por el cansancio o por efecto del alcohol, cada vez que pestañeaba tenía serios problemas para abrir completamente los párpados. Se fue al baño con cierta dificultad para caminar recto y, mientras vomitaba, César Sánchez Novás adelantó la cabeza por encima de la mesa. Los otros dos también. Propuso:

—Un par de pacharanes más y es nuestra. Luego nos la tiramos en la hierba. No creo que se resista. A lo mejor ni se entera.

Felipín Cárdenas:

—El que se iba a enterar eres tú de la hostia que te doy.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Que como le toques un hilo de la ropa te tendrán que ayudar a encontrar la dentadura.

Alberto Almandoz:

—Me la follaría a gusto, pero Felipe tiene razón. Sería una canallada.

—Meteos vuestra moralina de mierda por el culo.

César Sánchez Novás se levantó con cabreada celeridad y labios desdeñosos, y se agregó, fumante de puro, murmurante de imprecaciones, al cuarteto que jugaba a los dados en la barra.

Antes que hubiera vuelto Vanessa Rincón, Felipín Cárdenas aprovechó para deshacerse de su último rival.

—Yo que tú le pediría un chicle o dos a Changa. Te canta la boca. No te lo he querido decir delante de ella. Créeme, compañero, te sale una fetidez como de gato muerto.

—No sé dónde coño he puesto los caramelos mentolados. ¿Te importa que me vaya a jugar a los dados con esos?

—¿Eh? No, vete tranquilo.

De ahí a poco, Felipín Cárdenas y la muchacha se marcharon del bar. Lo cual, por si interesa, ocurrió tras una serie de pequeños sucesos y acciones comprendidos en tres secuencias.

Secuencia primera: Vanessa Rincón volvió del baño. Palidez en la cara. Felipín Cárdenas la ayudó a sentarse. Le susurró que no bebiera más, que si quieres nos vamos, yo te acompaño. En la mesa vecina, Rentero señaló a Cabral un roto en la costura sobaquil de su camisa. Ay, qué día. Por la mañana se le había caído un botón de otra camisa; por la tarde, al atarse los zapatos, se había quedado con un cacho de cordón en los dedos. Ni que le hubieran hecho mal de ojo. Las moscas dormían adheridas a las paredes. Los de los dados discutían un lance de la partida hablando todos a la vez. Juanjo Changa se había meado en los pantalones. Detrás de la barra, el tabernero fregaba vasos con su única mano. Lo llamó por señas Felipín Cárdenas. Tranquila, Vanessa, yo pago. Quejumbre de Rentero: le estaba repitiendo la maldita paella. César Sánchez Novás llamó gilipollas a Richi Bisabarros. Solo en el extremo de la barra, Changa hablaba farfullante, desafiador, a la foto del rey.

Secuencia segunda: Vanessa Rincón no sabía lo que le pasaba. Necesitaba, dijo, un poco de aire fresco. Y Felipín Cárdenas, a ella: ya nos vamos; a Ramón (tendiéndole un billete): quédese con las vueltas. Una mosca dormía sobre el póster del Real Madrid. Cabral dudaba. Su padre había sufrido lo indecible por la condición gay del hijo. Si iba y le decía: mi general, me caso con mi novio, mataba del susto al viejo. Era partidario de esperar, su padre estaba a punto de cumplir ochenta y cuatro años, no viviría mucho, porque además es cardíaco y padece la tira de achaques, y entonces, a lo mejor, ¿eh? Una cucaracha correteaba entre los pies de los jugadores de dados. César Sánchez Novás llamó mamón al Hiedra. Juanjo Changa por poco se cae mientras hacía un saludo militar a la foto del rey.

Secuencia tercera: El tabernero le dijo a Changa que ya bastaba. Réplica: que te pago, joder. Changa tiró al aire un billete de cincuenta euros. Rentero puso los ojos en blanco: la paella, el bar cutre, el borrachingas con su mancha de orina en los pantalones, aquella apoteosis de vulgaridad le llegaba hasta aquí. Y se señaló, como degollándose con la mano, la garganta. César Sánchez Novás llamó infeliz, que no eres más que un infeliz, a Alfonso Gomendio, quien por lo visto había dejado escapar tontamente una baza. Apenas unos segundos más tarde, Juanjo Changa perdió el equilibrio y, al tratar de sujetarse al borde de la barra, ¿qué hizo? Pues agarró sin querer la máquina de chicles y se cayó con ella. El cacharro se rompió con el consiguiente estrépito. Las bolas de chicle se desparramaron por el suelo. Acudieron en ayuda del caído. Felipín Cárdenas tomó a Vanessa Rincón de la mano, recorrió el chirriante pestillo de la puerta y, murmurando una rápida despedida que nadie oyó, salió a la calle con la muchacha.

El frescor de la noche, un maullido en la oscuridad, la carretera cuesta arriba. Nada más echar a andar, Felipín Cárdenas posó una mano protectora, posesiva, en el hombro de Vanessa Rincón, la atrajo hacia su costado y ella (la intemperie, el relente,

la soledad negra del monte) admitió el agarre. Apenas hubieron dejado el pueblo atrás, él le reveló su deseo sexual. Fue al grano, era realita; pero se esforzó en ornamentos halagadores con prosa oral que traicionaba a su escuela poética. Huy, si lo llegan a escuchar los amigos. Alabó en campo abierto su belleza. La puso de diosa para arriba; sin escatimar cursilería, equiparó su cuerpo a una obra de arte, y para que no pareciese que veía en ella solamente un objeto de carne con vagina, celebró sus aptitudes literarias y le dijo que por la tarde le había dado su voto. Luego recorrió, becqueriano, los distintos componentes faciales: ojos, labios, tez. Y todo lo elevaba a categoría suprema, de modo que, al llegar a la primera curva, ella lo agarró decidida, aprobadora, acaso agradecida, de la cintura. Él le abrió el cofre de sus sentimientos/preensiones. Ayer, en cuanto te vi llegar. Y desde entonces. Por último:

—Eres maravillosa, ¿lo sabías?

Ella no dijo nada. Fue, eso sí, dócil a un beso de él en la melena. Qué largo camino, se lamentaba Felipín. Que no exagerase, replicó ella. Un paseo de veinte, veinticinco minutos, que a ella le vendría bien por el mareo y eso. Más arriba, algo, una sombra erguida, se movió en la oscuridad, ya en la desviación que conduce al centro de estudios. Hubo un crujido de ramas secas pisadas en el fondo del talud.

Vanessa Rincón:

—¿Qué ha sido eso?

—Bah, algún animal.

—¿No habrá lobos por aquí, eh?

—Tranquila, vas conmigo.

Ella se estrechó contra él. Aceleraron el paso. A Vanessa le había parecido entrever una cabeza grande y negra a unos diez metros de distancia, que él no dudó en atribuir a un jabalí.

Y siguieron, agarrados. Ya se perfilaba en la luz mortecina de los focos de la fachada el centro de estudios y, delante, el ciprés. A Felipín Cárdenas se le había ocurrido de repente un título para un libro de poemas. En esta nuestra noche. Ella: qué bonito. Él: ¿qué tal si escribían el libro entre los dos? No habría además ningún problema para publicarlo. A ella le encantó la idea, pero, uf, no creía que don Mateo estuviese de acuerdo. Aquellas palabras tuvieron un efecto de cuchillada para Felipín Cárdenas. Se desasíó. Puso al ciego a parir. Y concluyó:

—Tú no eres para ese viejo tirano. Tú eres una reina, no una criada a la que se trata como un trapo. Mereces más, mucho más que someterte a los caprichos de un cascarrabias inválido.

Atravesaron la explanada en silencio. Felipín Cárdenas volvió a cogerla del hombro, pero esta vez Vanessa Rincón no llevó la mano a su cintura. Levantó la vista. Alivio: la ventana del ciego estaba apagada. En realidad, estaban todas apagadas. Era ya muy tarde. ¿Las dos y media, las tres? Por ahí. Felipín sacó la escalera de detrás de una hilera de hortensias, la apoyó contra la pared y ella subió primero. Él sujetaba la escalera desde abajo. Esperó a que la muchacha hubiera entrado en su habitación para

subir él. Ella se asomó. Lo vio acercarse sigiloso. Un peldaño. Otro peldaño. Cuando iba más o menos por la mitad, trató de separar el borde superior de la escalera de la pared, pero no le alcanzaron las fuerzas. La empujó hacia un costado y entonces sí, el propio peso de Felipín Cárdenas contribuyó a dar con la escalera en tierra. La muchacha se apresuró a cerrar la ventana. Corrida la cortina, se descalzó y, sin encender la luz ni quitarse la ropa, se metió en la cama.

DESENLACE

1

Oh, noche. Hace unos cuantos años, a mediados de los noventa, fue a Berlín a recitar poemas en representación de España, ya te jñas, y lo llevaron junto con poetas de otros países a un teatro cerca del río. Algo de Shakespeare, no se acordaba bien. Ni idea de alemán. Dos horas de ruidos bucales en el escenario después de unas rondas de cerveza a costa de la organización del festival (y un chute de caballo por su cuenta en la habitación del hotel) y lo único que entendió de la obra fue eso: *O Nacht*.

La noche total encima de él ahora y él tumbado en la tierra a la que pronto se unirá su expersona de acuerdo con la ley inexorable por la que todo ser vivo deberá devolver algún día a la madre naturaleza los átomos prestados. Aire tibio, olor a campo: su última noche. Con el traje de motorista se protegía bien del relente. Y se tumbó sobre la sábana extendida en el suelo.

La Osa Mayor, allí. Orión, a este lado, agotando sus últimos días de vacaciones sobre el hemisferio norte, con el puntito rojo que podría estallar en cualquier siglo de estos. No caería esa breva: tener el privilegio de asistir a tropecientos años luz, desde un planetilla de chichinabo convertido en albañal por culpa de una plaga de bípedos codiciosus gilipollensis, al tremendo chispazo. Presenciar un acontecimiento de proporciones cósmicas, guau, lo reconciliaría con la realidad en el último momento. Fumaba meditabundo. Se había quitado el casco. Oh, noche. Tanta calma y soledad a oscuras con grillos le estaban sentando bien. Lástima que Betelgeuse siguiera allá arriba sin cambios. Morir juntos, la estrella roja y él, qué hermosa broma del azar.

Pues nada, a suicidarse. No tenía experiencia en la materia, pero sí una sábana y el estímulo (todavía) de las anfetaminas ingeridas. Lo incomodaba no poder leer la noticia de su muerte en los periódicos. Muere el poeta Eugenio Alpuente. Muere en extrañas circunstancias el poeta Eugenio Alpuente. Muere/fallece en un pinar, un monte, un paraje solitario de la provincia de. Nos deja uno de los grandes, mayores, más hondos representantes de la poesía metafísica española. ¿Quién le escribirá una necrología? Realitas, absténganse. ¿Hablarán de él en la primera plana de los periódicos? Esos cabrones son capaces de relegarme a un rincón de las páginas culturales. Quizá se reediten sus obras. En España los libros mejoran/ interesan cuando su autor acaba de morir. La muerte es un buen truco publicitario. De pronto uno es el escritor admirable que siempre quiso ser y una gran persona y deja un vacío y se va a notar su ausencia. Luego pasan tres días y no te recuerda ni Dios. Si es que es verdad, joder.

Necesitaba un pino para poner fin a sus días. Levantó la vista: ese. Rápida elección, justo el que tenía delante. La luz procedente del centro de estudios, a cien, ciento cincuenta metros, iluminaba un poco las ramas. El resto del pinar era negrura; pero negrura, negrura, ¿eh? No se junaba de aquí ahí, en serio. Aquel pino del borde permitiría que por la mañana lo vieses desde el aparcamiento, la carretera, incluso desde alguna ventana. De otro modo, si te ahorcas en lo profundo del bosque, a lo

mejor tardan años en encontrarte. Para entonces te has corrompido, los buitres te han merendado a picotazos y nadie averigua a quién perteneció ese esqueleto que cuelga con casco de motorista. Menudo cuadro.

Dio una palmada amistosa al tronco del pino.

—Pórtate bien, compañero.

Escaló, buscó entre las ramas una, tiró de ella y la pisó (por poco se cae) hasta hacerla crujir. Buscó en consecuencia otra más gruesa, más resistente, más abajo pero por la parte de atrás, y a esta, como no crujía, la dio por buena. No quería esperpentos, la típica escena estúpidamente cómica con rama que se parte y aspirante a difunto que se pega un batacazo. Atada por un extremo, la sábana colgaba. Comprobó: buen nudo, sí señor. En la blancura de la tela (lino, algodón, lo que fuese) encontraba refugio la luz escasa de la noche. Allá cerca, en la carretera, se oyeron de pronto rumores humanos, pisadas, la inconfundible voz nasal de Juanjo Changa:

—¡Viva la poesía! ¡Viva la Tercera República!

Repulsivo individuo. Le vino a Alpuente a la boca un flujo amargo de abominación. A falta de rifle, de lanzagranadas, de ametralladora, tuvo que contentarse con escupir en dirección a la carretera. Se metió un dedo en cada oreja para no tener que oírlos. Y la cháchara rebañega se apagó poco a poco en la oscuridad.

Algunas preguntas aclaratorias. ¿Se sentó Eugenio Alpuente a horcajadas en la rama de la que pensaba ahorcarse? Sí. ¿Qué pasó con el casco de motorista? Se lo puso después de anudarse la sábana al cuello. ¿Se anudó la sábana al cuello? Véase la respuesta a la pregunta anterior. Sí, pero ¿se la anudó por el extremo o cómo? Se la anudó más o menos por la mitad, ya que se dio cuenta de que, si se la anudaba por el extremo, al saltar de la rama se quedaría de pie en el suelo debido a la poca altura entre la susodicha rama y el susodicho suelo, en cuyo caso era altamente improbable que se produjese la deseada estrangulación con fractura de vértebras cervicales. Bien, eso es todo, muchas gracias.

Una simple inclinación del cuerpo hacia un costado y la consiguiente caída lo separaban de la muerte. Imaginó el tirón brutal, el chasquido de la nuca, la lengua fuera. Muerte, no te enorgullezcas. Era el título de un libro de la vieja colección Austral. Le vino sin porqué ni cómo a la memoria. Desde luego hay muertes más poéticas. Palmar en plena naturaleza, de noche, y amanecer colgado tranquilamente de un pino, eso está bien. Da para un final elegante en cualquier biografía al uso. Pero, coño, era innegable que la sábana restaba elegancia a la puesta en escena. Eugenio Alpuente estaba cada vez más convencido de que sería preferible saltar al vacío sin casco. ¿Y eso? No, es que si la policía sacaba fotos del interfecto, él saldría en ellas francamente desfavorecido. Imaginó conversaciones de comisaría, del tipo: Jacinto, pásame la grapadora. Oye, ¿te acuerdas del poeta aquel que se ahorcó con el casco de motorista? ¿El del monte? ¿Cómo no me voy a acordar? Todavía me estoy riendo.

Tuvo de golpe la sensación de haberse introducido en un episodio de *La Flauta Mágica*. A la de tres me ahorco. La madre que me. ¿Y si en lugar de morir me quedo convertido en un Papageno tetrapléjico? Se desanudó la sábana y bajó del árbol a echar una meada, un cigarrillo, y a cavilar. Sentado en el suelo arenoso cubierto de pinocha, la espalda contra el tronco, el humo lo reconfortó. Tanteaba la tierra en busca de piñas que luego arrojaba hacia lo oscuro. Y el placer que le procuraba la idea de estar muerto dentro de cinco o diez minutos lo inducía a retrasar el suicidio. Hizo un repaso de los buenos momentos de su vida. De la infancia sobre todo. Las primeras lecturas, el primer coito, el primer poema publicado, aquel viaje a Nueva York con una novia que tuvo. ¿Cómo se llamaba? No se acordaba de si ella lo dejó a él o él a ella. Era muy buena haciendo felaciones. Y al encender un nuevo cigarrillo (cuando se acabe el paquete me ahorco), a poca distancia de su cara se iluminó la sábana y entonces, zas, estalló en su cerebro un pensamiento/fogonazo: jueves, la Primitiva. Muere el poeta Eugenio Alpuente el mismo día en que le toca la lotería. Azar, te lo ruego, no me depares una muerte ridícula. Se levantó de un salto, agarró el casco y salió a campo abierto. No tenía ni gorda de sueño. Abajo, en el talud, se sumó eufórico al coro de los grillos que cantan a la luna:

—Pa Pa Pa (bis con voz afeminada), Pa Pa Pa Pa (ídem), Pa Pa Pa Pa Pa Pa Pa Pa Pa (ídem), Pa Pa Pa Pa Pa (ídem), Pa Pa Pa Pa Pa Papagena, Pa Pa Pa Pa Pa Papageno.

Y a continuación larai laraila porque de alemán no tenía ni puta idea, las cosas como son. Betelgeuse seguía sin estallar. Alpuente anduvo entre la maleza destrozando a Mozart. A su alrededor los grillos, intimidados, callaban. Y él llegó a una parcela de reducidas dimensiones que lindaba con la carretera y estaba acotada por un muro bajo de piedra. ¿Lo saltó? ¿Para qué si llevaba botas con unas suelas así de gruesas? A patadas hizo un hueco en el muro. Dentro de la parcela, en un rincón, había una caseta medio derruida, sin techo ni puerta. Allí se refugió con sus pensamientos, su amargura, su odio al universo. Fumó uno tras otro los nueve cigarrillos que le quedaban en el paquete. Y ahora, ¿qué? Había dejado la sábana colgada del árbol. Aún estoy a tiempo de poner fin a todo esto. Ya veré.

Entretanto improvisó versos sobrios, que son los que a él le gustan, los únicos que soporta, limpios de ornato, duros como puñetazos, con frases sin verbo, con palabras sueltas a la manera de las estrellas, una aquí, otra allá, pero formando constelaciones de sentido, y desde luego sin signos de exclamación (o sin su equivalente oral declamatorio) porque los signos esos y en general los intensificadores de todo tipo lo ponen de los nervios. Lástima no haber traído un cuaderno. Y a las tantas, acurrucado entre las ruinosas paredes de piedra, incapaz de dormir, la mente en blanco, oyó que se acercaban voces. Reaccionó lento. Le costaba levantarse. Tenía el cuerpo entumecido. No encontraba el casco y sin casco no estaba dispuesto a consumir su propósito. Cuando llegó al talud ya habían pasado de largo. ¿Quiénes? Al tipo no lo reconoció. A ella, sí. La blusa blanca, la melena, el timbre femenino, juvenil, de voz. Seguro que venía de ponerle los cuernos al ciego. Estos se han librado. El resto de la

tropa pasará por caja.

Esperó más de media hora a los siguientes. Para entonces le dio tiempo de encontrar un palo de estas y las otras características; en fin, un buen palo para el uso a que pensaba destinarlo. En cuanto oyó el murmullo de conversación y las risas se puso el casco y acechó, esta vez rápido, sigiloso, gatuno, en el fondo del talud. Venían subiendo uno, dos, tres, cuatro de palique por la carretera, tambaleantes, alegres, confiados. A César Sánchez Novás le tenía más ganas que a ninguno. Tantos agravios, ataques en la prensa cultural, desprecios públicos. Incluso en la oscuridad plena habría reconocido la presencia detestable, confirmada por la brasa chulesca del puro. Un realita desprevenido, grandiosa ocasión. Le arreó por la espalda un palazo en el hombro. ¡Ay! ¿Qué ocurre, qué pasa? Y enseguida otro palazo en un lugar inconcreto entre el cogote y los riñones. Los puso finos menos a uno, ¿Almandoz?, que logró escurrirse, no se sabe cómo, entre las sombras de la noche. Al Hiedra, que se volvió preguntante, tontorrón, le atinó un revés en la boca que le arrancó las gafas de la cara, y a un tercero, cuya identidad no pudo averiguar ni falta que hace, le dio con el palo en la frente. Antes que ninguno de ellos pudiera defenderse, comprender, escapar, Alpuente corrió de vuelta hacia el talud.

Transcurrieron ¿diez, quince minutos? Qué más da. De nuevo en la carretera desierta, sus ojos habituados a la oscuridad descubrieron las gafas caídas/abandonadas en el asfalto. Crac, crujieron bajo su bota. Luego empujó los añicos hacia la cuneta, no vaya a suceder que algún infortunado paseante caiga encima y se haga daño. Esta vez, para aprovechar la luz procedente del centro de estudios, se apostó unos metros más arriba, al abrigo de un zarzal. La desventaja del escondite: no los vería sino cuando los tuviese encima. La ventaja: no necesitaría llevar a cabo maniobras de acercamiento puesto que eran ellos quienes vendrían a él como va la mosca incauta, pensó, a la tela de araña. Ignoraba cuántos faltaban. ¿O ya habían pasado todos? Los contó. No sabía si cinco o seis. Repitió la cuenta varias veces. En todos los casos le daba cinco o le daba seis. Subido al pino, con la sábana al cuello, le habían parecido más.

En efecto, eran más. A aquellos dos no los sintió venir sino cuando ya estaban cerca. Se detuvieron un momento a hacerse carantoñas, a juntar labios, a intercambiar ternezas. Y él, invisible en una oquedad del terreno rodeada de zarzas, los observaba a su antojo. Los dejó pasar y, cayéndoles por la espalda, les dio leña por un tubo. Palo a uno, palo al otro. Convencido de que eran víctimas de un atraco, Juan Luis Cabral solicitó clemencia a cambio de dinero. La respuesta del agresor consistió en un recio palazo en la mano. Corre, corre, lo apremió la voz del otro. Alpuente, para sí: ¿Cómo se llama el que ha hablado? Julio Manuel Rentero. ¿El maricón? Ese. Se alejaron cojeantes, llorosos, molidos, por la carretera arriba.

Uno de ellos:

—¿Quién era?

—No sé. Uno de ellos llevaba una cosa grande en la cabeza.

Minutos más tarde llegaron los dos siguientes, cogidos de la mano, ya por amor, ya por sostenerse el uno al otro, pues venían mamados de narices. La noche les deparó una tunda desigual. Y es que Richi Bisabarro, gordito y fondón, se desequilibró a causa del susto y, desplomándose farfullante, quedó de rodillas en el asfalto. Esta serie de acciones involuntarias las aprovechó López Blanco para ponerse a salvo tras una moderada ración de golpes. La leña sobrante se la llevó el amigo, en cuya espalda se rompió el palo. Por suerte para él, un recio puntapié en el trasero, cuando se levantaba, lo ayudó a enderezarse. López Blanco lo esperó haciendo aspavientos de compasión junto al ciprés del aparcamiento. ¿Qué más? Pues lo abrazó conmovido y, con un pañuelo, le limpió cariñosa, delicadamente la sangre de la cara. Bisabarro no sabía con exactitud qué coño había ocurrido. López Blanco se lo explicó, conjeturando que habían sido atacados por una banda de malhechores.

—¿Dónde te duele?

—Mejor pregúntame dónde no me duele y acabo antes la respuesta.

Cien metros más abajo, Eugenio Alpuente volvió a sus cálculos. Ahora le salían nueve o diez juguistas. De ellos, sólo una hembra. Por si acaso buscó otro palo. Halló uno más corto y menos manejable que el anterior; pero, a cambio, más grueso. Esperó quince minutos, media hora. Maldita sea la falta de tabaco. Oh, noche. La campana del convento dio las cinco. Instantes después, la de Morilla del Pinar confirmó. Empezaba tímidamente a clarear. De Betelgeuse, ni rastro. Vamos, día, no seas cobarde. ¿Qué hago? Se figuró que recuperaba la sábana y se echaba a dormir bajo un pino. Y cuando estaba a punto de alcanzar el grado de fatiga a partir del cual un ser humano puede conciliar el sueño en cualquier sitio y en cualquier postura, lo sintió venir. Después lo vio. Solo. Los pantalones meados, la cara desencajada, los pasos inseguros: Juanjo Changa. Venía por el centro de la carretera despotricando. Alpuente no le entendió una sola palabra hasta que estuvo cerca.

—No llamas nunca. Sí, tú. Nunca. Miserable.

Señalaba con el dedo a un interlocutor imaginario. Y acusó y reprochó, y repetía a cada instante esa palabra: miserable.

Dijo:

—Me da igual. ¿Te enteras? ¡Igual!

Camuflado en la vegetación, Alpuente lo vio pasar mientras se daba golpecitos con el palo en la palma de la mano. Changa caminaba con ostensible dificultad, haciendo violentos ademanes, descamisado. Se conoce que discutía con un fantasma. Cualquier cosa con tal de no sentirse solo. Y cuando subía la escalera que lleva a la explanada del aparcamiento, tropezó y tuvo que subir a gatas los últimos peldaños.

Moraleja: Eugenio Alpuente durmió con su indumento de motorista, sobre la sábana extendida en el suelo, hasta pasadas las once de la mañana. Lo despertaron pájaros, campanadas, quizá la luz del sol en los párpados. Estuvo largo tiempo tumbado sin moverse, sin pensar, mirando fijamente la rama que se alargaba por encima de él. Minutos después de las doce, se llegó a la explanada y puso en marcha

su moto. Ni despacio ni deprisa enfiló la carretera. En un momento determinado, volvió la cabeza a un costado para mirar la columna de humo que ascendía del pinar.

2

El ciego, que había dormido bien, que se había levantado con lúbricas pulsiones y estaba de buen humor, se puso íntimo, cariñoso, besucón. Sentó a la muchacha, desnudo de torso, sobre sus muslos empijamados. Le dijo versos endiosadores. La requebró. Empezó a manosear. Ella miraba mustia el cuadrado de ventana con montes, pinos y cielo azul. Una maravilla de mañana, pero, ay, tan triste. La vida puede ser tan hermosa, tan primaveral y, ay, tan triste. Y aquella paz del campo, el frescor de la mañana, la claridad; en fin, toda esa decoración natural que ha embellecido/adornado poemas desde tiempos inmemoriales ella la miraba ahora tristemente, qué lástima.

El ciego se dio cuenta.

—Vanessita, amor mío, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

Un hecho al parecer incuestionable: le dolía la cabeza. Lo reveló con un hilillo de voz, con casi un gemido. Él:

—Algo te preocupa. Hay como un desmadejamiento, una lasitud penosa en tu silencio.

La muchacha atribuyó posibles causas a su malestar. El cansancio, la cabeza, quizá la paella de ayer. Y Mateo Gil Salgado, cuando introdujo la nariz entre sus pechos calientes, olió, percibió, sospechó. A pesar de la ducha, del gel aromático y el posterior y abundante perfume, al olfato del ciego no le pasó inadvertido el humo de la taberna.

—Tesoro, ¿desde cuándo fumas tú puros?

Entonces ella dio un respingo sobre los muslos del ciego y, de sopetón, se lo soltó. ¿Todo? Casi todo. Lo esencial y un poco más, salvo el ardid de los somníferos. Quizá no lo recordó, quizá lo juzgó demasiado fuerte, en cierto modo una agresión. Pero lo demás sí que lo contó. La historia le debía de estar quemando en la boca. Es que, si no, no se entiende tamaña erupción de sinceridad.

El comienzo fue bastante pueril, como de novela de la tele:

—Usted es bueno, demasiado bueno conmigo, don Mateo. Y yo soy débil. Anoche...

Su boca chisporroteaba revelaciones. La precipitación dañaba el orden del relato; pero en honor de Vanessa Rincón hay que reconocer que tejió los episodios relativos a la farra sin escatimar detalles relevantes. El conjunto resultó coherente a pesar de la errátil progresión. ¿Qué más? Pues que el relato era de tal espesor confidencial que dejó al ciego anonadado. La muchacha refirió lo primero de todo el trompazo escaleril de Felipín Cárdenas, al que llamaba Felipe; saltó después a la tradicional escapada nocturna de doncella, y a partir de ahí se lanzó a desgranar episodios no en su sucesión temporal ni de acuerdo con ningún criterio reconocible, sino conforme le venían revueltos a la boca.

El ciego la apartó de sí. No brusco, pero claramente despechado. ¿Callaba fingiendo indiferencia? Y esas lágrimas en los ojos inútiles, ¿qué significan?

Ella confesó:

—No he podido pegar ojo pensando en que Felipe Cárdenas se hubiera matado por mi culpa. Esta mañana, gracias a Dios, sólo se veía la escalera en el suelo.

—Vamos a ver, niña. Y si el cadáver ha sido retirado, reposa en estos momentos en la capilla, flanqueado de velas luctuosamente ardientes, y la Guardia Civil está en camino, ¿qué?

—No, pero si es que no hay sangre ni nada. Sólo unas cuantas plantas aplastadas.

El ciego regurgitó una queja con el oportuno aderezo de un suspiro.

—¡Oh, qué anciano soy, Dios santo!

Lector desde joven de Rubén Darío, exageraba. Aún le faltaba un trecho para carcamal. En cambio, cuánto orgullo. Le colgaba de la garganta igual que una corbata. En serio, un poco más y se lo pisa al andar. ¿Qué le importaba, dijo, si Felipín Cárdenas, por el que sentía aproximadamente el mismo aprecio que por las asas de un ataúd, se había muerto? Presumió de indefensión, se las dio de desvalido. Había tal fiereza de acusación en el vidrio invidente de sus ojos que la arredrada muchacha se hizo a un lado.

Ahora él hablaba, sin saberlo, con la pared.

—¿Por qué me lo has contado? Si te callas, no me entero y todo habría seguido como hasta ahora.

—Es que no puedo callar ni mentir, don Mateo. ¿Cómo voy a estar a su lado sin decir la verdad? A ellos no les entra en la cabeza que una chica pueda enamorarse de un hombre de más de sesenta años que, además, no ve. Pues se equivocan. Me podrán dar lecciones de literatura, pero con el amor me arreglo yo solita.

El ciego no se lo esperaba. Intentó desconfiar, retrucó puntualizante, pontificador, sabelotodo; pero fue en vano. El arrebató sentimental de la muchacha lo había desarmado de enojo, suspicacia y poder masculino. Para colmo (melosidades de culebrón), Vanessa Rincón posó, plena de afecto, una mano sobre su hombro desnudo. Él hizo un gesto de gratitud, de asentimiento, en fin, de algo positivo, aceptador, congraciante, y volvió la cara para besarle (a ciegas) el dorso.

Pero seguía dolido. Preguntó suave, como quien sostiene en la palma temblorosa un corazón de porcelana, por qué se había marchado, por qué, Vanessita, por qué.

—No debió encerrarme con llave, don Mateo. Eso no estuvo bien.

—Bueno, bueno. Ya me echó Lope ayer un sermón por el mismo motivo. No desvíes el tema.

—Verá, yo entendí que un grupo grande de poetas se había puesto de acuerdo para alargar la fiesta en la taberna del pueblo. Salí, ya se lo he contado, por la ventana.

—Como en la malas comedias de antaño.

—Bajamos a pie unos cuantos hasta Morilla del Pinar y luego resultó que no

venía ninguna otra mujer como me habían dicho. Y eso no me gustó, pero para entonces yo ya estaba en la taberna con los demás poetas. Sepa usted que a la ida se comprometieron a protegerme.

—¿A protegerte contra quién? ¿Contra ellos mismos?

—Contra los lobos y eso.

—Ingenua.

—Ya lo sé. No hace falta que me lo repita.

Que qué había bebido. Al principio cerveza, por precaución. Más tarde, entre varios la empujaron a tomar pacharán, que no le gusta nada. Intentó negarse, pero insistieron tanto.

Que si no se daba cuenta de que la querían emborrachar, podía figurarse con qué intenciones.

—Me daba confianza ver que ellos bebían como morlacos.

—Querrás decir como cosacos.

—Sí, eso. La malicia está en que la mujer se emborrache y ellos permanezcan sobrios para abusar de ella. El único que apenas bebía era Felipe Cárdenas. Como se portaba con amabilidad y me defendía de las ordinarieces y bromas de los otros, pensé que era buena persona.

—Ingenua.

—Que ya lo sé, don Mateo.

Y vino la pregunta capital, de la que dependía la reconciliación, el perdón y un futuro de noches y días compartidos, pero principalmente la paz más o menos espiritual del ciego.

—Me lo tienes que decir, Vanessita.

No vio su estupor. Bien cerca lo tenía. Como para olerlo. Ni sus ruborizadas mejillas. Habiendo tantos eufemismos para expresar lo mismo, ¿cómo se le ocurre usar ese verbo descarnado, animalesco, penetrador? La muchacha por poco se atraganta del susto. Dijo impensada y rotundamente que no. ¿Dijo? Más bien la palabra le salió expelida por un agujero de la nariz. Y se echó a llorar en silencio, avergonzada, rabiosa, mordiéndose el labio de abajo, pero él no se enteraba, cabrón de ciego.

Mateo Gil Salgado prometió no hacerle más preguntas a cambio de la verdad completa en aquel asunto peliagudo. Ella:

—Yo le había dado las buenas noches, don Mateo, se lo juro. Subí con cuidado. Había poca luz. Y desde la ventana, ya dentro de la habitación, vi que subía detrás mía.

—Detrás de mí.

—Y entonces lo tiré. Ay, mi madre. No me atreví a mirar. Cerré la ventana, me acosté y callandito estuve con una oreja fuera de las sábanas por si sonaba algún quejido. Pero no se oía nada y pensé que Felipe Cárdenas se habría hecho mucho daño o quizá le había pasado algo sin remedio, ya me entiende usted.

—En resumen, que no hubo nada.

—Nada de nada.

—Repítelo, por favor.

—Nada de nada.

—Ven aquí.

Fue. La besó en la frente y dijo:

—No se hable más. Ayúdame a vestirme, dejemos las maletas preparadas para cuando llegue el taxi y vamos a desayunar.

Se dirigieron, toc, al refectorio de visitantes. En el último tramo de la escalera pasó lo siguiente: Vanessa Rincón, previo sobresalto, se agarró fuertemente al brazo de Mateo Gil Salgado, que no parecía sino que era ella quien necesitaba ayuda para caminar y no el ciego. Y él tuvo que calmarla: no temas, cielo, yo estoy contigo y a todo el que se atreva a incordiarte le sacudiré con el bastón, empezando por Felipín Cárdenas, a quien dijo no profesarle la menor simpatía (como tampoco, con contadas excepciones, al resto de líricos congregados). Pero no era eso. Ah, ¿no? ¿Entonces?

La muchacha susurró audiblemente alterada:

—Es que hay sanitarios en el pasillo y un hombre con gotero en una camilla.

—Al final va a ser verdad que te has metido en un lío gordo.

—No es el de anoche. Es otro. Uno joven del grupo que llaman los realitas. Tiene los ojos cerrados, no se mueve.

—¿Francisco Valbuena?

—No me sé todos los nombres.

Voces conocidas en el séquito de la camilla. Voces femeninas, asustadas, se mezclaban con las de los sanitarios. La de Martina Muro, la de la Nívea. Y por encima de todas daba instrucciones, mandaba apartarse, se permitía chanzas desdramatizantes, la de Lope, quien se reunió con Mateo Gil Salgado y la muchacha minutos más tarde en el refectorio.

Entre mordiscos a la tostada y tragos de café, les pintó un panorama de hospital de sangre. Manoteaba en el aire, nervioso. Se desahogaba, dejándose llevar por rachas de humor derrotista. Nunca, en las ediciones anteriores de las Jornadas Poéticas, se había visto nada igual. ¿Qué iba a pensar de él, de ellos, de la poesía actual española, la madre María Antonia? ¿Accedería a alojar el año que viene a un grupo tan problemático en el centro de estudios? Lo dudaba. Y no sólo eso. La gente de la prensa cultural llegará en cualquier momento. Sólo falta, para redondear el descrédito de las Jornadas, que describan en sus revistas y periódicos el cuadro que van a encontrarse. Una ambulancia, un herido en camilla, sanitarios, poetas magullados, uno con la cabeza vendada. No le extrañaría que algún reportero gracioso le preguntara dónde está el campo de batalla. Pues mira, hijo de tu madre, ve por el pasillo, abre la tercera puerta a la derecha y te meterás en Waterloo. La siguiente da a la guerra de las Galias y una más aquí a la batalla del Marne. Es horroroso, es que es horroroso. ¡Qué imagen estamos dando! Este país no tiene

solución. Da igual quién gobierne mientras el elemento humano no cambie.

Vanessa y el ciego masticaban en silencio. Y ella, por debajo de la mesa, le dio una patadita a don Mateo, como pidiéndole una señal de protección, un gesto que la calmara. Mateo Gil Salgado correspondió tomándole una mano con ternura. Lope les rogó que no le fallaran, ¿eh? Sobre todo tú, Vanessa. En su cabeza laureada (si habla en esos términos, ¿cómo no va a intimidarla?) recaía la responsabilidad de dejar las Jornadas en buen lugar. Le harían fotos, la entrevistarían, luego saldría en los periódicos, guapísima como eres. Mejor, más estético, más agradable, que la sacasen a ella, hija mía, que a Paquito Valbuena con gotero y mueca de moribundo. No había habido otro remedio que llamar al hospital de San Juan de las Lomas y pedir una ambulancia. Ahora mismo, Lope, como director de las Jornadas, no tenía ni pajolera idea de quién iba a correr con los gastos. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Le vino Evangelina histérica perdida a contarle que el chaval no podía respirar, había vomitado sangre y paella en la cama y le dolía todo. Ya este año les habían reducido la subvención. Se rumorea que vienen malos tiempos. Sólo falta que yo les presente una factura de hospital. En fin, con suerte a Valbuena no se le han roto más de dos costillas y lo mismo lo mandan a su casa a reponerse en un sillón, sin moverse durante un mes. Por cierto, era el único del que se sabía qué le había ocurrido. Explicó, desayunante:

—Me lo ha contado Evangelina. No ha habido manera de consolarla. Se conoce que ayer por la tarde tuvo un problema con Alpuente y entonces Valbuena, sin calibrar sus fuerzas, se metió a desfacer entuertos y ahí lo tenéis, en una ambulancia camino del hospital. De Alpuente no se sabe sino lo que cuentan sus amigos metafísicos, que se fue de noche al monte a quitarse la vida. Y probablemente es lo que ha hecho porque su moto sigue ahí fuera y dejó sus pertenencias en la habitación. Claro que con el panorama que tenemos aquí, no estoy en condiciones de organizar un rastreo. ¡Pues no hay pocos montes en la comarca! Antes de marcharme, daré parte de su desaparición a la Guardia Civil y que lo busquen.

Contó, siguió contando, no paraba de contar. ¿Qué? Pues que los juerguistas volvían a las tantas y. A este punto va y se calla de golpe. Miró a Vanessa y Vanessa adivinó con qué intención y cautela Lope la estaba mirando, y con modosa dicción y encantadora vocecilla le pidió que hablase sin tapujos, que ya don Mateo sabía que ella había estado en la taberna del pueblo. Lope refirió pues eso, la vuelta al centro de estudios de los juerguistas, el asalto que sufrieron por el camino, cerca de allí. ¿Que quién los asaltó? Ni idea, Mateo. Estaba oscuro, era tarde, los compañeros volvían mamados. La sospecha es que hubo de dos a tres asaltantes.

Mateo Gil Salgado:

—Vanessita, ¿a ti no te atacaron? No me has contado nada.

—Es que yo no vi nada. Me marché la primera, con Felipe Cárdenas. No vimos a nadie por el camino. Ahora me entero de que a los otros les pegaron. ¿Sabe usted, señor Lope, si fue para robarles?

El ciego corrigió:

—Amor mío, se llama José Manuel.

—Perdón.

Lope:

—No les robaron, aunque lo habrían tenido fácil. Con las caras tapadas, sin decir ni mu, se limitaron a tundir a todo el que pasaba. Que yo sepa, sólo se libraron Alberto Almandoz, que a pesar de la cogorza logró escabullirse, Felipín y tú. Puedes considerarte afortunada. También hemos sabido que la noche anterior o ayer por la mañana, esto no es seguro, les destrozaron el coche a Conchita y Susana. De donde se deduce que no estamos bien vistos en el pueblo. A mí me da que estas agresiones de naturaleza primitiva son típicas de aldeanos. Agarran la estaca y, hala, a quitar el polvo a los forasteros. Tengo la mala costumbre de no equivocarme cuando mi sospecha es firme, como en este caso.

El ciego sacó sus propias conclusiones:

—Mira, José Manuel, estos y otros contratiempos no sucederían si tuvieras la prudencia de seleccionar con mejor criterio a los invitados de las Jornadas.

—¿A santo de qué me vienes otra vez con esa cantilena?

Hablando, hablando, acabaron de desayunar. El tiempo hizo lo único que sabe: transcurrir. Y a las diez menos cuarto ya estaban los siete críticos/periodistas culturales echando un cigarrillo junto al ciprés de la explanada. Medio de transporte: un autobús de alquiler que trasladaría al grueso de la poetada de vuelta a Madrid. Información adicional: el minibús del otro día no habría podido acoger a tantos viajeros.

Los periodistas pasaron directamente al jardín. No hubo saludo oficial en la sala de plenos, ni discurso en octosílabos de Lope, ni intromisiones chuscas de Juanjo Changa (por cierto, ¿qué es de él?), ni la madre superiora tuvo ocasión de citar a los místicos, aunque, eso sí, vino al centro de estudios a estrechar manos, dar la bienvenida y de paso a interesarse por los heridos, especialmente por el señor Bisabarros, a quien una espinosa con habilidades de enfermera le había cosido a primera hora de la mañana cinco puntos de sutura. Y con cuánta delicadeza. Ni que estuviera haciendo labores de bordado en la crisma del poeta.

Lope quería a toda costa ocultar a los periodistas cojeras, cardenales, ojos a la funerala. Convocó a los poetas sanos en la terraza. Atrajo la atención de los recién llegados sobre Vanessa Rincón. La colocó como a una reina en la glorieta, junto a la fuente. Sólo le faltó tratarla de majestad. Y de pronto: ¿la lauréola?

—En la habitación.

Le rogó/mandó que fuera a buscarla sin perder un segundo. Entretanto, hete ahí que llega un señor de unos cincuenta años, con orejas de soplillo, acompañado de la monja de la recepción. Y resulta que el de las tales orejas es el taxista de Valladolid. Así que el ciego, deseoso de marcharse a su casa, insistió para que los periodistas atendieran cuanto antes a Vanessita. A la hermosa ganadora le hicieron fotos con la

lauréola en la cabeza. Delante de los rosales aún no floridos, sentada en el borde de la fuente, haciendo que leía un libro junto a la mesa de granito del cenador. ¿Usted cuándo empezó a escribir? Y así todo el rato. ¿Cómo es un día normal en su vida? Mateo Gil Salgado metía baza para corregir, agregar, matizar. También para vetar preguntas cuando el entrevistador se adentraba en terrenos confidenciales.

La muchacha, nerviosa, insegura, dejaba frases sin terminar, se trabucaba, perdía el hilo, maltrataba concordancias, eslabonaba soserías, y al ciego, sentado en frente, se le figuraba que estaba dando mala imagen. Lope se percató de que la chica de *Causa Literaria* ponía los ojos en blanco. Acudió, intervino, organizó un paripé de entrevista con la reportera de *Voces y letras* para sacar a Mateo Gil Salgado de la glorieta.

Susurrante:

—Es ciego. No será daré cuenta de que la entrevista es filfa.

Mientras respondía a una nueva ronda de preguntas, Vanessa Rincón lo vio junto a la tapia, de palique con un señor mayor (¿Teodoro Sanz?) y con uno del que decían que era catalán. Y Felipín Cárdenas, para ella Felipe, estaba (aleluya) vivo, entero, indemne. Y esto le supuso a la muchacha un gran alivio. De manera que a partir de aquel instante le salieron mucho mejor las respuestas, se le alegró el semblante, sonreía con naturalidad.

Felipín Cárdenas se hizo el encontradizo más tarde en el pasillo de la planta baja, cuando ella se encaminaba a la recepción con don Mateo, toc, y el taxista, cargado de bolsas y maletas como un mozo de cuerda. Apoyó la espalda contra la pared, sin duda se disponía a una comunicación sigilosa; pero ella no lo quiso mirar, sino que se apretó, ostentando cariño, contra el ciego.

Aún no había campaneado el mediodía cuando emprendieron viaje de vuelta a Valladolid. Los dos se acomodaron en el asiento trasero. Él le preguntó antes de llegar a Morilla del Pinar:

—¿Qué has hecho con la lauréola?

—Huy, no me he dado cuenta de que la llevo puesta.

El ciego se la pidió y, bajando la ventanilla, la tiró al campo. Luego se amartelaron; se dijeron palabras dulces, levemente lascivas; se hicieron promesas y él se disculpó por haberla traído a aquel simposio de perdularios. Ella: que después de todo no se lo había pasado tan mal. Seguro que había aprendido algunas cosas. ¿Cuáles? El tiempo lo diría.

Pocos kilómetros antes de llegar a San Juan de las Lomas, los adelantó en una curva una moto rugiente. El taxista despotricó. ¡Animal! Intercambiaron impresiones sobre la imprudencia de algunos conductores. Vanessa Rincón no vio al temerario motorista. Muerta de sueño y con un tic de cefalea, llevaba la cabeza apoyada sobre los muslos del ciego, quien, con dedos lentos, mimadores, le hacía masajes en el cuero cabelludo.

Moraleja: Vanessa Rincón, dicho está, no se fijó en el motorista. De los tres

ocupantes del vehículo, ella era la única que habría podido reconocer al poeta que el día anterior, por la mañana, se había desmayado en la sala de plenos.

3

Vestida de negro como siempre, con pámela y gafas negras, sentada al sol en un banco del jardín, miraba a Susana Valcárcel embobarse con la tímida preciosidad. Aprovechando la llegada de los periodistas, Lope había montado en la glorieta un pequeño circo con ocasión de la entrega del premio. ¿No se lo entregaron ayer en presencia de los compañeros, sin tantas alharacas? Qué falso es todo. Y luego dicen, afirman, sostienen con la boca atiborrada de rotunda sabiduría que los poetas son los responsables de que se exprese el alma.

Fotos: póngase ahí, mire a la cámara. Y la diva en ciernes sonreía con pésima naturalidad y, desde luego, no feliz. ¿La asustará el trato de usted? Susa, curiosa, metida entre los periodistas, sueña con besos, con caricias, con susurros a la oreja, convencida de que, acostándose con la muchacha, podría succionarle la juventud. Qué bien se está aquí sola, disfrutando a mi manera, con aceptada madurez, de mi día negativo.

Llamó su atención la llegada de Alfonso Gomendio a la terraza con un apósito en la frente. Desde el desayuno era el tercero al que veía con marcas de pelea. La naturaleza sabrá por qué favorece en los varones la mezcla de fuerza física y estulticia.

Preguntó a Fermín Ayala, hombre con fama de bondadoso, errante por el jardín, la razón del apósito gomendiano.

—Gomendio es de los que bajaron anoche a Morilla. Yo sólo sé lo que ha contado Lope. Que cuando volvían de madrugada, les salieron al camino siete u ocho campesinos y los molieron a palos.

Susana Valcárcel cameló al chaval de la revista *Letras actuales* para que la fotografiara junto a la dulce personita. La agarró de la cintura. Eso, arrímate a tu diosecilla perfumada. Se separó de ella tras juntar mejillas. Pobre Susa. Esos labios tan cercanos, ya casi tuyos, pero la criatura no se presta al juego, no sospecha, no capta tu ferviente deseo de babosearla. Además, tontita, pertenece al ciego sesentón, que la usufructúa en exclusiva, y despídete de ella porque nos largaremos de aquí dentro de dos o tres horas. En casa, creyendo que no me entero, la llorarás en poemas cursis que yo leeré a escondidas, comida por las ganas de romperlos. Pues nada, eso es todo y con estas cavilaciones y esta pubertad alargada nos irán llegando la menopausia, la vejez y la vuelta al humus.

—Buenos días, señora Arroyo. ¿Se acuerda usted de mí?

Adiós, calma matinal. Se subió las gafas a la frente en actitud comprobatoria. Examinó: veintitantos años, rasgos vulgares, hombros caídos. Pues, la verdad, no caía. La chica dijo nombre y apellido. Tampoco. Sospechó que se trataba de una antigua alumna. En efecto.

—Me dio usted clases en tercero.

Decidió mentir para ahorrarse problemas, esfuerzos, explicaciones. Sí, sí, ahora se

acordaba.

—Espero no haberte suspendido.

—Todo lo contrario. Me puso usted un notable.

Habría sido un encuentro simpático si la exalumna se hubiera despedido en aquel instante, pero no. Hubo más producción de lenguaje. Lo de costumbre entre periodistas: que no había leído nada suyo, pero que le habían hablado muy bien de su poesía. Conchita Arroyo se recolocó las gafas negras. Es preferible arrearle una bofetada a un escritor a decirle que no hemos leído nada suyo. ¿Torpeza, falta de interés, diletantismo? Seguro que llevaba poco tiempo en el oficio.

—He pasado un año en Boston. Ahora hago prácticas.

A Conchita Arroyo una especie de marasmo lingual y un hondo cansancio del mundo le hacían penoso cualquier esfuerzo por articular palabras. En aquellos instantes todo lo humano le resultaba ajeno. ¿Ajeno o repulsivo? Causas de su desazón: la pérdida del coche, por supuesto; también la vuelta al trabajo el lunes que viene, y Susa, la tonta del bote, que se había levantado esa mañana completamente infantilizada.

—¿Le importa que le haga una entrevista para el periódico?

Lo que le faltaba. La antigua alumna que se da a conocer, que muestra/simula admiración, que en el fondo va a lo suyo y a la que da lo mismo entrevistar a una escritora que a un ciruelo. Se volvió a escrutarla a través de las lentes oscuras. Repulsión. Esa es la palabra. Sintió viva repulsión por aquella cara inflada de niñata sin talento, hija probablemente única de padre funcionario y madre pediatra o viceversa, qué más da. Divorciados, seguro. Gente con poder económico para costear la formación universitaria de una nulidad que, como no se cuida, se pondrá en cien kilos antes de cumplir cuarenta años.

—¿Cómo puedes entrevistarme si no has leído ninguna de mis obras?

—Podríamos hablar un poco de su vida de escritora y profesora.

—¿Quieres saber en qué días voy a la peluquería o si prefiero la carne al pescado?

Notó en las infortunadas facciones de la periodista el efecto de su reacción agresiva. Desconcierto, vergüenza, decepción. Por ese orden. La certeza de que había sucumbido a la arrogancia le encendió la sangre. Había salido al jardín con ganas de un poco de sol en la cara. No quería más, no necesitaba más. Se había refugiado en aquel rincón confiada en arrancarle al día un poco de silencio y tranquilidad.

Susa, por fin, volvió la mirada hacia ella, de modo que pudo hacerle una seña para que viniera. Y la otra vino dando unos saltitos ridículos. Conchita Arroyo acudió a su encuentro. La sacaba de quicio aquella ostentación de felicidad. Que si podía atender a la chica. ¿Pues?

—Voy a trabajar un rato en el poema.

—¿Con la mañana tan espléndida que hace?

Conchita Arroyo se volvió hacia la exalumna.

—Te presento a Susana Valcárcel, escritora. Ella responderá a tus preguntas.

Perdona que no lo haga yo. Es que no me pillas en buen momento. ¿Cómo has dicho que te llamas?

Aprovechó para retirar ejemplares suyos y de Susa del cuarto de los libros. Ventas: cero. Ni siquiera les habían robado. Claro, se roba lo que tiene valor. Tuvo una tensa conversación con Amalia Solórzano por una cosa sobre Tadeo Balboa que esta dijo. Más allá, en el pasillo, estaban el Hiedra, a quien la falta de gafas le hacía parecer más bizco de lo habitual, y César Sánchez Novás explicando que sentía pinchazos al mover el hombro. Entorpecían el paso, imposible esquivarlos. Se hizo la que no sabía, la dispuesta a informarse y compadecerse. Sánchez Novás le contestó:

—¿No te has enterado? Los mismos que te destrozaron el coche nos atacaron por la noche.

El Hiedra, que tenía un labio reventado:

—Tú di lo que quieras, pero yo sólo vi a uno.

—¿Tú qué coño ibas a ver si venías curda, estaba oscuro y perdiste las gafas?

Los dejó entretenidos en el recuento de sus heridas, magulladuras y dolores.

En la habitación, sobre la mesa, el poema ya de trece páginas. Poco a poco había ido creciendo, mas (aún empleaba por escrito este adverbio; hablando, nunca) no de forma lineal. Añadía, quitaba. En líneas generales, añadía en cada sesión de escritura unos cuantos versos más de lo que quitaba. Y así progresaba el texto, como los latidos de una medusa, desde aquella estrofa inicial compuesta horas después que su madre la llamara desde el hospital para comunicarle el fallecimiento de su padre. El poema es una aguja larga que ella se clava. Así lo afirma Susa.

Releyó, bolígrafo en mano, versos de aquí y de allá. Esto es falso, sentenciaba. Hojeó, ojeó, fumaba un cigarrillo. Lo otro también era falso. No hay aguja, no hay vibración emocional, no hay traslado sincero de la pena al lenguaje. Imitación de la poesía, lo que hacen/hacemos casi todos. Los viejos trucos rítmicos, la calculada niebla, los vocablos que brillan por sí solos los use quien los use y donde y como quiera que los use. Sintió por su propia obra el mismo rechazo que minutos antes por la joven periodista. Y la desgarró en su interior la certidumbre de que su padre merecía algo mejor y más auténtico que aquella suma de versos trazados con voluntad rastrera de triunfo literario. Lloró en silencio mientras rompía en tiras los trece folios manuscritos; pero luego, asomada a la ventana, contemplando las laderas cubiertas de pinos, sintió una gran serenidad, grata y liberadora.

Oyó voces por la ventana abierta, pasos sobre la gravilla. Los vio cruzar la explanada. La dulce personita con los laureles en la cabeza, agarrada al brazo de su señor, su amante, su propietario. El ciego tentaba el suelo con el bastón y un taxista orejudo llevaba bolsas y maletas. El ciego y la muchacha se sentaron en la parte trasera. Poco después, el taxi se perdió de vista por la cuesta abajo.

Conchita Arroyo había cambiado para entonces de opinión. Recogió de la papelera los trozos rotos del poema. Ay, qué había hecho. Varios meses de trabajo, de meditación y esfuerzo tirados a la basura en un pronto de desesperación. Qué

pensaría su padre si supiera que se estaba convirtiendo en una vieja desequilibrada. Esparció trizas de papel sobre la mesa. Sonaron las campanas de mediodía; poco después, oyó el ruido de una moto que se alejaba. Y mientras ella recomponía las páginas rasgadas, el aire primaveral de la mañana se llenó de voces, llamadas, incluso gritos.

Como unas quince monjas provistas de palas y otras herramientas de huerta corrían. Alboroto de tocas. Una, tropezante, se cayó. ¿Las hormigas cuando les rompen el hormiguero? Pues lo mismo. Y ¿adónde van? Pues corren desaladas hacia la columna de humo que se levanta en el borde del pinar. Ya un árbol arde con llamas lengüeteantes y, de ahí para arriba, hasta la provincia vecina, todo son hectáreas de materia combustible. Claro que no es verano; todavía hay humedad del invierno reciente en la tierra, hierba fresca, y no sopla un ápice de viento. Así y todo, talán talán frenético de campanas y carreras monjiles.

Al poco rato salieron en tropel periodistas culturales y poetas. Jabardillo de urbanitas, la última vez que corrieron habrá sido para evitar un atropello en la Gran Vía. Se nota. Burgueses culones, cuerpos descinturados, ¿van a apagar el incendio o a alimentarlo con sus grasas personas? Huy, también va Susa en el heroico batallón. Se detuvo junto al enhiesto surtidor de sombra y sueño. Dijo, volviendo la mirada a la ventana desde donde observaba la escena Conchita Arroyo:

—Baja, cariño. Está ardiendo el bosque. Ven a echar una mano.

Aventura, aventura. Las monjas laboriosas, con palas, con ramas, a escobazo limpio, se afanaban por impedir que el fuego se extendiera monte arriba. Dios bendito. Algunas lanzaban plegarias hacia las llamas, fiadas en la apagante intervención del Todopoderoso, el cual dicen que dijo: haya luz, o sea, fuego (porque de electricidad u otras fuentes de energía luminosa no se habla en la Sagrada Escritura) y ahí tienen ustedes las consecuencias.

Los críticos y la poetada torpe se encargaron de la zona de zarzas y matorrales entre el bosque y la carretera. Los envolvía el humo. Se daban órdenes unos a otros. Incluso el magullado Cabral, con una mano vendada y un ojo como una berenjena, pisoteaba mariconil la maleza humeante.

Hasta que llegaron los bomberos de San Juan de las Lomas, destruyendo con su estrépito de sirena la paz transparente del campo, y un vehículo de la Guardia Civil. Todo el mundo al camino, vamos. Hermanas, por favor, al camino. El camión bajó por una rampa suave del talud, se acercó cuanto fue posible al foco de las llamas. Monjas, poetas y periodistas, reducidos a público pasivo, observaban el trajín de los bomberos desde el borde de la explanada. No tardó la manguera en disparar su chorro potente. Murió el fuego. Callaron las bulliciosas campanas. La última voluta de humo sobrevoló con suave oscilación, melancólica y blanca, el pinar tranquilo. Los pájaros reanudaron su algarabía. Las cigarras, no digamos. Los guardias civiles formularon preguntas, intercambiaron impresiones con la madre María Antonia y Lope, que convidó a tabaco, intervino explicador. Entretanto llegó la hora de comer. Pescado,

era viernes. Y retirada la dotación de bomberos, refrescado medio monte, los guardias permitieron que el autobús detenido a media cuesta se llegara hasta la explanada del centro de estudios.

Tras la comida, pasó esto, pasó lo otro. En fin, nada del otro mundo. Lope repartió certificados. La madre María Antonia pronunció unas palabras de despedida sin omitir las citas habituales, alabó una vez más la labor humanizadora (sic) de los poetas y deseó a los circunstantes una agradable vuelta a sus hogares. La interrumpió la cabeza asomada a la puerta de un guardia civil para anunciar que la carretera estaba de nuevo abierta al tráfico.

Campearon las tres. La poetada comenzó a dispersarse. La lésbica pareja, privada de medio de locomoción propio, se acomodó en la parte trasera del autobús. Cogidas de la mano, se miraron. La sucesivas secuencias del paisaje se iban quedando atrás. En susurros:

—Malvada.

—Imbécil.

—Puta, ramera.

—Arrugada, apestosa.

—Causarías asco a una cucaracha.

—Un cerdo sarnoso daría un rodeo por no pararse a tu lado.

Mientras el autobús atravesaba Morilla del Pinar, acercaron las caras a la ventanilla; exhibieron, vengativas, un beso lésbico, cabrones, un morreo provocador de hembras desvergonzadas sazonado de sendos cortes de manga que quizá nadie vio, aunque nunca se sabe, pues había ventanas para dar y tomar, y no desunieron labios hasta dejar el pueblo, el maldito pueblo, atrás.

Después se amartelaron. Conchita Arroyo:

—Eugenio Alpuente.

—¿Qué pasa con Eugenio Alpuente?

—Que ha sido él quien ha pegado fuego al monte.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Y por qué no se lo has dicho a los guardias?

—Porque no me ha salido de los ovarios.

Moraleja: Volvieron a juntar labios. Se miraban de cerca. Conchita Arroyo le arreó un pellizco feroz a Susana Valcárcel en un pecho. Susana Valcárcel le arreó dos codazos en el vientre. Todo sin dejar de besarse.

Para oír con más fuerza la campana del convento, para que entrara hasta su cama la luz del amanecer, para que lo despertase el canto de los pájaros, durmió Tadeo Balboa con la ventana abierta. Tenía un plan. ¿Tadeo un plan? Ese hombre incapaz de arreglarse sin ayuda las cejas y el bigote ceniciento, ¿tiene un plan? Pues lo tenía y empezó a llevarlo a cabo antes de la salida del sol. ¿Objetivo? Esquivar a Amalia, estar preparado para volver a Madrid tan pronto como fuera posible. Lo que es por él se iría ya, pero el certificado, pero Lope, pero los amigos. Cobardica.

A las seis de la mañana ya estaba de pie. Y eso que se había acostado hacia las tres como los otros con los que estuvo jugando a cartas en la Espelunca. Ya recuperaría en casa el sueño perdido. En la escalera vio/vieron unas gotas de sangre. Lope:

—Mañana sabremos quién ha dejado estas huellas y en qué circunstancias. Buenas noches, caballeros. Tengan cuidado de no tropezar con el cadáver.

Por evitar el ruido renunció a ducharse. Se lavó junto al lavabo, con una toalla mojada, las pilosas bodegas de sobaquina, un poco el cuello y la cara, y santas pascuas. Con no mayor esmero metió sus pertenencias en la maleta. Todo a la diablo. Ya lo plancharía en casa.

Salió al pasillo vacío. Ronquidos detrás de una puerta. Y las gotas de sangre seguían allí, ahora secas, y más abajo había otras similares que por la noche le habían pasado inadvertidas.

Metió la maleta en el coche. Se dirigió al refectorio de visitantes, al que, como había previsto, aún no había llegado el personal de cocina. Volcó en el fregadero el agua con jabón de la paella. Ya limpiaría el trasto en el garaje de su casa. Pesaba lo suyo, pero lo llevó solo. Al tratar de abrir la puerta principal, clonc, le dio un paellazo al mostrador de madera. Asustado, hizo un movimiento en falso y, con un asa de la paella, sin querer, golpeó el paragüero y lo derribó. A esa hora temprana no había monja en la recepción. Tadeo Balboa permaneció unos instantes inmóvil. Temor a las consecuencias de tanto ruido. No las hubo y él pudo seguir adelante con su propósito. Llevó por último al coche el quemador y la bombona. La mañana solitaria, los campos de Castilla, los montes azules a lo lejos, la carretera toda para él: tuvo una fuerte tentación de largarse, pero volvió a su habitación. Se acostó vestido. Había despachado sin contratiempos la primera parte del plan.

Cambio de secuencia. Amalia Solórzano se despertó de golpe poco antes de las ocho y media. Dirigió una mirada comprobatoria al despertador que emitía un leve sonsonete de corazón eléctrico encima de la silla. Y, en efecto, como de costumbre, minuto arriba, minuto abajo, tuvo el instinto de despertarse a la hora en que estallaron las bombas del tren de Atocha (marzo de 2004, véanse hemerotecas). Ni lo puede ni lo quiere evitar. Se levantó, besó la foto de su hija y, soñolienta, dura de articulaciones, pelos de loca, se metió en la ducha. Le quedaba una inercia de

felicidad de la víspera. Cantó bajo el agua.

Lo típico: ¿qué me pongo? Salió, acicalada, señora, la barbilla levantada, los labios rosados, al pasillo. Antes de llamar estuvo unos instantes acechando con la oreja pegada a la puerta. Voces, una planta más abajo, de los que iban a desayunar le impidieron percibir sonidos en el interior de la habitación. Golpeó con el nudillo.

—Tadeo, Tadeo, soy yo.

No dio con él en el refectorio ni más tarde en el jardín. Se asustó al saber que algunos poetas habían sido atacados por la noche; pero Tadeo, su Tadeo, no. Menos mal. Entró en la cocina. ¿La paella, el quemador? Receló. Este hombre es capaz de haberse marchado a Madrid sin despedirse. Preguntó a las empleadas de la cocina si ustedes han visto aquí, al llegar, una sartén así de grande con agua y jabón. Pues no. ¿Seguro? No, de verdad que no. Conque miró sin falta en el aparcamiento y allí estaba el coche. Deducción lógica: el puñetero no le ha querido abrir la puerta.

Salto temporal, segunda parte del plan. Tadeo Balboa logró entrevistarse a solas con Lope en el pasillo de la planta baja. Lope, que esperaba a los periodistas culturales de un momento a otro, se mostró impaciente, tajante, intemperante. No le negó, eso no, un minuto de su valioso, impagable tiempo al amigo de tantos años. Un minuto y no más, ¿eh? Que qué quería. Balboa expuso abrumado y pelma. Lope:

—¿Por qué no la mandas a la mierda, dicho sea esto con todos mis respetos?

—Dame por favor el certificado y, sin que ella se entere, me monto en el coche y me voy. Lo tengo todo preparado.

—¿Qué tienes preparado?

—He metido mis pertenencias en el maletero.

—¿Cómo puede amilanarte una pobre desdichada?

—Es una sanguijuela.

—Pues lo siento. Necesito poetas en el jardín y tú eres de los que da prestigio a las Jornadas. Tengo a unos cuantos versificadores abollados, otro en el hospital. Te quedas, Tadeo.

—Me hundes.

—Tranquilo, que para algo están los amigos. Arrumbo a Amalia en el cuarto de los libros. No te quejarás, ¿eh? Podrás esconderte libremente. Y ahora, adiós.

Para empezar, le costó encontrarla. ¿La razón? Muy simple: no la estaba buscando. Pero ahí estaba ella de repente junto al seto de boj, preguntando por Tadeo. Si alguien había visto a Tadeo. Entonces cayó en la cuenta de su promesa. Estuvo un tanto categórico. O sea, brusco. Pobre mujer. Le atajó, jefazo, todas las quejas, pero a cambio le dio palabra de compensaciones. Una, que en cuanto viera a Tadeo lo mandaría al cuarto de los libros a darle los buenos días. Dos, le mandaría también, de uno en uno, periodistas para que la entrevistasen. Era muy importante que no se moviera del sitio. Que vigilara que cada cual retiraba sus libros y no los ajenos. Ella replicó con fea mueca:

—Qué mal estás envejeciendo, Lopillo. Me tienes bastante harta con tus

jornaditas de marras, ¿lo sabías? Y eres un tirano y un figurón, a mí no me engañas.

Luego le pidió/exigió un beso. Lope le dio el beso como le habría dado la hora. Y Amalia, faltona, humillada, refunfuñante, se encerró en el cuarto y lo primero de todo se quitó los zapatos y los arrojó con rabia contra la pared, y lo segundo de todo agarró los ejemplares de Tadeo Balboa y los lanzó también contra la pared. Lope, que iba de un lado a otro (poetas magullados, ambulancia, periodistas, qué mañana, la madre que me), se olvidó por completo de Amalia Solórzano, si es que en algún instante abrigó la intención de tenerla presente en sus pensamientos. La recordó de pronto al ver que Tadeo Balboa se asomaba, cauteloso, por una de las puertas que daba al jardín. Ostras, Amalia. Entonces convenció a una chica de no se sabe qué periódico y después al chaval de *Letras actuales* para que la entrevistaran o hicieran como si, ya me entendéis. Ah, y que por favor no olvidasen dedicarle elogios, cuantos más mejor.

Amalia Solórzano dijo a la periodista:

—Anoche se metió un poeta en mi habitación, uno bastante conocido, por cierto. Llamaron a la puerta, abrí. ¿Por qué iba yo a pensar nada malo? Al verlo supuse que vendría a hablar conmigo, a preguntarme alguna cosa o porque se sentía solo. Hay poetas que no soportan la soledad. Bueno, allá cada cual con sus problemas. De repente me tiró al suelo e hizo conmigo lo que le dio la gana. Necesito la ayuda de la prensa para denunciarlo. Aquí nadie me va a creer. Son todos amigos. Pero yo fui lista y metí en una cajita donde acostumbro guardar una sortija unas gotas de esperma para que la policía identifique al violador. Se llama Tadeo Balboa. Anótalo bien, por favor. Tadeo Balboa. Es un hombre perverso. Cuéntalo por favor en tu artículo. Entre mujeres debemos ayudarnos.

La chica salió estupefacta del cuarto de los libros. ¿Dónde está el director de las Jornadas? Se lo indicaron. ¿Te pasa algo? Cruzó medio corriendo el jardín. Lope, de palique con el ciego, le dio una palmada calmante en la espalda. Bien, bien, que no se preocupara. ¿Había grabado la conversación? ¿No? Mejor. Por último le preguntó si se había acordado de elogiar a la señora Solórzano.

A Conchita Arroyo, que entró en el cuarto para retirar sus libros y los de su pareja, Amalia le dijo de sopetón que anoche se había acostado con Tadeo y que él trató varias veces de penetrarla por el ano, pero ella no se dejó. Que qué se había creído, ¡tratarla como a un cacho de carne! Conchita, de mal humor, se le encaró:

—Yo sólo me acuesto con gente a la que amo y si la amo me puede penetrar por donde le plazca.

Lo dijo mirándola a los ojos con dureza y no esperó respuesta alguna y le dio la espalda y se disponía a marcharse y vio los libros en el suelo.

—Por cierto, se te han caído al suelo los libros de Tadeo. Si se me cayeran a mí los libros de las personas a las que amo, los recogería.

Al rato entró en el cuarto el chaval de *Letras actuales*. Venía avisado. Incluso se había aprendido de memoria dos títulos de libros publicados por Amalia. Por ese flanco, exageradamente, la elogió. Amalia, recompensadora, le ofreció asiento. En un

momento de la entrevista, creyendo que el periodista estaba grabando, dijo:

—Ya veo que trabajas con profesionalidad. Como premio, te voy a dar una exclusiva; pero, ojito, no se la cuentes a nadie antes de publicarla. A lo mejor te sirve de título del reportaje. Llegué el miércoles a estas Jornadas, intimé con el poeta Tadeo Balboa. ¿Lo conoces? Pues en julio nos casaremos. Para que luego digan que los poetas siempre andamos a la greña. Ponlo en tu artículo. Amalia Solórzano y Tadeo Balboa contraerán matrimonio el próximo verano. De blanco y por la iglesia. Él ha insistido. No me digas que no es una noticia sensacional. Eres el único que la conoce. Aprovecha, aprovecha.

A oídos de Tadeo Balboa, escondido junto al seto, en la Espelunca, dondequiera que no estuviera Amalia Solórzano, llegaron nuevas de que esta difundía rumores fuertes, confidencias comprometedoras, detalles picantes, acerca de él. Temeroso de encontrarla, aunque la sabía encerrada en el cuarto de los libros, prefirió no sumarse a los que corrían a apagar las llamas del monte. Después, bomberos, guardias civiles, la carretera cortada. Empezaba a desesperarse. A los amigos les dijo que renunciaba al almuerzo en el refectorio, que por favor le comunicaran sin pérdida de tiempo si la Guardia Civil había abierto de nuevo la carretera al tráfico. Por fin vino Lope, todo amistad y compasión, a la Espelunca. Mejor que se fuera, paras a comer en un restaurante por el camino, ya te mandaré el certificado. Y confirmó que Amalia no cesaba de hablar de él y de decir cosas raras.

—Tenías razón. Habría sido mejor que te hubieras marchado a primera hora de la mañana.

Moraleja: Tadeo Balboa evitó el pasillo de la planta baja. Con ese fin salió al jardín por una puerta escusada. Del jardín, tras dar un rodeo por detrás del cenador y de las hileras de groselleros, pasó a la cocina, donde había una puerta de servicio que permitía el acceso, sí, al pasillo, pero muy cerca de la recepción, a pocos pasos de la puerta principal. Allí lo esperaba Lope para darle un abrazo. Tadeo Balboa sonreía, aliviado, grandullón, con sus gruesas gafas, sus ojos/bolitas, su frente sudorosa y sus cejas con los pelillos uno para aquí y otro para allá. Atravesó la explanada con la llave del coche en la mano. Tenía este aparcado justo detrás del autobús. Por eso no la vio hasta el último momento. Por eso y porque ella estaba sentada en la hierba, con la espalda recostada en una maleta, esperándolo. Por supuesto que le podía haber dicho que no la llevaría por nada del mundo en su coche; pero no se atrevió. Es que Tadeo Balboa es así. Qué se le va a hacer. Un buenazo, un cobardica.

Pues bien, la puerta principal del centro de estudios daba a una pequeña plataforma, desde la cual descendían tres peldaños hasta la explanada del aparcamiento. En dicha plataforma se apostaron como en años precedentes la superiora del convento y Lope. Conversaban, cambiaban impresiones, se despedían de cada uno de los poetas y periodistas culturales conforme iban estos saliendo del edificio, la monja fríamente efusiva, estrechadora de manos; Lope, abrazante o besador según el sexo de los despedidos.

Las terceras Jornadas Poéticas de Morilla del Pinar, también conocidas en el gremio lírico hispano con el nombre de Jornadas Poéticas en Casacristo, se habían terminado. ¿Qué hora sería? ¿Las tres y media de la tarde, las cuatro menos cuarto? Por ahí.

—Madre, confiese. En cuanto se haya ido el último de nosotros, soltará usted un suspiro que va a derribar el ciprés.

Sonreía la monja, pálida, ceremoniosa, complacida.

—No diga eso, señor Agüero. Créame que, de los grupos que nos visitan, el de los poetas es uno de los más tranquilos. Huy, si yo le contara. Mismamente el lunes próximo albergaremos un congreso de entomólogos y en el convento estamos todas temblando. El año pasado aparecieron bichos raros hasta en las celdas de las hermanas de clausura. Y eso sin contar las juergas nocturnas de los señores congresistas, los destrozos en el jardín..., virgen santísima.

Los primeros en salir del centro de estudios fueron los periodistas culturales, todos en grupo. Salieron poco después Susana Valcárcel y Conchita Arroyo, alegre la primera y parlanchina; seca, distante, con dos surcos hoscos entre las cejas, la segunda. Estas han discutido, seguro. Lope, al despedirlas:

—Adiós, bellezas. Siento lo del coche.

En el aparcamiento, el chófer fumante y flemático les señaló con un golpe de barbilla los bajos abiertos del autobús para que colocaran allí los equipajes. Y lo mismo hizo con los que vinieron después y él no ayudaba a ninguno.

Por tercer año consecutivo, la madre María Antonia, en el mismo lugar, más o menos a la misma hora, preguntó a Lope si habrá Jornadas Poéticas el año que viene.

—Lo veo crudo, madre. Tengo un amigo bien situado en el gobierno autonómico. No cree que haya financiación para lo nuestro. Se acercan malos tiempos. A los participantes de este año no les he dicho nada. ¿Para qué?

Salieron Dámaso Carranza de León y Andreu Viñals. Adiós, hasta la próxima, etc. Y cargaban con sus equipajes y con las pertenencias de Eugenio Alpuente.

—Pues, como le decía, al parecer el agujero económico en las Administraciones, también en la central, es enorme. El Gobierno de la nación no lo reconoce, pero tarde o temprano se impondrá la verdad.

Salió Manolo Vélez cargado con su equipaje y con el de César Sánchez Novás,

que venía detrás magullado, mustio, la cara hinchada, tieso. Sánchez Novás no atinaba a volver la cabeza, como si estuviera privado del movimiento del cuello. La monja: que se recuperase. Él: gracias.

—Y en nuestro país, madre, cuando hay que reducir gastos, se empieza de costumbre por la cultura. No somos especialmente perspicaces a la hora de fomentar la calidad de la persona.

—Eso que dice usted me da mucha pena.

Interrumpió la plática Felipín Cárdenas, intacto, abrazador, bromista. Al tiempo que la madre María Antonia le estrechaba la mano, alabó la comodidad y limpieza de la habitación, la comida, el paisaje. Y Lope le clavó una mirada entre risueña y suspicaz, como diciéndole: pelotero, lárgate ya.

Siguieron, en fila india, Alberto Almandoz, de quien se murmuraba (qué mala es a veces la gente) que anoche los agresores no se atrevieron a ponerle la mano encima espantados por su halitosis; López Blanco, que ya había salido antes con sus maletas y las de algún compañero, y que volvía a salir, ahora con más bultos; Martina Muro, que besó sin miramientos las mejillas de la monja; Ernesto Contreras, que llevaba el certificado de asistencia hecho un canuto, apretado entre las asas de su bolsa de viaje, y Fermín Ayala, triste de cejas, desangelado de sonrisa y, como de costumbre, abismado en pensamientos, inquietudes o lo que sea que hace de él un hombre en extremo introvertido.

—Si advierte usted alguna irregularidad en las cuentas de la Espelunca no dude en ponerse en contacto conmigo. Los compañeros, buena gente, ya le digo, son a veces un poco despistados.

—Descuide, señor Agüero. Estoy segura de que todo está en orden.

Entró de nuevo López Blanco, hombre aficionado a la solidaridad o tal vez a la servidumbre, en busca de nuevas bolsas y maletas. Salió de ahí a poco encabezando una procesión de lisiados, qué cuadro. Y la monja poniendo carita dulce de dolor, de lástima y congoja. Como hay Dios que esto no lo superan los entomólogos.

Salieron Julio Manuel Rentero y Juan Luis Cabral. Aquel llevaba/sostenía a este, que había pasado la mañana en la cama, gimiendo sin parar. Y no podía mover una mano, la llevaba vendada y era, ayayay, la de escribir. ¿Rota? Pues quizá, pero no lo quería ni saber. Miraba al suelo con su único ojo disponible. Cuánta humildad. ¿O eran mimos? Lope le dio una palmada de ánimo. Y la monja prometió rogar a Dios por él durante el rosario. Rentero lo condujo cariñosamente hacia el coche que compartían. A Juan Luis Cabral le entró un temblor de sollozos en los hombros. Sentía pavor a los médicos.

Tras ellos salió el Hiedra. Su labio inferior, destrozado, semejaba una babosa pisoteada. En serio, no es por hacer imágenes. Se podía haber puesto por lo menos una tirita, ¿no? Aunque sólo fuera para tapar. El Hiedra, sin gafas, bizqueaba más de la cuenta, que ya es decir. Abrazó a Lope. Se inclinó, reverencioso, exagerado, ante la monja.

Lo seguía Richi Bisabarro, encogido para paliar el dolor de espalda o para dar pena, cualquiera sabe. En torno a la cabeza, un vendaje aparatoso. La madre María Antonia le tomó una mano y, dulcemente compasiva, le dio unos golpecitos consoladores en el dorso. Salió Alfonso Gomendio con un apósito en la frente. Parecía enfadado y él sabría por qué. Se despidió con una gruñida palabra.

Salió por último Teodoro Sanz. De un bolsillo de la americana extrajo un zapato y, mostrándoselo a la superiora del convento, le rogó, un tanto espeso de lenguaje, que en caso de que el personal de la limpieza por casualidad encontrara uno igual se lo guardase porque era suyo y le daba pena perderlo. Es que se los había regalado su hija para Navidad, ¿sabe usted? Había mirado debajo de la cama y detrás del armario, pero nada. Lope le dio dos, tres palmadas en la espalda que en realidad eran empujoncitos disimulados para que se marchase.

Últimos abrazos en la explanada. Plenitud de la tarde cristalina: azul arriba, verdor abajo. El sol iluminaba con clemencia primaveral, pero cuidadito con confiarse; ya veréis cuando llegue el verano. Y el campo hermoso en su quietud, ofrecido como un alma expuesta al deleite de la vista, olorosa morada de insectos musicales, aunque esto último depende de gustos y preferencias.

Partieron coches, poniendo algunos una nota estrepitosa de bocina jovial. En un costado del aparcamiento se quedó solo, abandonado por sus congéneres, el coche de Lope con polvo de tres días. Y al arrancar el autobús, la madre María Antonia, santa y pueril, hacía adiós con la mano desde la entrada del centro de estudios. Lope, a su lado, se limitó a levantar un brazo, curvándolo por el codo y por la muñeca para que no pareciese que saludaba a lo fascista.

El chófer tuvo que hacer una pequeña maniobra para esquivar el ciprés. Ya Lope había empezado a despedirse de la madre María Antonia. A ver si el año que viene y tal y cual. El autobús echó a rodar despacio sobre el suelo de gravilla y entonces, al otro lado, surgió a la vista Evangelina González, también llamada la Nívea. Pamela y maquillaje, ¿qué hace allí sola? Se estaba despidiendo con la mano de los viajeros del autobús. A los pies tenía el equipaje. Y medio trasero sobre el capó del coche fúnebre. El autobús enfiló la carretera. Ella dijo, a una pregunta de Lope, que estaba esperando a Juanjo, pues habían quedado en volver juntos a Madrid.

—¿Y dónde está Juanjo? No lo he visto en todo el día.

—Supongo que en su habitación. Yo tampoco lo he visto. He pasado la mañana entera en el hospital de San Juan de las Lomas, acompañando al pobre Valbuena, que tiene dos costillas rotas y va a estar en observación por lo menos hasta mañana.

Se reunió con Lope y con la monja. Por respeto a la superiora de las espinosas, rehuyó la verdad desnuda. Dijo:

—Anoche debió de acostarse tarde. Estará durmiendo.

A espaldas de la madre María Antonia, Lope dobló los dedos centrales de una mano y, con pulgar y meñique estirados, hizo el gesto de beber. La Nívea, discreta, asintió.

Subieron hablando de Paquito Valbuena, el infeliz, hasta la habitación de Juanjo Changa, en el segundo piso. Y la monja, prudente, educada, se abstuvo, como ya lo había hecho a primera hora de la mañana, de preguntar la razón de aquellas costillas rotas. Pom, pom, llamaron a la puerta. Juanjo, Juanjo. Nada. Otra vez: pom, pom.

—Abre, por favor.

La superiora se asomó al hueco de la escalera. Hermana no sé cuántos, llamó con fuerte voz para hacerse oír desde la recepción: que subiera por favor con la llave maestra. Y vino la monja con la referida llave y la introdujo en la cerradura, despacio para que el huésped no se llevara un susto o para que se vistiera en el caso de que, esto se entiende por sí solo. Y antes de abrir completamente la puerta, golpeó en sendas fosas nasales una vaharada de aire estadizo, peste alcohólica y agrura de vómito.

Juanjo Changa yacía sobre la cama, desnudo, piloso, descolorido, con los ojos abiertos y la foto de una niña sobre el pecho. Lope se apresuró a cubrirle las vergüenzas. Dijo/susurró:

—Juanjo.

La madre María Antonia, sin ningún tipo de remilgos, le palpó el costado del cuello. Su conclusión:

—Este señor ha muerto.

La Nívea, en tono maquinal, como si no hubiera comprendido, como si esperara la confirmación de que no había comprendido:

—¿Muerto?

La monja de la recepción, parada en el umbral, exclamativa, santiguándose:

—¡Dios bendito!

Lope, al tiempo que chascaba la lengua contra el paladar:

—Juanjo, por Dios, ¿cómo me haces esto?

Moraleja: De ahí a un rato, campanearon las cuatro de la tarde y eso es todo.



FERNANDO ARAMBURU (San Sebastián, 1959). Poeta, narrador y ensayista español. Licenciado en filología hispánica por la Universidad de Zaragoza. Fue miembro del Grupo CLOC de Arte y Desarte, que entre 1978 y 1981 editó una revista e intervino en la vida cultural del País Vasco, Navarra y Madrid con propuestas de índole surrealista y acciones de todo tipo caracterizadas por una mezcla particular de poesía, contracultura y sentido del humor.

Desde 1985 reside de forma permanente en la República Federal de Alemania, donde ha impartido clases de lengua española a descendientes de emigrantes. En 2009 abandonó la docencia para dedicarse exclusivamente a la creación literaria.

Considerado ya como uno de los narradores más destacados de su generación, es autor de tres libros de relatos: *No ser no duele* (1997), *Los peces de la amargura* (2006) y *El vigilante del fiordo* (2011), y de seis novelas: *Fuegos con limón* (1996), *Los ojos vacíos* (2000), *El trompetista del Utopía* (2003), *Bami sin sombra* (2005), *Viaje con Clara por Alemania* (2010) y *Años lentos* (2012). Ha escrito también libros para niños, como *Vida de un piojo llamado Matías* (2004).

Ganador del Premio Biblioteca Breve 2014 por su novela *Ávidas pretensiones*.